

MIQUEL ÀNGEL LOPEZOSA

Crónicas de
Gabriel

EN BÚSQUEDA DE LA VERDAD

CRÓNICAS DE GABRIEL
EN BÚSQUEDA DE LA VERDAD

MIQUEL ÀNGEL LOPEZOSA

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reproducción reprográfica y el tratamiento informático.

Copyright © 2016 por Miquel Àngel Lopezosa Criado.
© del relato La puerta, 2017 por Miquel Àngel Lopezosa.
Maquetación y edición: Miquel Àngel Lopezosa.
Diseño de la cubierta: José Gabriel Espinosa.
Ilustración de la portada: José Gabriel Espinosa.
Ilustraciones B&N: Pixavay.
Corrección de estilo: Pilar Clemente.
2ª Edición. Octubre de 2017.
Todos los derechos reservados.
www.malopezosa.com
ISBN: 9781973149583

EN BÚSQUEDA DE LA VERDAD



MIQUEL ÀNGEL LOPEZOSA

*A Esperanza, por hacer nuestro mi sueño.
A mis hijos, Alexa y Gabriel, por formar parte de mis sueños.
A mis lectores, por hacer realidad mi sueño.*

MENCIONES ESPECIALES.

A mi esposa, Esperanza, por su santa paciencia. Sé que a veces no te ha sido fácil lidiar con mi faceta de escritor, pero has aguantado las incontables horas que le he dedicado a este proyecto con mucho talante y comprensión. ¡No sabes cómo te lo agradezco! Espero que te sientas tan orgullosa de mí como yo lo estoy de ti, amor. ¡Te quiero!

A mis hijos, Alexa y Gabriel, por prestarme vuestros nombres para dos de los personajes principales de la novela, por ser como sois, por enseñarme cada día a ser mejor persona y porque sois un orgullo para mí. No tengáis miedo a soñar, pues con tesón, ilusión y coraje no hay imposibles en la vida. ¡Os quiero mucho!

A Pilar Clemente, mi correctora de estilo, extraordinaria profesional y mejor persona. Gracias a ti he aprendido a madurar como escritor, disfrutando de cada momento que he dedicado a revisar la novela. Solo puedo decir que sin tu ayuda hoy no estaría presentando una obra de tanta calidad (o eso espero). Pilar, gracias por enseñarme a ver...

También quiero agradecer a mi hermano José Luis su magnífico trabajo elaborando la página web de autor. Siempre serás mi referente y mi guía. Y no puedo olvidarme de mi cuñada Fidela, una apasionada de la lectura y una hermana para mí, ni de mi sobrina Irene. ¡Os quiero!

Y por último, pero no menos importantes, quiero agradecer a **todos** mis familiares, y en especial, a Esther, Víctor, Álex y Martina (una maravillosa familia que la vida me regaló), a Loli, David, Kevin y Àlex (¡cómo os quiero, primos, y lo sabéis!), y a Luisa, Rafa, Damià y Anna (mi segunda familia de adopción), por estar siempre ahí y creer en mí. También quiero dedicar una mención a mis amigos, alumnos y ex-alumnos (menciones especiales a Mireia Gustà, «la senyora», y a Joaquín Casado), y compañer@s y excompañer@s del instituto (sobre todo, del Departament de Sanitària), por vuestro incondicional apoyo y la difusión que habéis hecho en redes sociales, boca a boca y otros medios, de la novela. Sin vosotros tampoco habría podido llegar tan lejos. Y a mis querid@s lector@s, como no, por hacer posible que

este sueño se haga realidad.

Carpe Diem!

PRÓLOGO.

En un principio era la Nada, un vasto océano de sempiterna oscuridad que lo ocupaba todo. En aquel lugar no había cabida para el tiempo, pues este ignoraba su propia existencia, y tampoco podía florecer la luz, al carecer de espacio donde cobijarse.

Pero la Nada no estaba sola. Tenía un siniestro amante que la observaba, oculto entre las perennes sombras, con la única y febril obsesión de hacerla suya. En ella veía todos los atributos de los que él carecía y que la convertían en su dama perfecta y complementaria.

Sin embargo, la Nada, no estaba dispuesta a ceder ante los anhelos de un ser que, por encima de todo, ansiaba ligarla eternamente a su corazón de cristal. Asimismo, tampoco podía reprimir la profunda seducción que sentía por la antagónica naturaleza de su enamorado y, muy de tanto en tanto, daba rienda a sus deseos y permitía que él la poseyera.

Y en uno de esos encuentros intemporales, aquella infinidad regida por el silencio y la oscuridad rompió su hegemonía produciéndose una sutil transformación, imperceptible para la dama invisible, pero que habría de cambiar el rumbo del destino y de todo lo conocido hasta entonces. Mientras la Nada y su amante desataban sus pasiones más secretas, dos insignificantes puntos de luz coincidieron en una encrucijada que llevaba a ninguna parte y de aquella unión se generó un torbellino descontrolado y caótico que se encargó de obrar el milagro: el espacio y el tiempo enlazaron sus almas y con ellos se originó el Todo.

*

CAPÍTULO 1.

UN ENCUENTRO INESPERADO.



“A menudo debemos indagar en nuestros miedos para hallar lo que andamos buscando”.

1

El espejo me devolvió una imagen que ni yo mismo reconocí. Me lavé la cara y me recogí los enmarañados cabellos azabaches en una coleta sin dejar de mirar a los electrizantes ojos verdes que me observaban desde el cristal. La barba de varias semanas y las ojeras de muchas noches sin sueños no menoscababan el jovial aspecto de mi rostro. Apenas aparentaba cuarenta años y lucía una complexión atlética, de casi dos metros de estatura, pero ¡me sentía tan viejo!

Me vestí con una camisa blanca de lino y una casaca de piel gris, a juego con los pantalones y las botas. Me senté en el borde de la cama y al mirar por la ventana vi cómo despuntaba el sol por el horizonte. «*¡Mi último amanecer en esta celda!*», pensé sintiendo un escalofrío. No recordaba el tiempo que había pasado desde que llegara a aquel templo para completar mi formación como sumo hechicero, pero ya había concluido mi ciclo allí y debía regresar al lugar donde se engendró mi infortunio. Así lo dictaba la profecía.

Me recosté en el colchón y tomé el cuaderno que había encima de las sábanas. Lo hojeé y lo dejé abierto entre las piernas por la primera hoja en blanco. Encendí la pipa y me quedé absorto persiguiendo el hilo de humo con la mirada. «*¿Por dónde empezar?*», me pregunté mientras cogía la pluma de la mesita. Sopesé la posibilidad de hacerlo desde el principio, pero ¿qué principio? Había una parcela de mi pasado, que intuía como la más transcendental de mi inmortal existencia, que permanecía enterrada en el olvido. Y aquella que podía recordar estaba tan empapada de odio y dolor... «*¡Carpe Diem!*», me dije antes de mojar la punta de la pluma en el tintero para comenzar a plasmar sobre el papel lo que sentía al estar tan cerca de iniciar un incierto viaje.

Sabía que en cuanto acabara de escribir aquellas líneas me plantaría delante de la puerta dimensional, la misma que había estado evitando desde que apareciera en aquel mundo, y no vacilaría cuando tuviera que atravesar el umbral, aún a sabiendas de que entonces ya no habría vuelta atrás.

Más allá, mi destino, la Tierra. Pero una vez allí... solo los dioses sabrán qué pasará.

**

Llegué al planeta una cenicienta tarde de verano y mis errantes pasos me llevaron a las puertas de un cementerio. Me sorprendió comprobar lo poco que habían cambiado aquellos lugares durante mis siglos de ausencia. Quizá fuera aquella la causa por la que me sentía tan relajado admirando los mausoleos y las estatuas de triste figura mientras discurría por sus mudas calles. Me resultaba fascinante, y envidiable, saber que en las profundidades de aquellas criptas había personas disfrutando de su descanso eterno.

Comenzó a chispear y me refugié bajo el pórtico de un panteón. En el cielo se había formado unos densos nubarrones que transportaban una tormenta. «*¡Cuánto tiempo hacía que no veía llover!*». En esos pensamientos me encontraba cuando me asaltó un insondable sentimiento de dolor que no provenía de mi interior. Intenté captar con los sentidos su procedencia, pero ya se había desvanecido, como un suspiro. «*Habrá sido obra de algún espíritu atormentado*», me dije dejándome envolver por el olor a tierra mojada. Pero en ese momento resonó en mi mente: «*Soy Hugo*» y supe que aquel dolor tenía dueño.

Busqué con los sentidos entre las tumbas hasta que tropecé con la profunda mirada de una gárgola que sobresalía del techado de una cripta. Representaba a una monstruosa criatura, negra y deforme, aunque lo más inquietante de su fisionomía eran sus grandes ojos, oscuros, expresivos y plenos de vida. Intrigado, proyecté la mente hacia el interior de la fría roca y esta vez pude escuchar con claridad: «*¡Libérame!*».

Dejé la mochila en la repisa de la bóveda y desenfundé el cetro mágico que llevaba sujeto al cinturón. Luego lo agité lentamente para ir bajando la estatua de su pedestal. Una vez en el suelo, apoyé la vara en la pared y posé las manos en la gárgola para tomar contacto sensorial con el ente que moraba en su interior. «*¿Por qué estás maldito?*», le pregunté. Intentó responderme, pero lo hizo tan atropelladamente que fui incapaz de captar una frase con sentido. «*Cálmate, Hugo. El encantamiento te impide comunicarte de palabra conmigo, pero conozco otra forma de hacerlo*». El sujeto puso la mente en blanco y la cacofonía desapareció. «*¡Bien hecho, amigo! Ahora, relájate y déjame penetrar en tus pensamientos para que pueda saber qué fue lo que te pasó*». Inmediatamente, el cautivo levantó una coraza entre los dos. «*¿Qué ocultas con tanto celo? ¿Acaso eres un malhechor?*», le inquirí. Sus ojos relampaguearon. «*Entonces no tienes nada que temer. Además, solo te ayudaré si tengo la certeza de que eres de alma noble*». El silencio fue su respuesta. «*¿Esa es tu última palabra?*», le pregunté intentando captar alguna

señal. «*Lo siento, pero no puedo perder más tiempo contigo. Tengo otros problemas que atender*». Me levanté con la intención de recoger los bártulos y ponerme en marcha, pero cuando iba a cortar la conexión sensorial con él resonó en mi mente: «*¡Espera, por favor!*».

Me acuclillé hasta ponerme a la altura de sus ojos y le comenté: «*Te prometo que no vulneraré tu intimidad, Hugo; solo indagaré en lo que esté relacionado con la maldición*». El sujeto bajó la guardia y cuando penetré en su mente no tardé en encontrar el suceso por el que se sentía tan avergonzado. Y no pude evitar estremecerme al saber que ambos compartíamos un pasado lleno de dolor.

El pecado de Hugo fue haberse enamorado de la esposa del brujo que lo acogió como adepto. Vivieron un amor furtivo hasta que su maestro les sorprendió yaciendo en su propio lecho. A él lo convirtió en una gárgola, condenado a vivir encadenado a la roca por toda la eternidad, y a ella la empaló viva delante de su amante para que sufriera una muerte lenta y cruel.

«*No te arrepientas de unos actos que nacieron del corazón, Hugo, pues si hay algo en la vida por lo que vale la pena arriesgarlo todo es por amor*», le confesé con un nudo en el estómago. «*Voy a intentar liberarte, pero no puedo prometerte nada. Las maldiciones “Lapidis corpus” son muy complejas de ejecutar y aún más de revertir. Hugo..., no voy a mentirte. Existe un alto riesgo de que mueras en el intento*», le advertí. «*¿Y no sería la muerte mi mayor liberación?*», pude leer en sus pensamientos.

La lluvia arreciaba cuando me arrodillé a los pies de la gárgola para concentrarme en captar la magia que lo hechizaba. Como temía, el brujo había empleado un conjuro “*Cor intra scopulus*” con la intención de que el proceso de petrificación se iniciara en el corazón. Sabía que solo tendría una oportunidad para invertir completamente los efectos de la maldición y cual sería el destino de Hugo si erraba. Medité en las opciones que tenía y finalmente me incliné por usar un contra-conjuro de agua intuyendo que el brujo habría utilizado el fuego de su odio como elemento activador. Suspiré y recité mentalmente: “*Aqua vincere ignis cordis lapis*”.

Durante unos angustiosos segundos no sucedió nada, aparte del incesante gorgoteo de las gotas de lluvia rebotando en el suelo. Alarmado, miré a los ojos de la gárgola, pero estos se habían apagado. Y cuando descubrí que tampoco podía mantener el contacto sensorial con él, tuve que asumir que había fracasado. «*Lo siento, Hugo*», susurré mientras agachaba la vista con resignación. Fue entonces cuando me pareció escuchar un eco, muy sutil en

un principio pero que se fue amplificando hasta convertirse en una armoniosa cadencia. ¡El corazón de Hugo volvía a palpar!

Apreté los puños y sonreí, pero la euforia se convirtió en perplejidad cuando sentí un siseo detrás de mí que me heló la sangre. «*¡No puede ser!*», mascullé al tiempo que me giraba para ver cómo se escurría un bulto en el interior de un mausoleo. Tomé el cetro y eché a correr hacia la puerta del templo. Atravesé el umbral, con el corazón galopándome en el pecho, y descubrí que a un par de metros del vestíbulo partían los peldaños de una escalera que conducían a la planta inferior. Allí capté una energía que me incendió la razón.

Después de un apresurado y profundo descenso aparecí en un salón que estaba sumido en la penumbra. Acaricié la amatista, que coronaba el cetro, hasta que comenzó a destellar emitiendo una tenue luz con la que pude inspeccionar el lugar. Parte de las columnatas se esparcían por el suelo hechas escombros y las efigies, que un día debieron estar colocadas sobre los sepulcros, yacían desmembradas y desparramadas por el corredor. Pero lo que más me llamó la atención fue la intrigante sombra que vislumbré al final de la estancia.

Avancé por el pasillo con cautela hasta que me quedé plantado delante de una escultura que representaba un dragón alado, de unos veinte metros desde el hocico hasta la cola y unos quince metros de altura. Con un escalofrío, contemplé el extremado realismo con el que había sido cincelada aquella criatura. Parecía estar en una pose de lucha, con el cuerpo arqueado, las alas replegadas, la mandíbula abierta y la mirada feroz. No tuve tiempo para hacer conjeturas, pues en ese momento el dragón se desvaneció y volví a escuchar el siseo a mi espalda. Al girarme vi unos ambarinos ojos de pupilas verticales fulgurando en la oscuridad. Agité el cetro y la gema resplandeció con más fuerza revelándome la presencia de una ciclópea víbora erguida sobre la cola. La planta de la serpiente era escalofriante, pero aquellos ojos..., ¡aquellos ojos eran imposibles de olvidar!

El reptil zigzagueó, agudizando el estridente siseo, y comenzamos a dar vueltas en círculos escrutándonos con la mirada. «*¡Ha pasado una eternidad desde que nos vimos por última vez, Apofis!*», murmuré con rencor. Finalmente la víbora se precipitó sobre mí lanzándome una dentellada que pude esquivar con un golpe de bastón. La bestia se revolvió y me escupió una bola de fuego. Esta vez tuve que tirarme hacia un lado para eludir el impacto, pero con la caída se me escurrió la vara de la mano y me quedé a oscuras.

Estaba a merced de mi enemigo, pero no atacó. «“¿A qué esperas, maldito?”», pensé mientras buscaba a tientas el cetro por el suelo. Tras unos tensos segundos pude dar con la vara y la esgrimí para que volviera a brotar la luz.

El mausoleo estaba tan en silencio que los acelerados latidos de mi corazón parecían retumbar como tambores. Me levanté y fui dando palos de ciego persiguiendo sombras hasta que un flagelo invisible me sacudió fuertemente en el pecho empotrándome contra una pared. Del violento encontronazo, me quedé sentado en el suelo, un poco ofuscado y casi sin respiración. Entonces vi a la bestia abalanzándose sobre mí, pero tuve el acierto de interponer el cetro cuando sus fauces se cerraban sobre mi cuello. Por fortuna, los colmillos de la víbora se quedaron trabados en la madera y pude deshacerme de ella de una enérgica patada.

La serpiente salió disparada hacia un extremo del corredor, aunque, lejos de amedrentarse, volvió a elevarse sobre la cola y comenzó a reptar hacia mí emitiendo un perverso siseo. Me levanté y busqué una escapatoria, pero estaba acorralado entre el cuerpo de una pilastra y la pared. «“O tú o yo”», me dije blandiendo el bastón. La amatista comenzó a relampaguear, pero esperé a que mi enemigo estuviera lo suficientemente cerca para gritar: “*Lûminis invictum*”. Sacudí la vara y se desprendió un rayo que impactó a bocajarro contra el cuerpo de la víbora, que se retorció unos segundos en el aire antes de estallar en mil pedazos. Tras la explosión, se me enteló la vista y fui engullido por la oscuridad.

Cuando volví en mí, me hallaba delante de la gárgola y tenía la mente embotada. Llovía a mares, pero no sentía las gotas de agua mojándome la piel. «“¿Dónde estará la serpiente?”», me pregunté alarmado. Hice el ademán de agarrar el cetro, que continuaba apoyado en la pared de la cripta, pero tenía el brazo totalmente agarrotado. Entonces comprendí que estaba hechizado y que el encuentro con la víbora no había sido real. El brujo debió enmascarar un conjuro “*Confusio*” con la intención de hacerme revivir la peor de mis pesadillas y evitar que fuera consciente de que estaba cayendo bajo el influjo de la maldición.

Haciendo acopio de todas mis fuerzas susurré: “*Illuminat veritas*” y anulé los efectos del “*Confusio*”. Y antes de perder el aliento recité: “*Ruptis vinculis glacies*”, para invertir la petrificación.

Cuando me liberé del encantamiento, apenas podía mantenerme en pie. Me dejé caer contra el muro de la bóveda y fui resbalando por la pared hasta que

me quedé sentado en el suelo. Estaba calado hasta los huesos y el frío se me había infiltrado hasta la médula. Sin dejar de tiritar, alargué el brazo y tomé el cetro. Apenas podía sostenerlo entre las temblorosas manos, pero conseguí acercar la amatista a la boca y tras musitar: “*Calôris*”, la gema comenzó a refulgir emitiendo una confortable radiación con la que fui entrando en calor. Fue entonces cuando escuché un crujido que procedía del interior de la gárgola.

Me retiré los cabellos de la cara y vi cómo la estatua se desquebrajaba por el lomo antes de desplomarse levantando una intensa polvareda gris. Y en su lugar apareció un ser humano desnudo, acurrucado en el suelo y respirando entre violentas convulsiones. La lluvia resbalaba por su robusto cuerpo desprendiendo una nube de vapor que le confería un aspecto fantasmagórico. El sujeto apoyo las manos en el barro y se fue incorporando trabajosamente ayudándose de los salientes de la pared de la cripta. Erguido, no debía medir más de un metro sesenta, presentaba una notable joroba dorsal y unos brazos desproporcionadamente más largos que las piernas. Pero no fue hasta que giró la cabeza para mirarme cuando se manifestó lo más monstruoso de su fisionomía.

Las greñas, que se le alborotaban por la cabeza azotadas por el aguacero, no podían ocultar un rostro de deformes pómulos, gruesa nariz y profundas cuencas donde centellaban unos ojos negros como el tizón. Y la boca, de labios finos e irregulares, apenas podía contener unos dientes desmedidamente grandes, a juego con una prominente mandíbula de pronunciado mentón.

Quise contener un gesto de repulsión, que no pasó desapercibido para él.

—¿Qué te pasa? —murmuró con una voz ronca.

Me fue imposible responder. Hugo echó la vista al suelo y contempló su imagen reflejada en un oscuro charco. Aún retumba en mi mente, el grito que emitió desgarrando el silencio.

—¿Qué me has hecho, hechicero? —bramó con los ojos desorbitados.

Me quedé inmóvil, sin poder apartar la vista de su inquisidora mirada. Por suerte, la lluvia disimulaba las lágrimas que mis ojos no podían sujetar.

—Lo siento, pero me temo que el brujo hizo demasiado bien su trabajo —alegué con una renqueante voz.

—¡No te creo! ¿A qué esperas para utilizar tu maldita magia? —gritó mirando el cetro. Ante mi ausencia de respuesta, Hugo se abalanzó sobre mí y me alzó, cogiéndome por las solapas, como si fuera un muñeco—. Por

favor, ¡haz algo! No puedes dejarme así.

Me sentí como un canalla contemplando la aflicción que transmitía su mirada. Pero cuando comprendió que no podía hacer nada por él, me liberó y, tras dar un par de titubeantes pasos, se dejó caer de rodillas en el fango.

—Lo lamento, de veras —acerté a decir, mientras me recolocaba el cuello de la camisa.

—No necesito tu compasión, hechicero —replicó ensartándome con la mirada. Quise decirle algo, pero el estruendo de un trueno me eclipsó la voz—. Al menos podrás dejarme algo con lo que cubrirme, ¿no?

En la mochila solo llevaba unas mudas de recambio y una capa de abrigo demasiado grande para él. Hugo negó con la cabeza y se levantó sacudiéndose el barro de las rodillas. Después forzó la puerta de la cripta y se coló en su interior. Me levanté y durante un rato le escuché trastear desde la puerta. Cuando salió, lo hizo vestido de pies a cabeza.

—Pero ¿qué has hecho? —le pregunté mirando atónito sus vestimentas.

—A ese ya no le hacían falta y a mí, mal que bien, me tapan las vergüenzas —comentó mientras trataba de cubrirse el cuerpo juntando los harapos con las manos.

—Espera un momento —le advertí al tiempo que agitaba el cetro. Hugo me miró con recelo cuando comenzaron a remendarse y ajustarse los ropajes a su cuerpo, pero no protestó—. ¿Cómo te ves? —le pregunté una vez hube acabado la faena.

—Aunque la mona se vista de seda... —dijo dándose un rápido vistazo.

Se produjo un incómodo silencio, que rompió un cuervo graznando desde el tejado de un panteón. Eché la vista al cielo y entonces me percaté de que había dejado de llover.

—Bueno... —carraspeé sin saber qué decir.

Hugo me observó seriamente y me preguntó:

—¿Y ahora qué?

De repente, me entraron unas ganas tremendas de salir pitando de allí. Ajusté la vara a la cintura y me colgué la mochila al hombro, sin siquiera mirarle.

—Ha sido un placer conocerte, pero tengo cosas pendientes que hacer. Así que... ¡Buena suerte, compañero! —Y sin dejarle opción a réplica eché a andar a grandes zancadas. No había recorrido ni diez metros cuando Hugo se interpuso en mi camino, con gesto desafiante y los brazos cruzados en el pecho—. ¿Qué haces? —le increpé intentando esquivarle.

—¿Acaso vas a dejarme tirado aquí? —me soltó barrándome el paso.
En ese momento se abrieron las nubes y aparecieron unos rayos de sol.

—Lo siento, pero...

—¿Quieres dejar ya esa cantinela? —atajó frunciendo el ceño—. Más siento yo el infortunio de haber dado con un mago de tres al cuarto como tú. Así que... ¡déjate de lamentos y asume tu responsabilidad!

No podía dar crédito a lo que estaba escuchando.

—¡Ah, no! —remarqué con un taxativo gesto—. Te he liberado de la maldición, que era lo que ¡tú querías!, y ahí acaba mi responsabilidad. Y si no estás contento con el resultado es tu problema, camarada, no hace falta que me lo agradezcas. Así que ya puedes gozar de tu libertad como te venga en gana, pero lo que hagas a partir de este momento es cosa tuya ¡y solo tuya! —sentencié antes de poner pies en polvorosa.

—¡No tan deprisa, grandullón! —dijo volviéndose a interponer en mi camino. Intenté apartarle hacia un lado, pero él respondió dándome un empujón—. Durante los más de cuatrocientos años que he vivido en cautiverio no ha habido ni una sola noche que no haya soñado con volver a caminar, sentir el frescor de la lluvia o la caricia del viento. Pero ¡mira en qué me he convertido! —anunció con los ojos empañados—. Ya no pertenezco a este mundo. Todo lo que me ha importado en la vida se ha quedado atrás, ¡hasta mi humanidad! Soy un monstruo, ¿es que no lo ves? —aludió cabizbajo.

—Tú no lo entiendes, Hugo... Ya tengo demasiados problemas como para acarrear con otro más.

Hugo debió captar la indecisión en mi pose y se apresuró a decir:

—No tendrás que preocuparte de mí. —Negué con la cabeza, pero él continuó insistiendo—. Además, seguro que sabrás cómo sacarme provecho. Tengo la fuerza de un toro y sé cocinar... No te vendría mal coger unos kilitos, ¡delgaducho! Y allá dónde vayas tampoco te vendrá de más poder contar con mis agudos sentidos; tengo oído felino, olfato de elefante y vista de halcón —declaró con los ojos iluminados. Me sentía agobiado con sus argumentos, sobre todo, porque no hallaba la forma de poderlos refutar—. No seré una carga para ti, ¡ya lo verás! —insistió—. Y si en una semana no te he convencido, te prometo que no tendrás que pedirme que me vaya.

«“¡No ha sido una buena idea regresar!”», pensé. Pero en ese instante me pareció escuchar la voz del maestro diciéndome: «*A menudo encontramos nuestro camino de la forma más insospechada*».

—Debo advertirte que estoy involucrado en una misión muy peligrosa y no podré garantizar tu seguridad —le advertí seriamente.

—No le temo a la muerte —aseveró sin titubear.

Estaba claro que no sería tarea fácil quitármelo de encima.

—¿Qué sabes de mis enemigos? ¿Qué sabes de mí? —le advertí mirándole a los ojos—. Debo enfrentarme a uno de los seres más poderosos del universo y todavía no sé si podré estar a su nivel. De hecho, ni siquiera sé cómo llegar hasta él —le confesé sintiendo cómo florecía mi frustración—. Pero ¿por qué te cuento nada? ¡Esto es un sinsentido! —Hugo se me quedó mirando con cara de circunstancias—. He regresado a este mundo empujado por una profecía, una estúpida profecía por la que mi maestro tuvo que pagar con su vida. Se suponía que aquí debería hallar un indicio que orientara mi caminar. ¿Y qué es lo que he encontrado? —le solté mirándole con desdén—. No te ofendas, camarada, pero no creo que tú puedas ayudarme a desvelar las respuestas que he venido a buscar.

Hugo torció el gesto y resopló de fastidio.

—Tu maestro debe estar retorciéndose en la tumba por haber sacrificado la vida por alguien que no ve más allá de sus narices. ¿Crees en las casualidades? Yo tampoco. Y tomarse una profecía a la ligera es una evidencia clara de insensatez. ¿Tan ciego estás? —aludió atravesándome con la mirada—. De todos los seres que han pasado por delante de mi estampa solo tú has sido capaz de captar mi presencia, y no eres el primer mago que ha tropezado conmigo, te lo aseguro. Y, sino, ¿para qué has venido a parar precisamente a este cementerio? —señaló con los brazos abiertos—. Si te estás preguntando el por qué, entonces ya tienes la respuesta —subrayó—. No sé cómo diantres podré ayudarte en tu búsqueda, patas largas, pero si tu maestro estuvo dispuesto a dar su vida por tu causa fue porque creía en ti. Y estoy convencido de que el tiempo le dará la razón.

Suspiré mirando al cielo.

—¡Qué testarudo eres, Hugo! —admití dándome por vencido—. ¡Está bien! Puedes acompañarme y tirar tu vida por la borda, si así lo deseas, pero deja de hablarme como lo hacía mi maestro. —Hugo sonrió realzándose su fealdad—. Eso sí, si decides venir conmigo quiero que sepas a qué atenerte. Debo advertirte que me levanto muy temprano, tengo un humor cambiante y suelo viajar muy lejos y con medios de transporte poco convencionales. Además, no tendremos una vida fácil y, mucho menos, lujos; la austeridad es mi norma —proclamé muy seriamente—. ¡Ah! Y quiero dejarte claro que mi

máxima prioridad es la misión que llevo entre manos y que si algún día te ves superado por los acontecimientos serás libre de irte adonde quieras sin darme explicación alguna.

—¿Alguna cosa más, maese...? —comentó rascándose la barbilla—. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Sí, hay otra cosa... Si por algún casual albergas la esperanza de que pueda cambiar tu actual aspecto, te diré que no tengo ni tendré ese poder. El único que podía hacerlo hace mucho tiempo que ya no pertenece al mundo de los vivos, cosa que debe aliviarte a ti y a la humanidad —remarqué mientras me ajustaba la mochila a la espalda—. Por cierto, me llamo Gabriel.

Hugo sonrió y recogió una rama de ciprés que había tirada en el suelo para utilizarla como bastón.

—No te arrepentirás, ¡ya lo verás! Pero hay una cosa que me tiene muy intrigado —comentó mirándome de soslayo—. Tú conoces mi pesar y mi condena, pero antes de que me liberaras presentí un hondo pesar en tu corazón. ¿Cuál es tu penitencia, Gabriel?

Me sorprendió su perspicacia.

—Es una larga historia, pero este no es el momento ni el lugar para contarla —dije apoyando las manos en sus hombros—. Aunque debes saber una cosa más de mí, que muy pocas personas conocen y que es la razón por la que estoy embarcado en esta aventura. Por alguna extraña razón, no logro recordar una parte de mi pasado y un ser maligno se encargó de que jamás pudiera recuperarlo arrebatándome mi bien máspreciado. Hugo, estoy incompleto. Soy..., un ser sin alma —susurré.

—¿Cómo? —voceó con un gesto de horror.

—¡Chis! Has de ser más prudente, compañero, que las paredes pueden tener ojos y oídos —susurré mirando de reojo a mi alrededor—. Pero eso no es todo... —le advertí mientras le hacía un gesto para que se me acercara—. ¿Recuerdas que debo vérmelas con alguien muy poderoso? —Hugo asintió con un gesto—. Pues se trata de Apofis —anuncié con un escalofrío—. Él se llevó algo más que mi alma y quiero vengarme por todo lo que me hizo pasar. ¿Entiendes ahora el alcance de la misión? —Mi confesión le dejó pálido. Me volví a ajustar la mochila a la espalda y me deshice la coleta para que se me secaran los cabellos con los últimos rayos de sol—. He de marcharme ya, Hugo —le comenté al ver que no reaccionaba—. Entenderé que no quieras acompañarme.

Me encaminé hacia la salida del cementerio sin escuchar sus pisadas detrás

de mí. «“¡Mejor así!”», pensé. Continué avanzando, pero un poco antes de atravesar la verja detuve el paso con la intención de mirar hacia atrás. Para mi sorpresa, alguien chocó impetuosamente conmigo haciéndome tambalear.

—¡Perdóname, patas largas! Pero iba tan pendiente de seguirte el paso que no me percaté de que te habías parado —dijo Hugo ruborizado.

Con el encontronazo nos entró la risa. ¡Cuánto hacía que no me reía con tantas ganas!

—¿Qué tal si buscamos algún sitio dónde pernoctar? —le sugerí a mi nuevo compañero, viendo que comenzaban a apagarse las luces del día.

Esta vez juntos, salimos del cementerio y tomamos un camino que se introducía en el bosque. Definitivamente, había comenzado a cambiar algo en mi vida y por primera vez en mucho tiempo tuve un sentimiento muy parecido a la felicidad.

Después de pasarnos un buen rato caminando por una avenida que bordeaba un río tomamos una senda que discurría entre abedules hasta que dimos con una cabaña abandonada que lindaba con un viñedo, también, abandonado. Entramos y comprobamos que la casucha, aunque destartalada y polvorienta, podía darnos cobijo por una noche. Hugo se tiró en un butacón y se quedó dormido ipso facto. Sin embargo, yo todavía estaba digiriendo lo que había sucedido y sabía que sería inútil intentar dormir.

Con los restos carcomidos de una silla, encendí un fuego en la chimenea y me senté en una banca que había cerca de la ventana para fumar en pipa mientras contemplaba el anochecer. «*“Nunca imaginé que mi regreso a la Tierra me reportaría tan extraña sorpresa. ¿Será Hugo el faro que ilumine mi camino?”*», medité con la mirada perdida. Le di una calada a la pipa y, sin saber por qué, me vino a la memoria una discusión filosófica que había tenido con el maestro poco antes de que desvelara la profecía. Yo mantenía la tesis de que el destino ya estaba escrito desde el momento de nuestro nacimiento, cosa de la que disentía profundamente él aludiendo: «*A veces debemos cerrar una puerta para que se abra otra, Gabriel, pero la decisión de hacerlo, o no hacerlo, solo depende de nosotros. Tenlo presente*». Y ahora aquella frase cobraba sentido. «*Al final tendré que darte la razón, viejo cabezota*», pensé conteniendo un bostezo. En ese momento fui consciente de lo mucho que lo echaba de menos.

Como parecía que me había entrado sueño, dejé la pipa en el poyo de la ventana y, mientras observaba cómo asomaba la sonriente silueta de la luna creciente por encima de los árboles del bosque, me quedé dormido.

Con la alborada, Hugo apareció con unos racimos de uva que se convirtieron en nuestro almuerzo. Salimos de la cabaña y paseamos distraídamente por un caminito que circundaba las viñas hasta que, agobiados por el calor, decidimos refugiarnos de los rayos estivales bajo la sombra de una encina. Hugo se sentó en el suelo y me pidió una navaja con la que trabajó la raíz que había arrancado de un brezo hasta que la convirtió en una

bonita pipa. Luego, comprobó el tiro aspirando por la boquilla y se recostó sobre el tronco del árbol con cara de satisfacción.

—¡Qué no daría por un poco de picadura! —suspiró mientras me devolvía la navaja.

Sonreí y saqué mi pipa de espuma de mar.

—Tus deseos son órdenes —dije ofreciéndole la petaca.

En ese momento percibí una fuerte oleada de energía fluyendo a mi alrededor. Inquieto, salí al pie del camino y la perseguí con los sentidos para ver hacia dónde se dirigía.

—¿Qué te ocurre, Gabriel? —voceó Hugo.

—¿No lo percibes? —dije, echando la vista atrás.

—¿Te refieres a la fuerza vital de los mortales?

Me sorprendió no percibir sorpresa en su respuesta. Regresé a la sombra y me quedé observando cómo Hugo comprimía el tabaco en el hornillo de la pipa con total naturalidad.

—¿Desde cuándo pasa este fenómeno? —pregunté intrigado—. No recuerdo haberlo percibido la última vez que estuve aquí.

—Un siglo, o tal vez más —comentó sin levantar la vista—. Yo también me he preguntado hacia dónde iré a parar. ¿Y sabes qué? Tengo una teoría —anunció mientras se levantaba sacudiéndose de picadura las ropas—. Creo que debe haber algo ahí arriba, y no me refiero a los dioses, que ahora nos está reclamando lo que algún día nos prestó. A mí me gusta llamarla “*La Fuerza de la creación*” —apuntó devolviéndome la petaca—. Sin embargo... —señaló pensativo—, de un tiempo a esta parte ha aumentado la frecuencia con la que aparecen los episodios. ¡Qué extraño!, ¿verdad?

Súbitamente, una bandada de mirlos echó a volar desde las copas de los árboles con estruendo dándonos un buen sobresalto y, sorprendentemente, el flujo de energía se desvaneció.

—No me gusta nada lo que está pasando aquí —advertí mirando con recelo al cielo—. Tendremos que averiguar quién está detrás de este misterio y qué pretende hacer acumulando tal acopio de energía. Parece ser que alguien no ha estado ocioso durante mi ausencia —declaré poniendo mis pensamientos en Apofis—. Pero ya nos ocuparemos de eso más tarde.

Me recosté sobre el tronco de la encina y prensé un pellizco de tabaco en el brasero de la pipa antes de encenderla con un mixto. Acto seguido le di unas cortas caladas a la nacarada boquilla y exhalé un aro de humo que se rompió al chocar con la cabeza de Hugo, que me estaba mirando con gesto ansioso.

—¿Me das un fósforo?

Le pasé la cajita de cerillas y me quedé observando cómo le prendía fuego al tabaco. Hugo inspiró una profunda calada y suspiró un: «¡Magnífico!», al tiempo que expulsaba una fragante bocanada.

—Es un tabaco muy aromático al llevar íntegramente la variedad *Izmir*. Era el que fumaba el maestro —dije con nostalgia.

—Debió ser una dura pérdida —comentó mientras me devolvía los fósforos.

—Él lo era todo para mí —respondí con la mirada perdida—. Me acogió como a un hijo y me enseñó todo lo que sabía sin pedirme nunca nada a cambio. Pero lo que más me duele es que le ayudé a desvelar la profecía sin saber que le estaba empujando a la muerte. ¿Por qué me lo ocultaría?

Para mi sorpresa, Hugo se me acercó y me dio un abrazo.

—Creo que lo hizo por amor y porque sabía que nunca se lo hubieses permitido hacer de haberlo sabido. ¿Te has preguntado alguna vez qué habrías hecho tú en su lugar? —advirtió con un guiño—. ¡Venga, patas largas, ánimo! Ya va siendo hora de que airees esos aciagos pensamientos y me digas qué vamos a hacer.

Le di una calada a la pipa y le contesté:

—Lo primero, buscar un lugar dónde vivir.

—¿No nos quedamos en la cabaña? Con unos arreglos quedaría perfecta.

—¿Vivir en la Tierra? —me carcajeé—. No, amigo mío, abandonaremos el planeta hoy mismo.

A Hugo se le atragantó la fumada y le entró un ataque de tos.

—¡Irnos de la Tierra!, ¿estás de guasa? —casi gritó, en cuanto se recuperó.

—Buscaremos otro mundo dónde podamos vivir sin tener que escondernos de miradas curiosas. Además —añadí exhalando un aro de humo—, nada nos ata aquí salvo el dolor.

—Pero ¿cómo vamos a salir del planeta? —preguntó, aún con cara de susto.

—Ya te advertí que utilizaba medio de transporte poco usuales, ¿lo recuerdas? Pues no muy lejos de aquí se encuentra una puerta que nos trasladará a otra dimensión —le revelé.

—¿Otra dimensión? ¿Y qué diantre es eso? —señaló perplejo.

Entonces caí en la cuenta de que Hugo, como la mayoría de personas, desconocía uno de los secretos mejor guardados por los magos de la Luz.

—Amigo mío, creo que ya va siendo hora de que alguien te cuente la

historia de las puertas dimensionales —le comenté al tiempo que me sentaba en el suelo—. Poco antes de que los dioses abandonaran la Tierra, crearon unas puertas que conectaban con otros planetas habitables a través del entramado espacio-tiempo. Luego los poblaron con un selecto grupo de personas e instauraron “*La Orden de la Luz*”, una alianza entre pueblos hermanados con un mismo fin; mantener los espacios dimensionales libres de la amenaza del Caos. Los dioses hicieron jurar a los mandatarios de las dimensiones aliadas que defenderían la Tierra en el caso de un hipotético regreso de la Oscuridad y a los sacerdotes custodios de las puertas terrenales les otorgaron poder para que mantuvieran un control absoluto del tránsito que se realizara a través de ellas. De esta manera, los dioses se aseguraron blindar el planeta, o eso creyeron.

—Entonces, ¿todavía siguen vigiladas? —preguntó Hugo inquieto.

—Me temo que no todas —le confesé mientras vaciaba de ceniza la pipa—. Las puertas fueron guardadas con celo por los sacerdotes durante muchas generaciones de los hombres. Pero los dioses no contaron con que el tiempo, cuyo paso no es igual en todas las dimensiones, tiene un demoledor aliado, el olvido. Poco a poco, los descendientes de los guardianes terrenales fueron olvidándose del peligro que podían encontrarse tras el umbral y exploraron los espacios dimensionales intentando emular a los dioses. Y alguno de los sacerdotes, engreídos y necios, se dejaron corromper por unos aduladores seres que encontraron en otros mundos ignorando que eran acólitos del Caos. Estos traidores rompieron los lazos que mantenían con sus hermanos de las dimensiones aliadas y, a cambio, los magos negros les ayudaron a conquistar reinos vecinos iniciándose así las primeras guerras que se produjeron entre los mortales en la antigüedad. Los gobernantes de las dimensiones de la Luz, temerosos de los peligros que acechaban al otro lado del umbral, se encerraron bajo la seguridad que les proporcionaban sus mundos y no volvieron a viajar nunca más por los espacios dimensionales obviando así el juramento que le hicieron a los dioses —concluí.

Hugo miró con nerviosismo a su alrededor.

—Entonces, ¿estamos a merced del Caos?

—Afortunadamente no todos los sacerdotes sucumbieron ante la tentación y lucharon para expulsar a los traidores del planeta —le expliqué—. Civilizaciones como la egipcia, la china o la maya continuaron controlando las puertas en el más absoluto de los secretos y hoy en día somos muy pocos los que sabemos de su existencia. Y así debe continuar siendo, si queremos

mantener a la Oscuridad alejada de la Tierra.

Me levanté y estiré las piernas para desentumecerlas.

—¿Y no sería más seguro quedarnos aquí? —me preguntó Hugo con una suplicante mirada.

—Puedes estar tranquilo. Todavía existen vías seguras y utilizaré la magia para encontrar un mundo que esté libre de oscuridad —le comuniqué mientras me guardaba la pipa en el bolsillo—. Creo que no debemos demorar por más tiempo nuestra partida. ¿Nos vamos?

Hugo me miró con cara de asombro.

—¿Tan poderoso eres, Gabriel? —No respondí. Salí al camino y puse rumbo hacia la cabaña—. ¡No corras tanto, patas largas, espérame! —voceó Hugo detrás de mí.

Pasamos un momento por la casa para recoger la mochila y después tomamos el camino que conducía al bosque para dirigirnos hacia el lugar dónde se encontraba la puerta dimensional. Hugo no pudo evitar echar una recelosa mirada cuando pasamos por el cementerio y no relajó el semblante hasta que no lo hubimos dejado muy atrás. El resto del trayecto estuvo alegre y disoluto hasta que llegamos a nuestro destino con el atardecer.

—¿Es aquí? —dijo mirando con extrañeza los restos de un monolito—. ¿Dónde está la puerta?

—Son invisibles, ¿no te lo había dicho? —le revelé al tiempo que sacaba el cetro—. Será mejor que me concentre, no vaya a equivocarme y aparezcamos en un bastión del Caos —bromeé—. “*Apertum arcanus porta*” —anuncié oscilando la vara.

Y al lado de la piedra apareció el contorno de un fulgurante umbral.

—¡La madre del cordero! —exclamó Hugo dando un respingo.

—Escúchame bien, compañero —le advertí mientras guardaba el bastón—. En cuanto crucemos la puerta sentirás que la mente se te separa del cuerpo. En ese momento deberás seguir mi estela o acabarás perdido en la encrucijada espacio-tiempo. ¿Lo has entendido?

Hugo asintió con la cabeza y no se separó ni un milímetro de mí. Puse la mente en blanco y no tardé en captar un mundo con una atmósfera parecida a la de la Tierra. «¿*Estás preparado?*», le pregunté. Hugo se me aferró al brazo y asintió, con los labios apretados, antes de que atravesáramos el umbral.

Nada más entrar en contacto con el entramado espacio-tiempo fuimos absorbidos por una fuerza que nos arrastró hacia un vertiginoso viaje por un túnel multicolor. Durante todo el trayecto no dejé de percibir a Hugo a mi

lado y cuando sentí que la traslación estaba a punto de concluir le exhorté: «¡Prepárate! Ya llegamos».

En cuanto se abrió el portal dimensional, mi compañero se estampó contra el suelo y fue dando volteretas hasta quedarse boca abajo.

—¿Por qué no te has relajado, Hugo? Habrías aterrizado de pie cuando atravesamos el umbral —le advertí mientras le ayudaba a levantarse.

—¿Y ahora me lo dices? —bramó antes de salir pitando hacia unos matorrales, donde vomitó las uvas.

Miré a mi alrededor y advertí que nos encontrábamos en la cima de un cerro desde el que se avistaba un extenso valle. Estaba amaneciendo, el cielo era turquesa y lucían dos grandes lunas en el horizonte. Protegí la puerta dimensional con el conjuro: “*Aegis maximus*”, para que nadie pudiera abrirla y poco después regresó Hugo con la cara blanca, como si se la hubieran pintado con cal.

—¿Te encuentras mejor?

Negó con la cabeza antes de volver a desaparecer de mi vista para continuar evacuando. Mientras mi compañero ponía en orden su estómago, realicé una profunda inspiración y percibí que la saturación de oxígeno era ligeramente inferior a la que había en la Tierra. «“*En unos pocos días nos acabaremos adaptando*”», cavilé. Más nos costaría acostumbrarnos a aquel paisaje de fantasía.

La tierra era verde, la hierba morada y los árboles, muy semejantes a los fresnos pero grises desde el tronco hasta la copa, se extendían a ambos lados del valle formando densos bosques. A mi espalda se perfilaba el contorno de unas afiladas montañas azules y en la abundante vegetación que brotaba a nuestro alrededor predominaban los tonos rojizos, naranjas y gualdas. Las nubes eran esmeralda, igual que el agua que discurría por un riachuelo cercano.

Me arrodillé en la orilla y bebí directamente del caudal. El agua estaba helada, era transparente y tenía un bouquet ligeramente dulce. «“*¡Es potable!*”», me dije mientras me secaba la barba con las mangas de la capa.

—¿Qué te parece nuestro nuevo hogar? —le pregunté a Hugo cuando hubo regresado de los arbustos.

—Diferente —respondió secamente—. ¿Dónde estamos?

—En un planeta bastante grande situado en la constelación de Lyra. ¡Y hemos tenido suerte! —exclamé agarrando a mi compañero por los hombros—. No nos faltará agua ni alimentos. —En ese momento se atravesó una

especie de liebre bicéfala y nos amenazó con unos afilados dientes—. Por el momento llevaremos una dieta vegetariana —dije al ver la cara de asco que puso Hugo—, pero será mejor que aceptemos cuanto antes lo que nos ofrezca esta tierra si no queremos pasar hambre.

Descendimos por el valle y cuando comenzaba a salir un segundo sol entre las montañas ya habíamos encontrado el lugar perfecto donde levantar nuestro hogar. Estaba ubicado en la falda de una montaña, con vistas a un lago y protegida a ambos lados por sendos bosques.

—¿Te gusta, Hugo?

Este asintió con la cabeza, aunque no parecía muy convencido.

—Es pronto para sacar conclusiones, pero supongo en un par de días ya me habré acostumbrado a este tufo a alcanfor, a esos bicharracos de ojos refulgentes que nos están observando desde las copas de los árboles y a esa inquietante sombra que se mueve en el fondo del lago.

—¿Todo eso puedes percibir? —le pregunté asombrado.

—Ya te advertí de mis virtudes, patas largas —declaró sonriente. Después echó la mirada hacia la explanada y comentó, frotándose las manos—: ¿Cuándo comenzamos a construir la casa? El bosque nos queda bastante cerca y si disponemos de las herramientas necesarias y trabajamos a destajo, en un par de semanas podremos dormir bajo un techado.

—No disponemos de tanto tiempo, camarada —atajé mientras le apartaba hacia un lado para que me dejara trabajar.

Hugo cruzó los brazos y me miró con una irónica sonrisa, que se le difuminó en cuanto blandí el cetro y comenzó a separarse la tierra donde se asentarían los cimientos de la casa. Utilicé las rocas y metales que se hallaban en el subsuelo para levantar las paredes y cuando estas estuvieron acabadas, incluidos los huecos para las puertas y ventanas, usé la madera del bosque para fabricar el techo y el mobiliario completo de la casa, incluidas, claro está, las puertas y ventanas. Hugo, que presenciaba mi trabajo sin pestañear y con la boca abierta, apenas pudo contener un suspiro de emoción cuando vio salir humo por la chimenea.

—¡Qué pasada! —profirió dando unas palmadas—. Yo también quiero hacerme con una de esas —comentó señalando la vara.

—Exige un alto dominio de la magia y de los elementos para conferirle a un simple palo estos poderes —alegué para su desencanto—. Pero igual no está todo perdido... —De repente, me sentí muy cansado—. ¡Uf! El trabajo me ha abierto el apetito. ¿Por qué no vas a buscar algo para comer?

Nada más acabar la frase, Hugo se alejó dando saltos hacia el lago prometiéndome que en media hora traería el almuerzo.

Aquel alarde de poderes me había dejado agotado. Pero como sabía que si me sentaba ya no me podría levantar y todavía quedaba faena por hacer, decidí echar el resto para levantar un cercado a un lado de la casa, en el que excavé un pozo y trabajé la tierra hasta convertirla en un huerto. Después sembré unas semillas, que siempre llevaba conmigo por lo que pudiera pasar, y la magia se encargó de acelerar el proceso de crecimiento de las plantas. En un instante ya disponíamos de variadas hortalizas, trigo, uvas y tabaco. «*Pronto dispondremos de abundantes provisiones y vino con el que regar las comidas*»», medité mientras encendía la pipa.

Después me senté en la banqueta de porche y al rato llegó Hugo, sudoroso y con una especie de faisán con tres ojos en las manos.

—¡Vaya, no has perdido el tiempo! —me soltó, sonriente, en cuanto se percató de mi nueva creación—. ¿Por qué no vas a recoger unos tomates y una lechuga para la ensalada mientras paso a este bicho por la sartén?

Y, con paso cansado pero con una sonrisa, me dirigí hacia la huerta pensando en lo mucho que me había cambiado la vida desde aquel inesperado encuentro en el cementerio.

No tardamos mucho tiempo en adaptarnos a la vida en el planeta multicolor, como lo bautizó Hugo, y a los pocos días iniciamos un exhaustivo plan de entrenamiento que incluía la defensa contra las artes oscuras y el adiestramiento en la defensa personal. Si mi retorno a la Tierra había tenido como resultado encontrar un compañero de aventuras no podía permitirme el lujo de perderlo a las primeras de cambio.

Nos levantábamos con el primer sol, pues en las treinta y seis horas que duraba un día completo llegamos a contabilizar cuatro amaneceres con sus correspondientes atardeceres, y destinábamos las largas mañanas a las artes de la lucha y de la magia. Con la ayuda de mi cetro fabriqué un nutrido número de armas con las que puse a prueba a mi compañero. Hugo no tardó en dominar el combate cuerpo a cuerpo, gracias a su fuerza física, a la agudeza de sus sentidos y a la extraordinaria agilidad con la que desenvolvía sus movimientos. Y además demostró una innata destreza con el hacha, el arco corto y el puñal convirtiéndose en un letal campeón en unas pocas jornadas. Por desgracia, no podía decirse lo mismo de su potencial mágico. La maldición parecía haberle bloqueado los poderes que un día poseyó, aunque confiaba en que tarde o temprano acabaría por hacer explotar su don. Las tardes las destinábamos a explorar nuestro mundo dando largos paseos, a veces caminando y otras corriendo, que nos servían tanto de distracción como de entrenamiento. Y en una de esas excursiones al atardecer se produjo una revelación que consolidaría nuestra amistad y cambiaría nuestro destino.

Nos encontrábamos en lo alto de un acantilado, que estaba a un par de horas de camino de casa, disfrutando de las vistas que teníamos del valle esmeralda y del lago después de un largo ascenso. Hugo se estaba refrescando los pies en un riachuelo intentando calmar las molestias que le había producido una rozadura durante la subida.

—¿En qué piensas? —le pregunté viendo cómo el segundo sol era engullido por el horizonte.

—En lo feliz que sería aquí mi madre. ¡La echo tanto de menos! —comentó conteniendo un gesto de dolor.

—Deja que le eche un vistazo a esa herida —le indiqué mientras me arrodillaba a su lado. Hugo sacó el pie del agua y observé que tenía una pequeña úlcera en el talón. Agité el cetro y, tras recitar “*Sanare*”, la amatista centelleó y la llaga cicatrizó sin dejar huella—. ¿Te acuerdas mucho de ella, verdad? —le pregunté cuando me senté a su lado.

Hugo volvió a meter los pies en el agua con el rostro compungido.

—Me fui sin decirle adiós..., sin decirle te quiero —advirtió con la mirada perdida—. Nunca tuvimos una vida fácil. A mi padre apenas lo conocí, nos abandonó a los pocos meses de haber nacido yo. Pero mi madre tiró adelante, sola y con un hijo con poderes sobrenaturales, y aun así nunca le escuché decir ni una sola mala palabra de él. Supongo que eso me ayudó a no odiar a mi padre, a pesar de las muchas penurias por las que tuvimos que pasar durante mis primeros años de vida. De hecho, no sé qué habría sido de nosotros si un solterón adinerado no llega a casarse con mamá prendado de su belleza. Porque mi madre era muy guapa, ¿sabes? —apuntó con la voz entrecortada—. Afortunadamente resultó ser un buen hombre, que me acogió como a un hijo y me malcrió como al resto de mis hermanos. Aunque, a medida que fui haciéndome mayor ni mi madre ni mi familia pudieron suplir el vacío que se iba acrecentando en mi interior. Un día comprendí que no encajaba en aquella vida sencilla y acomodada y me largué sin decir nada, ignorando que jamás volvería a regresar.

—¿Y adónde fuiste? —le pregunté intrigado.

—A buscar a mi padre —contestó—. Madre nunca quiso decirme por qué se fue, pero yo sabía que todavía lo amaba y que cada noche hablaba con él en sueños. Quizá fuera ese el motivo por el que me animé en partir en búsqueda de unas respuestas que solo podía darme él. Por desgracia... —añadió torciendo los labios—, ya sabes con quien me encontré.

Me tumbé y perdí la mirada entre las nubes.

—Aun así, ¡no sabes la suerte que tienes de recordar a tu madre! —suspiré con un nudo en la garganta.

Hugo giró el tronco y me miró extrañado.

—¿Tú no la recuerdas?

Negué con la cabeza.

—Mi vida comenzó una fría mañana del invierno de 1.266 cuando unos pastores me rescataron cerca de la cima de una montaña, desnudo y con una profunda herida en la cabeza como mudo testigo del suceso que se llevó todos mis recuerdos —le comenté mostrándole la cicatriz—. Solo recordaba

mi nombre y a partir de ese día tuve que aprender a hacerlo todo de nuevo; caminar, vestirme, leer, escribir... Afortunadamente conté con la ayuda de la mujer más bondadosa y tierna que he conocido jamás. Ella me enseñó a ser feliz y a recuperar las ganas de vivir, tanto que acabó convirtiéndose en mi esposa. ¡Lástima que nuestra felicidad durara tan poco tiempo! —le confesé con pesar.

Hugo sacó los pies del arroyo y ladeó el cuerpo, para quedarse sentado delante de mi con las piernas cruzadas.

—También te la arrebató Apofis, ¿verdad? —vaticinó. Mi cara debió hablar por sí sola—. Gabriel, creo que ha llegado la hora de que me abras el corazón.

Nunca le había contado a nadie los detalles de aquella historia, ni siquiera al maestro, pero Hugo tenía razón; aquella era una carga que debía aligerar de una vez por todas. Me incorporé hasta quedarme sentado y le relaté lo que sucedió aquel terrible atardecer de fuego.

«Como cada tarde, mi esposa y yo despedíamos el día abrazados en la banqueta del porche. Era nuestro momento mágico, después de una dura jornada en el campo. Recuerdo que estaba embelesado con el perfume a jazmín que emanaba de su pelo viendo la puesta de sol cuando se detuvo un hombre vestido de negro en la puerta de nuestra cerca apoyado en un largo bastón. «*¡Cuánto tiempo sin vernos, Gabriel! ¿No te acuerdas de mí?*», voceó desde la verja. Me asombró la familiaridad con la que me hablaba aquel sujeto, pese a que no recordaba haberlo visto jamás. Le hice un gesto a mi mujer para que se quedara sentada en la banca y me encaminé hacia la valla con una extraña sensación de desasosiego».

«Me detuve un poco antes de llegar al linde del cercado y examiné desde más cerca al misterioso individuo. Era tan alto como yo, aunque mucho más delgado, lucía una larga cabellera negra pero lo más sobrecogedor de su fisonomía eran sus rasgados ojos ambarinos de verticales pupilas. «*Buenas tardes. ¿Nos conocemos?*», le pregunté con recelo. «*¿Qué si nos conocemos, querido? ¡Como hermanos!*», se carcajeó. «*Pero ¿no vas a presentarme a tu bella esposa?*», señaló mirándola con malevolencia. El personaje abrió la portezuela de la verja e intentó atravesar el umbral. «*¡Harías bien largándote de aquí!*», le advertí agarrándole del brazo. El tipo se zafó con un gesto de mi mano y, con un rápido movimiento de bastón, me hizo levitar a varios metros del suelo. «*¿Crees que vas a detenerme con amenazas? ¡Cuánto has*

cambiado, Gabriel!», me escupió torciendo la sonrisa. Con los ojos desorbitados agitó la vara y comencé a dar vueltas en el aire hasta que me lanzó contra los muros de la casa. Mi mujer gritó horrorizada e intentó acudir en mi auxilio, pero él se lo impidió paralizándola con el bastón. «*Todavía no es tu turno, zorra*», murmuró mientras se me iba acercando con gesto amenazante».

«El hechicero se detuvo delante de mí y me gritó: «*¡Levántate, bastardo!*» Intenté moverme pero los músculos no reaccionaron. Entonces volvió a alzar la vara y una fuerza invisible me obligó a incorporarme hasta dejarme suspendido en el aire, a escasos centímetros de su rostro. «*¿Aún no sabes quién soy?*», me inquirió. Estaba tan asustado, que ni siquiera me percaté de que me había ensartado la mano en el pecho. «*Soy Apofis... ¿Me recuerdas ahora?*», murmuró. En ese momento sentí el fuego del infierno abrasándome las entrañas y grité, hasta casi perder el conocimiento, cuando extrajo el puño de mi cuerpo llevándose una palpitante luz en su interior. «*Tu alma me pertenece y nunca hallarás consuelo que llene ese vacío, pues hasta la muerte se mostrará esquiva a tus deseos*», sentenció antes de deshacerse de mí con un golpe de bastón».

«Me retorcí de dolor en el suelo y cuando lo vi marchar hacia la casa, no sé cómo, pero saqué fuerzas para agarrarle por los tobillos y hacerle trastabillar. Pero yo era un muñeco para él. Se revolvió y con un golpe de bastón me dejó sin respiración tirado en la tierra. Luego me obligó a mirarle con un encantamiento y sentenció con una pérfida sonrisa: «*¡Lástima que se me haya agotado el tiempo aquí! Aunque, todavía puedo infringirte un último castigo*». El malnacido se convirtió en una monstruosa víbora y comenzó a reptar hacia la casa echando bolas de fuego por la boca. No pude ni gritar cuando vi a la serpiente enroscándose en el cuerpo de mi aterrada mujer mientras la casa era pasto de las llamas. «*A tu esposa le tengo reservado algo peor que la muerte. ¡A ella y al vástago que lleva en las entrañas!*», siseó con rencor. «*A ellos les espera... ¡La culminación de mi venganza!*». Y con aquella maldición se desvanecieron entre las sombras, lo mismo que mi vida», concluí.

Sentí cómo las manos de Hugo se apoyaban en las mías.

—¡Vaya, debió ser horrible! —suspiró con el rostro compungido—. ¿Y qué hiciste entonces?

—Buscarles —le confesé—. Inicié una febril búsqueda sin saber que ellos estaban fuera de mi alcance. Recorrí el mundo, cometiendo error tras error, hasta que el destino quiso que tropezara con un monje budista en un templo de las perdidas montañas del Tíbet. Él fue el primero que conoció mi maldición y me ayudó a desterrar el odio de mi corazón antes de acogerme como adepto. Gracias a su sabiduría desvelé las cuatro nobles verdades y juntos recorrimos el óctuple sendero, tal y como lo hiciera Siddhartha Gautama, con la esperanza de encontrar una senda hacia mi verdad.

—¿Y la hallaste?

—En cierto modo, sí —respondí—. Conseguí reencontrarme con mi karma y allí descubrí un poder primigenio que el maestro interpretó como una señal. A partir de ese momento me aleccionó en los secretos de la hechicería y me reveló la existencia de las puertas dimensionales. Así me inicié en los viajes por el espacio-tiempo y conocí a alguno de los magos blancos que aún velaban por mantener alejada la amenaza de la Oscuridad de la Tierra. De ellos aprendí todo lo que sé. Pero ¿de qué me ha servido? —cavilé—. Sigo igual de perdido que al principio y lo peor de todo... —dije sin atreverme a mirarle a la cara—, es que olvidé el verdadero motivo por el que inicié mi búsqueda. ¡Les abandoné a su suerte, Hugo! Y ahora, ya no puedo hacer nada por ellos.

—Pero ¿qué estás diciendo, patas largas? Estoy convencido de que si damos con Apofis encontraremos a tu familia, ¡ya lo verás! Sino, ¿para qué se habría tomado tantas molestias la serpiente llevándoselos con él? —argumentó, con cierta lógica.

—¿Y cómo lo hago, Hugo? Si ni siquiera sé cómo llegar a la dimensión del Fuego —alegué negando con la cabeza.

—¡Qué fácilmente caes en el desánimo, amigo mío! —advirtió frunciendo el ceño—. ¿No regresaste a la Tierra por una profecía? Quizá se encuentre la clave en ella.

No pude evitar mirarle con escepticismo.

—¿Acaso crees que no la he revisado de arriba abajo?

—Lo único que digo es que dos mentes piensan mejor que una —replicó.

Como no quería seguir discutiendo con el testarudo de Hugo acabé recitándole la profecía.

“Si el camino perdido quieres hallar retrocede tus pasos hacia el lugar donde iniciaste tu caminar”.

Hugo arrugó los labios.

—¿Qué, listillo? ¿Está o no está claro el mensaje?

—¿Puedes dejarme pensar un poco? —atajó con un taxativo gesto. Después le escuché susurrar el verso durante un buen rato hasta que me sobresaltó exclamando—: ¿Qué más echas a faltar, a parte del alma y los recuerdos?

—No sé... —dije algo confuso.

—¡Colabora un poco, hombre! —insistió.

—Bueno, tal vez... —comenté dubitativo—. Desde el día en que me encontré Apofis no he vuelto a soñar. ¿Crees que puede tener alguna relación con la profecía?

Hugo me hizo un gesto para que me callara.

—Aún no lo sé... —añadió rascándose la cabeza—. ¿Y no hay nada más? —indagó mientras me escrutaba con la mirada—. ¡Vamos, patas largas, piensa! ¿Qué más has podido perder?

—¿A qué viene tanto interrogatorio? —le solté, ante tanta insistencia—. Apofis me lo arrebató todo, Hugo, ¡todo! ¿Se puede saber adónde...?

—¡Eso es! —exclamó eufórico—. ¡La profecía te envió a la Tierra para que te reencontraras con la fe!

—¡Por todos los dioses, Hugo! ¿Te has vuelto loco? —le solté resoplando como un búfalo—. ¿Qué tiene que ver la fe en este asunto?

—¡Todo!, ¿no lo ves? —zanjó esbozando una amplia sonrisa—. ¿Qué fue lo que movió a tu maestro desvelar la profecía? ¿Cómo hallé yo, sino, la libertad...? ¿No lo adivinas?

—Y ahora me dirás que la fe mueve montañas y todas esas patrañas.

—¡Bah, déjalo! No ha sido una buena idea sacar el tema —señaló Hugo, dándome la espalda y metiendo los pies en el agua.

Me lamenté por mi recurrente falta de tacto, pero eso de decirme que la solución para mis problemas era una cuestión de fe... Finalmente me levanté y me puse de cuclillas a su lado. A fin de cuentas, Hugo solo pretendía ayudarme.

—No te enfades, compañero. A veces me comporto como un idiota y no sopeso mis palabras antes de soltarlas —me disculpé apoyando la mano en su hombro. Hugo refunfuñó y miró hacia otro lado—. Perdóname, por favor. Te prometo que no volveré a prejuzgarte. ¿Puedes acabar tu alegato?

Hugo giró el cuello y me escrutó con la mirada.

—Eres demasiado cabezota... ¡No sé si fiarme de ti!

—Tienes mi palabra —aseveré con la mano en el pecho.

—Está bien, te perdono, pero no hace falta que me hagas ningún juramento —advirtió suavizando el semblante—. A ver, ¿cómo te lo explico? —musitó mientras balanceaba los pies en el agua—. Al dejar de creer en ti mismo perdiste la brújula que era capaz de orientar tu destino, ¿lo entiendes ahora?

—Sí, amigo mío, pero ¿cómo puedo recuperarla?

—¿Cómo va a ser? Haciendo un acto de fe —arguyó—. ¿Has oído hablar del oráculo de Lizbeth?

—¿No me digas que tú crees en los oráculos? —Hugo me reprendió con la mirada—. Lo siento, no pretendía ofenderte. Por favor, continúa contándome esa historia.

Hugo me comentó que su maestro vivía obsesionado con encontrar el oráculo de Lizbeth, pues tenía la creencia de que si conseguía dar con él podría acceder a los secretos del universo y convertirse en el brujo más poderoso de la Tierra. Pero para descubrir su paradero, primero debía resolverse un enigma: “¿Cómo buscar lo que solo aparece cuando quiere ser hallado?” El brujo jamás consiguió desvelar ese misterio, pero Hugo lo dilucidó de inmediato, aunque se guardó mucho de contárselo a su maestro. Para buscar el oráculo de Lizbeth solo había un camino: la fe.

—A ver si lo he entendido bien... ¿Me estás diciendo que existe un oráculo que podría darme las respuestas que necesito si soy capaz de recuperar la fe? —Este se encogió de hombros y sonrió—. ¿Estás seguro de ello?

—Si no lo intentamos nunca lo sabremos —aludió sacando los pies del arroyo—. Gabriel, aunque yo no entienda la mitad de las cosas que tú das por sentado no quiere decir que estas no existan. ¿Lo pillas? —añadió con un guiño—. Pues ya puedes estar cambiando esa cara de uva pasa que tú y yo nos vamos a buscar el oráculo... ¡y lo vamos a encontrar!

Su optimismo y su avezada capacidad de raciocinio parecía no tener límites.

—No quiero hacerme ilusiones, amigo mío. Temo fracasar —le confesé.

Hugo se puso los calcetines y después se calzó las botas.

—¿Y quién no, patas largas? —comentó mientras se ataba los cordones—. Pero quien la sigue la consigue, o eso dicen, ¿no? —añadió levantándose de un salto—. Creo que ha llegado la hora de regresar a casa. Se me va a caer el estómago a los pies.

—¡Bendito zampabollos! Te voy a preparar un festín digno de reyes —declaré alargándole la mano para que me ayudara a levantar.

Hugo tiró de mí y me incorporé. En ese momento el tercer sol comenzó a declinar en el horizonte y un golpe de aire fresco arrastró una brisa con aroma a jazmín que removió un recuerdo olvidado.

“*¡Amor mío, siempre te esperaré!*”. Aquellas fueron las últimas palabras que pronunció mi esposa antes de desaparecer de mi vida.

Ya había encontrado la fe.

Aquella noche me costó dormir debido a la excitación que me producía embarcarme en la búsqueda del oráculo de Lizbeth. Me levanté antes de que aparecieran las luces del primer amanecer, cansado de dar vueltas en la cama, y me di un baño de agua caliente para ver si así podía sujetar un poco los nervios. Después me vestí, puse al día mi diario y me dirigí a la cocina a desayunar.

Me sorprendió no encontrarme a Hugo allí, pero al mirar por la ventana lo vi fumando apoyado en la baranda del porche. Parecía estar abstraído contemplando el cielo plomizo.

—Te has levantado temprano, amigo —le comenté desde el quicio de la puerta.

—Buenos días, Gabriel —me saludó echando la mirada atrás—. Me encanta ver como despiertan los colores del valle con la luz de la alborada, sobre todo cuando está a punto de llover. ¿Qué tal has dormido?

—Lo mejor que he podido, dadas las circunstancias —le confesé mientras salía al porche—. Me he dejado el tabaco en la casaca, ¿no tendrás un cigarro?

—Si te conformas con esto —dijo pasándome la pipa.

En ese momento comenzó a llover. Le di una calada, pero el efecto no fue el deseado. Me mareé y tuve que agarrarme a la barandilla para no caer.

—¿A quién se le ocurre fumar en ayunas? —me sermoneó cuando le devolví la pipa—. Ve a comer algo, anda. El café aún estará caliente y te he dejado unos huevos estrellados en la sartén.

Me abstuve de preguntarle de dónde había sacado los huevos y me limité a decir:

—Creo que será lo mejor. Nos espera un duro día y no será cuestión de afrontarlo con el estómago vacío.

Cuando hice el gesto de encaminarme a la cocina, Hugo me sujetó ligeramente de la manga y me miró fijamente a los ojos.

—No te preocupes, patas largas. Confía en ti y todo saldrá bien —comentó leyéndome el pensamiento.

Después del desayuno nos dirigimos hacia un cerro que coronaba el punto más alto del valle y en un claro vi el lugar idóneo donde iniciar nuestra búsqueda. Durante el camino aleccioné a Hugo en el proceso de abstracción, que sería la técnica que emplearíamos para buscar el oráculo. La esencia de aquel método, como decía el maestro, era evadirse de todo lo material pero manteniendo el contacto con la realidad interior. Así había conseguido reencontrarme con mi karma y esperaba hacer lo propio con el oráculo.

Afortunadamente había dejado de llover y el cielo comenzaba a clarear cuando estiramos unas mantas en el suelo. Nos sentamos, el uno enfrente del otro, y cerramos los ojos para iniciar la abstracción. «*Ahora, relájate, deja la mente en blanco y acompasa tu respiración con la mía*», le comenté a Hugo. Fui desoyendo los estímulos procedentes del exterior hasta que el silencio lo ocupó todo. Entonces sentí cómo los pensamientos de Hugo se fusionaban con los míos concretándose en una misma idea; el armónico y musical canto del agua. «*¡Ha llegado el momento, amigo mío! ¡Sígueme!*». Nos dejamos llevar por aquella cadencia hasta que percibí el suelo bajo los pies y un fresco perfume a azucenas.

Al abrir los ojos me encontré a los pies de una laguna rodeada por un frondoso jardín. Algo se movió en el agua y vimos a una muchacha de rubia cabellera nadando en mitad del estanque. Sus movimientos eran ágiles y equilibrados. ¿Sería una sirena? Hugo me dio un codazo cuando se percató de que la joven se iba acercando a la orilla a nado. Por un momento me ruboricé ante la idea de que aquella chica menuda, de cara aniñada y grandes ojos azules, pudiera salir desnuda del estanque, pero, cuando emergió del agua, las gotas se le fueron adaptando al cuerpo convirtiéndose en un ceñido vestido turquesa.

—Bienvenidos seáis, Hugo y Gabriel —nos saludó con una cantarina voz—. Hacía siglos que nadie hallaba la senda del oráculo.

Tuve que esforzarme para abstraerme de su hechizante mirada y responder:

—Tal vez sea porque venimos acuciados por la urgencia de obtener respuestas. ¿Podrá el oráculo saciar nuestra necesidad?

La muchacha sonrió.

—Eso, ni yo misma os lo podría vaticinar. Me llamo Lizbeth y soy la voz del oráculo —precisó—. Pero será este quien hable, si así desea hacerlo.

Por arte de magia, los cabellos de la pitonisa se fueron trenzando hasta quedarse recogidos en la espalda. En ese momento el cielo se abrió y aparecieron unos cálidos rayos de sol.

—Mi señora... —carraspeó Hugo con voz nerviosa—. Por lo que sé, el oráculo siempre exige un tributo como pago a sus servicios y no estoy seguro de que lo podamos sufragar. No traemos ni oro ni piedras preciosas y...

—Eres muy directo en tu proceder y eso me revela que tus intenciones vienen sin disfrazar —intervino Lizbeth acariciándole las mejillas—. ¿Fue tuya la idea de venir, verdad?

—Sí..., mi señora... —tartamudeó ruborizado.

—Bien hecho —comentó con un guiño—. El precio que debéis pagar os lo revelaré si halláis las respuestas que habéis venido a buscar. Aunque debo advertiros que nadie ha salido del oráculo con más sabiduría de la que tenía cuando entró. ¿Aceptáis mis condiciones? —anunció. «“¿Cómo rechazar una oferta así?”», pensé. Lizbeth me sonrió, quizá adivinando mis pensamientos, y luego apuntó—: Cada uno dispondrá de una pregunta. Tened muy presente la forma de plantearla, pues las respuestas suelen ser enigmáticas, y a menudo caprichosas, si el oráculo las malinterpreta. ¿Quién quiere ser el primero en preguntar?

La pitonisa alzó el brazo y al otro lado de la laguna apareció un templo que desprendía el esplendor de las antiguas construcciones. La grandeza del oráculo radicaba en su extraordinaria sencillez. Levantada sobre una planta de base circular y coronada con una cúpula de cristal, tanto la basílica como los muros que la circundaban estaban guarnecidos por losas de mármol rosa que resplandecían tocadas por los rayos del sol.

Salvamos el estanque atravesando un puente de piedra y llegamos a una glorieta que comunicaba con la puerta del muro.

—Esperad un momento —comentó mientras descendía por unos escalones que conducían a la laguna—. No tardaré.

La adivina se zambulló y a los pocos segundos emergió del agua con sendos cálices de granito negro en las manos. Cuando se reunió con nosotros, los vació y nos instó a que la siguiéramos al interior del templo. Atravesé los espesos muros con la sensación de que estaba entrando en uno de los lugares más misteriosos del universo. El corredor desembocó en un atrio que comunicaba con la puerta principal del oráculo. Esta, que ocupaba un hueco ovalado en la pared, era metálica, lisa y no tenía pomo. A medida que nos íbamos acercando comencé a sentir palpitaciones en el pecho. Lizbeth dejó las copas en el suelo y posó ambas manos sobre la puerta. Después pronunció unos guturales sonidos y se abrió una oquedad por la que emanó un dulce perfume a incienso. La voz del oráculo recogió los cálices y anunció:

—Entrad libremente.

Hugo no se lo pensó dos veces y atravesó el umbral con decisión. Pero yo me había quedado paralizado al lado de Lizbeth y no reaccioné hasta que sentí el roce de sus dedos en la mano. «*No dudes, Gabriel. El único miedo que puedes encontrar tras esa puerta es aquel que lleves en tu interior*», me confesó en secreto. Después me tomó de la mano y entramos juntos al templo.

Desde la puerta se extendía un amplio pasillo iluminado por la luz que proyectaban unas coloridas vidrieras ubicadas por encima de los triforios de la nave principal. En la porción central del templo, justo bajo la cúpula, había una fuente de la que manaba un chorro de agua. Cuando nos detuvimos delante de la fuente distinguí unas marcas en el suelo que representaban los cinco elementos del “*I Ching*” dispuestos en su orden natural. Agua, madera, fuego, tierra y metal, encarnaban la perfecta armonía del ciclo de regeneración.

Lizbeth llenó los cálices directamente del caño de la fuente y nos miró fijamente con sus cristalinos ojos.

—Arrodillaos y bebed un sorbo del elixir que aflora de las profundidades de la tierra. Os ayudará a escoger las palabras que ahora germinan en vuestros corazones —dijo ofreciéndonos las copas.

Asimos los cálices, que pesaban más que nuestras conciencias, y sorbimos de aquel líquido, ligeramente ocre y de aroma metálico, que tenía un sutil sabor a tierra y miel. Repentinamente se materializó una pregunta en mi mente, nítida como un cielo sin nubes.

—¿Hallaré con mi proceder la paz que mi corazón anhela? —resonó en el oráculo.

Por un momento me entró el pánico. «“¿Cómo he podido equivocarme de pregunta?”», cavilé. Pero entonces descubrí que había sido Hugo el que había hablado. La pitonisa movió los labios y de ellos brotó un murmullo ininteligible. Hugo pareció estremecerse con la respuesta y poco después cayó dormido al suelo.

Lizbeth me observó con expectación y con un extraño brillo en la mirada. Había llegado mi turno. «¿Por qué no puedo soñar?», le pregunté con voz temblorosa. Cerré los ojos y esperé escuchar una voz interior revelándome el gran misterio. Pero lo que sucedió fue asombroso. Apareció una refulgente puerta dimensional al lado de Lizbeth y esta me hizo un gesto para que me acercara. «¿Aún sigues temiendo saber lo que tus sueños te pueden revelar?»,

indagó la voz del oráculo. Me levanté y me aproximé con paso vacilante hacia la vidente. Lizbeth asió al pomo y dejó abierta la puerta abierta de par en par. *«Para bien o para mal, el oráculo te ha desvelado el camino»*, me advirtió echándose hacia un lado. *«Tuya es la decisión de querer o no avanzar. Aunque debo decirte que ya iniciaste ese camino al llegar aquí y que las decisiones que tomes a partir de este momento no solo influirán en tu destino, pues de él penden muchos hilos más. Suerte en tu búsqueda de la verdad y recuerda bien estas palabras... Algún día te verás en la obligación de hacer el sacrificio más importante de tu vida y deberás anteponer la responsabilidad a tus propios sentimientos. Será entonces cuando tendrás que saldar la deuda que has contraído con el oráculo. Sé que actuarás con honor, Gabriel, pues el destino de todos dependerá de ello»*.

La presencia de Lizbeth se desvaneció y me quedé plantado delante de la puerta meditando en sus palabras. En el marco volvían a estar representados los cinco elementos del “*I Ching*”, pero esta vez estaban colocados en orden inverso; fuego, madera, agua, metal y tierra. *«Solo debilita lo que se teme. Y yo no tengo nada qué temer»*», pensé antes de atravesar el umbral. Fui absorbido por una deslumbrante luz y cuando recuperé la visión ya no estaba en el oráculo.

El mundo onírico había abierto las puertas para mí.

Aparecí en mitad de un valle salpicado de almendros en flor. Descendí por una pendiente hasta que llegué a un sendero que serpenteaba perdiéndose en la distancia. «¿Hacia dónde ir?», me pregunté. Escruñí el camino y seguí la senda de la derecha guiado por un extraño presentimiento. Y al doblar un recodo vislumbré una figura en la distancia que se iba acercando decididamente hacia mí. Me paré al pie del camino y esperé con las manos metidas en los bolsillos. Finalmente se detuvo delante de mí un ser singular. Era bastante más bajo que yo, vestía un impecable traje azul marino y mantenía los ojos ocultos bajo unas gafas oscuras.

—Hola, Gabriel. ¿No me conoces? —dijo sacando una pipa recta de uno de los bolsillos de la chaqueta. Su voz me arrancó un escalofrío—. No te culpo —prosiguió—, pues no hemos sido formalmente presentados. Me llamo Ángelus —anunció ofreciéndome una mano que no quise estrechar. Aquel ser menudo, de rasgos finos y expresivos, nariz afilada y ondulada melena pelirroja, prensó un pellizco de tabaco en el hornillo de la pipa mientras me observaba con una mordaz sonrisa—. ¡No sabes el tiempo que llevo intentando penetrar en tus sueños! Pero estoy convencido de que la espera resultará beneficiosa..., para los dos —remarcó antes de prenderle fuego al tabaco con un mixto de madera.

—¿Quién eres? —le pregunté sin poder apartar mi mirada de la suya—. No te conozco pero hay algo en ti que me resulta insólitamente familiar.

El individuo sonrió y le dio una profunda calada a la pipa.

—¿De veras? —alegó exhalando una dulce bocanada gris—. Estoy aquí para hacerte una proposición que no podrás rechazar.

Siempre había desconfiado de las personas que hablaban dando rodeos, pero lo que sentía por aquel sujeto era muy extraño; rozaba la animadversión.

—No has respondido a mi pregunta —señalé con acritud.

—Quizá mi nombre no te diga nada, pero a mi padre... —dijo, mientras se quitaba los lentes dejando al descubierto sus ambarinos ojos—, ¡a mi padre lo conoces bien!

Agarré al individuo por la solapa y lo llevé en volandas hasta estamparlo

contra el tronco de un almendro.

—¡Vas a tener razón, gusano! —murmuré con rencor—. Este encuentro va a ser muy beneficioso, pero solo para mí.

Para mi sorpresa, Ángelus se desvaneció y apareció detrás de mí, en mitad del camino ajustándose el nudo de la corbata.

—¡Vamos, Gabriel! ¿A qué viene tanta agresividad? —señaló volviendo a ocultar los ojos bajo las gafas de sol—. No he venido a pelearme contigo, sino a proponerte un trato.

—Pues has perdido el tiempo. No me interesa nada de lo que me puedas ofrecer —zanjé.

Di media vuelta y comencé a alejarme muy enfadado por el camino.

—¿Ni tu alma? —voceó con voz argentina.

Me detuve en seco y, sin girarme, le espeté:

—¡Vete al infierno!

Ángelus apareció delante de mí y me miró con serio semblante.

—Creo que no hemos empezado con buen pie, pero sabes, tan bien como yo, que este encuentro no es casual —aludió dando una calada a la pipa—. Mi propuesta no iba de farol. Te estoy ofreciendo tu libertad. ¿Vas a ser tan necio como para ni siquiera querer escucharla?

En aquel momento deseé despertar de aquel sueño.

—A ver si te queda claro, Ángelus. Jamás haré tratos, ni contigo ni con tu padre. Así que ya te puedes ir por dónde has venido. No te necesito —subrayé dando por zanjada aquella conversación.

—¡Y una mierda! —replicó—. Sabes perfectamente que mi padre nunca accederá a devolverte el alma y no tienes el suficiente poder como para obligarle a hacerlo. Estás muy jodido, Gabriel, ¡no intentes disimularlo! Y yo soy el único que puede ayudarte a salir de este laberinto —dijo agarrándome del brazo.

Quise mandarle a freír espárragos, pero en ese momento se coló la voz de Lizbeth en mi mente y me advirtió: «*Él tiene la llave de tu destino; ¡escúchale!*». Miré a Ángelus y, sin mucho entusiasmo, le pregunté:

—Supongo que tu favor no me saldrá gratis. ¿Qué es lo que me pedirás a cambio?

Ángelus vació de ceniza la pipa y la guardó.

—Eso está mucho mejor —señaló visiblemente aliviado—. Necesito que encuentres un objeto perdido. Es un viejo libro de conjuros, seguro que has oído hablar de él. Se trata... —carraspeó—, del manuscrito de Ceres.

Di un paso hacia atrás, turbado por la sorpresa.

—¿Me tomas el pelo? Ese manuscrito no existe, fue destruido hace milenios.

—¿Eso fue lo que te dijeron los magos de la Luz? —se mofó—. Pues te engañaron. Lo ocultaron en algún secreto lugar y corrieron el bulo de que lo habían reducido a cenizas creyendo que así burlarían a los espías del Caos. Pero ¡ya ves! —sonrió—. Se equivocaron.

Unas nubes cubrieron el sol y ambos miramos hacia el cielo. «“¿Serían ciertas sus palabras?”», pensé con un escalofrío.

—¿Y para qué lo quieres, Ángelus? Que yo sepa, el códice contiene las antiguas fórmulas de la magia ancestral, una magia que el Caos no sabe interpretar —recalqué.

—Eso no te incumbe —advirtió mirándome por encima de los lentes—. Limítate a encontrarlo y recibirás lo pactado.

Percibí urgencia en su voz y eso me alertó.

—¿Y cómo lo conseguirás? Porque Apofis tendrá algo que decir al respecto, ¿no?

—De él ya me encargo yo —se apresuró a decir—. Y para que tengas la certeza de que cumpliré con mi promesa, seré el primero en realizar el intercambio. ¿Estas de acuerdo? —señaló extendiendo la mano.

—¿Crees que soy tan estúpido como para aceptar un trato a ciegas? Si estás dispuesto a jugártela con tu padre es porque piensas salir beneficiado con el negocio. Así que... o me dices qué te propones hacer con ese códice o ya te puedes ir olvidando del trato.

Ángelus se quitó las gafas y se las guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—Lo necesito para liberarme de una maldición.

Sus ojos decían la verdad.

—¿Y quién lo hizo? —le pregunté intrigado.

—¿Acaso importa?

—Si quieres que me piense tu propuesta...

—¡Está bien! —rezongó arrugando el bigote—. Fue el rey de los dragones celestiales. ¿Estás ya contento? —No pude evitar sonreír al escuchar tal patraña—. ¿Qué te pasa? ¿Acaso no me crees?

—¿Me tomas por imbécil? El dragón gris tan solo es una leyenda —alegué—. Además, si fuera cierto lo que afirmas no habrías podido sobrevivir al ataque del ser más supremo del universo.

—Tengo una prueba que no podrás refutar —terció esbozando una sonrisa

—. Tú mismo lo viste, ¿no lo recuerdas? Petrificado en el interior de aquel mausoleo —me reveló mojándose los labios con la lengua.

Me quedé paralizado con la noticia.

—No puede ser... —advertí confuso—. Aquello no fue más que una alucinación desencadenada por un encantamiento. Además, ¿cómo puedes saberlo si sucedió en mi pensamiento?

—Hasta un mago de pacotilla como tú debe saber que los conjuros “*Confusio*” se nutren de nuestros miedos y solo pueden alterar la realidad de un suceso que haya ocurrido. Y, por alguna extraña razón, también enlazó nuestras mentes por un momento mostrándote lo que sucedió en aquel mausoleo —comentó con una sonrisa—. Sí, Gabriel, lo que viste fue real. ¡Yo derroté al ser más poderoso del universo!

Aquella revelación no podía ser cierta.

—No te creo. No puedes ser tan poderoso.

Ángelus se carcajeó.

—No subestimes a los señores del Caos y, mucho menos, al señor Oscuro —se autoproclamó con insolencia—. Aunque debo confesar que ese maldito dragón me puso en serios apuros. Su magia era extraña y fascinante. Y su fuerza, ¡oh!, su fuerza era letal —exclamó, como si estuviera reviviendo la experiencia—. Me superaba en poder y me sentía tan insignificante a su lado... Pero hasta el ser más supremo tiene un punto débil. Y yo lo hallé.

Su malévola sonrisa me revolvió el estómago.

—Y por lo visto él también descubrió tu debilidad, ¿no es así, señor Oscuro? —repliqué nublándole el semblante—. Aunque hay una cosa que me tiene intrigado. Eres engreído y narcisista, pero no tan estúpido como para arriesgar la vida solo por vanidad. ¿Qué te empujó a enfrentarte al dragón gris?

—¿Tienes que preguntármelo?

El tono que utilizó me llenó de desasosiego.

—¿Querías arrebatarme el zafiro Estrellado? —aventuré, casi temblando.

—Y la daga Dorada —señaló con gesto altivo.

El sol volvió a irrumpir con fuerza pero aun así no podía entrar en calor. «“¿*En qué clase de monstruo se habría convertido Ángelus de haberse hecho con la llave maestra de las puertas del destierro y la única arma capaz de matar a un dios?*”», pensé horrorizado.

—¿Y para qué quieres el manuscrito? ¿Para acabar la faena que empezaste?

—Un alma a cambio de otra. Es un trato justo.

—¡No, no lo es! —objeté dándole un empujón—. Así que ya puedes meterte tu oferta por donde te quepa.

Ángelus sonrió con ironía.

—¡Qué iluso! ¿De verdad crees que puedes rechazarla?

—Tampoco me subestimes, Ángelus, y menos ahora que me has proporcionado una valiosísima información. Encontraré el manuscrito de Ceres, puedes estar seguro de ello, y lo utilizaré para conseguir precisamente lo que me estás ofreciendo —anuncié borrándole la sonrisa de la cara—. Dale recuerdos a tu padre. Espero reencontrarme muy pronto con él.

—¡Maldito insensato! Nunca volverás a estar completo —me amenazó con los puños cerrados.

Le miré fijamente a los ojos y sonreí.

—Eso, ya lo veremos —arrastré las palabras y le escupí—: Y ahora, ¡abandona mi sueño!

Chasquéé los dedos y Ángelus desapareció.

Hugo dormitaba a mi lado cuando desperté. Me abroché el abrigo, para protegerme del relente de la madrugada, y apilé unos cuantos leños con los que encendí un fuego. Después tapé a mi compañero con una manta y me senté en una roca para meditar sobre las ambivalentes sensaciones que me había generado mi encuentro onírico con Ángelus.

Después de anotar en mi diario los últimos y transcendentales acontecimientos, me quedé embelesado contemplando el espectáculo que ofrecía la cúpula estrellada hasta que Hugo me sacó de mi introspección con un sonoro bostezo.

—¿Qué ha pasado? —comentó con voz pastosa.

—¿Te encuentras bien, compañero? Haces mala cara —le pregunté, al ver que se estaba quedando pálido.

—¿Dónde estamos? Hace mucho frío —susurró sin poder contener la tiritera.

Me apresuré a taparle con la otra manta y reavivé el fuego. Hugo se acurrucó en el suelo y se quedó mirando al vacío, con el semblante ausente.

—Me estás preocupando, amigo. ¿Puedes oírme? —le pregunté sin obtener respuesta.

Tuve que zarandearle por los hombros para obligarle a reaccionar. Hugo parpadeó, como si hubiera despertado de un sueño, y se levantó precipitadamente mirando hacia la penumbra. De pronto, percibí una presencia que me levantó un escalofrío.

—¿Quién anda ahí? —voceó Hugo, con la cara desencajada—. ¡No te acerques! ¡Aléjate de mí! —gritó dando unos pasos hacia atrás.

Hugo tropezó con una raíz que sobresalía del suelo y cayó de espaldas dándose un buen costalazo. Me arrodillé a su lado y lo tomé en mi regazo. Tenía las pupilas completamente dilatadas y no reaccionó cuando le di unas bofetadas en la cara. Entonces sospeché que quizás estuviera hechizado. Blandí el cetro y recité: “*Êmergere vêritâs*”. Hugo dio un respingo y se incorporó con la respiración acelerada. Parecía estar muy asustado.

—¡Ya ha pasado, amigo! Estabas sufriendo una alucinación provocada por

un encantamiento, pero ya estás libre de él —le expliqué con el fin de tranquilizarlo—. ¿Con quién te las has tenido que ver?

Hugo me miró como si no entendiera nada.

—¿De qué estás hablando, patas largas? —exclamó con su habitual talante.

Por fortuna, ya no quedaba ni rastro de la presencia que presentí, cosa que me tranquilizó. «“¿Quién te habrá querido hechizar, amigo? ¿Y con qué fin?”», medité mientras lo dejaba sentado al amparo del fuego.

—¿No te acuerdas de nada? —le interrogué mientras le echaba la manta por los hombros.

—Solo lo que Lizbeth me vaticinó —susurró con el semblante sombrío—. «“Te acecha una sombra de tu pasado y tu alma se halla en el filo de la navaja. Solo hallarás la paz cuando interpretes correctamente los designios de tu corazón y aceptes tu destino. Pero debes apresurarte, pues entes oscuros andan tras de ti e intentarán hacerte sucumbir a la Oscuridad”» recitó. No es un buen augurio, ¿verdad?

En verdad, no lo era.

—No sé qué decirte, compañero, pero quizá eso explique la presencia que te rondaba —aventuré mientras me sentaba a su lado.

—Eso no es todo, Gabriel —dijo cabizbajo—. También me advirtió de que tenía que cuidarme de mi lado oscuro. ¿Qué me habrá querido decir?

—Tú eres el experto en dilucidar enigmas, pero me atrevería a decir que si quieres hallar la paz deberás buscar el camino en tu interior —pronostiqué—. Creo que aún te quedan deudas pendientes con el pasado y alguien parece estar empeñado en hacértelo recordar.

Hugo sacó las manos de la manta y las acercó al fuego.

—¿Y si al hacerlo despierto mi lado oscuro? —arguyó inquieto.

—Es un riesgo que tendrás que asumir, pero no temas hacerlo. Lo que a veces nos provoca pavor en la oscuridad de la noche se revela inofensivo a plena luz del día.

—¿Y si no es así? —insistió.

Suspiré mientras sopesaba la respuesta.

—Pues entonces tendrás que decidir hacia qué lado inclinar la balanza y ser consecuente con tu decisión —señalé—. Si te sirve de consuelo, te diré que yo erré durante mucho tiempo por el lado oscuro y conseguí escapar de él. Al final, todo depende de uno mismo, Hugo. Y no me cabe la menor duda de que sabrás escoger bien.

Preñé un pellizco de tabaco en la pipa y la encendí con una cerilla.

—¿Y a ti, qué te desveló el oráculo? —me preguntó Hugo sin apartar la vista del fuego.

Le expliqué lo que me había sucedido desde que Lizbeth me había abierto las puertas de los sueños y las conclusiones que había extraído de mi encuentro con Ángelus.

—Como ves —proseguí—, la Oscuridad no pierde ninguna oportunidad para poner a prueba nuestra integridad moral y aun así siempre podemos extraer algo positivo si somos capaces de no caer en sus redes.

La noticia pareció animar a mi amigo.

—¿Y crees que en ese manuscrito hallarás las respuestas que necesitas?

—Prefiero no levantar las campanas al vuelo antes de verificar la veracidad de esa información —le comenté dando una calada a la pipa.

—¿Dudas de la existencia de ese libro? —aludió frunciendo el gesto.

—Dudo de los verdaderos motivos que le han llevado a Ángelus a desvelarme su existencia. ¿Y si me puso sobre su rastro para, precisamente, hacerlo reaparecer? —le insinué, con la sensación de que aquella hipótesis iba cobrando cada vez mayor fuerza—. Me tienen vigilado, Hugo, y estoy convencido de que en cuanto el códice salga a la luz harán lo posible por hacerse con él. Lo último que deseo es poner en riesgo la seguridad de la humanidad.

—¿Y no lo está ya? Si el poder del Caos ha sido capaz de poner en jaque al mismísimo dragón gris, ¿qué pasará si nadie se atreve a pararle los pies? —terció Hugo—. Gabriel, si los dioses hubiesen querido que ese manuscrito no cayera en manos equivocadas lo habrían destruido, ¿no crees?

Lo cierto es que su argumento era irrefutable.

—Eres capaz de ver una mota de polvo en el ojo de una aguja. ¡No sé qué haría sin ti! —señalé con un guiño.

—Morirte de hambre, patas largas, y de paso matarme a mí también. ¿Es que hoy no se almuerza? —anunció sonsacándome una sonrisa.

Apagué la pipa y la guardé. Y, tras recoger las mantas y apagar el fuego, pusimos rumbo hacia la casa acompañados por las primeras luces del amanecer.

Nada más llegar a casa me fui a dar un baño. Tras afeitarme y adecentarme los cabellos parecía otro. Me vestí y me dirigí hacia la cocina persiguiendo los ricos efluvios que fluían por el pasillo. Hugo estaba sentado en la mesa y parecía estar absorto mirando hacia la ventana que había junto al fregadero. Entré subrepticamente a la cocina y serví sendos platos de estofado de la cazuela que había en los fogones.

—¿Qué tal estás? —le pregunté a Hugo cuando dejé los platos encima de la mesa, junto con una jarra de vino y una hogaza de pan.

—Algo más sereno... —advirtió alzando la mirada—, pero con un hambre canina.

El estofado estaba buenísimo y repetimos hasta dejar la olla bien limpia, cierto era que hacía más de treinta horas que no habíamos probado bocado. Después del almuerzo y con la lengua más suelta a causa del vino, Hugo me sorprendió compartiendo conmigo una curiosa reflexión.

—¿Crees que Lizbeth ha conocido alguna vez el amor?

—Si he de serte sincero, no lo creo. Si son ciertas las leyendas, las profetisas, además de consagrar sus vidas al oráculo, deben mantenerse vírgenes para no perder su don. Pero ¿por qué me lo preguntas? ¿Acaso la quieres seducir?

—¡No es eso! —comentó con cara de ajo—. Te lo he preguntado porque me apena que una criatura tan excepcional como ella esté condenada a vivir sin amor.

Hugo parecía, en verdad, afligido.

—La vida da muchas vueltas y, ¡quién sabe! Tal vez algún día el amor logre llamar a su puerta —dije, más por animarle que por convencimiento.

—¡Ojalá estés en lo cierto, patas largas! —exclamó cambiando el gesto—. ¿Crees que Lizbeth lo vaticinará?

No me atreví a opinar y me levanté de la silla para preparar el café. Mientras ponía la cafetera en los fogones vi cómo mi compañero salía al porche y se sentaba en la banqueta con la pipa en los labios. Cuando salí, Hugo estaba mirando fijamente hacia el lago, quizá atraído por los

hechizantes efectos que producían los reflejos del sol sobre el agua.

—Hugo, he estado pensando en ir a visitar a un viejo amigo para recabar información sobre el manuscrito de Ceres —le comenté al sentarme a su lado.

—¿Ah, sí? ¿Y adónde irás? —advirtió, con un tono que no supe interpretar.

—¿Querrás decir que adónde nos vamos? Porque estamos juntos en esto, ¿no? —repliqué.

A Hugo se le debieron quitar las ganas de fumar, pues se guardó la pipa cargada de tabaco en el bolsillo de la chaqueta, sin siquiera haberla encendido.

—¿Es necesario que vaya yo? —comentó sin disimular su desencanto.

—¡Ahora lo entiendo! Tú lo que tienes son prejuicios respecto a mi amigo.

—No es eso, pero... ¡Uf, da igual! —exclamó con un aspaviento—. No me hagas caso, patas largas, no sé en qué estaba pensando. ¡Claro que te acompañaré!

—Debes superar tus miedos y empezar a aceptarte tal y como eres si quieres que lo hagan también los demás —le sugerí mirándole a los ojos.

Hugo asintió, con la cabeza gacha, antes de preguntarme:

—¿Y quién es ese amigo tuyo?

—Se llama Albert, es un mago de la Luz y una de las personas más sabias que conozco, además de un gran hombre. Y estoy convencido de que os llevaréis muy bien, ¡ya lo verás! Ambos sois un poco cascarrabias y bastante tragaldabas —bromeé arrancándole una sonrisa.

—¿Hace mucho que le conoces? —me preguntó algo más animado.

—Ni lo recuerdo —dije intentando hacer memoria—. Me lo presentó el maestro para que estudiara un tratado egipcio que le había comprado a un mercader en el Cairo. El pergamino había sido encontrado en la tumba de Ramsés II y contenía unas fórmulas que hacían referencia a los misterios del más allá. Gracias a Albert descubrí que dichos versos tenían relación con las perdidas puertas dimensionales que hubieron en Egipto en épocas del faraón —le expliqué sintiendo cómo se me erizaba el vello—. Pero, precisando tu pregunta..., él no me conoce ni la mitad de bien que tú. —El gorgoteo de la cafetera reclamó nuestra atención—. ¿Te apetece un café?

Entramos a la cocina y nos tomamos sendas tazas mientras encendíamos nuestras pipas.

Como no tenía pensado pasar más de una jornada fuera de casa le advertí a

Hugo que solo nos llevaríamos lo puesto. Pero no me hizo caso y se presentó en el porche con una mochila cargada hasta los topes de ropas y víveres alegando la recurrente frase de: «*Más vale que sobre que no falte*».

Llegamos a la puerta dimensional con los cuatro soles luciendo plenamente en el cielo. Hugo miró con recelo la puerta, pero no titubeó cuando le hice un gesto para que se pusiera a mi lado. «*El segundo viaje es mucho mejor*», le alenté antes de que atravesáramos el umbral. El trayecto fue rápido y sin sobresaltos. Y esta vez Hugo logró aterrizar de pie en el mundo de Albert.

Aparecimos en una pradera tocada por la luz de mediodía. Dos enormes lunas parecían estar suspendidas en el horizonte, como si fueran quesos de gruyer, mientras unas montañas flotantes sobrevolaban el cielo al capricho del viento. Hugo no podía contener su asombro contemplándolas. Algunas chocaban entre sí provocando un estruendo muy similar al del trueno y desde otras caían unas cataratas cuyas aguas rugían al chocar contra el suelo. Las montañas parecían seguir un trayecto definido y paralelo al cauce de un gran río que se alejaba hasta perderse en lontananza.

—¿Qué está pasando aquí? —me preguntó Hugo.

—Es un fenómeno originado por las lunas, que al orbitar muy próximas al planeta producen zonas donde existe una doble gravedad —le expliqué.

—¿Y no hay riesgo de que nos veamos atraídos por ellas? —comentó echándoles una recelosa mirada.

—No te preocupes, amigo. Estamos protegidos por la magia de Albert.

Tomamos un camino que discurría hacia el norte y caminamos varios kilómetros hasta que avistamos la hacienda del erudito en lo alto de un collado. El palacete fulguraba con los rayos del sol incidiendo en sus encaladas paredes.

Albert salió a nuestro encuentro nada más vernos entrar en los frondosos jardines que circundaban la casa.

—¡Gabriel, chico! ¡Qué buen aspecto tienes! —exclamó mientras me estrechaba fuertemente entre sus brazos.

—¡Lo mismo te digo, Albert!

Estaba igual que la última vez que lo vi. No aparentaba tener más de cincuenta años y mantenía el mismo aspecto bonachón, de generosa tripa y fácil sonrisa, aunque sus sienas comenzaban a platearse haciendo juego con el color de sus ojos.

—Pero ¡qué dices! Si cada día estoy más fondón... —exclamó oscilando los pulgares entre los tirantes que le sujetaban el pantalón—. Pero dime,

¿cuánto hace que no vienes a visitarme?

—Demasiado tiempo, viejo amigo, pero, como ya debes haber advertido, hoy no he venido solo —añadí dando un paso al lado para dejar a la vista a mi compañero, que se mantenía oculto discretamente detrás de mí—. Te presento a Hugo, un verdadero amigo.

—¡Encantado de conocerte, maese Hugo! —exclamó dándole un abrazo. Este se quedó paralizado ante aquella espontánea e inesperada muestra de afecto—. Pero ¿qué hacemos aquí afuera? Vámonos para casa, que os he preparado un almuerzo de aúpa —añadió pasándole el brazo por encima de los hombros—. Por cierto, me tienes que explicar cómo has conseguido que Gabriel haya dejado de ser el huraño y antipático hechicero que conocí —le susurró mientras me hacía un guiño.

El erudito enfiló el camino que llevaba al palacete llevando a mi compañero casi a rastras. Hugo miró suplicante hacía atrás, pero me limité a seguirles intentando aguantarme la risa. Subimos por una pendiente adoquinada y después por unas escaleras que nos llevaron a una terraza. La casona era bastante grande, para tener un único ocupante, y tenía numerosos ventanales que inundaban de claridad el interior.

Una vez en el vestíbulo, Albert recogió nuestras capas y la mochila de Hugo y las dejó colgadas de un perchero. Luego pasamos a un acogedor salón en el que estaba todo dispuesto para el almuerzo.

—¡Qué bien que hayáis venido! —exclamó frotándose las manos—. Hacía lustros que nadie me ameniza la sobremesa con una tertulia. Aunque, las cosas serias las trataremos después —remarcó echándome una sagaz mirada.

Iba a protestar pero Hugo, más relajado ante la idea de un festín, me susurró con un guiño:

—¿No querrás ser descortés con nuestro anfitrión, verdad, patas largas?

—Este chico, me gusta cada vez más —se carcajeó Albert mientras nos invitaba a sentarnos a la mesa.

Después del almuerzo, nuestro anfitrión nos convidó a sentarnos en el sofá y nos ofreció un aromático tabaco para acompañar al café.

—¿A qué debo vuestra grata visita? —me preguntó mientras se recostaba en el respaldo con una taza de café entre las manos.

En ese momento se escuchó un estruendo, producido por el choque de dos montañas flotantes, y al mirar por la ventana vi cómo el sol comenzaba a declinar por el horizonte.

—Albert, verás, ¡no sé cómo comenzar...! —cavilé—. Sabes que el

maestro estaba obsesionado con resolver una profecía, ¿verdad? —El mago asintió mientras le daba un sorbo a la taza de café—. Pues lo consiguió.

Con la noticia, Albert se atragantó y se tiró encima un poco de café con un golpe de tos. Hugo se apresuró a dejarle un pañuelo para que se secara la camisa.

—¿Y cómo se encuentra el maestro? —preguntó con nerviosismo.

Sabía que aquel momento, tarde o temprano, tenía que llegar.

—Murió al desvelarla —le notifiqué. El erudito se reclinó sobre el reposabrazos del sofá con la mirada ausente, aunque en su semblante no percibí sorpresa—. ¿Lo sabías...? ¿Sabías que pasaría, verdad?

—Lo intuía, Gabriel —puntualizó—, y le advertí de los riesgos que entrañaba su empresa. Pero ¿acaso crees que me escuchó?

Albert dejó la taza encima de la mesita y echó la vista al fuego.

—Debiste decírmelo, Albert —atajé decepcionado.

El sabio me tomó del brazo con fuerza y me miró seriamente.

—Ahí te equivocas, amigo mío. El maestro cumplió con su deber como yo lo hice con el mío y, llegado el caso, espero que tú lo cumplas también. Porque está en juego algo más importante que la vida de cualquiera de nosotros y los sacrificios no han hecho más que empezar —me advirtió.

—¿Qué insinúas, Albert?

—Primero quiero saber qué decía esa profecía. Y no obvies ningún detalle, por favor —remarcó el sabio.

Le recité el augurio y le relaté detalladamente todo lo que había acontecido desde mi regreso a la Tierra, salvo mi encuentro onírico con el hijo de Apofis. Sabía muy bien lo que pensaba sobre los contactos con el Caos y preferí dejar esa historia para cuando llegara el momento de explicarle por qué estábamos allí.

Albert se levantó del sofá y se dirigió al mueble bar que había en un rincón del salón. Parecía haberle cambiado el semblante.

—¿Queréis un copazo? —nos preguntó agitando una botella de Bourbon. No esperó respuesta y llenó generosamente sendos vasos, que transportó en una bandeja junto con la botella de licor—. Quiero proponer un brindis, caballeros —anunció alzando la copa. Nos miramos, Hugo y yo, con extrañeza, pero imitamos a nuestro anfitrión—. ¡Por el maestro!

—¡Por el maestro! —exclamamos tímidamente.

—¡Y por ti, maese Hugo! —añadió el erudito con un guiño.

Albert apuró la copa de un trago y la volvió a rellenar antes de sentarse en

el sofá.

—Supongo que estás aquí por el manuscrito de Ceres, ¿no es así, Gabriel? —me preguntó dejándome atónito.

Dejé la copa encima de la mesita y miré al sabio con incredulidad.

—¿Me estás diciendo que conocías la existencia del manuscrito y no me dijiste nada? ¿Qué está ocurriendo aquí, Albert?

—No es tan sencillo, amigo mío, pero si tienes un poco de paciencia te lo explicaré —dijo encendiendo la pipa con un mixto—. Antes necesito saber cómo supiste de él.

Le relaté, sin ambages y con detalle, todo lo que había sucedido en mi encuentro con Ángelus. Albert escuchó con sumo interés la historia y luego se recostó sobre el respaldo del sofá con cara de preocupación.

—Las cosas están peor de lo que pensaba —aseveró con grave semblante—. Había oído rumores acerca de ese señor Oscuro, pero jamás hubiera imaginado que fuera tan poderoso como para enfrentarse al dragón gris —alegó echando una bocanada de humo.

—¿Entonces, son ciertas las leyendas sobre los dragones celestiales? —exclamé intrigado.

—Siempre me tomé las historias de los dragones que llegaron de las estrellas como fábulas inventadas para adornar la victoria sobre el Caos —declaró fijando la mirada en la copa de licor—. Aunque el maestro me comentó que uno de los primigenios magos blancos le había confesado que conoció a un dragón celestial en la gran guerra. Según parece, también fue de él de quien partió la idea de que escribieran el manuscrito y lo ocultaran en un secreto lugar —declaró—. Y ahora has venido a reclamarlo. ¿Quién lo iba a decir?

—¿Por qué no me contasteis la existencia del manuscrito? —le reproché.

—Ya sabes cómo era el maestro, tan reservado como sabio... ¿Nunca te has preguntado cuál era su nombre? —preguntó dando una calada a la pipa.

Aquella conversación me estaba levantando un fuerte dolor de cabeza.

—¿A qué viene esa pregunta? —aludí extrañado—. Sabes perfectamente que renunció a su nombre para evitar que lo vanagloriaran. Él siempre decía...

—“¡La gloria para los dioses!” —proclamó Albert echando un aro de humo—. Y así debe ser, amigo mío, pero creo que tú debes saber la verdad, porque detrás de un gran nombre hay una gran historia que contar —añadió—. El maestro se llamaba Tao, fue uno de los primeros magos blancos que

crearon los dioses y el fundador de la Orden del Aire, hermandad a la que pertenezco como sumo escriba hechicero. ¿Tampoco lo sabías, verdad? —exclamó al ver mi semblante—. Pero eso no fue lo único que te ocultó. Antes de partir para Aaru, los dioses encargaron a los dos magos blancos más poderosos que se quedaran en la Tierra para que velaran por la seguridad de los espacios dimensionales. Uno fue el maestro Tao y el otro, quién tú ya sabes —apuntó mirándome de reojo—. Y hace largo tiempo, mucho antes de que tú aparecieras en su templo, el maestro me advirtió de la huida de Apofis de su cárcel dimensional y me instó a que siguiera sus movimientos mientras él se encargaba de buscar información que le ayudara a desentrañar una misteriosa profecía que se le había revelado en sueños. Me puse en contacto con los espías que tenía al otro lado de la barrera ultradimensional y me informaron de que la serpiente se hallaba en el palacio del Caos reclutando a sus acólitos para preparar la liberación de sus hermanos de las dimensiones del destierro. Pero aquel no fue mi peor descubrimiento —comentó cariacontecido—. Cuando supe que los hechiceros negros habían conseguido hacerse con el control de alguna de las puertas extraterrenales estudié mis escritos para conocer el paradero de las puertas que conectaban con las dimensiones aliadas. ¿Y sabes qué pasó cuando quise ponerme en contacto con ellos? Que no funcionaron los conjuros que permitían abrirlas. Y eso solo podía significar una cosa; las puertas habían sido cerradas desde el otro lado —advirtió con pesar—. Cuando me reuní con el maestro y le informé de mis pesquisas, no me quedó más remedio que admitir que todo estaba perdido. Pero él, con el misterio que le caracterizaba, me tranquilizó diciéndome: «*Cuando todo está perdido solo cabe la fe*». Y me presentó a un joven hechicero que tenía unas ganas infinitas de aprender. Fue la primera vez que nos vimos, ¿lo recuerdas, Gabriel? —declaró emocionado—. Ese día me confesó que tú podrías ser el “*Elegido*” que anunciaban las leyendas; aquel que pondría fin a la amenaza del Caos. Y me hizo prometer que no te diría nada de lo que habíamos averiguado hasta que llegara el momento de desvelarte la segunda profecía —dijo apurando la copa de un trago.

—¿Una segunda profecía? ¿De qué estás hablando? —proferí asombrado.

Albert fijó la mirada en la chimenea y comenzó a entonar los versos de una canción:

“Pasará el tiempo y su recuerdo se perderá en la memoria, aunque no todos lo olvidarán. El manuscrito partirá hacia un lugar sin retorno dónde esperará a que su legitimario lo vaya a rescatar. Solo uno tendrá ese

derecho, pero ni él mismo lo sabrá. La lluvia anegará las tierras y los vientos mil montañas erosionarán antes de que el iniciado, marcado con el más cruel de los estigmas, lo venga a reclamar”.

Hugo me agarró fuertemente de la mano. Estaba visiblemente emocionado.

—¿Soy yo el “Elegido” que cita la profecía? —aludí extrañado. Albert asintió—. ¿Y dónde ocultaron el códice?

En ese momento se interpuso una montaña flotante en la trayectoria del sol y, por unos momentos, se hizo de noche.

—¡Ah, la pregunta del millón! —exclamó echándome una perspicaz mirada—. Amigo mío, para llegar al manuscrito solo hay un camino; ¡la muerte!

—¿La muerte? —repliqué sin poder dar crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Existe otro lugar mejor dónde ocultarlo? —alegó Albert dejando la pipa encima de la mesita.

Me sentía ofuscado y eso que apenas había probado el licor.

—¿Qué clase de broma es esta, Albert? Soy inmortal y en el caso de que encontrara una forma de morir, ¿de qué me serviría entonces el manuscrito? —razoné—. Nadie puede regresar del más allá.

El erudito miró de soslayo a mi compañero.

—Hugo conoce un camino para hacer posible ese imposible —anunció—. Él será la llave que te abrirá las puertas del inframundo y la luz que te traerá de vuelta antes de que las garras de la muerte se cierren inexorablemente sobre ti.

—¿Es cierto lo que dice Albert? —Hugo asintió con la mirada sombría—. Pero ¿cómo...?

—Acudiendo a mi lado oscuro, Gabriel. Es la única forma que tengo de mediar con la muerte tu tránsito por el inframundo —precisó.

—No permitiré que arriesgues el alma, Hugo. ¿No recuerdas lo que te reveló el oráculo? —negué taxativamente—. Ya encontraremos alguna otra forma de llegar al manuscrito.

—No la hay —aseveró—. Además, si tengo que encontrar mi verdadero destino no me quedará más remedio que ponerme a prueba. ¿Y qué mejor oportunidad que esta para intentarlo? —señaló con firmeza—. Así lo dicta mi corazón, ¡y así lo haré! Pero voy a asegurarte una cosa, Gabriel. Te llevaré al inframundo y te traeré de vuelta... ¡con o sin el códice!

Albert se levantó del sofá y anunció, dando unas palmadas:

—Creo que Hugo ha tomado una decisión, amigo mío. Pero antes de que intentes convencerme de que lo mejor es que partáis de inmediato en búsqueda del manuscrito voy a aclararte que eso puede esperar a mañana. Esta noche la pasaréis conmigo y Hugo me deleitará con una espléndida cena. ¡Me lo debéis! —sentenció sin darme opción a contrarréplica—. Algo me dice, maese Hugo —musitó mientras se lo llevaba del brazo—, que tratáis el arte culinario con el mimo y la exquisitez de los más selectos sibaritas.

Y sin más, se marcharon los dos zampabollos a la cocina dejándome a solas con mis tétricos pensamientos. Más allá de las montañas flotantes, una sombra purpúrea languidecía tiñendo el cielo con los policromados tonos del atardecer.

Después de degustar las delicatessen que Hugo había elaborado con esmero, nos sentamos en el sofá para fumar un aromático tabaco de Arabia. Albert aprovechaba los pocos viajes que realizaba a la Tierra para aprovisionarse de tabaco, Bourbon, caviar y champagne francés, sus más preciados caprichos.

Mientras Albert luchaba por mantener los ojos abiertos se me vino a la memoria una cuestión que se me había olvidado comentarle.

—¿Qué sabes sobre la nueva amenaza que se ha cernido sobre la Tierra?
—El erudito me miró extrañado—. Me refiero a la fuga de energía vital de los mortales.

—¿Ah, eso? Es un fenómeno muy curioso, es verdad, pero de ahí a calificarlo de amenaza... —comentó dando una calada a la pipa.

No podía creer que Albert se tomara a tan a la ligera mi advertencia.

—Pero ¿no te resulta inquietante que no se perciba a nadie detrás de ese suceso? —insistí.

—Eso es lo que *ellos* quieren que pensemos —comentó conteniendo un bostezo.

—¿Ellos? —exclamó Hugo intrigado.

Albert se recostó sobre el respaldo y respondió:

—Yo les llamo *devoradores de sombras*. ¿No los percibisteis, verdad? —Ambos le miramos extrañados—. Son unos seres intangibles e invisibles que se amparan bajo la necesidad de la conciencia humana, por eso son tan difíciles de detectar. Como ves, Gabriel, sí que hay alguien detrás de ese fenómeno, pero son totalmente inofensivos.

—¿Inofensivos movilizando tal cantidad de fuerza vital? —Albert me miró con indiferencia—. ¿Y para qué la querrán?

—Lo ignoro —dijo con un bostezo—. De todas formas, insisto en que tildar de amenaza a unos insignificantes seres cuyo único delito es robar una energía de la que no puede obtenerse poder alguno lo considero excesivo, Gabriel.

Por desgracia, yo no compartía su tranquilidad.

—¿Y si no es así, Albert? —objeté—. ¿Cómo nos defenderemos de un

enemigo invisible?

—Querido amigo, ¿no crees que ya tenemos suficientes problemas de los que preocuparnos? —atajó con otro bostezo—. Como bien dices, nada podemos hacer ante una amenaza invisible salvo estar vigilantes por si un día decidiera manifestarse. Entonces podremos evaluar el riesgo y actuar con contundencia —puntualizó amagando un bostezo más.

—Creo que debemos irnos a descansar —me susurró Hugo al oído.

Albert estaba que se caía de sueño.

—Si tú estás convencido de que no son una amenaza me dejas más tranquilo, pero seguiré indagando hasta que averigüe cuales son las intenciones de esos devoradores de sombras —advertí viendo, por el rabillo del ojo, cómo Hugo me hacía gestos para que finalizara la conversación—. Creo que ya hemos abusado suficiente de tu hospitalidad, Albert. ¿Nos vamos a dormir?

—¡Ay! Estoy ya demasiado viejo para trasnochar —señaló mientras se levantaba del sofá—. Acompañadme, amigos míos. Os llevaré a vuestras habitaciones.

Albert se despidió de nosotros en la puerta, después de advertirnos de que el desayuno se serviría a las siete en punto. La cámara tenía dos camas y comunicaba con un baño a través de un arco. Mientras Hugo se metía en la bañera, me estiré sobre el colchón sin desvestir y nada más apoyar la cabeza en la almohada me quedé dormido. Aquella noche, volví a soñar. Pero el sueño vino hilvanado con unas horrendas pesadillas.

Me vi atrapado en una espesa niebla y el aire se hacía irrespirable debido al nauseabundo olor a pescado podrido que flotaba en el ambiente. Una ráfaga de viento disipó parcialmente la bruma dejando a la vista una desangelada playa. Las olas iban dejando sembrada la orilla de peces muertos mientras unas manadas de cuervos se arremolinaban a su alrededor dándose un horrendo festín. «“¿Quién habrá perpetrado esta barbarie?”», me pregunté mientras me tapaba la nariz con un pañuelo. Entonces un estruendo captó mi atención desde las alturas. Agudicé la vista y vi a unos buitres esperando su turno sobrevolando con su macabra danza un cielo gris-violáceo. Pero no habían sido los carroñeros quienes alertaron mis sentidos. Planeando por encima de ellos se recortaba el contorno de una alimaña alada cuyas proporciones me sobrecogieron.

En ese momento presentí una amenazante presencia cerca de mí y apareció

Ángelus emergiendo de la neblina. Me miró con odio antes de abalanzarse sobre mí empuñando una daga dorada. Pero un estridente alarido abortó su ataque haciéndole retroceder preso del pánico. Miré hacia el tenebroso cielo y vi cómo un gigantesco dragón gris se precipitaba a gran velocidad sobre él. Pero Ángelus se desvaneció antes de que pudiera hacerle presa y el dragón dio media vuelta y, tras agitar sus ciclópeas alas, se posó en la arena a escasos centímetros de mí. La bestia agachó la cabeza hasta ponerla a mi altura y me observó con unos profundos ojos avellana. Después emitió un atronador grito que me hizo perder el sentido.

Desperté en el interior del mausoleo dónde había visto al dragón gris por primera vez. Me acerqué a la estatua, perseguido por el eco de mis pasos, y alargué la mano hasta que la posé en la fría roca. No pude evitar estremecerme al presentir su alma cautiva, pero una magia muy poderosa me impedía conectar con él. Entonces, escuché un seco crujido y una de las garras del dragón cobró vida apareciendo un hermoso zafiro azul encastrado en uno de los dedos. No podía ni pestañear contemplando el brillo que desprendía la gema, pero al intentar tocarla se abrió un abismo a mis pies que me hizo caer por un profundo vacío.

Esta vez desperté con el canto de unos pájaros. Estaba tumbado sobre un perfumado césped viendo cómo las arqueadas y vertebradas hojas de unas palmeras se recortaban bajo un cielo añil. Durante unos instantes me quedé embelesado con las sincronizadas piruetas que realizaba una bandada de golondrinas hasta que percibí una llamada. Cuando me levanté descubrí que me encontraba en los lindes que separaba un oasis de las dunas del desierto.

Volví a sentir la llamada y me adentré en la espesura discurriendo por una caminito tapizado de tréboles hasta que aparecí a los pies de un estanque. La voz había desaparecido de mi mente pero no su eco, que se percibía disperso entre aquellas aguas. Me desnudé y, tras zambullirme en la laguna, nadé hasta una cascada atraído por una silueta que se intuía en su interior. De pronto, la sombra desapareció y poco después emergió el cuerpo desnudo de una mujer delante de mí.

Era esbelta, de tez morena y tersos pechos, pero su larga melena azabache me impedía verle la cara. La joven se apartó los mojados mechones con las manos dejando al descubierto un rostro de bellas y armónicas facciones. Pero no fue hasta que abrió los ojos, del color del océano, cuando quedaron destapados mis más profundos sentimientos.

En cuanto me vio se asustó y se alejó mirándome con extrañeza, como si

estuviera viendo a un fantasma. Por desgracia su imagen comenzó a desvanecerse indicando que el sueño estaba llegando a su fin. Intenté resistir a la fuerza que tiraba de mi voluntad y estiré el brazo hasta que mis dedos rozaron sus carnosos labios. Luego, se hizo la oscuridad.

Desperté con una fuerte sacudida. Estaba bañado en sudor y tiritando de frío. Me tapé con una manta e intenté, en vano, rescatar en el vacío de mi memoria una senda que me llevara hacia el recuerdo de aquella mujer.

Aún faltaban unas horas para el alba, pero sabía que ya no podría dormir más. Me puse la capa y salí a la terraza a tomar el aire. Y allí permanecí, fantaseando con volver a reencontrarme con la enigmática dama de mis sueños, hasta que despuntó la alborada.

Hugo apareció en la terraza cuando comenzaba a asomar el sol entre las montañas flotantes. Parecía haberse levantado de buen humor y se sentó a mi lado a contemplar aquel atípico amanecer. Durante unos minutos no nos dijimos nada y permanecimos ensimismados viendo cómo una lengua de luz avanzaba por las laderas de las montañas despertando los colores de la tierra.

—¿Te das cuenta de las paradojas que tiene la vida? De pensar que el mundo se reducía a lo que podía abarcar con la vista y ahora..., ¡fíjate! —añadió con la mirada iluminada—. ¡Hay tanto por descubrir!

En ese momento una de las montañas viró de rumbo acercándose peligrosamente hacia la casa. Pero antes de llegar a los lindes volvió a encauzar su dirección y prosiguió su camino siguiendo el cauce del río. Después del pequeño susto volví a pensar en las palabras de mi amigo y le confesé:

—¡No sabes cuánto me alegra que estés junto a mí!

—Pues sí que nos hemos levantado melancólicos —bromeó Hugo al tiempo que se desperezaba provocando el crujido de todas sus vértebras— ¡Uf! Parece que haya estado peleando toda la noche con el colchón —comentó echándose las manos a la espalda—. ¿Y qué tal has dormido tú?

Hugo no sabía el alcance de su pregunta y, como no podía quitarme de la cabeza los sucesos que me asaltaron durante aquella extraña noche, decidí narrarle mis intrigas.

—Vaya... ¿Así que has tenido una noche movidita, eh? ¡Y qué calladito tenías lo de esa morenaza! —exclamó con cara de picarón.

—No te burles de mí, compañero. ¡Ojalá fuera capaz de interpretar correctamente los mensajes que me llegan desde la voluble Onírica!

Hugo estiró las piernas y sonrió.

—Con lo cabezota que eres, patas largas, no me cabe la menor duda de que tarde o temprano lo conseguirás.

—¡Buenos días! —canturreó a nuestras espaldas Albert.

El erudito, que había salido de la casa en batín, se nos acercó haciendo estiramientos por el camino.

—Hola, Albert, te veo en plena forma —le comenté cuando estuvo a mi lado.

—No te creas, estoy más oxidado de lo que parece —bromeó poniéndose de cuclillas—. ¿Cómo habéis pasado la noche?

—Muy bien, gracias —mintió Hugo.

—¡Menos mal! Temía que extrañarais los colchones; tienen tan poco uso —comentó con un bostezo—. Pero ¿qué hacemos de cháchara con el estómago vacío? Os voy a preparar un desayuno que no olvidaréis en mucho tiempo —anunció con unas palmadas—. ¿Alguna sugerencia?

—Solo café y tostadas, amigo mío. Quisiera partir lo antes posible —comenté, para desencanto de ambos—. Por cierto... —dije mientras me levantaba del suelo—. ¿Puedo consultar tu biblioteca? Me gustaría recabar algo de información sobre el inframundo antes de adentrarme en él.

—¡Ya sabes dónde está, Gabriel! —resolvió Albert—. ¿Qué te parece, maese Hugo, si preparamos juntos el desayuno? —le comenté mientras ponían rumbo a la cocina.

Aunque ya había visitado aquel lugar en más de una ocasión, no podía dejar de impresionarme cada vez que entraba en aquella sala atestada de saber. La biblioteca ocupaba varias alturas a las que se accedía mediante un complejo mecanismo de escaleras mecánicas. El orden reinante contrastaba con las interminables librerías que se extendían, tapizando suelos y paredes, formando un laberinto de conocimiento sin igual en todo el mundo. Y lo más sorprendente de aquel lugar era el increíble sistema de búsqueda que había ideado Albert para localizar fácilmente aquello que uno necesitaba entre su vasta bibliografía. Solo bastaba con pensar en la información que se deseaba encontrar y la magia te guiaba hacia el estante y el volumen que la contenía. Por desgracia, pude reunir muy poca información sobre el inframundo, tras dejarme los ojos en los cientos de páginas que revisé. Pero, por lo menos, no me fui de vacío de allí.

Después del frugal almuerzo, nos despedimos de nuestro anfitrión a las puertas de su jardín, no sin antes hacernos prometer que una vez finiquitada la misión le dejaríamos echar una ojeada al manuscrito de Ceres.

—Dalo por hecho, amigo mío —le garanticé—. ¿Y tú qué harás?

—Mis tiempos de erudito se han acabado, querido Gabriel. Se avecina una tormenta y queda todavía mucho por hacer —anunció con serio semblante—. Me encargaré de que todos los magos de mi hermandad estén preparados, por

lo que pueda pasar. Aunque... ¡somos tan pocos! —dijo con un suspiro—. Por cierto, recuerda que todavía quedan aliados a los que acudir si somos capaces de dejar los prejuicios atrás —comentó dándome un cariñoso abrazo—. Ahora vete, que ya sabes que no soy muy amante de las despedidas.

Nos separamos y dejé que mi compañero se despidiera de él.

—¡Jamás esperaré conocer a alguien como tú, maese Albert! —anunció emocionado.

—Lo mismo digo, maese Hugo. Ya sabes que aquí tienes tu casa y a un amigo —certificó dándole un fuerte abrazo—. ¡Y cuida bien de Gabriel en su tránsito por la muerte!

Dejamos a Albert en la cerca del jardín y nos dirigimos hacia la puerta dimensional. Hugo apenas abrió la boca en todo el trayecto y yo preferí no hacer mención de la misión, pues sabía que era la causante de su mutismo. Y tal como habíamos entrado a su mundo salimos de él.

Nada más poner un pie en nuestro planeta nos cayó un fiero aguacero. Como estaba anocheciendo, fuimos descendiendo penosamente entre los riscos intentando no desviarnos del tenue sendero que nos llevaría de vuelta a casa. La caminata se me hizo bastante larga, pero antes de que nos sorprendiera el crepúsculo ya habíamos llegado a nuestro hogar.

Mientras Hugo se encargaba de encender un fuego en la chimenea yo preparé la mesa para tomar una frugal cena a base de pan, aceite y pescado en salazón.

—No sabes cómo me alegro de que me convencieras para acompañarte —comentó Hugo cuando acabamos de cenar—. Además de ser un gran tipo, Albert sabe transmitir tranquilidad y sabiduría a los que están a su alrededor. Tras conocerle, tengo la sensación de que cada pensamiento que tengo parece más sensato.

—Esa fue otra de las razones por la que acudimos a visitarle, Hugo —le confesé—. Por cierto, voy a ir un momento a la biblioteca a hacer una consulta; no tardaré.

—¿No te espero para irnos a dormir, verdad? —advirtió con una irónica sonrisa.

No tuve que responderle, Hugo me conocía demasiado bien para adivinar la respuesta.

Y con paso decidido me dirigí a mi estudio para ver si podía verificar una pista que había hallado en la biblioteca del Albert.

CAPÍTULO 2.

EL MANUSCRITO DE CERES.



“No es cuestión de interpretación, Hugo, sino de perspectiva...”.

1

La pista versaba sobre el tránsito por el mundo de los muertos, estaba firmado por un tal *Kh* y procedía de un relato, que formaba parte de un antiquísimo tratado de ciencias ocultas. El autor en cuestión describía las vicisitudes que había experimentado en su paso por el inframundo y cómo se las ingenió para escapar de la muerte. Había algo en aquellas líneas, trazadas con pulso firme y letra clara, que atrajo mi atención desde el principio; era la huella de la magia ancestral. Solo tenía sus iniciales, pero me aferré a ellas para buscar en mi biblioteca algún otro escrito que también estuviera firmado por el misterioso autor.

Cuando llegué al estudio, me detuve delante de las estanterías y miré con orgullo el compendio documental que había coleccionado durante siglos y que siempre llevaba conmigo, allá adonde fuera. Ciertamente era, que una gran parte de los libros de la biblioteca pertenecieron a mi difunto maestro, pero alguno de los volúmenes más importantes los había ido recopilando en mis muchos viajes dimensionales y también en la Tierra. Recopilé un buen número de tratados y los dejé en la mesa para su estudio.

Por desgracia, tras revisar un sinfín de libros, de diferentes épocas y procedencias, tuve que darme por vencido al no encontrar ningún otro relato del enigmático *Kh*. Me recosté sobre la butaca y me masajé las sienes con las yemas de los dedos con la intención de desterrar un incipiente dolor de cabeza. En ese momento el reloj del estudio marcó las dos de la mañana y me levanté para ir a la cocina a por algo de comer.

De música de fondo, los ronquidos de mi amigo competían con el bramar del viento ululando entre los árboles. Devoré un trozo de carne fría, que me supo a gloria, y me tomé un buen tazón de café. Como no tenía sueño, ni ganas de volver a devanarme los sesos entre montañas de libros, me senté en la banqueta a fumar. Y, escuchando el crepitar del tabaco quemándose en el hornillo de la pipa, me dejé llevar por el sosiego hasta que me quedé dormido.

El estruendoso golpe de una rama contra la ventana me despertó. Afuera, el vendaval agitaba las copas de los árboles en un frenético baile rompiendo

el silencio de la noche. El susto me había despabilado y como hacía fresco decidí retirarme hacia un lugar más acogedor. Fui al salón y coloqué un par de troncos en el hogar, para que se avivara el fuego, antes de acomodarme en el sofá al abrigo de una manta. Ya no me dolía la cabeza, pero me sentía decaído por el resultado de mis pesquisas. Volví a encender la pipa y, mientras paseaba distraídamente la mirada por la librería que había delante de la chimenea, reparé en un pequeño libro cuya existencia me había pasado inadvertida hasta ese momento. En sus doradas tapas, que refulgían lamidas por el reflejo del fuego, descubrí algo que atrajo inmediatamente mi atención. No fue su título: “*De los dragones celestiales a los dioses de Egipto*”, sino el nombre de su autor; “*Khaldun*”. *Kh* fueron las iniciales que se esbozaron en mi mente antes de que saltara disparado del sofá para recoger el extraño libro.

Lo tomé entre las temblorosas manos y lo observé sintiendo los acelerados latidos de mi corazón. Luego volví a sentarme y orienté el texto hacia la luz que proyectaba el hogar con la intención de poder leerlo con mayor claridad. Cuando hojeé las primeras páginas descubrí que el trazo de aquellas letras se correspondían con las del autor que había relatado su periplo por el inframundo y comencé a leer su contenido con expectación.

Khaldun iniciaba la narración relatando la llegada de los dragones celestiales a la Tierra.

«Eran los cuatro hijos de los dragones grises, creadores del universo, y representaban el equilibrio armónico. El dragón azul, que era el mayor de los hermanos, encarnaba el Orden. A este le seguían los dragones rojos, almas gemelas y complementarias, de cuyos corazones manaba el amor. Y el menor de ellos era el dragón negro, un ser oscuro y reservado, que concentraba en el alma la esencia del Caos».

«Los dragones celestiales emprendieron un viaje intergaláctico que duró eones buscando una energía única en el universo, la magia ancestral, que se había originado cuando sus padres enlazaron sus almas y que desde ese momento se mantenía oculta en algún recóndito lugar. Y la hallaron concentrada en un planeta estéril, que orbitaba alrededor de una estrella, y que, a su vez, tenía un satélite orbitando entorno a él. Los dragones rojos fueron los primeros que interpretaron la magia ancestral y crearon el cielo y la tierra. Los ríos, los mares y los océanos fueron obras del dragón azul. Y el dragón negro, que era el que peor supo descifrarla, originó los volcanes, los vientos huracanados y demás fenómenos naturales. A partir de ese momento

aparecieron las primeras formas de vida en el planeta y se formaron las cadenas montañosas, los bosques, las selvas y los desiertos. Y fue precisamente en las desérticas pero fértiles tierras del delta del Nilo dónde los dragones celestiales decidieron fundar su hogar».

«A partir de ese momento, se dedicaron a explorar el planeta y en una de esas excursiones el dragón rojo, que era el único que había heredado de sus padres el don de combinar el espacio y el tiempo a su voluntad, encontró un lugar donde la magia ancestral se manifestaba de una manera especial y creó una puerta que enlazaba con el intrincado espacio-tiempo a través de la cual se podía viajar hasta los confines del universo. A esa puerta, la primera de todas las que originó el dragón rojo, la acabarían llamando mucho después la *Puerta de puertas*».

«Gracias a la primera puerta dimensional, los dragones celestiales contactaron con sus padres y les convencieron para que visitaran el planeta. Y estos se quedaron tan maravillados con lo que vieron que decidieron quedarse a vivir allí. Por desgracia, el dragón negro, celoso de la admiración que sentían sus padres por las obras de sus hermanos, tuvo un arranque de ira y desató una aterradora tormenta en el desierto. Las aguas del Nilo engulleron los campos transformándolos en lodazales y los vientos huracanados convirtieron uno de los oasis más bellos en un arenal. El dragón gris condenó enérgicamente el proceder de su hijo menor quien, humillado y con el corazón corrompido por un sentimiento inédito hasta ese momento, el odio, decidió abandonar el planeta a través de la *Puerta de puertas* para buscar un mundo en el que poder vivir en soledad. El dragón negro llegó a la dimensión del Fuego y la privó de la luz del sol para que no luciera jamás».

«Sus hermanos, que lo querían tal y como era, lamentaron aquella decisión, pero esa tristeza quedó disipada con la noticia del nacimiento de sus hermanos terrenales. La dragona gris, al ser consciente de su embarazo, utilizó la magia ancestral para transformarse en un ser humano, pues de otra manera sus hijos no hubieran podido nacer en el planeta. Y dio a luz a tres vástagos, que ya nacieron con apariencia humana. Al mayor lo llamó Anubis, a la mediana Neftis y al menor Seth. Los dragones celestiales decidieron adoptar también un aspecto humano y le pidieron a su madre que les pusiera un nombre. Al dragón azul, que se había convertido en una bella mujer de ojos azules, la llamó Anuket. Horus y Hathor fue los nombres que les puso a los dragones rojos. Y no se olvidó del dragón negro, a quien llamó Sejmet al poseer un alma femenina. Al dragón gris, que fue el último que tomó la

forma humana, lo llamó Osiris. Todos tenían un nombre, excepto ella, y fueron sus hijos quienes decidieron llamarla Isis».

En ese momento me levanté del sofá y me dirigí a la ventana para despejar un poco la mente. Afuera ya había amainado el vendaval y el brillo de las dos lunas se dejaba entrever entre los árboles del bosque. «*“Así que no fueron los egipcios quienes les pusieron nombre a sus dioses, sino la dragona gris. ¡Qué curioso!”*», medité mientras abría la ventana y dejaba que la brisa de la madrugada me despabilara. Luego regresé al sofá y, tras encender la pipa, volví a enfrascarme en la lectura del libro.

«Tal fue la dicha que sintieron Isis y Osiris con el nacimiento de sus hijos terrenales que quisieron dejar su huella en la Tierra creando a los seres humanos a su imagen y semejanza. A los primeros que poblaron el planeta, los dioses les otorgaron la gracia de la inmortalidad y les enseñaron los secretos de la magia ancestral creándose así la estirpe de los primigenios magos de la Luz. Sus primeros descendientes, ya mortales, se asentaron en las fértiles tierras del delta del Nilo donde prosperaron como pueblo conviviendo con los magos blancos y los dioses. Y, tras varias generaciones de los hombres, los dioses decidieron poblar ricas zonas del planeta que estaban deshabitadas para que la humanidad pudiera reproducirse en paz y prosperidad. Pero la felicidad que reinaba en la Tierra se truncó con la llegada de los señores del Caos. Aunque el infortunio se había originado mucho antes, cuando Seth traicionó a su familia obcecado por un amor no correspondido».

«Seth estaba enamorado de Neftis desde que compartieron el vientre materno. Pero al ser el último en nacer llegó tarde para conquistar su corazón; ella ya amaba a Anubis, su hermano mayor. Seth acudió a su padre para que intercediera en su favor, pero Osiris se negó tajantemente a hacerlo alegando que no podía contentar a un hijo haciendo infeliz a otro. Seth sucumbió ante el odio y fue a visitar al dragón negro a la dimensión del Fuego para pedirle consejo. Este lo acogió con los brazos abiertos y se aprovechó de la debilidad emocional de su hermano para convencerle de que la única forma de conquistar el corazón de Neftis era matando a Anubis y a Osiris. Seth no dudó, ni por un instante, cuando el dragón negro le alentó a mezclar la magia ancestral, que poseía por haber nacido en la Tierra, con la magia negra germinada en su pútrido corazón. Y juntos crearon la daga dorada, un arma

inofensiva a simple vista pero que era la única capaz de matar a un dios».

En ese momento no pude evitar estremecerme al recordar que Ángelus quiso hacerse con ella cuando se enfrentó al dragón gris. Le di una calada a la pipa y orienté de nuevo el libro de nuevo hacia la lumbre para continuar leyendo.

«Seth le comentó a su hermano que no podían perpetrar el parricidio sin un ejército, pues los dioses, además de superarles en número, contaban con un gran número de magos blancos y de guerreros humanos. Al dragón negro no le quedó más remedio que tomar la apariencia humana para convertirse en Sejmet y así poder engendrar junto a Seth a la casta de los señores del Caos. De aquella unión nacieron cinco hijos; Apofis, el señor del fuego, Alrinach, la señora de las tempestades, Abaddon, el destructor, Sekhen, el señor de la guerra y Magnolia, la señora de la naturaleza. Y les ordenaron que crearan a una hueste de hechiceros negros originándose las “*Legiones de la Muerte*”. Sejmet y Seth llegaron a la Tierra a través de la *Puerta de puertas* e idearon el asalto en plena noche, sin ser conscientes de que la luna les estaba observando. Y esta alertó a Neftis de los pérfidos planes de la Oscuridad».

«Cuando Seth les abrió la puerta a las “*Legiones de la muerte*” se encontraron con un ejército, formado por una alianza entre dioses, magos blancos y hombres, que les hicieron frente iniciándose la gran guerra entre el Orden y el Caos. La contienda culminó con el destierro dimensional del bando de la Oscuridad, pero en los tres meses que duró la batalla murieron muchos de los primigenios magos y quedó casi aniquilada la humanidad. Y después de la tempestad llegó la calma y con ella la reflexión».

«Osiris reunió a todos los aliados de la Luz en el primer y único cónclave del Orden que se celebró en la Tierra, donde fueron juzgados los señores del Caos por su perfidia. Al dragón negro lo condenaron a vivir confinado en un planeta ubicado en los confines del universo y a Seth lo enviaron a una prisión que construyeron en un mundo ubicado en el otro extremo del cosmos. Y a los señores del Caos los enviaron a las dimensiones del destierro. Osiris, ante la imposibilidad de destruir la daga dorada, decidió custodiarla personalmente, así como el Zafiro estrellado, la llave de las dimensiones del destierro. Horus abrió diferentes puertas dimensionales en el planeta, independientes de la *Puerta de puertas*, y las conectó con otros mundos a los que habitaron con personas con la intención de instaurar la

“*Orden de la Luz*”, una alianza que debería mantenerse indeleble en el tiempo para asegurar el mantenimiento de los espacios dimensionales libres del Caos. Neftis agradeció el gran servicio ofrecido por la luna concediéndole su ferviente deseo de ser madre y en el siguiente plenilunio dio a luz a una gata, de misteriosos ojos verdes y extraordinarias cualidades videntes, que se encargaría de velar por la seguridad de las personas allá adonde estuvieran. La última decisión que tomaron los dioses fue que abandonarían la Tierra para cerrar la *Puerta de puertas* para siempre, evitando así el riesgo del retorno de la Oscuridad».

«Los dioses exploraron los espacios dimensionales hasta que dieron con un planeta muy similar a la Tierra, al que llamaron *Aaru*, y, después de cerrar la *Puerta de puertas*, Horus la hizo invisible y dividió la llave en varias gemas mágicas que fueron entregadas a los mandatarios de las dimensiones aliadas dejando así abierta la posibilidad de regresar en el caso de que volviera a cernirse la amenaza del Caos sobre el planeta. De esta manera los dioses, tanto del Orden como del Caos, quedaron separados de la Tierra por la infranqueable barrera ultradimensional. Pero para asegurarse de que, llegado el caso de amenaza de la Oscuridad, los dioses pudieran regresar a al planeta, Horus originó una profecía y encomendó a uno de los más sabios magos blancos que escribiera un libro que contuviera los secretos de la magia ancestral y que lo hiciera desaparecer hasta que llegara el momento en el que fuera reclamado».

«Khaldun concluía el relato anunciando que el dragón negro volvería a retar a las fuerzas del Orden con un poder supremo que había ido a buscar más allá de los confines del universo. Y advertía que lo único que podría detener la apocalipsis era una nueva alianza en la que hombres, magos y dioses volvieran a luchar juntos para conjurar, de una vez por todas, la amenaza del Caos».

Cerré el libro y me recosté sobre el respaldo del sofá pensando que aquel escrito no había caído en mis manos por casualidad, cosa que se evidenció cuando se desvaneció misteriosamente dejando suspendida en el ambiente la sutil impronta de la magia ancestral.

Me levanté del sofá, justo cuando el primer rayo de la alborada entraba por la ventana. «*Todo renace con el nuevo día*», me dije sintiendo cómo se regeneraba mi estado de ánimo.

Y con aquella maravillosa sensación, salí al porche a contemplar el amanecer.

Después de darme un baño, que resultó ser balsámico, me afeité y me recorté un poco los cabellos. Por primera vez en muchos años me sentí a gusto con la imagen que me devolvió el espejo. Luego me fui a la cocina y me puse a cocinar unas tortitas. Todo estaba en silencio y por la ventana se filtraban, a merced de la cortina, unos tenues rayos de sol con sabor a primavera. Cerré los ojos y me dejé llevar por la sensación de bienestar que me producía al estar tan cerca de dar un paso definitivo en mi vida.

Cuando el perfume del café comenzó a endulzar el ambiente, apareció Hugo. Y no traía buena cara.

—¿Te fuiste a dormir a las tantas, no? —me soltó desde el quicio de la puerta, ojeroso y rascándose el cogote—. No he podido pegar ojo en toda la noche y cuando por fin conseguía hacerlo, vas y me despiertas con tu trajín en la cocina —refunfuñó mientras se acercaba a la mesa.

Le miré y sonreí recordando sus ronquidos en mitad de la noche.

—Alegra esa cara, cascarrabias, que nuestros desvelos no han sido infructuosos —le comenté dejando el desayuno encima de la mesa.

Hugo se sentó en la banqueta y se sirvió un tazón de café.

—No sabes cómo envidio que estés tan risueño esta mañana, patas largas —señaló al tiempo que ensartaba una tortita con el tenedor—. ¿Y qué es eso tan importante que has conseguido averiguar? —Me senté a su lado y mientras desayunábamos le fui relatando los descubrimientos que había hallado en el libro de Khaldun—. ¿Y ya está? —protestó con la boca llena—. No entiendo tu optimismo, Gabriel —comentó cuando se tragó lo que estaba masticando—. Lo único que has sacado en claro con tu investigación es la certeza de que el manuscrito está esperándote en el inframundo y eso..., ya lo sabías —apuntó mirándome de reojo—. ¡Ah!, y esa aciaga profecía sobre el regreso del dragón negro y sus apocalípticas intenciones. Desde luego, ¡animando eres un hacha!

—No te lo tomes a mal, amigo, pero estás irreconocible. ¿Dónde está ese Hugo optimista, capaz de diferenciar los colores del arcoíris dónde otros ven sombras? —repliqué, un tanto alarmado con su estado anímico—. Ya sé que

no es mucho, pero nunca hasta ahora había conocido con tanto detalle, ni de tan buena tinta, la historia de nuestros dioses. ¡Y ya sabes lo que se dice!; “*Quien olvida su historia está condenado a repetirla*”. —Mi argumento no pareció hacer mella en me compañero, a juzgar por cómo seguía engullendo la tortita—. Por lo menos ahora he aprendido a tener fe... ¿No era lo que tú querías?

Hugo dejó de masticar y me miró con el semblante más suavizado.

—Perdóname, chico, pero estos nervios están acabando conmigo —se disculpó antes de limpiarse la boca con una servilleta—. Tienes razón, no debemos perder la fe y si una vez se le pudo hacer frente al Caos seguro que podemos volverlo a hacer. Pero esta vez la situación es diferente, ¿no crees? —comentó seriamente—. Ahora no se encuentran con nosotros ni los dioses ni esos poderosos magos blancos..., y no te ofendas, amigo, que te lo digo desde el más profundo respeto —se apresuró a decir—. Si lo que vaticina ese tal Khaldun es cierto..., ¿qué podremos hacer para frenar ese poder supremo?

Realmente eso era lo que más preocupado me tenía.

—Tus temores son ciertos, pero a medias, amigo mío —señalé—. Mientras el Caos no encuentre la ubicación de la *Puerta de puertas* nos separa una barrera insalvable hasta para el dragón negro, la barrera ultradimensional. Además, tampoco tienen la llave —alegué.

—¿Y si es el dragón negro el que está detrás de la usurpación de la fuerza vital de los mortales? Tal vez él le ha encontrado una utilidad, como..., abrir puertas secretas —aventuró Hugo rascándose la oreja.

—No creo que los devoradores de sombras tengan nada que ver con él, pues de lo contrario yo habría detectado la impronta del Caos —objeté—. Pero no por ello resulta menos inquietante tener esos dos frentes abiertos. ¿Ves? Ya tenemos otra razón para recuperar el manuscrito perdido —razoné provocando el gruñido de Hugo—. Siento añadir más presión a la que ya tienes, amigo mío, pero...

—Te prometí que te llevaría al inframundo, pero también que te traería de vuelta a casa. ¡Y no faltaré a esa promesa! —sentenció golpeando con las palmas de las manos en la mesa. Luego se levantó y se dirigió a los fogones a por la cafetera—. ¿Te apetece un café?

Asentí con un gesto lamentándome, una vez más, de mi falta de empatía.

—Solo te pido que no te precipites a la hora de hacerme regresar —le comenté cuando regresó con la cafetera en la mano.

—No dispondrás de mucho tiempo, ¿sabes? —manifestó mientras llenaba

mi taza de café—. Iniciaremos el viaje con el crepúsculo y solo podré mantener abiertas las puertas del inframundo hasta el amanecer. Hasta ese momento esperaré, no más —apuntó.

—Entonces seré rauda en la búsqueda —señalé sintiendo un escalofrío.

Ya no hablamos más. Después de tomar el café, recogimos la mesa y preparamos un picnic para ir a pasar el día al lago. Pensamos que se nos pasaría el tiempo más rápido si no estábamos pendientes de las manecillas del reloj.

Lo cierto es que en el lago hacía mucho calor, incluso en el agua, y las horas pasaron muy lentamente. Después de comer nos echamos un rato a la sombra con la esperanza de despuntar una cabezada, pero finalmente acabamos matando los nervios fumando hasta que, con el tercer atardecer, emprendimos el camino de regreso.

Llegamos a casa con las últimas luces. Hugo estiró una manta sobre la mesa del salón y acomodó una almohada en un extremo. Después aprovisionó de abundantes troncos la chimenea y encendió un buen fuego.

—¿Estás preparado? —me preguntó haciéndome un gesto para que me estirara encima de la mesa.

Me tendí panza arriba y me envolví con la capa mientras observaba cómo Hugo se situaba justo detrás de mí. Sentí el frío tacto de sus dedos en las sienes y de repente temí fracasar.

—Ya sabes que prefiero perderme para siempre en esa extraña dimensión a volver sin esperanza —le advertí con nerviosismo.

—Ahora no debes preocuparte por eso, patas largas. Tú haz lo que debas hacer que yo me encargaré de velar en todo momento por ti —resolvió.

Hugo comenzó a entonar unos versos con una gutural voz y en un lenguaje que no supe interpretar. Poco a poco su cántico me fue envolviendo los sentidos y fui entrando en un estado de profundo letargo. Su voz resonaba muy lejana, como si fuera un remoto murmullo que se perdía entre los latidos de mi corazón. Después llegó el frío y se me fue entumeciendo el cuerpo hasta que la rigidez me impidió respirar. Entonces espiré una entrecortada bocanada y el tiempo se congeló.

Al abrir los ojos vi que me encontraba en un espacio deslumbrantemente blanco y carente de perspectiva. No sabía si estaba sentado, tumbado o de pie, pero tenía mucho frío y sentía un punzante dolor en el pecho. Eché un pie hacia delante y al sentir que tocaba el suelo comencé a dar cautelosos pasos sin ninguna dirección. Así deambulé hasta que una pared invisible me barró

el paso. Entonces miré hacia atrás y sentí un profundo vértigo al verme atrapado en la nada. Me senté, en lo que debería de haber sido el suelo, y cerré los ojos intentando expulsar el miedo que atenazaba mi voluntad. Y a medida que fui controlando los nervios comenzó a remitir el frío y me pareció escuchar una voz en mi interior. Dejé la mente en blanco y el rumor comenzó a fluir libre de ataduras hasta que oí claramente: «¡Llámame!». Entonces abrí la boca y dejé que saliera el nombre que había aparecido en mi mente.

«Anubis, ven a mí».

Un soplo de aire fresco me despertó de aquel ensueño. Estaba tumbado sobre una losa de granito verde contemplando un techo acicalado con pictogramas y jeroglíficos de contrastado colorido. Al incorporarme percibí un fuerte olor a alcohol de romero y me sobresalté cuando vi a mi alrededor unas mesitas con el instrumental y material necesarios para realizar un embalsamamiento.

Aliviado, al no percibir ninguna otra presencia, bajé del altar y comencé a inspeccionar el lugar. La sala era bastante amplia y estaba generosamente iluminada con unas lámparas de aceite que había repartidas entre la pared y el mobiliario. En los armarios había cajas con gasas y vendajes, recipientes con natrón, botellas de aceites esenciales, vasijas con ungüentos y estantes repletos de paños de lino. En ese momento se abrió una puerta detrás de mí y apareció un hombre, que superaba con creces los dos metros de estatura, con el torso desnudo y ataviado con un largo faldón de lino blanco. Llevaba oculta la cabeza bajo una máscara de chacal negra y me quedé paralizado cuando me percaté de que me estaba sondeando con la mente.

—¿Crees que esas son formas de recibir a nuestro huésped, Anubis? —le recriminó alguien, con voz solemne y metálica, desde el otro extremo de la sala.

Giré el cuerpo y me estremecí al ver a Osiris sentado en un trono. Sobre la cabeza llevaba la corona *Atef* ^[1], con un *uraeus* ^[2] de oro engarzado en el centro, y me estaba observando mientras se acariciaba su larga perilla. Tenía los ojos perfilados de negro y sostenía un cayado en la mano derecha. Quise decirle algo, pero era tanta la magnificencia que irradiaba el juez de los difuntos que no me salió más que un: «*Mi señor...*», mientras hacía una ridícula reverencia.

—Bienvenido a la *Duat*, Gabriel. Has venido por voluntad propia y como todos los muertos deberás rendir cuentas de tus actos —dijo recostándose

sobre uno de los reposabrazos del trono—. Acércate, por favor —añadió con un gesto.

Me ruboricé al darme cuenta de que estaba completamente desnudo, pero me encaminé hacia el trono intentando mantener la cara bien alta. Desde su estrado, Osiris no desprendía humanidad alguna, pero sí un raudal de energía, cálida pero al mismo tiempo fría, que me erizó la piel.

—¿Estoy... muerto? —le pregunté con voz entrecortada.

—Estás en la casa de la *Media Noche* y aquí solo se puede llegar estando muerto o en tránsito hacia la muerte —precisó mirándome con perspicacia—. Más allá de las puertas de este templo se encuentra el inframundo. ¿Es a ese lugar adónde te propones ir?

—Así lo dicta mi destino, mi señor —repliqué aguantándole la mirada.

Osiris arqueó las cejas con cara de asombro.

—Eres una criatura muy intrigante —comentó reclinándose en su asiento—. Te presentas en la *Duat* sin estar muerto y sin temor a quedarte atrapado aquí. ¿Quién eres, Gabriel?

—Tenía la esperanza de que me lo dijeras tú —respondí.

El juez de los muertos se levantó del trono y se me acercó. Me sentí insignificante y tuve que bajar la vista al presentir su esencia delante de mí. Osiris me levantó el mentón con sus finos dedos hasta que tropecé sus ojos avellana. En aquel momento vi la mirada del dragón gris.

—Dime, ¿qué te ronda por la mente? Pareces sorprendido de verme —advirtió seriamente.

Tuve que tragar saliva para que me salieran las palabras.

—La última vez que te vi eras un dragón y estabas...

—¿Petrificado? ¡Qué sagaz eres! —exclamó sorprendido. Osiris me escrutó con la mirada y comentó—: Ignoro cómo conoces mi maldición, mas no tengo ningún reparo en aclarar tus dudas. ¿Sabías que no se puede petrificar el alma? —anunció con una sonrisa—. Sin embargo, tú estás aquí, pero has venido sin ella. ¿Cómo puedes explicar tan extraordinario suceso?

—Me la arrebató Apofis, mi señor —contesté sintiendo una punzada en el pecho.

—¡Qué extraña respuesta! —profirió mirando de soslayo a Anubis—. Ambos tenemos misterios sin resolver y compartimos un futuro incierto, si es que se le puede llamar así —comentó enigmáticamente—. No sabes cómo te compadezco, Gabriel, pero ¿de verdad crees que hallarás el alma en el inframundo? —Negué con la cabeza—. Entonces, ¿por qué estás aquí?

—¿Tengo que responderte, mi señor? ¿Acaso ignoras que el Caos está fraguando una guerra contra la humanidad? —le recriminé. Osiris ni se inmutó—. Pero ¿es que no vais a hacer nada por evitarla?

—No has respondido a mi pregunta —objetó con severidad.

El tono de su voz aplacó mi insolencia. «“¿Cómo he podido hablarle así?”».

—Perdóname, mi señor —dije suavizando el tono de voz—. He venido a reclamar una cosa que, por derecho, me pertenece.

Osiris relajó el semblante y se quedó, por unos instantes, pensativo acariciándose la perilla.

—Hace mucho tiempo alguien se presentó aquí con la misma intención que tú, pero con diferente propósito —comentó dando una vuelta a mi alrededor—. Y nos advirtió de que algún día vendrían en búsqueda de algo que él poseía. ¿Puedes precisar qué es lo que has venido a reclamar?

—Soy el “*Elegido*” y tal y como dicta la profecía he venido a recuperar el manuscrito de Ceres. Pero eso ya lo sabías, ¿no es así, mi señor? Porque fuiste tú quien sugirió que lo ocultaran aquí —repliqué.

Anubis desapareció por una puerta a un gesto de Osiris.

—Eres, en verdad, un ser fascinante, Gabriel. ¡Lástima que no pueda leer en tu alma! —anunció con misterio—. Pero sé lo que estás pensando y debo confesarte que las cosas no son tan fáciles de explicar. Cuando cerramos la puerta sabíamos a lo que nos exponíamos, pero también el riesgo que suponía no hacerlo. Por desgracia, subestimamos la inteligencia de nuestros enemigos y me temo que ahora nos encontramos en la situación que, precisamente, queríamos evitar —advirtió preocupado—. Cometí el imperdonable error de caer en la provocación del Caos y ahora estoy atado de pies y manos. Así están las cosas, ¿no sabes cómo lo siento! Aunque —comentó mirándome a los ojos—, el hecho de que estés tú aquí debemos interpretarlo como una señal de esperanza, ¿no crees?

Aquella declaración me cayó como una losa.

—Entonces, ¿es cierto que todo depende de mí?

—Si has llegado tan lejos y eres el “*Elegido*”, ya sabes la respuesta —confesó posando la mano en mi hombro—. Pero no estás solo en esto, ¿verdad? —En ese momento apareció Anubis transportando una balanza, que dejó en mitad de la sala—. Admiro tu determinación, Gabriel, pero antes de continuar tu camino debes pasar el dictamen que la balanza hará de tus actos. Esta será la primera prueba que tendrás que superar.

—Si ese es el deseo del juez de los muertos.

Sus ojos me miraron con bondad.

—No se trata de mis deseos. Es la justicia de *Maat*^[3] la que debe juzgar tus actos —precisó—. Pero antes debes dejar atrás todo lo que turba tu mente. Anubis te acompañará en el proceso de purificación.

El dios chacal me hizo pasar bajo un diminuto umbral hacia una sala anexa cuyas paredes estaban pintadas con unos frescos que representaban diferentes pasajes del viaje de la barca *mesektet* por el inframundo. Nos dirigimos hacia un estanque que se hallaba en el centro del habitáculo y Anubis señaló con un dedo hacia una escalinata que se sumergía en él. La purificación debería hacerla bajo aquellas aguas. Descendí por los peldaños, notando cómo el frío penetraba por cada poro de mi piel, hasta que el agua me cubrió el cuello. Respiré profundamente y la tensión que atenazaba mis sentimientos se disipó. Anubis me hizo un gesto para que también zambullera la cabeza y así lo hice sintiendo cómo se me iban volatizando las dudas y los recelos. Ahora tenía el corazón libre; había encontrado la paz interior.

Cuando salí del estanque, Anubis me estaba esperando con una toalla. Una vez estuve seco me hizo sentar en una banqueta de mármol y me depiló por completo con la afilada hoja de una navaja. Después me untó el pecho con aceite de cedro y me hizo vestir con una túnica de lino. Ya estaba en estado de *uab*, pureza divina, y volvimos a la sala de momificación donde nos esperaba Osiris con su cetro *uas* en las manos, símbolo de fuerza y poder.

—Ahora estás purificado y has dejado atrás todo atisbo de incertidumbre, pues has sido sumergido en las aguas sagradas del Nilo, aquellas que jamás emergerán al exterior —anunció solemnemente el dios—. Ha llegado el momento de que pases el juicio de *Maat*.

Anubis me introdujo la mano por el costado izquierdo y me extrajo el corazón, sin dejar herida en mi pecho. Aún palpitante, depositó el *ib* sobre uno de los platillos de la balanza, que venció por el peso. Osiris tomó una pluma de avestruz de su corona *Atef* y la situó en el otro plato. Mientras la balanza se contorneaba buscando el punto de equilibrio, se abrió un foso en el suelo en el que pude ver a *Ammit*, la devoradora de muertos, con su cabeza de cocodrilo, melena de león y piernas de hipopótamo, dando vueltas esperando la sentencia. Sabía que si el veredicto era negativo, la balanza vencería y mi corazón caería hacia las fauces de aquella criatura para ser devorado, aniquilando así toda posibilidad de retorno.

—Ya hay un veredicto —anunció, con voz grave y reverberante, Anubis.

Osiris me estaba escrutando con serio semblante, pero al mirar hacia la balanza observé que esta había quedado perfectamente equilibrados.

—Tu corazón te ha defendido bien ante la verdad y la justicia —sentenció.

—¿He pasado la prueba? —manifesté sorprendido.

—¿Lo dudabas? —exclamó esbozando una sonrisa—. Sé que has cometido errores en la vida, pero ¿y quién no? No todos los actos que realizamos con nobleza y bondad terminan en buen puerto, pues en nuestro corazón conviven las luces con las sombras y no siempre están armonizadas. Pero solo el necio es incapaz de reconocer sus propios errores y aprender de ellos. ¿Eres un necio, Gabriel?

En ese momento noté un pinchazo en los codos y en las rodillas que me hizo exhalar un suspiro de dolor.

—¿Qué me está pasando? —le pregunté inquieto.

—Cada minuto que pasas en este mundo es un minuto menos que te queda para salir de él. Creo que debes marcharte —comentó mientras retornaba el corazón a su lecho—. Pero permíteme que te de un consejo. De nada te servirá recuperar el alma si antes no recuerdas tu identidad. Así que no olvides añadir a tu búsqueda recobrar el pasado.

—Lo tendré presente, mi señor.

—¿Mi señor? —exclamó sorprendido—. Dadas las circunstancias, el futuro de todos nosotros está en tus manos, Gabriel. Creo que te has ganado el honor llamarme por mi nombre.

Me sentí algo incómodo con aquella inesperada muestra de cordialidad del juez de los muertos, pero una punzada en el costado me hizo recordar que el tiempo continuaba avanzando.

—Supongo que ha llegado la hora de decirnos adiós, Osiris —le comenté mientras me iba vistiendo con mis ropas.

El juez supremo sonrió y se encaminó hacia el trono.

—Espero no volver a verte hasta el final —comentó mientras tomaba asiento—. ¡Buena suerte! Anubis te acompañará a las puertas del inframundo.

Dejamos a Osiris sentado en el trono y abandonamos la habitación por un estrecho corredor. El dios chacal portaba una antorcha en la mano y miraba al frente sin prestarme aparentemente la menor atención. El pasillo desembocó en una austera sala, de planta rectangular, en cuyo extremo se vislumbraba el contorno de una puerta tapiada. Con un gesto, Anubis me animó a seguir avanzando hasta que nos detuvimos delante del muro. Miré sorprendido a mi

acompañante y di un respingo cuando con su poderosa voz entonó unos ininteligibles versos con los que se abrió una oquedad en la pared. Más allá solo se percibía la negrura y una energía que helaba la sangre. «*Debes atravesar el umbral. Se te acaba el tiempo*», declaró Anubis. Me aposté en el quicio y, sin pensármelo dos veces, atravesé el umbral para precipitarme por un oscuro vacío.

La caída fue vertiginosa y tuve que luchar con todas mis fuerzas para mantener equilibrado el cuerpo y poder quedarme mirando hacia abajo. Entonces percibí cómo se iba agrandando un punto de luz en la distancia, signo inequívoco de que el descenso estaba llegando a su fin. Afortunadamente, al final del abismo me estaba esperando una vasta extensión de agua y poco antes de impactar estiré las piernas y, con los brazos bien pegados al cuerpo, logré zambullirme como un alfiler. Con el golpe, sentí una fuerte presión en el pecho y un reverberante burbujeo en los oídos hasta que pude frenar el descenso e impulsarme hacia la superficie.

Emergí del agua in extremis atrapando una bocanada de aire. Me aparté los cabellos de los ojos y me mantuve a flote mientras intentaba orientarme. Pero todo estaba envuelto en penumbras y al no hallar un punto de referencia comencé a nadar sin rumbo dejándome llevar por la corriente. Mientras nadaba comprobé que el agua era dulce y desprendía un ligero olor a limo, por lo que supuse que me hallaba en el lecho de un río. Entonces vi cómo se contorneaba una borrosa luz entre las sombras. Agudicé los sentidos y me pareció escuchar el chapoteo de una madera. «*¿Qué está pasando aquí?*», cavilé cuando percibí que el agua, que hasta aquel momento se había mantenido en calma, empezaba a agitarse levantando pequeñas olas.

De pronto emergió una potente luz de la negrura que procedía de la proa de una embarcación que se abalanzaba sobre mí. Tuve el tiempo justo para apartarme antes de que me arrollara, pero afortunadamente la nave era grande y no iba a una excesiva velocidad, cosa que me permitió agarrarme a un cabo que sobresalía del cascarón por el que fui escalando hasta que alcancé la cubierta. Con el corazón acelerado y tiritando de frío, me senté en un rincón sin poder apartar la mirada de la refulgente luz que emitía el farol desde la proa de la barca. «*¡Parece que me esté llamando!*», cavilé. Entonces escuché un ruido procedente de la popa y al fijar la mirada me pareció vislumbrar una inquietante silueta en la penumbra. El cielo se abrió y al aparecer la luz de la luna inundando la cubierta pude ver de quien se trataba.

Vestía con una túnica azul y llevaba la cabeza cubierta con una máscara de

halcón. Horus manejaba el timón en el castillo de popa sin inmutarse por mi presencia. Aun así preferí alejarme de él y sentarme en una banqueta que había cerca del castillo de proa. «“¡Estoy en mesektet realizando el periplo nocturno por el inframundo con Horus!”», pensé sin quitarle el ojo de encima. Continuamos navegando por el río hasta que las tranquilas aguas comenzaron a agitarse haciendo tambalear la embarcación. Tuve que agarrarme a los aparejos para no saltar por la borda con las embestidas de las olas. ¡Y menos mal que lo hice!, pues de las turbias aguas emergió una gigantesca serpiente que se enroscó en el casco de la embarcación. «¡Haz algo o nos hará zozobrar!», le grité a Horus, que continuaba a los mandos del timón sin hacer nada. Apofis fijó sus verticales pupilas en mí y redobló sus esfuerzos por partir el navío en dos. Fue entonces cuando percibí una cálida radiación detrás de mí que me templó el ánimo y fui avanzando por la barandilla de proa hasta que alcancé el farol. Luego alcé la luz y la dirigí hacia la serpiente. La víbora cerró los ojos al percibir la luz, pero no cesó en las acometidas que ejercía con la cola sobre el casco. Las maderas crepitaban con las embestidas amenazando con hacer quebrar el armazón. Así que, me armé de valor y me solté del cabo para ir avanzando a trompicones por la cubierta hasta que me planté delante de Apofis. Entonces grité: “*Lûcis maximus*” y, al alzar el farol, brotó un rayo que impactó en los ojos de la serpiente haciéndola regresar a las profundidades que nunca debió abandonar.

Mesektet sufrió una violenta sacudida, cuando se desenroscó la cola de la víbora, y caí de bruces a la cubierta. El farol rodó por el suelo hasta que tropezó con un escalón de madera que había en la popa, cerca de donde se encontraba Horus. No me atreví ni a mover un dedo cuando vi al dios halcón recogerlo y pasar por mi lado para dejarlo de nuevo en su lugar. Después regresó a los mandos del timón y viró la dirección del navío hasta dejarlo atracado en una dársena que había en la orilla. Horus permaneció inmutable hasta que con un gesto me invitó a abandonar la nao. Salté a la tarima antes de que la barca zarpara y me quedé mirando cómo se perdía entre las sombras, dejando como único rastro visible el leve parpadeo del farol. Sabía que Horus continuaría su viaje por el inframundo hasta que viera nacer un nuevo día. Y ese era el plazo que tenía para encontrar el código y abandonar el mundo de los muertos.

Tras recorrer los pocos metros que me separaban de tierra firme, avisté la silueta de una casa de adobe en mitad de un páramo. Salía humo por la chimenea y se irradiaba una mortecina luz a través de un ventanuco. Hacia

allí dirigí mis pasos y al mirar por el cristal vi que la ventana daba a un diminuto salón, provisto de una mesa, un hogar y un par de butacones.

Piqué con los nudillos en la carcomida madera de la puerta y esta se abrió dejando escapar un tibio vapor. Al no responder nadie a mi llamada, entré en la casa y transité por un corto pasillo que desembocó en el salón. Encima de la mesa, con los restos de la cena aún por recoger, languidecía un cirio dejando un charco de cera sobre el mantel. En ese momento fui consciente de lo mucho que tenía que esforzarme para poder movilizar las extremidades.

—¿Hola? —voceé tímidamente recibiendo como respuesta el mudo eco del silencio.

Entonces vi el manuscrito, abierto sobre un viejo atril de madera de boj que había en un rincón. Tocado por la curiosidad y mordido por la emoción, me acerqué al códice intentando descifrar lo que había escrito sobre el amarillento papel. Fuera por el azar o la clarividencia, el libro estaba abierto por una página que enunciaba: “*Conjuros para el encuentro*”. Pero no me dio tiempo de examinarlo con más detalle, pues se abrió una puerta en un extremo de la habitación y apareció un anciano, muy bajito y delgado, vestido con una túnica gris. El viejo me miró con indiferencia cuando pasó por mi lado y se sentó en un sillón que había al abrigo del fuego. Luego me hizo un gesto para que me sentara en un butacón que había delante de él. Con una evidente cojera me fui acercando hasta que me dejé caer en el butacón.

—Has superado duras pruebas hasta llegar aquí, Gabriel, y ahora tendrás que superar la última —señaló con tono dulzón.

«“¿Por qué conocerá todo el mundo mi nombre?”», medité mientras observaba con curiosidad a aquel personaje, de ojos y piel aceituna, totalmente calvo y aspecto bonachón.

—Eres Ceres, ¿verdad?

—¿Acaso eso importa? —me soltó echando una rápida mirada hacia la ventana—. Comienza a clarear y el tiempo apremia, querido. Por fin, tú y yo vamos a cumplir con nuestro deber.

El viejo se levantó y fue a buscar el libro.

—¿Por qué no escapaste del inframundo? —le pregunté al ver que regresaba con el códice en las manos.

—Porque era preciso que esperara tu llegada —respondió al tiempo que me entregaba el manuscrito.

Tomé el libro, de tapas gruesas y granates, y lo dejé descansando sobre las rodillas. Tan solo tenía una inscripción en su tercio superior, un relieve del

ojo de Ra, y me sorprendió que todavía mantuviera intacto el típico olor que desprenden las obras que han sido tratadas con esmero. Pero un fuerte espasmo en las piernas me despertó de aquel excitante momento. ¡Ya casi no las podía mover!

—Muchas gracias, Khaldun o como quieras que te llames —dije con urgencia—. Me gustaría quedarme a charlar contigo un rato, pero temo que mi tiempo aquí ha tocado a su fin —le comenté mientras me intentaba levantar del butacón.

—¡No tan rápido! —atajó sujetándome fuertemente por los brazos—. Es preciso que me escuches con atención. El manuscrito te dará respuestas, pero antes te exigirá que desveles un enigma —señaló con misterio—. *“Él no es la fuente de la razón, pero por él discurre el agua de la sabiduría. El libro esconde la senda que te guiará hacia tu camino, pero antes deberás interpretar los signos, si los logras encontrar. Mas, para descifrar los misterios que oculta no temerás preguntar y si no eres capaz de hallar la respuesta, el secreto no se te desvelará”* —susurró con nerviosismo—. Espero que hayas entendido el mensaje, pues el destino de todo lo que ha sido, es y será está en tus manos. Ahora, ya te puedes marchar.

Ceres me liberó y se sentó en la butaca. Me guardé el libro en el bolsillo interior de la capa y le miré con tristeza.

—Deseo que tengas un venturoso viaje —dije despidiéndome de él.

El viejo mago miró hacia la ventana y me pareció verle sonreír a una presencia invisible. Arrastrando los pies por el suelo, salí de la cabaña. Al pasar por la ventana no pude evitar mirar hacia el interior. Allí estaba Ceres, con los ojos cerrados y una indescriptible sensación de paz en el semblante. Por fin había acudido a la cita con su vieja amiga.

Solo podía mover las piernas, y con dificultad. Parecía que las rodillas, tobillos, brazos y muñecas estuvieran pegados al tronco. Misteriosamente tuve la sensación de que me alejaba de la casa, o que esta se alejaba de mí, pues yo no era consciente de estar moviéndome, y de repente ya no me encontraba allí.

Aparecí en lo alto de un pronunciado acantilado, justo a los pies de un barranco, contemplando la inmensidad del océano. En lontananza se anunciaban los cálidos tonos del amanecer. Intenté moverme, pero tenía rígido todo el cuerpo. Tuve que luchar con todas las fuerzas para inhalar una bocanada de aire, con la que incliné el tronco para dejarme caer por la hondonada. Fui rodando hasta que mis huesos dieron con la arena de la playa.

Entonces quise parpadear para quitarme la arena de los ojos, pero no pude hacerlo. El único músculo que todavía palpitaba era el corazón y sabía que en cuanto el primer rayo de luz apareciera por el horizonte dejaría de latir acabándose allí mi andadura. Pero antes de que la fría dama me atrapara en su eterno velo, puse el pensamiento en el único ser capaz de sacarme de allí.

«*Hugo, ven a buscarme*», exhorté mentalmente.

Y al instante sentí unos poderosos brazos tirando de mí y una voz que me gritaba:

—¡Gabriel, no te rindas! ¡Ya estoy aquí!

Y acto seguido me sujetó firmemente por las muñecas y me llevó consigo hacia los abismos del océano.

En un principio solo vislumbraba sombras a mi alrededor, pero por más que intentaba enfocar la vista no conseguía quitarme el velo que me impedía ver. Súbitamente percibí un penetrante olor a eucalipto y la vista se me aclaró. Estaba sentado en el sofá que había enfrente de la chimenea del salón y me sorprendió ver a Hugo gesticulando con los labios mientras me miraba con cara de preocupación. Intenté decirle que no podía escucharle, pero tenía la garganta tan reseca que solo conseguí que me entrara un arranque de tos.

Hugo se acercó al hogar y llenó una taza con un líquido que bullía en un perol. Apreté los labios cuando me acercó a la boca el brebaje, que olía a rayos, pero me obligó a darle un sorbo tapándome la nariz con los dedos. La pócima tenía un sabor muy potente, amargo y dulce a la vez, aunque a los pocos instantes me invadió una agradable sensación de calor con la que se me fueron despertando los sentidos.

—Otro traguito más y te dejará como nuevo —le escuché decir, cuando volví a negarme a beber el tónico.

El segundo trago no me resultó tan repugnante y me pareció diferenciar un sabor a miel y limón al final del amargo paladar. De lo que no cabía duda era de las propiedades medicinales de aquel mejunje. Ya podía mover las extremidades y poco a poco se me fue desatascando la mente hasta que pude pensar con claridad. Entonces recordé mi viaje al inframundo y me sobresalté cuando no hallé el manuscrito cuando quise echar mano de él.

—¿Dónde está, Hugo? —le grité mientras intentaba levantarme del sofá.

—No te sulfures, Gabriel, que está aquí —se apresuró a decir al tiempo que recogía un bulto del suelo—. Espero que no te sienta mal lo que voy a decirte, pero cuando te rescaté estabas casi congelado y tuve que desnudarte para meterte en una bañera de agua caliente a ver si así entrabas en calor. Fue entonces cuando se te cayó el libro del bolsillo de la capa —me explicó mientras me entregaba el paquete.

Desenvolví el fardo y al ver el códice respiré tranquilo.

—Siento haber reaccionado así, amigo, pero temía no haberlo traído conmigo —me disculpé dejando el manuscrito apoyado en las rodillas—.

Nunca podré agradecerte lo que has hecho por mí. Si no llegas a acudir a mi llamada...

—Pero ¿me llamaste? —exclamó con cara de asombro—. Yo solo me limité a cumplir con lo que te prometí. Y pensé que no había llegado a tiempo —dijo ensombreciendo el semblante—. No puedes llegar a imaginarte lo que me ha costado traerte de nuevo al mundo de los vivos. Me he pasado varios días en vilo y con los nervios a flor de piel, temiendo que no despertaras.

—Pero ¿cuánto hace que regresé?

Hugo se dirigió hacia la ventana y descorrió la cortina. Las dos lunas lucían por encima de los árboles.

—Te rescaté al alba, ¡y de eso hace ya tres días! —precisó mientras regresaba a mi lado—. ¡Pero no te hagas ilusiones, patas largas! No voy a dejarte a solas con él hasta asegurarme de que estás completamente recuperado de los efectos del encantamiento —declaró tomando el códice de mi regazo—. Aunque, si te portas bien y pasas una buena noche, te prometo que mañana será tuyo.

Esta vez no protesté cuando Hugo me volvió a ofrecer la taza de tónico y me lo fui tomando a pequeños sorbos.

—¿Qué es? —le pregunté intrigado.

—Es una receta de mi madre, mano de santo para curar los peores resfriados. Ponche de fuego, lo llamaba ella —dijo sonriente—. Lleva yemas de huevo, genciana, diente de león, corteza de sauce, miel, limón y buen chorretón de ron. Al principio cuesta que pase, pero cuando le coges el tranquilo... —comentó con un guiño—. Pero hay que tomarla con cautela si no se quiere pillar una buena melopea —advirtió quitándome la taza de las manos.

—Pero ¿de dónde diablos has sacado todos esos ingredientes?

—Me aprovisioné de ellos en el mundo de Albert, mientras tú te devanabas la sesera en su biblioteca —alegó—. ¿Qué tal te encuentras ahora? ¿Mejor, eh?

Asentí con un gesto, pero lo cierto era que me encontraba algo mareado. «*¿Un chorretón de ron...? ¡Más bien le has echado una botella!*», medité al percatarme de la picarona mirada de mi compañero.

—Supongo que no valdrá la pena que insista en que me dejes darle un vistazo, ¿verdad? —le tanteé mientras le echaba una furtiva mirada al códice que llevaba bajo el brazo.

A Hugo pareció hacerle gracia el comentario.

—¿Desde cuándo eres vidente, patas largas? —sonrió—. Creo que ya va siendo hora de que nos vayamos a dormir..., estoy rendido. ¡Venga, grandullón, arriba! —comentó mientras me extendía la mano. Me agarré a su brazo, pero al intentar levantarme me dio un vahído y regresé al sofá mareado—. ¿Lo ves, tunante? Todavía estás muy débil para pensar en hacer frivolidades.

—¿Y no me puedo quedar a dormir aquí? —dije con voz suplicante.

Hugo dejó el manuscrito encima de la mesa y se remango la camisa.

—¡Venga! —dijo pasándome el brazo por debajo de las axilas—, apóyate en mi hombro que te llevaré hasta la cama. No me fio de ti ni un pelo —me advirtió al percatarse de que miraba de reojo el códice.

Hugo hizo lo prometido y hasta que no estuve bien tapado con la manta no se fue a descansar. Lo cierto es que no tardó en vencerme el cansancio y en cuanto relajé el cuerpo me quedé profundamente dormido.

Desperté cuando ya lo había hecho el nuevo día. No recordaba haber descansado tan plácidamente desde hacía mucho tiempo, pero aun así me sentía un poco débil. Me di un baño y me vestí sin prisas. Después anoté en mi diario los últimos acontecimientos y salí de la habitación rumbo a la cocina. «*“A estas horas Hugo debe haberse tomado ya el segundo café”*», pensé mientras deambulaba por el pasillo. Pero al pasar por la puerta del salón vi que el manuscrito continuaba encima de la mesa y no pude contener la tentación.

—¡Buenos días, patas largas!

El vozarrón de Hugo, que estaba sentado en el butacón que había junto a la ventana, me arrancó un buen sobresalto.

—¡Qué susto me has dado, bribón! ¿No me digas que ahora te dedicas a espíarme a hurtadillas?

—Ya sabía yo que no podía fiarme de ti —bromeó mientras se levantaba del asiento—. No seas tan mal pensado, hombre. He venido aquí a ver si conseguía echar una cabezadita, cansado de esperarte sentado en la cocina —argumentó al tiempo que recogía el libro de la mesa—. Pero no te preocupes, que cumpliré con mi promesa en cuanto me haya cerciorado de que tienes el buche bien lleno. ¡Y no me mires así, que ya nos conocemos! —aseveró cuando vio que torcía el gesto—. ¿Aún no te has dado cuenta de que llevas más de tres días sin comer?

Acompañé a Hugo a la cocina sin rechistar y no se movió de mi lado hasta que no me comí un plato de huevos revueltos, con media hogaza de pan y un

buen tazón de café. Después llenó generosamente la taza con ponche de fuego y cuando observó que mis mofletes estaban bien sonrojados me hizo un guiño para que lo siguiera al estudio.

Hugo dejó el libro encima del escritorio y se fue a descorrer las cortinas para que entrara más claridad. Esperé a que mi compañero estuviera sentado a mi lado y abrí el códice por la primera página. En su interior, la firme caligrafía de Khaldun se dejaba sentir en cada párrafo, así como la impronta de la magia ancestral. Después me concentré en el contenido y comencé a leerlo con avidez. No tuve que leer muchas páginas para darme cuenta de que la advertencia de Ceres era veraz. *“El manuscrito te dará respuestas, pero antes te exigirá desvelar un interrogante”*.

Cerré el libro y comencé a rumiar sobre el enigma del viejo sabio.

—¿A qué viene esa cara, Gabriel? —musitó Hugo mientras se secaba el sudor de la frente con un pañuelo.

—¡Chis! Déjame pensar.

Hugo cerró el pico y me miró con prudencia. Entonces repasé uno a uno los versos que me había recitado Khaldun. *“Él no es la fuente de la razón, pero por él discurre el agua de la sabiduría”*. Estaba claro que el manuscrito no mostraba la verdadera información que almacenaba en su interior. *«“Pero ¿cómo acceder a ella?”»*. Cansado de darle vueltas a esa cábala decidí centrarme en el siguiente verso: *“El libro esconde la senda que te guiará hacia tu camino, pero antes deberás interpretar los signos, si los logras encontrar”*. La única señal que había captado era la huella de la magia ancestral. Pero el lugar donde se percibía con mayor intensidad era en las tapas.

Revisé el exterior del manuscrito, con el convencimiento de que debería hallar una pista allí, y tras palpar con los dedos el relieve del ojo de Ra me entró un cosquilleo en la nuca. *«¡Qué estúpido soy! La magia solo se encuentra con magia»*, me reprendí chasqueando los dedos.

—¿Qué has encontrado? —me preguntó Hugo mirándome expectante.

Volví a hacerle callar con un gesto y agité el cetro al tiempo que musitaba: *“Exhibeô signum codex”*. Con nerviosismo, observé cómo aparecía una filigrana grabada con hilo de oro y plata justo en mitad de las tapas. Era la letra alfa en el interior de la letra omega.



—¡Por todos los dioses! —exclamó Hugo dando palmadas—. ¿Qué significa ese símbolo? —me preguntó eufórico.

—Aún no lo sé —respondí confuso.

Pero en ese momento me dejé llevar por un presentimiento y recité: “*Dêsignâtum arcânus*”. La amatista del cetro comenzó a destellar y las letras comenzaron a refulgir emitiendo unos dorados destellos con los que se fueron cincelando unas extrañas grafías en su porción inferior. ¡Ya había hallado los signos!



Q K N I M S M N K P M

—¿Son runas mágicas? —me preguntó Hugo. Asentí con un gesto—. ¿Y qué dicen?

—No lo sé, jamás había visto tales caracteres —le confesé intrigado—. Además, están protegidos por una magia ancestral muy poderosa. ¿No la percibes?

Hugo se encogió de hombros.

—¿Y a qué esperas para descifrarla? —comentó, como si fuera la cosa más fácil del mundo—. ¿Qué problema hay, Gabriel? —me preguntó escrutándome con la mirada.

—Que no sé cómo hacerlo... ¡El problema es que no sé cómo interpretar esas malditas runas! —espeté malhumorado.

No entendía por qué los dioses se habían empeñado tanto en entorpecer mi camino. «“¿Acaso no soy yo el Elegido?”», medité intentando encontrarle alguna lógica. Pero ¿quién era yo para pretender entender la lógica de los dioses? Aparté de mis pensamientos aquella cábala y repasé el último verso de Ceres con la esperanza de hallar allí el quid de la cuestión. “*Mas, para descifrar los misterios que oculta no temerás preguntar y si no eres capaz de hallar la respuesta el secreto no se te desvelará*”. Repasé una y otra vez aquellas palabras, pero al final tuve que desistir. «“¡Hasta aquí he llegado!”», pensé mientras me recostaba en la silla. Me masajeeé las sienes y al echar la vista al frente tropecé con la expectante mirada de Hugo. «¿Y si...?».

—Amigo mío, necesito que intentes descifrar un enigma que soy incapaz de resolver —le comenté.

Hugo escuchó con atención la cita de Khaldun y esperé con impaciencia un veredicto que no tardó en llegar.

—La cosa está clara, patas largas —anunció con misterio—. ¿Conoces a

alguien que pueda descifrar las runas mágicas? Si sabes la respuesta no temerás preguntar —añadió dejándome boquiabierto—. ¿Qué te pasa, Gabriel? —preguntó inquieto—. ¿No he acertado, verdad?

Repentinamente me sentí agobiado.

—Necesito salir de aquí. ¿Me acompañas, Hugo?

Salimos de la casa y paseamos por una senda que penetraba en el bosque. La temperatura era muy agradable y se estaba de fábula bajo la sombra que proyectaban los árboles. Nos sentamos en el morado césped que crecía cerca de un arroyuelo y le expliqué a Hugo la razón de mi extraño comportamiento.

—El mago que quiera dominar los secretos de la magia ancestral debe poseer tres excepcionales cualidades. Saber captar su esencia, que es casi imperceptible para el neófito. Controlar los elementos de los que se nutre, que puede ser desde la más insignificante mota de polvo hasta la más grande de las estrellas. Y comprender la simple pero a la vez compleja fuente que la origina; el amor —le revelé mientras me recostaba en la hierba.

—Pero tú las tienes —interpeló Hugo—. Entonces, ¿por qué no puedes interpretarla?

Tuve que suspirar antes de responderle.

—Dicen que en el alma se concentran las emociones más profundas, pues es el puente que enlaza con el corazón. Al arrebatármela, Apofis se encargó de romper la única vía que podía conectarme con la fuente de la magia ancestral.

Hugo se recostó y me miró con sus vivaces ojos.

—Pero hay alguien que te puede ayudar, ¿verdad? Lo he visto antes en tu mirada —aseveró—. Y Albert comentó que los dos magos más poderosos se quedaron en la Tierra para velar por su seguridad. Uno era tu maestro... —comentó con cautela—. ¿Quién era el otro?

—No se te escapa ni una, ¿eh? —le solté con un guiño—. Se llama Antón, el clérigo ciego. Y tienes razón, él podría descifrar las runas mágicas —le confesé—. Pero no creo que quiera hacerlo.

—¿Por qué tienes que ser siempre tan categórico en tus conclusiones? —exclamó Hugo frunciendo el ceño.

—Créeme, compañero, sé lo que me digo —reliqué—. Nadie, salvo los dioses, ha dominado con tanta maestría la magia ancestral como el clérigo ciego. Luchó, junto al maestro, en la gran guerra y perdió la visión al enfrentarse a Apofis. Pero debió ocurrirle algo terrible, poco después de que partieran los dioses a Aaru, que lo convirtió en un ser huraño y reservado.

—¿Qué le pasó? —intervino Hugo intrigado.

—Ni el maestro llegó a saberlo a ciencia cierta, pero tenía clara una cosa; el clérigo sucumbió a la Oscuridad —le revelé—. Según parece, utilizaron algún oscuro sortilegio para hacerle caer en una trampa del Caos, aunque nunca se consiguió averiguar qué fue lo que le ocurrió. Pero debió ser muy grave, pues Antón desapareció de la faz de la Tierra ocultándose en una dimensión a la que protegió con la magia ancestral para que nadie pudiera acceder a ella —le expliqué—. Ni siquiera le dio audiencia al maestro cuando acudió a visitarle.

Hugo se incorporó y se quedó sentado con las piernas cruzadas.

—¿Y ese es el motivo por el que nunca has ido a verle? —me soltó negando con la cabeza.

—No es alguien de fiar, Hugo, ¿no lo entiendes? ¡Tuvo tratos con el Caos! —aseveré.

—¿De verdad crees que alguien que luchó con los dioses y al que Apofis dejó ciego puede haberse pasado al bando oscuro? —No supe qué contestar—. Me dejas alucinado, patas largas. ¿Nunca te has parado a pensar en la cantidad de cosas que ambos tenéis en común? —me arengó—. Lo suponía... Pero eso no importa ahora —declaró levantándose de un salto del suelo—. La profecía te envió a la Tierra, porque era allí dónde tenías que hallar el camino. Y el manuscrito te está marcando inequívocamente cuál es la dirección de debes tomar —aseveró—. ¡Venga, espabila, que nos vamos ahora mismo a buscar a ese ermitaño! No he pasado por el calvario de embarcarte en un viaje de ida y vuelta por el inframundo para nada. ¡Y no pongas esa cara! —exclamó arrugando el bigote—, que a mí me hace mucho menos gracia que a ti andar haciendo viajes interestelares.

—¿Estás seguro de que valdrá la pena? —Hugo respondió poniendo los brazos en jarras—. ¿Y no podemos dejarlo para mañana?

—Te vas a librar porque todavía andas convaleciente de tu coqueteo con la muerte. Pero te doy solo una jornada de descanso. Partiremos al alba —concretó dando por acabada la discusión.

Hugo se había convertido en la voz de mi conciencia y contra eso... no podía luchar.

El amanecer nos sorprendió ultimando los preparativos en el porche. Como no sabía qué nos podíamos encontrar de camino al mundo del clérigo ciego tomamos la precaución de ir armados. Hugo se ciñó un hacha de doble filo y una daga al cinto y yo mi vieja espada de noventa centímetros y mi inseparable cetro mágico. Luego nos colgamos a la espalda sendas mochilas con ropa de abrigo, víveres y demás enseres, como cuerdas, una tienda de campaña, un saco de dormir y alguna sartén, y atravesamos el jardín para encaminarnos hacia la puerta dimensional.

La mañana era fresca y todavía brillaba un lucero en el despejado cielo cuando nos apostamos delante del umbral. Proyecté los sentidos más allá de la puerta y una vez tuve localizada la Tierra no me fue difícil hallar el mundo de Antón, pues aquel era lugar dónde se manifestaba con mayor intensidad la magia ancestral.

En cuanto finalizó el viaje aparecimos al pie de un sendero que se introducía en un sombrío bosque. Era media tarde, estábamos rodeados de altas montañas y soplaba un gélido viento que penetraba entre las ropas como alfileres. Aun con el abrigo y los guantes puestos, no pude expulsar el frío del cuerpo, aunque aquella sensación no era debida únicamente a las inclemencias del tiempo. En lo más profundo de aquel bosque se ocultaba una energía primigenia que incitaba a caminar en sentido contrario. «*Parece que al clérigo no le gustan demasiado la visitas*»», medité mientras me ajustaba la mochila a la espalda.

Iniciamos la marcha, serpenteando por una angosta senda que penetraba en el bosque, sintiendo cómo las tupidas copas de aquellos altísimos robles se cerraban sobre nuestras cabezas dificultando el paso del sol y haciéndonos muy difícil seguir el rastro del desdibujado camino. Al poco rato abandonamos el robledal y nos adentramos por un antiquísimo bosque de abetos cuyas raíces emergían del suelo, atravesándolo varias veces, produciendo un efecto óptico de movimiento. «*Parece que este bosque tiene vida propia*»», medité mientras miraba inquieto hacia sus altas copas.

Hugo tomó la iniciativa de abrir el paso para no perder de vista el sendero

que, por momentos, desaparecía entre la maraña de raíces hasta que en un momento determinado detuvo el paso haciéndome un gesto para que refrenara la marcha. Después de unos instantes de incertidumbre, mi compañero miró hacia atrás y escudriñó con la mirada hacia ambos lados del bosque con gesto serio. Iba a preguntarle qué era lo que pasaba cuando percibí una energía en el ambiente que me levantó un cosquilleo desde el coxis hasta la nuca. Miré inquieto a mi alrededor, pero no pude percibir más que el murmullo de las ramas agitadas por el viento. «*¡Es esa brisa, Gabriel! Me trae mala espina*», acertó a decir Hugo antes de que un golpe de aire agitara los ramales por encima de mi cabeza. Quise echar mano del cetro pero fue demasiado tarde; estaba paralizado por un encantamiento.

«*¡Ayúdame, Gabriel!*», me gritó Hugo mientras intentaba zafarse de las raíces y ramales que se le estaban enredando por el cuerpo dejándolo atrapado en el tronco de un abeto. Entonces percibí una presencia intentando penetrar en mi mente. «*¿Quién eres?*», le pregunté al tiempo que repelía su incursión. «*Eres muy poderoso, hechicero, pero de nada te servirán tus artes contra la magia del bosque*», irrumpió una distorsionada voz en mi mente. «*Y tú muy astuto utilizando la magia ancestral para hacernos caer en esta encerrona. ¿Aprendiste esta maniobra del Caos?*», le inquirí mientras intentaba, en vano, deshacerme del hechizo. «*Te muestras muy osado y más sabiendo que os tengo bajo mi control. ¿Qué hacéis en mis dominios, hechicero?*», replicó con altivez. «*¿Por qué no te dejas ver? Hemos venido en son de paz*», dije para ganar un poco de tiempo, pues parecía que había hallado un recoveco por el que escapar de su embrujo. «*¿En son de paz?*», anunció con tono irónico. «*Entonces, ¿por qué habéis aparecido en mi bosque armados hasta los dientes y de una forma tan subrepticia?*», me interrogó la voz. Sonreí al verme cerca de romper el conjuro, pero en el último momento alguien me cerró esa puerta y eso me desconcertó. «*No tendré el menor reparo de explicarte el motivo de nuestra visita, siempre y cuando tú también depongas esa actitud tan belicosa. Te doy mi palabra de que actuaremos con honor si nos liberas del encantamiento. Además, mientras esté velando tu maestro por ti no tienes nada que temer*», le dejé caer.

En ese momento el viento agitó las copas de los árboles y durante unos segundos dejé de presentir al ente que nos había hechizado. Y poco después alguien saltó desde lo alto de un abeto y se quedó plantado delante de mí. El misterioso asaltante iba encapuchado y envuelto en una capa negra,

empuñaba un arco largo y llevaba un carcaj repleto de flechas cargado a la espalda. Hugo lo miraba como si estuviera viendo a un espectro.

—¿A qué viene tanta intriga? —le pregunté intentando ver qué se ocultaba tras la capucha.

El individuo se colgó el arco al hombro y lentamente se apartó el capuchón dejando al descubierto su fisionomía. Me sorprendió descubrir que nuestro misterioso asaltante era una muchacha, de no más de veinte años, de rostro pálido y salpicado de pecas, afilada nariz, y cabellos cortos, ondulados y azabaches. Era atractiva, que no bella, de estilizada figura y bastante alta, rondaría el metro ochenta. La chica se me acercó y alzó la mirada clavando sus vivaces ojos grises en los míos.

—Y bien, ¿puedes responder ahora a mi pregunta? —advirtió con altivez.

La maga mostraba carácter y casta, pero también percibí mucha nobleza en el corazón.

—Mi compañero se llama Hugo y yo Gabriel. Y hemos venido a hablar con Antón, el clérigo ciego, sobre algo que le concierne... si es que todavía continúa sirviendo a la Luz —respondí sin ambages—. Ya conoces nuestras intenciones, ¿es necesario que continúes sometiéndonos con tu magia?

—¿Crees que con esa vaga explicación voy a liberaros? ¿Y más cuando afirmáis que venís con buenas intenciones pero armados con acero y magia? —replicó dando una vuelta a mi alrededor—. ¿Se puede saber qué le ha pasado a tu escudero? Parece estar un poco maltrecho —comentó con descaro.

—¿Y tú qué miras, maldita bruja? —le espetó Hugo mientras intentaba librarse del abrazo del abeto.

La chica respondió con una irónica sonrisa y eso me molestó.

—¿A qué vienen esos prejuicios, muchacha? ¿Acaso no te ha enseñado tu maestro buenos modales? —le reprendí aguantando su severa mirada—. Si no estuvieras temblando de pies a cabeza, por tus infundados prejuicios, te habrías dado cuenta de que Hugo sufrió una terrible maldición, de ahí su *maltrecho aspecto* —apunté con aspereza—. Te creía mejor persona, jovencita.

La maga se me acercó a escasos centímetros de la cara y me atravesó con la mirada mientras se mordía el labio.

—¡No me trates como a una tonta, hechicero! —murmuró—. Seguro que me falta mucho por aprender, pero sé calar a alguien que no es de fiar a simple vista y no me estoy refiriendo a ese bufón malhablado que tienes por

compañero —precisó sin apartar la mirada—. ¿O acaso crees que no me he percatado de tus *prejuicios* hacia mi maestro? Antes de dar lecciones predica con el ejemplo, hechicero —alegó con sagacidad.

Aquella cura de humildad me ayudó a limar los recelos que sentía por el clérigo y su discípula. Aparqué mis prejuicios y le pregunté con tono conciliador:

—¿Te tranquilizaría saber qué estamos haciendo aquí? —La chica me miró con desdén—. He traído algo que, seguro, le interesará a Antón. Te lo mostraré.

—¿Qué es? —dijo con la pose algo más relajada.

—Lo llevo en el bolsillo derecho de la capa. Puedes cogerlo, si quieres — la joven hizo el gesto de ir a cogerlo, pero lo refrenó mordiéndose los labios—. Es un libro, no te va a comer.

—Pero ¿qué estás haciendo, patas largas? —me gritó Hugo con la cara desencajada.

«¡Tranquilo, compañero! Sé lo que me hago», le exhorté mentalmente. La maga me miró con recelo antes de buscar en el bolsillo.

—No entiendo —comentó mirando extrañada el manuscrito—. ¿Por qué le va a interesar este libro a Antón? Tiene miles en su biblioteca.

De pronto, un golpe de viento agitó con violencia los árboles.

—Escucha lo que te dice tu maestro —musité—. Creo que él ya está interesado en nuestra visita.

Antón debió de comunicarle telepáticamente algo a la muchacha, a juzgar por el gesto de sorpresa de su cara.

—Pero ¿cómo...? —susurró, visiblemente contrariada.

—Se me están entumeciendo las piernas, jovencita. ¿Puedes liberarnos de una vez?

De mala gana, la maga nos liberó del hechizo con un gesto.

—No sé cómo lo habréis convencido —dijo devolviéndome el manuscrito—, pero más os valdrá que no lo hayáis enredado con alguna artimaña. Será implacable con vosotros si lo intentáis engañar —me advirtió muy seriamente—. La puerta no queda muy lejos de aquí, pero será mejor que lleguemos antes de que caiga la noche.

Hugo se reunió conmigo renegando, mientras se sacudía de broza las ropas, y ni se dignó a mirar a la maga cuando pasó por su lado.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté, más que nada, por romper la tensión del momento.

—Alexa —dijo secamente.

—¿Y sois...?

La muchacha me miró con desaire y contestó:

—Y soy la ahijada de Antón.

Después echó a andar por la senda a un paso que, hasta a mí, me costó seguir. «*No sé por qué diantres te has tenido que mostrar tan cortés con esa arpía*», me recriminó Hugo, casi sin resuello, intentando no perderle el paso a Alexa. Sin embargo, yo sentía fascinación por aquella excepcional hechicera; emboscarnos, de la manera que lo hizo, requería un exquisito dominio de la magia ancestral. Y eso me tranquilizó. «*Por lo menos sé que ella no ha sucumbido a la Oscuridad*», respondí a mi compañero.

Salimos del bosque y, tras atravesar una vaguada, llegamos a un claro en el que había una escalera de mármol blanco que discurría a lomos de una colina. Precediendo a la escalinata, y a ambos lados de esta, se enfrentaban dos esfinges pétreas. Las estatuas eran de una considerable altura y empuñaban unos arcos cargados con sendas flechas. Justo en el umbral percibí una energía que me encogió el corazón.

—Hemos llegado a la *Puerta de la verdad* —indicó Alexa después de girarse en el espacio delimitado entre ambas estatuas—. Y os advierto de que las esfinges no os abrirán el paso si detectan la mínima señal de oscuridad en vuestras almas. Así que... ¡Aún estáis a tiempo de dar marcha atrás! —anunció mirándome a los ojos con altivez.

La chica dio media vuelta y atravesó el umbral mágico hasta que llegó a los peldaños de la escalera, donde nos esperó mirándonos con los brazos en las caderas.

«*¡Venga, amigo, sin temor!*», alenté a Hugo, que permanecía delante de la puerta con pose vacilante. Este apretó los puños y traspasó el umbral con determinación, pero se quedó paralizado cuando escuchó un ruido a su espalda. Con los hombros encogidos, fue girando la cabeza hasta que vio que las esfinges le estaban apuntando con los arcos. Entornó los ojos mientras una poderosa fuerza le escrutaba y no los abrió hasta que se percató de que las estatuas volvían a tomar su posición inicial.

—Ya puedes respirar tranquilo, Hugo, has pasado la prueba —declaró Alexa, con el semblante más relajado. Luego me miró a mi y voceó—: Es tu turno, Gabriel.

No me lo pensé. Di un paso al frente y atravesé el umbral sin que las esfinges se inmutaran a mi paso. No pude evitar sonreír al ver la cara que

ponía la muchacha cuando me reuní con ellos a los pies de la escalera.

—¿Cómo leer en el alma de quién no la posee? Sí, Alexa, esa es mi maldición —señalé con un guiño—. Pero no te preocupes, no hubiera podido pasar sin el consentimiento del clérigo.

La maga no replicó y se limitó a dar media vuelta para comenzar a subir las escaleras de dos en dos. Mientras la seguíamos, me percaté de que Hugo sonreía con malicia. «*Vigila tus modales, cascarrabias, no sea que ella se de cuenta y te eche un encantamiento*», le amonesté aplacando su sonrisa de inmediato. Una vez finalizado el ascenso miré hacia atrás y me sorprendió no ver más que una espesa niebla tapizando el horizonte. ¡Ya habíamos llegado al infranqueable mundo de Antón!

Alexa siguió marcando un tiránico ritmo de marcha que pronto nos sacó los primeros resuellos. «*“El viejo debe haberla aleccionado bajo una férrea disciplina, tanto física como mágica. Pero ¿por qué? Él no necesita de una guardaespaldas que le proteja”*», cavilé mientras recogía las gotas de sudor de la frente con un pañuelo.

Después de subir por una empinada cuesta llegamos a una pradera en la que pacían y correteaban una manada de caballos acompañados de sus potrillos. Y en la falda de un cerro, que teñía el atardecer con los verdes y morados tonos de unos viñedos, se alzaba el monasterio.

El templo era antiquísimo, estaba construido en dos niveles y coronado por un campanario. Alexa se adelantó unos metros y nos abrió la puerta de la cerca para que pasáramos. Después nos acompañó al porche y nos convidó a sentarnos en una mesita donde había una bandeja con una jarra y tres vasos.

—Descansad y bebed un poco de naranjada. Os refrescará —señaló mientras encendía una lámpara de aceite.

Hugo se dejó caer en una silla resoplando mientras se secaba el sudor con las mangas del abrigo.

—¿Cuándo podremos hablar con el clérigo? —le pregunté mientras tomaba asiento.

—¿Cuándo lloverá? —replicó Alexa antes de entrar en el monasterio.

En cuanto nos quedamos a solas me asaltaron las dudas y no pude dejar de dar paseítos yendo y viniendo de la puerta.

—¿A qué vienen esos nervios, patas largas? —me preguntó Hugo mientras servía sendos vasos de naranjada.

—¿Tienes que preguntármelo?

Hugo se bebió el vaso de zumo de un trago y lo volvió a rellenar.

—Relájate, que por ahora has conseguido más que tu maestro y eso es buena señal, ¿no? —aseveró antes de dar buena cuenta del segundo vaso de naranjada—. Pero esa bruja..., es harina de otro costal —susurró mirando de soslayo hacia la puerta—. Tú preocúpate de averiguar si el clérigo aún es fiel al Orden que yo me encargaré de que esa arpía no vuelva a jugárnosla otra vez. ¡No pienso quitarle el ojo de encima!

En ese momento se abrió la puerta del templo y apareció Alexa. Hugo enmudeció cuando la chica se sentó a su lado, sonriendo y mirándole con descaro. Y a los pocos segundos apareció el clérigo y el que palideció fui yo.

Vestía un atuendo de monje de color marrón lleno de zurcidos, pero no pudimos verle la cara al llevarla oculta bajo un capuchón. Me sorprendió ver lo alto y recio que era, así como la determinación con la que se encaminaba hacia la mesa. Me levanté y agudicé la vista intentando ver qué se ocultaba bajo el capuz. Antón, quizá adivinando mis intenciones y con un rápido movimiento, descorrió la tela dejando el rostro al descubierto. Hugo no pudo ahogar un suspiro de asombro y yo tuve que esforzarme para poder aguantar la mirada en sus vacíos ojos.

—Bienvenido a mi casa, Gabriel —me saludó, con voz firme, antes de darme un abrazo que me dejó perplejo—. Hacía tiempo que esperaba tu visita.

Durante unos segundos, permanecí mudo de asombro entre sus brazos. Después nos separamos y pude fijarme con más claridad en su fisonomía. Tenía unas facciones atractivas y todavía conservaba una buena mata de pelo cano, una recortada barba y un cutis sin arrugas. Antón sonrió y echó a andar agarrándome del brazo para que lo acompañara fuera del porche.

—Hace una noche admirable, ¿no te parece? —comentó con sencillez—. Pero ¿qué te ocurre, Gabriel? Pareces un poco cohibido

El clérigo me escrutó con sus vacíos ojos y tuve la sensación de que me estaba observando a través de sus sentidos.

—Perdóname, Antón, pero no me esperaba este recibimiento —le confesé, sin saber muy bien qué contestar.

—¿Por qué no eres sincero conmigo? Sé que has venido con recelos y, aunque no te juzgo por ello, creo que me merezco una explicación —señaló con voz pausada.

—Si estoy aquí es porque un buen amigo insistió en que lo hiciera, pero —dije deteniendo el paso—, no confío en que haya sido buena idea. ¿No sé si podré confiar en aquel que levanta murallas para ocultar sus vergüenzas? —El clérigo puso un gesto de extrañeza—. No intentes disimularlo, Antón, el maestro me contó tu desliz con el Caos.

—¿Eres discípulo de Tao? —exclamó con asombro.

—Sí, del mismo al que te negaste recibir cuando acudió a interesarse por ti —le reproché.

—¡Ahora lo comprendo! ¿Así que fue eso lo que te contó el bueno de Tao? —añadió divertido.

—¿Qué insinúas, Antón?

—Será mejor que hablemos de este tema en mi despacho. Nunca se sabe quién puede estar escuchando en la oscuridad.

Antón dio media vuelta y nos encaminamos de nuevo al porche. Y al llegar a la altura de la mesa, el viejo se detuvo y le comentó a Alexa:

—¿Por qué no vas preparando la cena, nena? Seguro que Hugo estará encantado de ayudarte, ¿no es así, muchacho?

El pobre, que no se esperaba aquella insólita proposición, se levantó tan precipitadamente de la silla que se llevó la mesa por delante volcando los vasos de naranjada. Alexa no pudo disimular la risa, aunque a costa de llevarse el severo gesto de Antón.

Tras cruzar la puerta de entrada al monasterio pasamos a un austero recibidor que conectaba con un pasillo a través de un arco de piedra. La antesala era una pieza cuadrada, que tenía por mobiliario un raído perchero de pared y un apolillado zapatero sobre el que reposaba un retrato de Alexa cuando era niña. El corredor bordeaba un claustro circunscrito por una arquería de medio punto a través de la cual se podía acceder a un patio ajardinado, repleto de naranjos y limoneros, en el que había un pequeño estanque de nenúfares.

Discurrimos lentamente por el pasillo hasta que nos detuvimos delante de una puerta, por cuyas rendijas se filtraba la luz del interior. Antón la abrió y me invitó a pasar. La habitación era bastante amplia y en el ambiente todavía se percibía un leve aroma a incienso. Todas las paredes, excepto la que ocupaba una chimenea, estaban forradas de librerías atiborradas de libros. El clérigo rodeó un escritorio y se sentó en un butacón. Yo hice lo propio sentándome en una silla que quedaba al otro lado de la mesa.

—Voy a ser franco contigo, Gabriel —dijo mientras apoyaba los antebrazos en el escritorio—. Desde que te he percibido en las fronteras de mi mundo he tenido la necesidad de saber más de ti. Percibo mucho poder y talento concentrado en tu persona, pero también profundas sombras. Y eso me inquieta —advirtió con cautela—. ¿Por qué no me desvelas cómo perdiste el alma?

—No la perdí, me la arrebató quien tú ya sabes —le rectificué.

—Y aun así volviste a tener contacto con el Caos —replicó—. No intentes negarlo, lo he leído en tu corazón.

—Parece ser que ambos compartimos ese sino.

El clérigo se recostó en el butacón con serio semblante. Después abrió un cajón del escritorio y rebuscó en su interior hasta que extrajo una pipa curva y una petaca.

—¿Qué tal le va a Tao? Muy pocos conocen mi secreto y si tu maestro te lo reveló es porque confiaba plenamente en ti —comentó con una pose más relajada—. ¿Aún sigue enfadado conmigo ese viejo estirado?

—Eso ya no importa... El maestro murió —le desvelé.

A Antón se le cayó la pipa de las manos con la noticia. Después,

visiblemente afectado, me pidió que se lo contara todo. Le relaté lo acontecido desde que al maestro desentrañara la profecía hasta que encontré el manuscrito en el inframundo.

—Lamento mucho la muerte de Tao, pero hizo lo que tenía que hacer. ¡Ojalá hubiera hecho yo también lo correcto! —comentó mientras encendía la pipa con una cerilla—. Has sido muy sincero conmigo, Gabriel, y ahora voy a serlo yo contigo. A ver, ¿por dónde puedo empezar? —caviló—. ¡Ah, sí! La gran guerra.

Antón se recostó en el respaldo de la butaca y comenzó a contarme una historia tan antigua que me hizo sentir pequeño e insignificante.

«Desde mi ya olvidada juventud velé por ensalzar la obra de los dioses y mantener alejada la Oscuridad del corazón de los mortales. ¡Qué tiempos aquellos! Éramos jóvenes y la prosperidad brillaba en la Tierra desde que el dragón negro la abandonó. Pero fracasé, como fracasamos todos, al subestimar al enemigo. Las hordas del Caos penetraron en el planeta como una marea negra dejando un rastro de muerte y desolación a su paso. Pero en el campo de batalla luchamos, con fe y tesón, dioses, magos y hombres como un único ser. ¡Qué grande fue aquel momento! La alianza fue invencible y ganamos la guerra. No obstante, la destrucción que se desató en el nombre del Orden y del Caos fue tan dolorosa que seguirá pesando sobre nuestras conciencias, aunque pasen millones de años».

«A los que sobrevivimos nos tocó la penosa tarea de enterrar a nuestros muertos e intentar salvar a los heridos de caer en las tinieblas. Combatimos sin descanso para ganar esa batalla y fueron muchas las vidas que recuperamos. Pero cuando creíamos que lo peor ya había pasado se presentó Apofis en el hospital de campaña. Ese día vi morir a muchos de mis hermanos intentando derrotar a la bestia y presentí que aquel también sería mi destino. Aún no sé de dónde saqué el poder con el que atacé a la serpiente, pero de mis manos brotó un rayo de luz que le perforó el ojo izquierdo. ¡Nadie escuchará jamás un alarido tan doloroso y amargo como el que se desgarró de su garganta! Para mi desgracia, solo conseguí herirle y provocar que concentrara su maldad sobre mí».

«La víbora se enroscó en mi cuerpo y después volcó el magma del infierno en sus verticales pupilas. El fuego fue lo último que vieron mis ojos antes de que se fundieran como lo hace un pergamino en contacto con una llama. Y así habría perecido si no hubiera intervenido el ser más venerable del universo. Escuché un aleteo y percibí una energía más pura que la luz del sol.

Apofis emitió un horrible siseo cuando recayó sobre él el poder del dragón rojo desterrándolo a una lejana dimensión. Entonces sentí un fresco soplo de aliento en los ojos, que se llevó el dolor y me liberó del sufrimiento. Aquel día, volví a nacer», concluyó, quedándose abstraído mientras le daba una calada a la pipa.

—¿Y qué pasó después? —le pregunté intrigado—. ¿Qué ocurrió para que decidieras encerrarte aquí?

—Cometí un error imperdonable —confesó con el rostro compungido—. Le abrí el corazón a la persona equivocada y me dejé llevar por un poderoso sentimiento, aunque este fuera fingido por una de las partes. Dishonré a mis hermanos y, sobre todo, a Tao.

Antón parecía estar, de veras, afligido.

—Pero ¿por qué no dejaste que te ayudara el maestro?

El clérigo enarboló una ceja y puso gesto de sorpresa.

—¿Eso fue lo que te contó? —musitó exhalando un aro de humo—. Tao era un buen hombre, pero tenía un defecto que ambos compartimos; el orgullo. Él me advirtió del peligro que me acechaba, pero no le escuché y eso enturbió nuestra amistad. Y cuando acudí a su templo en búsqueda de su perdón, entonces fue él quien no me quiso escuchar —declaró con lágrimas en los ojos—. Con mi honor mancillado y sin el apoyo del único amigo que me quedaba en la Tierra, decidí vivir el resto de mi vida alejado de todo aquello que me hiciera recordar mi traición.

Cada vez era más consciente de lo poco que conocía al maestro

—¿Y por qué me mentiría? —pensé en voz alta.

Antón se secó las lágrimas con un pañuelo.

—Supongo que porque con el tiempo se daría cuenta de que de no haber sido yo el engañado lo habría sido él —añadió mientras se guardaba el pañuelo en el bolsillo—. Sí, Gabriel —continuó con una media sonrisa—, Tao y yo estábamos enamorados de la misma mujer.

«*“¡Así que aquel era el misterio!”*», me dije mientras observaba cómo el clérigo volvía a encender la pipa con un mixto.

—Siento mucho haberte prejuzgado, Antón, no es propio de mí —me disculpé.

—¿Y no lo hacemos todos? —aventuró echando una bocanada de humo—. Lo importante es que ahora estés aquí y que hayas recuperado el manuscrito de Ceres. Hace tiempo que sé que la guerra es inevitable, por eso es vital que no perdamos la fe, amigo mío, sobre todo los que tengáis que cargar con

nuestros errores.

—¿Qué me estás insinuando? —le pregunté inquieto.

—Yo solo soy un viejo y cansado mago al que le quedan pocas primaveras por ver. Y seré mucho más útil utilizando mi conocimiento a favor del Orden que en el campo de batalla, ¡créeme! Aunque... —prosiguió dando una larga calada—, todavía no he perdido la fe de hacer algo grande en la vida.

Aquella confesión me cayó como una pesada losa, pues hacía recaer aún más responsabilidad sobre mí.

—Estoy abrumado, Antón —añadí con un suspiro—. Parece que cada paso que doy para acercarme a mi meta más se aleja esta de mí. Como si obligarle a Apofis a que me devuelva el alma no fuera suficiente problema para mí.

—Pero es preciso que lo hagas, Gabriel, pues el único que puede evitar que se repita la catástrofe de la guerra eres tú. ¡Tú eres el *Elegido*!

—Pero ¿cómo? —repliqué—. Ya me enfrenté una vez a Apofis y me venció.

Me estremecí cuando advertí que se le había nublado el semblante a Antón.

—Querido amigo, tú no te enfrentaste a Apofis, sino a un mago negro cuya alma poseyó para darte caza en la Tierra —me desveló dejándome helado—. Por mucho poder que posea el señor del Fuego jamás podría salvar la barrera del espacio ultradimensional.

—Entonces está todo perdido —dije dejándome caer sobre el respaldo de la silla.

—No si eres capaz de interpretar las enseñanzas del manuscrito de Ceres —replicó levantándose de la butaca—. La intención de la serpiente fue debilitarte, pero cuando recuperes el alma no habrá imposibles para ti —vaticinó sonriente—. Ya va siendo hora de que le eche un vistazo a ese libro. ¡Muéstramelo! —dijo apoyando las manos encima de la mesa.

Antón cogió el código con delicadeza y después inspeccionó la filigrana y las runas resiguiéndolas con los dedos.

—¿Puedes descifrarlas? —le pregunté ansioso.

—Es una magia muy poderosa, hasta para mí —recalcó con rostro circunspecto—. Tendré que estudiarlo con calma, pero eso lo dejaremos para mañana. Estoy muy cansado y tu presencia ha aireado demasiados pensamientos que debo poner en orden antes de intentar desvelar este enigma.

La verdad es que yo también estaba cansado.

—Tómame el tiempo que necesites, Antón —declaré mientras me levantaba

de la silla.

El clérigo bostezó al tiempo que recostaba sobre el respaldo del butacón. Le eché una última mirada al manuscrito y me dirigí hacia la puerta pensando en lo idiota que había sido no tomando antes la decisión de ir a verle. Pero antes de atravesar el umbral me asaltó una vocecilla interior advirtiéndome: *“Tu destino está ligado al manuscrito y es este el que marca los tiempos”*. Y con la mente puesta en el maestro abandoné el despacho de Antón.

Era ya noche cerrada cuando salí al claustro. Me apoyé sobre uno de los muros de la arquería y contemplé el cielo estrellado mientras encendía la pipa. Corría un agradable aire fresco y la tranquilidad que transmitía aquel lugar se encargó de mitigar la sensación de agobio que tenía al tener que soportar tanta presión. Fumé distraídamente hasta que la brillante silueta de la luna se alzó por encima del tejado desprendiendo su misterioso brillo. Entonces me pareció escuchar voces afuera y pensé en que Hugo debería estar inquieto con mi ausencia.

Cuando llegué al recibidor, me aposté en la puerta y la abrí con sigilo para espiar lo que ocurría en el exterior. Hugo daba nerviosos paseos por el porche mientras Alexa contemplaba la luna apoyada en la barandilla.

—Hace una noche perfecta para reflexionar —voceé captando la atención de ambos.

—¡Por fin has salido! —exclamó Hugo escrutándome con la mirada—. Y por la cara que traes, parece que la cosa no ha ido de perlas, ¿eh?

—Nada más lejos de la realidad, amigo mío, mi charla con Antón no podía haber ido mejor —le informé mientras salía del porche para poner rumbo hacia una higuera cercana.

—¿Adónde vas, patas largas? Hemos preparado comida para un regimiento —replicó Hugo.

—Estoy muy cansado, amigo mío, y además no tengo hambre —comenté dejándome caer en la hierba.

—Pero ¡si te estábamos esperando para cenar! —protestó airosamente mientras se acercaba a la higuera.

Acomodé la cabeza entre las manos y le comenté:

—Pues por mi no lo hagáis —me apresuré a decir mirándole de reojo—. Iros a comer antes de que la cena se enfríe... Creo que Antón también pasará de cenar.

—¡Espera, Gabriel! —reparó Alexa mientras salía del porche—. Hay unas celdas vacías en el monasterio y de madrugada baja mucho la temperatura.

No son muy cómodas, pero siempre será mejor dormir en un camastro que a la intemperie.

—Gracias, pero prefiero la quietud que se respira aquí. ¡Buenas noches! —canturreé mientras contemplaba el firmamento.

Hugo pareció darse por vencido y se alejó de la higuera murmurando algo, pero poco después escuché cómo Alexa lo invitaba a cenar aludiendo que ella era incapaz de irse a dormir con el estómago vacío. «*No hay cosa que lime mejor las asperezas que compartir una buena mesa*».

Y, con ese pensamiento, cerré los ojos y me quedé profundamente dormido.

Nada más abrir los ojos supe que había atravesado las puertas del mundo de los sueños. Me encontraba en la sala hipóstila del templo de Amón, de Karnak, recorriendo el pasillo central mientras contemplaba los jeroglíficos que había cincelados en las columnas. Llevaba la indumentaria del sumo sacerdote y me dirigía hacia el templo de Taharqa para realizar el ritual nocturno de veneración de la barca procesional *mesektet*. Sabía que en el sueño estaba rememorando un recuerdo de mi olvidado pasado y esperaba que por fin pudiera hallar en él una conexión que me acercara a mi ansiada verdad.

Pero antes de llegar a las puertas del templo escuché una melodía que procedía del gran patio y fui sorteando las columnas hasta que vi a una mujer tocando el arpa bajo un cielo cubierto de estrellas. No podía dar crédito a lo que estaba viendo. ¡Volvía a reencontrarme con la dama de mis sueños!

«¡Hola, mi señora!», voceé tímidamente para no asustarla. La mujer dejó de tocar el instrumento y me buscó con la mirada. «¿De verdad, eres tú, Gabriel?». La dama acudió a mi encuentro y se me echó a los brazos. Nunca me había estremecido tanto con un abrazo, pero no sabía si era debido a la emoción del momento o por el hecho de que no recordaba su nombre. «Desde la primera vez que te vi, sé que mi corazón te pertenece, pero... ¡no sabes cómo me avergüenza no recordar tu nombre!», le confesé sin poder mirarle a la cara. «Recuerdas nuestro amor y eso es lo que importa. Tarde o temprano también recordarás quién eres y eso te llevará a mí», me reveló acariciándome las mejillas. «Pero si lo que te inquieta es saber mi nombre, solo tienes que abrir tu corazón». La dama de mis sueños apoyó la mano en mi pecho y al cerrar los ojos se cinceló su nombre en mi mente. «¡Esperanza!», musité. «¿Cómo sabías que lo recordaría?», le pregunté emocionado. «Porque tú fuiste el primero que lo pronunció», respondió antes de rodear el cuello con los brazos y besarme con una intensidad que casi me hace perder el sentido.

Saborear un beso tan deseado como inesperado fue una de las sensaciones más extraordinarias que recordaba haber experimentado jamás. La estreché

entre mis brazos y deseé no despertar nunca de aquel sueño.

«¿Dónde te has metido todo este tiempo?», le pregunté en cuanto se separaron nuestros labios. «Buscando la forma de dar contigo. ¡Y no me ha sido nada fácil hacerlo! Si no llegas a presentarte en aquel sueño jamás habría sabido cómo llegar hasta ti». Le aparté los cabellos de la cara y se los recogí detrás de las orejas para poder extasiarme contemplando sus ojos marinos. «Eso no importa ahora... Dime dónde puedo encontrarte y cuando despierte lo dejaré todo para ir a buscarte». Esperanza me reprendió con la mirada. «¿Tan poco te importa la misión que llevas entre manos? No, Gabriel, no puedes abandonar tus obligaciones por perseguir un sueño. Ya te he dicho que en cuanto recuperes tus recuerdos estos te atraerán hacia mí, pero hasta entonces debes continuar el camino que has iniciado y completar tu misión en la Tierra», comentó suavizando su mirada. «Por el momento deberemos conformarnos con encontrarnos en tus sueños. Y por desgracia, no podemos disponer de todo el tiempo que quisiéramos», me advirtió acariciándome los cabellos. «Debo invertir una gran parte de mi poder para acceder a tus sueños y Apofis controla todos mis movimientos. Sabe que si me encuentra te hallará también a ti... y al manuscrito», confesó mirándome fijamente a los ojos. «¡No puedes arriesgarte a venir a visitarme, Esperanza! Jamás me perdonaría que te pasara algo malo por mí», le advertí horrorizado. «No debes preocuparte por mí, amor. La magia ancestral me avisará cuando el poder oscuro se encuentre cerca. Y además, ahora que estás con Antón todo irá bien, ¡ya lo verás!», añadió esbozando una sonrisa. «¿Conoces al clérigo ciego?», aludí extrañado. «¡Chis, ya están aquí!», susurró tapándome la boca.

«Debes recordar quien eres; el libro te ayudará a hacerlo. Y también tendrás que reunir a los ejércitos de la Luz y recordarles que deben cumplir con el juramento que le hicieron a los dioses. Apofis no tardará en liberar a sus hermanos del destierro y entonces enviará a sus hordas de hechiceros negros a buscar la Puerta de puertas. ¡Ten mucho cuidado, Gabriel! Apofis intentará entorpecer tus movimientos porque sabe que eres el único que puede poner fin a sus perversos planes», me advirtió separándose de mí.

De nuevo, volvía a recaer sobre mis espaldas la responsabilidad de contener al Caos. «¡No puedo quedarme por más tiempo!», dijo mirando hacia los lados con inquietud. «Persigue tu destino, pero sé prudente y no pierdas la fe; no estarás solo en el camino y seguro que hallarás algún apoyo más si actúas con sigilo y fe. Ahora debo irme antes de que los espías del

Caos den conmigo», comentó alejándose por el patio. «*Espera un momento*», le supliqué mientras me acercaba a ella. «*Ya sabes dónde buscarme, Gabriel*», dijo mirándome con urgencia. La voracidad del tiempo acotó, en una sola, el millón de preguntas que rebullían en mi cabeza. «*¿Por qué no me dices quién soy?*». Su rostro se enteló. «*Mucho me temo que mis recuerdos están ligados a los tuyos. Es el precio que debo pagar para acceder a ti*», alegó con la mirada ansiosa. «*Antón es un gran sabio, ¡ten muy presente sus consejos!*», me advirtió diciéndome adiós con la mano. «*¡Pero te necesito!*», grité al ver que se desvanecía su imagen. «*Y yo a ti..., pero ahora debo irme*», musitó con lágrimas en los ojos. «*Y en mi ausencia, procura no volver a olvidarte de mi nombre*».

«*Esperanza...*», musité sintiendo como la nada lo iba ocupando todo.

Me desperté cuando un molesto rayo de sol incidió directamente en mis ojos. Por un momento, no recordé dónde me encontraba y me incorporé sobresaltado. Tenía la boca seca y la espalda entumecida, pero al ver el monasterio me tranquilicé. Me recosté sobre el tronco de la higuera y bostecé viendo cómo ascendía el sol entre las montañas. El reencuentro con Esperanza me había dejado destemplado y con una extraña sensación de vacío. «“¿Cómo es posible que no la haya recordado hasta ahora?”». No me cabía en la cabeza, pero así era mi vida... El vozarrón de Hugo me expulsó violentamente de mis reflexiones.

—¿Qué tal has dormido, patas largas? ¡Mira que emperrarte en pasar la noche a la intemperie!

No pude evitar sonreír al ver cómo se acercaba rascándose las nalgas.

—Ni me hables. Tendría que haberle hecho caso a Alexa —dije buscando a tientas la pipa en el bolsillo.

—Ya sabes que te sienta mal fumar en ayunas —me sermoneó cuando estuvo delante de mí—. Pero ¿a qué viene ese careto? Desde que llegamos a este lugar estás más reservado que de costumbre. Y eso de dejarme anoche a solas con ella... —refunfuñó con las mejillas sonrosadas.

—Estoy seguro de que acabaréis haciendo buenas migas, ¡ya lo verás! —vaticiné mientras me quitaba una piedra que tenía clavada en el trasero.

Hugo negó con la cabeza y apoyó la mano en el tronco de la higuera.

—Bueno..., dejemos el temita que solo he venido para decirte que el desayuno ya está servido en la mesa. Hay magdalenas recién horneadas; las ha hecho Alexa —advirtió con un guiño.

—No sé si me entrará algo en el estómago. ¡Tengo un cuerpo!

—¿Cómo quieres tener el cuerpo si llevas desde ayer sin comer? —me regañó poniendo los brazos en jarra—. Además, Alexa me ha apremiado a venir a buscarte, ¡y no veas cómo se las gasta la niña! Así que, ¡levántate y tira para adentro!, o me obligarás a llevarte a rastras.

—¿Ya no la tratas de bruja? —voceé cuando vi, con el rabillo del ojo, que Alexa se acercaba decididamente a la higuera.

—¡Calla, que no sabes lo obstinada y engreída que es! Solo le falta la escoba para echar a volar —bromeó simulando que montaba en una de ellas.

—¿Así que todavía crees que soy una bruja, eh? —exclamó dejando petrificado de vergüenza a Hugo.

—¡Buenos días, Alexa! —la saludé aguantándome la risa.

Hugo me atravesó con la mirada, mientras pronunciaba algún secreto impropio, pero no se atrevió a mirar a la muchacha.

—Espero que hayas dormido bien, Gabriel... Hay quien se acuesta pensando que es gracioso y después de pasar una mala noche se levanta hecho un payaso —ironizó sacándole la lengua a Hugo—. Por cierto, Antón ya se ha levantado. ¿No te lo ha dicho tu compañero? ¡Ay, pero qué tonta soy...! —exclamó con tono burlón—. Hugo estaba demasiado concentrado practicando clases de vuelo con su escoba imaginaria.

Alexa dio media vuelta y se marchó con pose altanera hacia la puerta del monasterio.

—¡Pues sí que tiene genio! —certifiqué mientras me levantaba del suelo.

Hugo torció el gesto y rezongó:

—Has estado muy agudo, patas largas. Gracias a ti solo nos falta un domador de fieras para montar un circo; al payaso y al mago ya los tenemos.

No pude evitar reírme a mandíbula batiente con la sátira de mi amigo. Y, mientras intentaba hacerle algún arrumaco suplicándole que me perdonara, tomamos rumbo a la morada de Antón.

Cuando llegamos al salón encontramos al clérigo sentado en la mesa. Estaba mojando una magdalena en una taza de café y tenía el manuscrito a un lado, pero ni se inmutó cuando me senté y le di los buenos días; simplemente se limitó a hacerme un gesto de cortesía con la cabeza y continuó desayunando como si no hubiese nadie más allí. Al poco, Alexa dejó encima de la mesa una bandeja de huevos fritos con panceta y otra con pan tostado. Luego se sentó a mi lado y me susurró: «*No se lo tengas en cuenta. Antón no se levanta muy hablador*». Hugo se sentó lejos de la maga y, tras servirse un plato bien surtido de viandas, comenzó a comer sin levantar la vista del plato. Y viendo que todos desayunaban haciendo caso omiso de mi presencia, me unté una tostada con mantequilla y me la comí acompañándola con un tazón de café.

Cuando acabamos de almorzar, Antón tomó el códice y se levantó para encaminarse hacia el tresillo que había enfrente de la chimenea.

—¿Estás preparado, Gabriel? —carraspeó el clérigo, cuando se acomodó un cojín a la espalda.

Me apresuré a sentarme a su lado y, sin poder contener la emoción, le pregunté:

—¿Has averiguado qué dicen las runas mágicas?

Antón asintió sin mucho entusiasmo. En ese momento llegó Alexa y se sentó de un salto sobre el reposabrazos del tresillo. Hugo hizo lo propio en el asiento que quedaba libre.

—¿Te explicó Ceres lo que representaba el manuscrito? —me interrogó Antón con misterio.

—Me dio a entender que el libro era el camino que debía recorrer para encontrar mi destino. Pero ¿a qué viene tanta intriga? ¿Qué te han desvelado las runas?

El clérigo se recostó en el sofá y dejó apoyado el libro entre las piernas antes de contestar:

—Que debes recorrer ese camino.

—Antón, ¡no estoy para bromas! —le solté contrariado.

—No bromeo, amigo —resolvió.

—Pero ¿habrás podido averiguar algo más en las runas, verdad? ¿No te han mostrado al camino que debo seguir?

—¿No te lo dijo la dama de tus sueños? —replicó Antón con sagacidad.

Aquella respuesta me noqueó.

—¿Cómo sabes que soñé con ella? —le pregunté intrigado.

—Porque a mí también me visitó —contestó con una sonrisa.

Me dejé caer sobre el respaldo e intenté poner orden mis pensamientos.

—¿De qué conoces a Esperanza?

—¿Ah, se llama así?

—¿No os conocíais? —El clérigo sonrió—. ¿Y qué quería de ti? —aludí sintiendo cómo iba en aumento mi desconcierto.

—Que te diera buenos consejos. ¡Y ahí va el primero! —añadió, haciéndome un gesto para que mirara el manuscrito—. La magia que protege las runas fue diseñada para ocultar el contenido del código, pero también para orientar a su legítimo dueño hacia dónde dirigir sus pasos. Pero para descubrir qué dicen esas runas primero debes abrir la mente —argumentó—. Fíjate en la insignia y dime lo que ves.

No me hizo falta mirarla.

—La letra alfa en el interior de la omega —alegué sin emoción—.

Supongo que debe hacer referencia a que todo lo que tiene un inicio también tiene un final. Pero ¿adónde quieres llegar, Antón? ¿Acaso tiene relación el símbolo con las runas?

—No solo tiene relación; además se ha de interpretar correctamente para descifrar el mensaje que entrañan las runas. Pero, ¡no seas impaciente, Gabriel!, que ahora mismo te lo explico —anunció avanzándose a mi pregunta—. Las grafías utilizadas son muy antiguas y me recordaban bastante a las que utilizábamos los magos blancos para enviarnos mensajes cifrados, cosa que tiene su lógica puesto que Khaldun era uno de los mejores encriptando dichos mensajes —me explicó—. Así que me concentré en transcribir cada uno de los caracteres en el código alfabético hasta que conseguí descifrar una frase, que también estaba codificada.

—¿Y cómo lo hiciste? —le pregunté con nerviosismo.

—¡No me interrumpas! —protestó con un gesto—. Ahora te lo mostraré.

El clérigo posó las temblorosas manos en el extremo izquierdo de los caracteres rúnicos y dibujó la letra Ω con la yema del dedo índice y después hizo lo propio en el extremo derecho, pero esta vez dibujó una letra α . Sorprendentemente las runas se fueron transformando hasta mostrar el siguiente mensaje:

“OICINI LE SE LANIF LE”

—¿En qué idioma está escrito? —le pregunté muy intrigado.

Hugo también se asomó para ver qué ponía.

—¿Aún no eres capaz de verlo, Gabriel? —dijo Antón.

—¿El final es el inicio? —intervino Hugo, captando nuestra atención. El clérigo asintió sonriente—. ¿Y qué relación tiene esa frase con el símbolo? —musitó ruborizado.

—¡Toda! —respondió Antón chasqueando los dedos—. No es cuestión de interpretación, Hugo, sino de perspectiva. Las runas y el símbolo forman parte de un todo mágico y para interpretarlas correctamente debemos hacerlo desde otra perspectiva. La letra alfa no está dentro de la omega, como creíamos en un principio, sino en perspectiva respecto a ella. ¡Ahí está la relación! Es como si miraras hacia un objeto lejano a través de otro que se encuentra pegado a ti. —Antón se levantó del sofá y rebuscó entre los cajones de una cómoda antes de regresar con un lapicero y una hoja en blanco en la mano—. Ves, esto es lo que vemos en la filigrana —dijo

mientras dibujaba sobre el papel; Ω—. Pero este es el verdadero sentido del símbolo, si aplicamos las indicaciones de las runas —comentó trazando con el lápiz el símbolo, pero desde otra perspectiva; Ω^a—. ¿Veis la diferencia? Como intuíamos —prosiguió—, el códice está protegido por un enigma que debe ser resuelto antes de que nos abra paso a su verdadero contenido y, para hacerlo, debe recorrerse un camino inverso, pues comienza desde el final para llegar al inicio. ¿Ahora ya sabes lo que debes hacer?

—No —aseveré sintiéndome un poco idiota—. ¿Y tú?

Antón negó con un gesto.

—Si tú no lo sabes... —alegó—. Pero ¡no nos desanimemos tan rápido! Tendré que seguir investigando para desvelar ese misterio. Afortunadamente, la magia ancestral deja una sutil huella y si soy capaz de desentrañarla, tal vez consiga averiguar algo sobre ese viaje que debes realizar. Aunque eso me va a costar más trabajo que descifrar las runas —apuntó levantándose del tresillo—. ¡Ya ves, amigo mío! Debo tocar muchas teclas antes de que brote una agradable melodía. Pero si me dais unas cuantas horas estoy convencido de que podré hallar una solución para nuestro problema.

Antón hizo una pelota con la hoja que había utilizado para dibujar los símbolos y la lanzó al fuego del hogar. Después se encamino hacia la puerta del salón, con el manuscrito bajo el brazo, y desapareció tras el umbral. «*¡Otra vez me toca lidiar con la espera!*», pensé con fastidio. Alexa, que debió percatarse de mi aflicción, se ofreció a hacernos una visita guiada por la bodega prometiéndonos acabarla con una degustación.

Salimos del monasterio y lo bordeamos por un caminito de tierra que nos condujo a una edificación de piedra situada justo en la parte trasera del templo. A la bodega se accedía a través de un pórtico de madera que comunicaba con el piso superior. Descendimos a la cava y pasamos allí toda la mañana recorriendo las diferentes dependencias hasta que llegamos a la sala magna, donde Alexa nos premió con una exquisita cata de vinos, a la que acompañó con unos tacos de queso curado.

Cuando salimos de la cava el sol lucía con el ímpetu del mediodía. Hugo se ofreció a cocinarnos un arroz con conejo y lo dejamos en los fogones mientras poníamos la mesa. Antón permaneció encerrado en su despacho y no se presentó a la comida, cosa que no hizo más que alimentar mi nerviosismo. Después de comer Alexa nos sugirió ir a dar un paseo a caballo por el prado. Tanto Hugo como yo declinamos su ofrecimiento, aunque finalmente no nos quedó más remedio que aceptarlo ante la insistencia de la

muchacha.

Alexa salió de la cerca y tras realizar un potente silbido se acercaron dos de los caballos que pacían junto al resto de la manada. Ella montó a pelo un percherón de pelaje negro mientras que Hugo y yo compartimos monta en una hermosa yegua blanca. Alexa nos hizo una visita guiada por toda la finca y cuando comenzó a atardecer regresamos al monasterio.

Antón nos esperaba en el porche. Desmontamos los caballos y dejamos que regresaran junto a la manada antes de reunirnos con el clérigo.

—¡Hola, chicos! ¿Qué tal habéis pasado el día? —nos preguntó sonriente.

—¡Muy bien, Antón! —respondí ansioso—. ¿Y tú...? ¿Has conseguido dar con la clave?

El clérigo acarició los lomos del manuscrito y contestó:

—Será mejor que eso lo discutamos adentro.

Nada más llegar al salón, el clérigo se sentó en una silla y dejó el códice encima de la mesa. «*Creo que Antón trae buenas noticias y eso hay que celebrarlo con el reserva que me he traído de la bodega*», me susurró con un guiño. «*¿Por qué no vais encendiendo un fuego en la chimenea mientras voy a por el sacacorchos y un decantador?*». Hugo se prestó a encender el fuego dejándome a solas el clérigo.

—Debéis caerles muy bien a mi niña, nunca la había visto tan contenta —precisó sonriente—. A decir verdad, recibimos tan pocas visitas que debe sentirse muy impresionada con vosotros. ¡Y no es para menos! —anunció en un tono que no supe interpretar—. ¿Ha estado diligente Alexa?

—Muchísimo, Antón —respondí mientras tomaba asiento—, pero ya no aguanto más los nervios. ¿Puedes decirme, por lo menos, si has conseguido descifrar la magia que protege al manuscrito?

—No seas impaciente. Espera a que estemos todos —dijo Antón mientras tamborileaba con los dedos sobre la mesa.

Alexa descorchó la botella y decantó su contenido en una jarra de cuello ancho para que se oxigenara. Luego dejó una bandeja con cuatro copas encima de la mesa y se sentó al lado de Hugo.

—Espero que sea de vuestro agrado —comentó Alexa con una amplia sonrisa.

—Has escogido un gran vino, querida —advirtió el clérigo husmeando en el ambiente—. ¡El mejor para anunciar una gran noticia! —añadió haciéndome estremecer—. Ya sé cómo anular la magia que protege el libro,

pero para hacerlo necesito que encuentres una serie de elementos que no poseo. Como intuíamos, para acceder a los misterios que contiene el código debes iniciar un largo viaje, probablemente el más arriesgado que hayas tenido que hacer jamás, pues los elementos que preciso están en manos del enemigo —comentó ensombreciendo mis expectativas—. El primer objeto es “*La lámpara de Kram*” que, desde tiempos remotos, mantiene encendida una llama blanca imperecedera que posee unas propiedades mágicas excepcionales. Ese elemento se encuentra en una fortificación del Caos gobernada por un nigromante que rinde pleitesía a Sekhen, señor de la guerra, y la puerta mágica que conecta con ese mundo la encontraréis en los bosques de Sagarmatha, en el Himalaya. El segundo material es “*El aceite de Luna*” —desveló con misterio—. Los únicos seres que conocen el secreto de su elaboración son tres perversas brujas que viven en un templo situado en la dimensión de las Bahías. Pero no son unas vulgares arpías —añadió al percibir que Hugo sonreía—, se trata de las sacerdotisas de Alrinach, señora de las tempestades, de quien han aprendido a dominar la magia del agua. Son muy peligrosas, pues combinan la clarividencia, la alquimia y la hechicería, disciplina en la que cada una de las hermanas destaca, y siempre actúan juntas, por lo que se hace muy difícil sorprenderlas. La puerta de acceso a esa dimensión se encuentra en el lago de las cinco flores, en China. El tercer elemento es una poción única; “*El elixir de la vida*”. Dicho elixir forma parte de la esencia de una náyade llamada Aretusa, que se encuentra recluida en la fortaleza de Euríalo, en Siracusa. La diosa Artemisa la encerró en el interior de una fuente para ponerla a salvo de Alfeo, un oceánida al que se le corrompió el corazón cuando la ninfa se negó a entregarse a él. Para llegar a esa dimensión deberéis ir a las ruinas del Machu Picchu y encontrar la puerta que se oculta allí. Y por último, tendréis que encontrar el templo de Seth, perdido en el desierto de Egipto, y hallar un objeto que perteneció a Osiris y que se extravió hace miles de años. Se trata del “*Reloj de las Arenas del tiempo*”, un artilugio que permite navegar por los mares del espacio-tiempo con total control siempre que se consiga dominar su complejo mecanismo de funcionamiento. Corren algunos rumores al respecto, Gabriel, y es posible que Seth lo tenga en su poder, pues se cree que se quedó encerrado en ese templo —me advirtió dando por concluida su exposición.

—¿Y eso es todo? —objetó Hugo resoplando como un caballo.

—Hay algo más —comentó Antón con serio semblante—. Alexa os acompañará.

—¿Cómo? —exclamó mi compañero con los ojos desorbitados.

Al mirar a la muchacha comprobé que nos observaba con los ojos brillantes y sin disimular su complacencia.

—¿Estás seguro de lo que estás proponiendo, Antón? —le pregunté haciendo caso omiso a la cara de desaprobación que me estaba dedicando Hugo.

—La he estado preparando para este momento desde hace años. Pero creo que será mejor que se lo preguntemos a ella —alegó observando a Alexa—. ¿Qué opinas tú, pequeña?

La maga apoyó los codos encima de la mesa y nos miró con determinación.

—No os vendrá mal mi dominio de la magia ancestral ni mi destreza con el arco; no debéis obviar que el enemigo os superará en número y, quizá, en poder. Además, yo también tengo que resolver algunas deudas que tengo pendientes con mi pasado y sé que no tendré otra oportunidad mejor que esta ni mejor compañía —argumentó con una seguridad impropia para una chica de su edad—. Pero no quiero ser ninguna carga y, mucho menos, ser recibida a regañadientes —declaró mirando a Hugo—. Así que..., de vosotros depende.

Miré a Hugo y este asintió con un gesto, rojo de vergüenza.

—¡Pues ya está decidido! —exclamé—. Alguien me dijo que hallaría grandes aliados por el camino si sabía interpretar bien las señales —comenté provocando la sonrisa de Antón—. ¡Bienvenida al grupo, Alexa!

—¡Perfecto! —exclamó el clérigo, mientras escanciaba el vino en las copas—. Todos tenemos trabajo qué hacer. Mientras vosotros salís a buscar los elementos yo me prepararé para uno de los mayores retos de mi vida. Solo tendré una oportunidad para manipular la magia contenida en las runas y no puedo fallar o la información contenida en el manuscrito se perderá para siempre. Pero, no llamemos al mal tiempo —comentó alzando la copa—. ¡Por nosotros!

Alzamos las copas y gritamos: «¡Por nosotros!».

No podía sentirme más orgulloso de los compañeros con los que compartiría aquella incierta aventura. Por fin, después de tantos siglos de errante búsqueda podía percibir que mis pasos iban en la dirección correcta.

¡Y no podía ser más feliz!

CAPÍTULO 3.

LA LUZ IMPERECEDERA.



“El secreto del éxito de nuestros actos debemos buscarlos en el interior”.

1

Aquella noche no soñé, pero me desperté inquieto, con una mezcla de tristeza y excitación. Como compartía celda con Hugo y este dormía a pierna suelta, me vestí en silencio con la intención de salir afuera para ver amanecer. No sabía cuánto tiempo pasaría hasta que volviera a disfrutar de una paz como la que se respiraba en aquel lugar.

A los pocos minutos de estar en el porche apareció Alexa, vestida únicamente con un camisón. No dijo nada y se puso a mi lado a contemplar la alborada. Era tan joven y arriesgaba tanto viniendo con nosotros, que temí haberme equivocado aceptándola como compañera. De repente, comenzó a rehilarse de frío y le eché la capa sobre los hombros mientras intentaba evadirme de aquellos pensamientos. «*“Si Antón está convencido, no seré yo quien cuestione su criterio”*». Continuamos contemplando el amanecer en silencio, hasta que el clérigo salió por la puerta del monasterio y Alexa se escurrió de mi lado para echarse a los brazos de Antón.

Me sentía como un intruso contemplando aquella sincera muestra de afecto y aparté la vista para dejar que disfrutaran de aquel momento en intimidad. Pero en un momento dado, miré al clérigo y comprobé que me estaba observando con los sentidos. Una solidaria sonrisa amalgamó lo que ambos sentíamos y en aquel instante me pregunté si algún día sería capaz de ver con los ojos, aunque fuera la mitad de lo que él percibía con el corazón.

Hugo fue el último en aparecer en el porche cuando el sol comenzaba a alzarse por encima de la montañas. Con su llegada, Antón nos sugirió que entráramos al monasterio para desayunar, cosa que provocó los aplausos de mis compañeros.

Durante el desayuno Hugo, que parecía haber dejado atrás sus reticencias con Alexa, no paró de contar anécdotas de nuestras vivencias que arrancaron algunas carcajadas y nos aligeró el ánimo antes de la partida. Para él parecía que la misión que estábamos a punto de iniciar sería una aventura más, pero yo intuía que culminaría con el final de un ciclo y que, para bien o para mal, las cosas ya no volverían a ser igual.

Después del desayuno le comenté a Antón que partiríamos inmediatamente

y le sugerí a Alexa que intentara llevarse lo estrictamente necesario para aligerar al máximo el equipaje.

Mientras la chica se iba a preparar los bártulos, el clérigo me comentó que aprovecharía nuestra ausencia para ir visitar a los magos blancos de su Orden. «*Ya va siendo hora de que desenrede los entuertos del pasado*», argumentó. Quería comunicarles que estuvieran alerta de los movimientos del enemigo y anunciarles que el “*Elegido*” había regresado con el manuscrito de Ceres. «*¿Es prudente airear deliberadamente esa noticia?*», le pregunté, sin tenerlas todas conmigo. Pero Antón me convenció de que cuanto antes llegara a oídos enemigos ese rumor, mayor sería el temor que le infringiríamos al señor del Fuego. «*Y, ¡quién sabe! Igual Apofis precipita sus movimientos y comente algún error*», aventuró. Entonces le insté que se pusiera en contacto con Albert con el fin de aunar fuerzas y coordinar una estrategia conjunta entre ambas Órdenes para luchar contra el Caos.

En ese momento Alexa entró en el salón vestida con el mono y la capa negra con la que nos recibió. Un arco mediano cruzado en el pecho, un carcaj repleto de flechas a la espalda, una espada corta ajustada al cinto y una pequeña mochila colgada al hombro, completaban su indumentaria. Nunca antes había visto en la mirada de una mujer tanta determinación.

Hugo y yo fuimos recoger a la celda nuestras cosas y cuando salimos al porche vimos que el clérigo nos estaba esperando sentado en la mesa. Cuando le preguntamos por Alexa nos comentó que había preferido esperarnos en los límites de la puerta, pues odiaba las despedidas. «*¡Cuidad bien de mi niña y regresad sanos y salvos!*», nos advirtió Antón antes de despedirse de nosotros con un abrazo.

Dejamos al clérigo en el porche y nos dirigimos hacia la puerta dimensional. Allí nos estaba esperando Alexa, a los pies de la escalera y mirando a la nada. La chica continuó con su mutismo cuando atravesamos el umbral, pero me pareció ver oscilar unas lágrimas en sus rizadas pestañas en cuanto dejamos la escalera atrás. Continuamos en silencio por el bosque hasta que llegamos a un claro. Allí vi el lugar perfecto para iniciar el viaje hacia nuestro primer destino.

—¿Estáis preparados? —les pregunté mientras extendía ambas manos para que las cogieran.

—¿Preparados...? ¿Para qué? —replicó Hugo extrañado.

Les expliqué que no teníamos tiempo para viajar al Himalaya con un medio convencional y que utilizaríamos uno mágico; la traslación. Alexa no

tardó en agarrarme de la mano y Hugo, al ver la licenciosa sonrisa de la chica, me asió con la suya frunciendo el ceño. Puse mis pensamientos en las montañas del Himalaya y recité: “*Arcanus via*”. Y unos segundos después aparecimos en mitad de un valle rodeado de altas montañas. En la distancia se distinguía majestuoso el monte Everest.

—¡Guau! ¿Cómo lo has hecho? —gritó Alexa recolocándose los bártulos.

—¿Qué te creías..., que solo tú eras capaz de sorprender haciendo hechizos? —le soltó Hugo, aún mareado.

Alexa pasó de la indirecta y se quedó fijamente mirando hacia la gran mole que se alzaba a lo lejos.

—¿Qué montaña es esa? ¡Es espectacular!

—Los lugareños la llaman la madre del universo, *Sagarmatha* en tibetano —le revelé—. Desde lo alto, dicen que se pueden tocar las estrellas.

—¿De veras? Yo conocí a una estrella —suspiró Hugo mirando boquiabierto la montaña.

Me sorprendió la confesión de mi compañero, pero como él no manifestó su interés por relatarnos esa historia y tampoco teníamos tiempo que perder, decidí iniciar la busca de la puerta dimensional que nos conduciría a nuestro primer elemento; la lámpara de Kram. Inspeccioné el lugar con los sentidos y no tardé en captar la energía del Caos. Era gélida y descendía por una garganta rodeada de frondosos bosques.

Tras abrigarnos, nos adentramos entre una arboleda que ascendía por una pronunciada pendiente. A medida que íbamos subiendo comenzamos a sufrir las consecuencias de la falta de oxígeno. Notábamos la cabeza cargada y un cansancio que hacía que cada paso que dábamos fuera más penoso que el anterior. Y a eso se le sumaba la asfixiante espesura del bosque, que apenas dejaba pasar la luz del sol. Aun así continuamos progresando a buen ritmo hasta que llegó un momento en que la senda se fue desdibujando entre la vasta arboleda y no nos quedó otro remedio que aflojar el paso para salvar la maraña de ramales y troncos que se interponían en nuestro paso. Y así continuamos un largo y penoso ascenso hasta que avistamos que, un poco más adelante, la senda se abría en un claro.

Recorrimos animados el trecho que nos quedaba para dejar el tenebroso bosque atrás, pero, de pronto, el camino comenzó a alejarse y acercarse aceleradamente de mi campo visual y tuve que apostarme detrás de un abeto para no caer mareado al suelo. Cerré los ojos y luché con todas las fuerzas para expulsar el influjo del Caos que quería apoderarse de mi voluntad.

«¿Qué te ocurre, patas largas?», escuché que me susurraba mi amigo.

Cuando abrí los ojos vi que Alexa y Hugo me miraban con preocupación.

—Es esa maldita energía... ¿No la percibís tras aquel viejo roble? — respondí, en cuanto recuperé un poco el aliento.

Cuando mis compañeros miraron hacia el árbol que había en mitad del claro les cambió el semblante.

—Tienes razón, Gabriel, ¡y da un repelús...! —musitó Alexa mordiéndose el labio—. ¿Es allí dónde se encuentra la puerta dimensional, verdad?

Asentí con un gesto.

—Y está protegida por un anillo mágico y vigilada desde el interior —les informé.

—¿Y cómo nos las apañaremos para entrar? —me interrogó Hugo, sin dejar de echarle recelosas miradas al roble.

—Aún no lo sé... Se admiten propuestas —respondí un poco más repuesto.

Hugo sugirió que entráramos a la fuerza y midiéramos nuestro poder con el del brujo. «*Total, tarde o temprano deberemos enfrentarnos a él si queremos conseguir la lámpara. ¡Y sois dos magos contra uno!*», puntualizó con sagacidad. Rechacé aquella idea de inmediato; si queríamos tener alguna opción de salir indemnes de aquel mundo con la lámpara teníamos que jugar con el factor sorpresa. Afortunadamente a Alexa se le ocurrió un plan mejor. «*Puedo utilizar la magia ancestral para alterar las mentes de los vigilantes y hacer invisible nuestra incursión sin dejar huella*», argumentó. La idea no estaba exenta de riesgos, pero por lo menos podíamos intentarlo y si salía mal siempre nos quedaría la estrategia de Hugo como segunda opción.

Alexa nos comentó que para elaborar el conjuro necesitaba saber qué era lo que veían los guardias desde el otro lado del umbral. Cerró los ojos y durante unos instantes se quedó totalmente concentrada. Hugo me miró circunspecto y me preguntó con un gesto: «¿Ya sabe lo que se hace?». En ese momento, Alexa despertó del trance. «*¡Ya lo tengo!*», certificó ensartando a Hugo con la mirada. «¿*Confiáis en mí?*».

Corrimos hacia el roble y, con un gesto, Alexa anuló el hechizo que protegía la puerta dimensional abriéndose un umbral por el que accedimos al interior. Nada más poner los pies en aquel mundo me sentí indefenso. El poder del nigromante se mostraba vehemente y me incitaba a mostrarle el mío. Noté que Hugo tiraba de mi brazo mirándome con urgencia y me despabilé. Pero Alexa, que ya había llegado a los lindes del bosque, nos hacía

señales con la mano para que nos apresuráramos a llegar allí. «*Pero ¿se puede saber qué hacéis ahí parados?*», nos instó con cara de pocos amigos.

Nos alejamos del puesto de guardia y nos reunimos con nuestra compañera justo en el momento en que los centinelas despertaban del conjuro.

—¿En qué estabais pensando? —susurró Alexa enfadada—. Ya no podía continuar engañando sus mentes por más tiempo.

—Creo que será mejor que nos dejemos de monsergas —medió Hugo mirando de soslayo hacia la puerta—, que aún no estamos a salvo de los guardias y no me gustaría estar cerca de aquí cuando caiga la noche —comentó echando a caminar por una senda que se introducía en la espesura del bosque.

Y cuando las sombras del crepúsculo comenzaron a alzarse en el horizonte ya habíamos encontrado un lugar seguro donde acampar.

Montamos el campamento al resguardo de unos altísimos abetos con dos tiendas de campaña y después nos sentamos alrededor de una fogata, para ahuyentar el frío nocturno y reponer fuerzas. Mirara a dónde mirara solo percibía oscuridad y una profunda sensación de vacío. «“¿Qué me está pasando?”», pensé mientras intentaba buscar la respuesta en un pedazo de cielo estrellado que se abría entre las copas de los árboles.

—¿Gabriel, te encuentras bien? —me preguntó Hugo mientras atizaba el fuego con un tizón.

Le miré, pero no supe qué responder.

—¿Todavía no te has dado cuenta de que se encuentra en medio de una lucha de poderes? —le soltó Alexa con tono altivo. Hugo agachó la mirada ante aquella injustificada reprimenda de su compañera—. Lo siento, pero esa fuerza oscura..., ¡me entran ganas hasta de gritar! —murmuró mordiéndose el labio—. ¿A ti no te afecta, Hugo?

—Está claro que menos que a vosotros —replicó—. Pero tengo unas ganas tremendas de acabar esta misión y salir pitando de aquí. ¿Habéis pensado ya en un plan? —Alexa hundió la mirada en el fuego y yo no supe qué decir—. Pero ¿por qué os reprimís? —explotó negando con la cabeza—. Gabriel, tú eres un poderoso mago y Alexa... —comentó mirándola de reajo—, tú eres experta en el dominio de la magia ancestral. Estoy convencido de que entre los dos podéis patearle el culo a ese nigromante y salir de este inmundo lugar con la lámpara en un abrir y cerrar de ojos.

—Me halagas con tus palabras, Hugo, pero debo reconocer que no fue solo mérito mío emboscaros en el bosque; me serví de la magia de Antón —señaló levantando la vista del fuego—. Pero aquí es diferente. En este mundo apenas brota la magia ancestral, pues la fuerza oscura lo embebe todo. Y puedo asegurarte, que el poder del nigromante supera, ¡y con creces!, el de nosotros dos —precisó con el rostro sombrío.

—Y entonces, ¿qué...? ¿Nos quedamos aquí plantados sin hacer nada? —rezongó Hugo quedándose encogido de hombros.

—¿Por qué no nos iluminas tú, sabelotodo? —le espetó Alexa.

En ese momento mis compañeros se enzarzaron en una absurda discusión, pero cuando quise intervenir sentí una llamada procedente del bosque y me pareció vislumbrar un fuego fatuo en mitad de la penumbra. Me levanté y eché a andar persiguiendo la mortecina luz. «¿Adónde vas?», voceó Hugo. Hice caso omiso a la advertencia de mi compañero y continué avanzando fascinado con la luz que levitaba delante de mí. «Pero ¿qué haces ahí parado? ¡Sujétalo!», entonó Alexa. Sentí una presión en el brazo pero me zafé de ella. «¡Gabriel, reacciona!», me gritó Alexa poniéndose delante de mí. La aparté de un empujón y me dejé llevar por la fuerza que tiraba de mi voluntad hasta que me quedé plantado delante de la llama blanca; su luz era tan pura como la de las estrellas y me estaba llamando. Extendí el brazo, pero cuando estaba a punto de tocarla alguien gritó: «Hugo, ¡noquéalo!» y vi una sombra precipitándose sobre mi cara. Luego se produjo un intenso destello y perdí el conocimiento.

«¿Te encuentras bien, patas largas?», escuché muy lejanamente. «Déjalo respirar, bruto. ¡Mira que atizarle con todas tus fuerzas con el tronco...! Si casi se lo partes en la cabeza», replicó otra voz. Por un momento no supe dónde me encontraba y me asusté cuando, al abrir los ojos, vi unos rostros distorsionados moviéndose delante de mí. «¿Quiénes sois?», balbuceé. «¡Ostras, creo que me he pasado dándole! ¿Lo habré dejado lelo?». Entonces reconocí la voz de Hugo y la vista se me aclaró. «¡Parece que despierta!», advirtió Alexa sonriéndome. «Pero ¿a qué esperas, bobo? ¡Ayúdame a levantarlo para llevarlo junto al fuego!», le regañó a Hugo.

Me apoyé sobre los hombros de mis compañeros y regresé al campamento, mareado y con un fuerte dolor de cabeza. Me dejaron sentado al lado del fuego y Alexa me dio un paño mojado en agua.

—Póntelo en la frente o te saldrá un buen chichón —comentó echándole una grave mirada a Hugo—. ¡Menudo susto nos has dado! Pero ¿qué te ha pasado? Creíamos que era una treta del brujo para hacerte caer en una trampa.

—No sé qué es lo que ha pasado, pero estoy convencido de que no ha sido obra del nigromante —les expliqué intentando recordar los detalles del suceso—. ¿No habéis visto la luz blanca que brillaba en la oscuridad?

—¿De qué luz hablas, patas largas? Aquí no hemos visto ninguna luz, ¿verdad, Alexa? ¿No habrá sido por el golpetazo? —especuló Hugo mientras me daba un tazón de café—. ¡Ah, y perdóname por el porrazo!

Le hice un gesto de disculpa y le comenté:

—Sé muy bien lo que he visto, amigo mío —dije antes de dar un sorbo de

café—, y creo que...

En ese momento me quedé traspuesto, como si estuviese sufriendo un *déjà vu*.

—¿Qué te ocurre, Gabriel? ¿Han vuelto a aparecer las visiones? —me preguntó Alexa inquieta.

—No... —musité—. Me ha pasado una cosa muy extraña, ¡no sé cómo explicarlo...! —dije mirando a mis compañeros—. Es como si ya hubiera visto antes esa misteriosa luz.

Hugo prensó un poco de tabaco en la pipa y comentó:

—Sigo pensando que cuanto menos tiempo pasemos aquí, mucho mejor.

Alexa metió las manos en los bolsillos y se recostó contra el tronco de un abeto.

—Jamás creí que nos alteraría tanto estar cerca del Caos —dijo con la mirada perdida—. Y me temo que Hugo tiene razón; no debemos dilatar nuestra estada aquí más de lo necesario. ¿Queréis saber lo que descubrí en la mente del centinela de la puerta? Quizás nos ayude a esbozar un plan —advirtió con una sagaz mirada.

Alexa nos comentó que el templo de Sekhen formaba parte de una fortaleza-ciudad situada en lo alto de un cerro que estaba a unos veinte kilómetros hacia el norte de la puerta. El recinto estaba amurallado y solo tenía un punto de acceso, vigilado por francotiradores. Más allá de las murallas estaba la ciudadela y los cuarteles con el grueso del ejército del fortín.

—¿Y pudiste averiguar en qué parte del templo se encuentra la lámpara? No quisiera adentrarme en la guarida del nigromante sin saber dónde tiene oculta la lámpara —señalé.

—No, pero sé quién nos puede ofrecer esa información; el oficial de guardia del fortín. Aunque hay un problema... —comentó mirándome de reojo—. Es un hechicero negro.

En verdad, aquella noticia planteaba un serio contratiempo.

—Ya se nos ocurrirá cómo resolver ese problema cuando hayamos realizado un estudio sobre el terreno —declaré.

Hugo encendió con unas ascuas la pipa y nos miró preocupado.

—Francotiradores apostados en la puerta, un hechicero negro, un enjambre de soldados defendiendo la plaza y un nigromante que no debe dejar de echarle el ojo a su tesoro... —musitó mientras echaba un hilo de humo por la nariz—. ¿Cómo demonios vamos a robarle la lámpara sin que se de cuenta?

Parecía que nuestro compañero veía inevitable un enfrentamiento con el brujo y no hacía más que poner pegadas a nuestro plan.

—Amigo mío, tendremos que confiar en el factor sorpresa para asaltar la fortaleza. Tengo el presentimiento de que si conseguimos hacernos con la lámpara de Kram antes de que el nigromante sea consciente de nuestra incursión tendremos una opción de derrotarlo —advertí poniendo mis pensamientos en la misteriosa luz del bosque—. Pero antes debemos descansar para afrontar con garantías la dura jornada que nos espera mañana. ¿Nos vamos a dormir?

Hugo arrugó el bigote pero no protestó. Apagamos el fuego y nos metimos en las tiendas. Como de costumbre, Hugo se quedó dormido nada más meterse en el saco de dormir. En cambio, a mí me fue imposible conciliar el sueño. Afuera se había levantado un vendaval, que comenzó a aullar golpeando contra la lona. Cerré los ojos e intenté relajarme, pero solo conseguí que volviera a presentarse aquella misteriosa luz en mi mente. Me llamaba, no me cabía la menor duda, pero esta vez pude refrenar el impulso que me incitaba a salir tras ella. Me acurruqué en el saco y, sorprendentemente, me quedé dormido.

Cuando desperté había desaparecido la impronta de la Oscuridad. Me incorporé y vi que Hugo todavía dormía profundamente. Me calcé las botas con sigilo y salí de la tienda con la intención de reavivar la fogata para hacer café. El frío de la madrugada cortaba como sables y tuve que enroscarme en la capa para entrar en calor. Hugo salió de la tienda cuando borboteaba la cafetera y Alexa, poco después. Nos tomamos el café al amparo del fuego y un pequeño tentempié, a base de tostadas y longanizas, antes de desmontar el campamento e iniciar la caminata hacia el norte.

Todavía de noche, dejamos atrás el bosque y continuamos por un sendero que nos condujo durante un largo trecho por un terreno pedregoso que ascendía zigzagueando por la montaña. Con las primeras luces, hicimos cumbre y comprobamos que el paisaje se sucedía igual de monótono en muchos kilómetros. Descendimos por una senda y después de transitar por unos afilados precipicios llegamos a un promontorio desde donde avistamos nuestro objetivo, ya con el sol luciendo plenamente en el cielo. Mis compañeros suspiraron de asombro al ver cómo refulgían los grandes bloques de granito rojo del templo de Sekhen tocados por el sol. Sin embargo yo volví a tener la extraña sensación de ya haber estado allí.

Lo cierto es que aquella fortaleza-ciudad era una majestuosa construcción.

Dos torres simétricas delimitaban el portón de acceso al fortín y desde allí se expandían las murallas que replegaban la fortificación y la ciudad en un mismo recinto. El templo destacaba del resto de los edificios al estar situado en la porción superior del enclave y colindante con la ciudadela. Era un edificio cuadrangular, sobre el que se elevaba una cúpula central, y estaba bordeado por unos espesos muros que lo encerraban demarcando una circunferencia.

Cuando centré la mirada en el domo del templo divisé un destello que me hizo despegar la mente del cuerpo para iniciar un largo viaje hacia las profundidades de la montaña. Allí presentí una centelleante energía que palpitaba en cadencia con los latidos de mi corazón. ¡La misma que había sentido la noche anterior! Poco a poco su fulgor se fue intensificando hasta que se produjo un llamarada que me devolvió a la realidad.

—¿Has vuelto a ver otra vez la luz, verdad? —adivinó Alexa.

—A veces, me dais miedo con vuestras misteriosas visiones —añadió Hugo rascándose la barbilla—. Pero dejadme para mí el reconocimiento del terreno, que en esa parcela soy yo el especialista —se apresuró a decir escurriéndose entre los matorrales.

A los pocos minutos volvió con serio semblante y nos comentó que había avistado a un retén de solo tres arqueros vigilando el portón de la fortaleza apostados en unas disimuladas bases ubicadas entre los abetos. «*Poca defensa, ¡qué extraño!*», pensé. Pero aquello tenía una explicación.

—Gabriel, esos francotiradores no son de este mundo —añadió Hugo cariacontecido.

—¿Qué quieres decir, amigo?

—Que parecen... —dijo encogiendo los labios—. Parecen muertos.

—¡*Spectrums!* —susurré alarmado.

—¿!*Spectrums!*? ¿Y quiénes son esos seres? —exclamó Alexa asustada.

Me senté en una roca y sopesé lo que supondría para nuestra misión aquel inesperado revés.

—En su día fueron hombres, la mayoría de ellos malhechores, que vendieron sus almas a la Oscuridad después de muertos a cambio de la vida eterna. Pero se convirtieron en espíritus errantes, *spectrums*, uno de los más despiadados servidores del Caos —les expliqué—. Nadie puede pasar inadvertido para sus afinados sentidos de ultratumba ni nada puede matarlos, pues ya están muertos. ¿Qué mejor defensa podría tener el nigromante que una horda de *spectrums* vigilando la puerta?

—Pero ¿quieres decir que es tan poderoso como para invocar a los espíritus? —prorrumpió Hugo asustado.

—No me cabe la menor duda, amigo mío —aseveré—. Y grandes han debido ser los favores que ha prestado a la Oscuridad para que haya sido premiado con tanto poder —comenté nublando el semblante de mis compañeros—. Y eso nos sitúa en una posición muy delicada. Me temo que no nos queda más remedio que hacer un cambio de planes. Tendré que utilizar mi magia para enviar a los *spectrums* a Orco, el inframundo dónde deben ir a parar las almas de los secuaces del Caos.

—No me gusta ese plan, Gabriel. ¿De qué nos servirá librarnos de los *spectrums* si con ello alertamos al nigromante? —señaló Alexa mordiéndose los labios.

—No nos queda otra opción —tuve que admitir—. Los *spectrums* son sumamente peligrosos y si consiguieran, siquiera heriros, la podredumbre de la que se nutren corrompería vuestras almas convirtiéndoos en uno de ellos —les advertí—. Aunque creo que si actuamos rápidos y nos deshacemos del hechicero negro y de los *spectrums* antes de que el nigromante sepa qué está pasando, podré contenerlo con mi magia el tiempo suficiente hasta que consigamos hacernos con la lámpara —vaticiné.

—¿Y si no lo logras? —replicó Alexa.

—Pues entonces, amiga mía..., no nos quedará más remedio que medir nuestras fuerzas con él —sentencié—. ¿Qué os parece si buscamos un lugar cercano a la puerta para montar un puesto de vigilancia?

Hugo nos llevó hasta una colina salpicada de abetos y abundante vegetación desde dónde podríamos observar con claridad los alrededores de la puerta del fortín sin ser vistos por los *spectrums*. Estiramos unas mantas en el suelo y Hugo nos fue desvelando la ubicación de los vigilantes. Se me heló la sangre al contemplar los cadavéricos rostros de los *spectrums* sentados inmutables en sus tarimas de vigilancia. En el interior de la fortaleza todo parecía estar en calma.

«A partir de ahora nos comunicaremos mentalmente», les advertí a mis compañeros. «Esperaremos a que realicen el cambio de guardia y después elaboraremos una estrategia de asalto». Nos tumbamos sobre las mantas y esperamos a que se produjera algún movimiento.

El tiempo pasaba lento y tedioso sin que, aparentemente, sucediera nada tras los muros. Y así estuvimos hasta que unas nubes ocultaron el sol, allá hacia el medio día, haciendo bajar drásticamente la temperatura. A falta de

una buena lumbre con la que calentarnos, nos tapamos con las mantas e intentamos echar una cabezada. Cerré los ojos, pero no hubo manera de conciliar el sueño. «¿No puedes dormir, patas largas?», me preguntó Hugo provocándome un pequeño sobresalto. «¡Qué va! Con este frío no hay quien duerma», comenté frotándome las manos. «¿Y vosotros, qué hacéis?», les interrogué. Alexa me miró de reojo y respondió: «Matar el tiempo charlando. Le estaba comentando al pesado de Hugo por qué me había embarcado en esta misión. Y supongo... —dijo con una vivaz mirada—, que a ti también te interesará saberlo, ¿verdad?», pronosticó antes de ponerme convenientemente en antecedentes.

Al parecer, Alexa había sido adoptada por Antón cuando apenas era un bebé. Desde ese momento se dedicó en cuerpo y alma al cuidado de su ahijada, a la que le procuró una infancia de ensueño para que creciera feliz. Pero también le inculcó la pasión por el estudio de las artes, las ciencias, las matemáticas, la literatura e incluso la música, materias en las que destacó notablemente. Y, como no, en la práctica de la magia ancestral, disciplina en la que sobresalió por encima de las demás debido a la innata predisposición que mostró desde bien pequeñita. Aunque hubo una sombra que siempre estuvo acechando su corazón; necesitaba saber cuáles eran sus raíces y quiénes habían sido sus padres. Para su desgracia, Antón se mostraba esquivo cuando le preguntaba al respecto y si insistía entonces finiquitaba la conversación con la recurrente frase: «“Algún día, pequeña, iniciarás un viaje que te llevará allá adonde el corazón guíe tu caminar y entonces hallarás la respuesta”». Y, agarrada a esa esperanza, había trabajado con ahínco para estar preparada cuando llegara el momento de iniciar una aventura cuya señal advirtió el día en que nos emboscó en el bosque.

En ese momento un estruendo interrumpió nuestra conversación. Se abrieron los portones de la fortaleza y vimos cómo salía una comitiva compuesta por tres *spectrums* de relevo y un sombrero ser que les marcaba el paso atizándoles con un látigo; era el hechicero negro. El brujo condujo a la tenebrosa compañía hacia los puestos de vigilancia y con una espeluznante voz ordenó a los centinelas que bajaran de sus respectivas tarimas. Estos no vacilaron y bajaron de un salto dejando que los de fresco ocuparan su lugar. El cambio de guardia fue rápido y con la misma parsimonia retomaron el paso de vuelta hacia la puerta. Pero cuando iban a traspasar el umbral, el hechicero negro dio media vuelta y husmeó con los sentidos en nuestra dirección. Nos agachamos y cerré los ojos. Tuve que esforzarme para no

desvelar mi presencia al hechicero cuando presenté su pútrida esencia, pero Alexa me tomó de la mano disipando de inmediato mi temor. Aunque la tensión tan solo desapareció cuando el hechicero negro continuó su camino cerrando la puerta tras de sí.

Me estiré sobre el pedregoso suelo y suspiré. Mis amigos también resoplaron de alivio. La intuición del hechicero negro no hacía más que complicar las cosas. Les sugerí a mis compañeros a que durmieran un rato, pues el asalto se produciría por la noche, en el siguiente cambio de guardia y yo tenía que relajarme para rumiar una estrategia.

Y mientras reflexionaba me fue venciendo el cansancio hasta que me quedé dormido.

Cuando desperté me abrazaba la oscuridad. Me incorporé y vi a Alexa dormitando con la cabeza apoyada sobre las rodillas. Hugo dormía a pierna suelta a mi lado. Me recliné sobre los matorrales y observé las inmediaciones de la puerta del fortín. Abajo parecía estar todo en calma y al echar la vista hacia los puestos de vigilancia comprobé que los *spectrums* continuaban impassibles con su guardia. Más allá, las luces de la ciudad parpadeaban en el horizonte estrellado dando los últimos coletazos del día. En poco, anochecería y se produciría el cambio de guardia, así que desperté a mis amigos para irnos preparando para la arriesgada incursión.

A Alexa le encomendé mantener al hechicero negro fuera de combate el tiempo suficiente para que yo pudiera anular a los *spectrums*. «*Sé que la magia ancestral está muy menguada en este lugar, pero existe una fuente de la que podrás extraer la energía suficiente para activarla*». La maga negó con la cabeza. «*No te entiendo, Gabriel, ¿de dónde quieres que obtenga la energía?*», me preguntó intrigada. «*Por fin he descubierto por qué sentía la llamada de aquella luz; quería que fuera consciente de su existencia porque quiere ser liberada. Si te concentras lo suficiente serás capaz de captar su presencia*», le desvelé señalando hacia el lugar dónde se asentaba el templo. «*¿La percibes?*», le pregunté. Alexa cerró los ojos y al rato negó con la cabeza. «*Proyecta los sentidos hacia las entrañas de la montaña, justo debajo del templo*», le insté. Volvió a intentarlo y cuando abrió los ojos supe que lo había conseguido. «*¡Es verdad, Gabriel! Pero hay una magia muy poderosa que interfiere en mi conexión con la energía de la lámpara. Así que tendrás que apañarte con tan solo unos pocos minutos*», me advirtió. A Hugo, que me miraba como si estuviera estorbando, le confié la defensa de la retaguardia. Sabía que cuando iniciáramos el asalto se pondría en alerta el puesto de guardia y enviarían refuerzos a la puerta. «*Debes velar por mantener a los *spectrums* alejados de Alexa. No los puedes matar, pero sí defenderte de ellos y mantenerlos a raya. Es vital que tanto Alexa como yo tengamos el campo libre para poder concentrarnos en ejecutar la magia. Y, sobre todo, ¡debes evitar que te hieran a toda costa! Si en algún momento te*

ves agobiado, no dudes en pedirme ayuda. ¿Lo has entendido?», Hugo asintió tragando saliva. Ya solo debíamos esperar a que realizaran el cambio de guardia, pues ese era el único momento en que la puerta se mantendría abierta.

Como no sabíamos cuándo se abrirían los portones, nos movimos sigilosamente entre los matorrales hasta que estuvimos a unos veinte metros de la entrada a la fortaleza. Le hice un gesto a Hugo para que se apostara detrás a un abeto que quedaba cerca de los aledaños de la puerta y Alexa y yo nos quedamos agazapados en dónde estábamos. Nada más tomar Hugo la posición, se escuchó el chirrido de los goznes y comenzó a abrirse el portón. Alexa cerró los ojos y al poco tiempo me advirtió: «¡Estoy preparada, Gabriel! Espero tus órdenes».

Como en el anterior cambio de guardia, salieron los *spectrums* de relevo y tras ellos el hechicero negro. Se dirigieron hacia los puestos de vigilancia y antes de que el oficial ordenara el relevo le comuniqué a mi compañera que había llegado el momento de actuar paralizando al hechicero negro.

Nada más activar el encantamiento los *spectrums* de refresco se pusieron en alerta. Entonces le hice un gesto a Hugo y salí de mi escondite con el cetro mágico en la mano. Los *spectrums* se abalanzaron sobre mí emitiendo un estridente chillido, pero apareció Hugo blandiendo el hacha de doble filo y rebanó de cuajo la cabeza de dos muertos vivientes y al tercero lo partió por la mitad. Entonces saltaron los *spectrums* que estaban en los puestos de vigilancia y apuntaron a Hugo con los arcos. Agité el cetro y grité: “*Ablêgô spectrum Orco*”. Y apareció una oquedad en mitad de la nada, hacia dónde empujé a los *spectrums* al inframundo. Hugo me miró sonriente, pero no tardó en eclipsarse su sonrisa cuando vio aparecer a una docena de no muertos saliendo por la puerta. Entonces percibí la presencia del nigromante.

«¿Podrás apañártelas, compañero? Hay un problema que requiere de mi inmediata atención», le pregunté a Hugo. Este asintió y me concentré a ejecutar el hechizo con el que doblegaría la voluntad del brujo. Concentré toda mi fuerza a la que pude captar de la lámpara y recité: “*Inhibeô tempus*”, proyectando mis sentidos hacia el lugar dónde capté que procedía la fuerza oscura. La esencia del nigromante desapareció y pude respirar tranquilo, aunque solo por un instante. Hugo se estaba defendiendo ferozmente del ataque de cuatro *spectrums* y necesitaba mi ayuda. Pero cuando quise acudir en su auxilio, escuché la alarmada voz de Alexa diciéndome: «¡Gabriel, no puedo retenerlo más!».

En cuanto el hechicero negro se vio liberado del encantamiento no tardó en percibir a la maga y la embrujó. Miré de reojo a Hugo y vi que mantenía a raya a los *spectrums*, así que acudí a la ayuda de mi compañera. Afortunadamente el hechicero estaba tan cegado en su presa que no se percató de mi presencia hasta que le ensarté el filo de la espada por la espalda antes de penetrar en su mente. Intentó barrarme el paso a sus pensamientos, pero el dolor se lo impidió. Y una vez tuve visualizado el lugar dónde guardaba el nigromante la lámpara, extraje la espada de su cuerpo y le rebané la cabeza.

—¿Te encuentras bien, Alexa?

La pobre, tenía la cara desencajada. Asintió con un gesto y, apremiándome con la mirada, añadió:

—Sí, no te preocupes por mí... Hugo te necesita más que yo.

Agité el cetro y envié a los *spectrums* a Orco liberando a mi compañero cuando ya las fuerzas le empezaban a flaquear.

—¡Menudo debut, campeón! Has mantenido fuera de juego a una docena de *spectrums* tú solo —exclamé en cuanto estuve a su lado. Me sorprendió que no mostrara su habitual talante y eso me alertó—. ¿Te encuentras bien, amigo?

No hizo falta que me respondiera; su rostro hablaba por sí solo. Hugo me enseñó la muñeca izquierda y vi que tenía un pequeño rasguño. Alexa, que se acababa de reunir con nosotros en ese momento, no pudo reprimir un suspiro de horror cuando vio la herida de su compañero y me miró buscando una respuesta en mi rostro. En ese instante tuve un presentimiento que me hizo recuperar la fe.

—Tal vez la llama blanca pueda salvarle. ¡Y sé dónde está! —aseveré—. Pero debemos llegar a ese lugar antes de que el nigromante despierte de mi embrujo.

Posé la mano sobre la herida de Hugo y recité: “*Mora inficiô*”, un conjuro con el que esperaba retrasar los efectos de la ponzoña de los *spectrum*, y después insté a mis compañeros a echar a correr por una empinada avenida que nos conduciría a la parte noble del fortín. El templo se distribuía en tres niveles. En el superior se encontraban las habitaciones de los oficiales y los salones privados del nigromante. En la planta baja las cocinas, los comedores, los dormitorios de los suboficiales, un par de salas de audiencias y el Salón del Escorpión. Y desde allí descendía una escalera hacia el subsuelo, dónde partía un corredor que comunicaba con una encrucijada que

daba acceso a tres recintos: la cámara de los sacerdotes, la sala de purificación y el Salón de Kram. Como suponía, el nigromante había ubicado la lámpara en el rincón más profundo del templo y con una única vía de acceso; una auténtica ratonera.

Casi sin resuello, y temiendo que de un momento a otro el brujo pudiera deshacerse de mi encantamiento, llegamos a los muros del templo sin que nos asaltara nadie. Aunque allí nos aguardaba el primer revés; la puerta estaba vigilada. Como nos acuciaba el tiempo decidimos afrontar aquel contratiempo salvando los ocho metros de altura del muro. Inspeccionamos la pared hasta que Hugo, que parecía mantenerse bastante íntegro, avistó un saliente ubicado a media altura de la lisa pared. A partir de ese punto, el muro estaba construido con gruesas e irregulares piedras que permitían un fácil ascenso. Miré a Alexa y le pregunté si podría alcanzar el saliente si la impulsaba con las manos. La chica se acercó a la tapia y sopesó la distancia antes de asentir con un gesto. Luego dejó todos los bártulos en el suelo, excepto una cuerda que se cruzó en el pecho, y tomó un poco de carrerilla. A mi gesto, corrió hacia mí, apoyó el pie en mis manos y saltó al tiempo que la impulsaba hacia arriba. Miré expectante y vi que la chica, que había conseguido colgarse del saliente, comenzaba a progresar por el muro hasta que llegó a lo alto. Entonces nos tiró el cabo de la cuerda para que lo sujetáramos y se fue descolgando hacia el otro lado de la pared.

Alexa aseguró la cuerda y, tras recoger sus enseres, Hugo y yo escalamos hasta que salvamos el muro y nos reunimos con ella en los jardines del templo. Bordeamos el parterre por el lateral del edificio hasta que llegamos a la puerta principal y con sigilo nos colamos en su interior. La antesala estaba prácticamente a oscuras, pero cuando nos acostumbremos a la penumbra descubrimos que era una anchurosa estancia sostenida por columnas. Pasamos a través de un arco a la sala principal y discurrimos por el pasillo central, intentando ahogar el eco de nuestros pasos, hasta que llegamos a un distribuidor desde donde partían los peldaños de una escalinata que conducía a las dependencias superiores. Continuamos avanzando por el corredor y al final del mismo nos encontramos con las puertas que daban acceso al Salón del Escorpión. Una vez en su interior nos separamos para buscar la escalera que nos llevaría hacia nuestro destino.

Al fondo de la estancia se vislumbraba la silueta de un escorpión con el agujón enroscado sobre la cola y las paredes estaban ricamente ornamentadas con tapices que, aun en la penumbra, mostraban una exquisita elaboración y

belleza. Fue Alexa quien descubrió la escalera oculta tras una falsa pared. Los peldaños caracoleaban hacia las oscuras profundidades de la montaña y no pude evitar estremecerme al percibir la palpitante energía que moraba allí. Hice brotar un poco de luz en la amatista y entonces me percaté de que Hugo sudaba profusamente por la frente y que la herida de la muñeca se le había inflamado. «¿Cuánto tiempo le queda?», me preguntó Alexa preocupada. «Hugo es fuerte... ¡Aguantará!», le contesté negándome a aceptar cualquier otro pronóstico.

Iniciamos un prolongado descenso por los angostos escalones hasta que la escalera desembocó en un pasillo que se hallaba sumido en la más absoluta negrura. Aumenté el haz de luz agitando el cetro y descubrimos que la galería era bastante amplia, de unos cuatro metros de anchura por seis de alto, y que había sido excavada en la roca viva. Echamos a andar, precedidos de nuestras trémulas sombras, y a unos cincuenta metros el corredor giró hacia la derecha y vimos que moría a los pies de un pórtico dorado. A ambos lados había sendas puertas, pero no podíamos apartar la mirada de los hipnóticos destellos que desprendía la puerta del Salón de Kram al reflejarse la luz en ella.

—¿Cómo te encuentras, amigo? —le pregunté a Hugo.

Su cara era un poema.

—No tardes en encontrar esa lámpara, patas largas —susurró mientras intentaba esbozar una sonrisa.

Nos plantamos delante de la puerta del Salón de Kram y medité durante unos segundos en la estrategia a seguir.

—No creo que el nigromante tarde mucho en liberarse de mi encantamiento y ahí adentro hay personas inocentes que deben ser protegidas de su ira —dije mirando hacia la puerta de la cámara de los sacerdotes—. Alexa, ahora que puedes disponer de más energía de la llama blanca no deberías tener problemas para mantener a raya al brujo. Blinda esa puerta con tus poderes y evita, a toda costa, que os tome a ninguno de vosotros como rehén —resalté mirando a Hugo de reojo.

—¿Y tú qué harás? —me preguntó Alexa.

—Intentar encontrar otra vía por la que entrar a la sala de la lámpara —le expliqué—. La entrada principal está protegida por la magia del nigromante, por tal vez halle alguna otra forma de hacerlo desde la sala de purificación.

Después de que Alexa y Hugo se fueran a cumplir con su cometido, entré en la sala de purificación. La habitación era heptagonal, de unos cinco metros

de diámetro, sin más accesos que aquel por el que había entrado. Estaba iluminada por lámparas de aceite y en el centro había una fuente cuadrangular por la que manaban sendos caños de agua orientados, cada uno de ellos, hacia uno de los puntos cardinales. Los demás costados del polígono estaban ocupados por unas banquetas de mármol excepto uno, que estaba forrado con una estantería donde los sacerdotes guardaban las túnicas, sandalias y demás enseres destinados al ritual de purificación, como vasijas, palanganas, aceites esenciales, incienso, perfumes, ungüentos y natrón.

Me situé delante de la pared colindante con el Salón de Kram y conecté con la energía que palpitaba en su interior. Cerré los ojos y me dejé llevar por una cálida sensación de bienestar. Muy sutilmente apareció un destello en la lejanía, que se hizo cada vez más palpable, y me precipité hacia la luz con la certeza de que esta me llevaría hasta la lámpara. Pero se produjo un estruendo que hizo tambalear las paredes del templo.

Abrí los ojos justo a tiempo para ver cómo el hueco que ocupaba la puerta de la cámara era lapidado por una bloque de piedra que cayó del techo. Me precipité hacia la puerta, pero estaba totalmente bloqueada por una extraña magia que me fue imposible interpretar y lo mismo pasó cuando intenté ponerme en contacto con mis compañeros. «“¿Qué está pasando aquí?”», me pregunté asustado. Entonces percibí una fuerza, gélida como un témpano, en el corredor y me alegré de encontrarme totalmente aislado en aquella habitación, pues de lo contrario me habría sido imposible no acudir al reclamo de la antagónica fuerza que había al otro lado del umbral.

Apoyé la cabeza en la pared y aparqué, por un momento, la animadversión que me producía aquel ser inmundo para centrarme en los verdaderos problemas que tenía que resolver antes de vérmelas con él.

El alma de Hugo pendía de un hilo y yo haría lo imposible para evitar que cayera en manos de la Oscuridad.

Me senté en una banqueta y me puse a reflexionar sobre lo que había sucedido. En un principio creí que la magia que me mantenía cautivo en aquella cámara procedía del nigromante, en un intento de bloquear todas las posibles vías de acceso al Salón de Kram. Pero aquella hipótesis carecía de fundamento o de lo contrario el brujo ya habría derribado el muro para enfrentarse a mí. Entonces solo quedaba una alternativa; la llama blanca había blindado la sala de purificación para protegerme. «“*Pero ¿por qué?*”».

Me levanté y apoyé las manos en el muro. La pulsátil energía que desprendía la lámpara desde el Salón de Kram era tan intensa que me estremecí. «“*¿Cómo puedo llegar a ti?*”», medité cerrando los ojos. Súbitamente percibí un destello y escuché: «“*Sígueme*”», antes de sentir cómo la mente se despegaba de mi cuerpo persiguiendo su rastro.

Al instante percibí un intenso resplandor y tuve que protegerme los ojos con las manos antes de abrirlos. Entonces fui consciente que estaba realizando la rutina de mirar al sol que hacían los antiguos sumos sacerdotes egipcios antes de proceder al despertar del dios del templo. Dejé que mi *ka*^[4] se regenerara con la energía del sol y después me dejé llevar por la intuición... Algo me decía que aquel ritual ya lo había hecho en mi olvidado pasado y aquel era el camino que debía seguir si quería llegar a la llama blanca.

Cuando la vista se acomodó a la luz descubrí que me hallaba delante de la puerta del templo de Horus de Edfú. Contemplé las dos torres del pilono de entrada y atravesé el umbral con la sensación de estar entrando en otro mundo. Deambulé por el patio exterior y después atravesé el *pronaos*, la primera sala hipóstila, admirando la gradación de luz que se filtraba entre los capiteles palmiformes de las doce columnas que sostenían el techo. Luego crucé la segunda sala hipóstila, también sustentada por doce columnas, y discurrí por la cámara de las ofrendas hasta que llegué a la *Casa de la Mañana*, una cámara que quedaba a la derecha de la sala central.

Allí realizaría el ritual de purificación, pues en aquella habitación se encontraba el estanque sagrado donde brotaba el agua lustral. Saqué un poco

de incienso de un armario y lo quemé en un cuenco. Después me arrodillé a los pies del estanque y fui ejecutando metódicamente la ceremonia de purificación mientras observaba el mural que había pintado en la pared norte y que representaba la barca nocturna, *mesektet*, en su periplo por el inframundo. Me rocié con el agua lustral, como signo de ablución, y me sequé con una toalla de lino antes de abandonar la *Casa de la mañana*.

Salvé los pocos pasos que me separaban del sanctasanctorum del templo y pasé al santuario de Horus, una sala rectangular presidida por el *naos*, un monolito de granito gris de cuatro metros de altura que contenía la estatua del dios. Y en la porción central de la cámara y sobre un pedestal, había una reproducción en oro macizo de la barca procesional *mandyet*.

Extraje del armario ceremonial los utensilios que necesitaba para realizar el ritual del despertar del dios y los deposité en una batea. Luego me situé delante de la imagen de Horus y la abracé simbólicamente antes de ungirle con un unguento perfumado. Acto seguido le hice la ofrenda de *Maat*, una pluma de avestruz símbolo de la justicia y la verdad, y realicé el apaciguamiento del dios quemando un poco de incienso. Por último, completé la primera parte del ritual con las ofrendas de comida y de bebida, que dejé a los pies del *naos*. Había llegado el momento de la recitación del himno de adoración.

Solemnemente alcé la mirada hasta fijarla en la máscara de halcón del dios y entoné con voz firme:

“Tu purificación es mi purificación; son palabras dichas por Horus, rey del Alto y del Bajo Egipto, el Señor de las dos tierras, aquél que es la imagen de Ra, el más amado de los dioses. Él ha sido purificado con el agua de la vida, nacida de las dos cavernas y venida desde Set-Nebet. La iniquidad y el mal están limpios y no existen. Yo te doy toda la vida, toda la fuerza y toda la salud, eternamente”.

Repentinamente percibí una palpitante energía detrás de mí y al mirar hacia *mandyet* descubrí que en la proa de la barca destellaba un farol. «*Pero ¡si es la misma luz que vi en mesektet en mi viaje por el inframundo!*», exclamé sintiendo que me daba un vuelco al corazón. Con nerviosismo, me postré a los pies del navío y recité los versos secretos del “*Libro de la Vida*”:

“Señor de los dos mundos, custodio de la luz del sol y de la luna, creador de las puertas sagradas, escucha los ruegos de tu más fiel servidor. Líbranos de las sombras y alumbranos con tu perenne luz. ¡Horus, hijo de la vida y de la muerte, yo te invoco!”.

Y sutilmente se inició la mágica transformación. Fui absorbido por una intensa fuerza que me trasladó a la cubierta de *mandyet*. La barca surcaba velozmente las aguas del Nilo siguiendo el rumbo que marcaba Horus a los mandos del timón. Llevaba el rostro oculto bajo la máscara de halcón y a plena luz del día irradiaba una magnificencia que me hizo empequeñecer.

«*Nos volvemos a encontrar, Gabriel*». Me estremecí al escuchar su grave timbre de voz y me apresuré a ser cortés con él. «*Así es, mi señor, y en un momento de suma dificultad*». Horus continuó navegando, ahora sin prestarme aparentemente atención. Me apoyé en la baranda de estribor y miré al cielo azul. Unas gaviotas perseguían al navío desde lo alto mientras el sol comenzaba a declinar hacia poniente. «*¿Y qué te ha traído esta vez por aquí?*», su pregunta me sobresaltó y al girar la cabeza para mirarle tropecé con la intensa luz que desprendía una llama blanca que danzaba en el interior de un farol ubicado en el castillo de popa. «*¿De dónde procede esa luz?*», le pregunté intrigado. «*¿Acaso debes preguntarlo? Es la imperecedera luz del sol*», proclamó solemnemente. Volví a mirar la saltarina llama blanca y me quedé observando la pureza que desprendía su luz. «*Parece la misma que vi cuando nos vimos por primera vez, pero... no, ¡no lo es!*». Horus permaneció en silencio. «*¿Y por qué está cautiva la luz imperecedera en un templo del Caos?*», advertí extrañado. «*Te equivocas, Gabriel. La luz del sol nunca brillaría en un lugar así*», replicó dejándome helado. «*¿Entonces...?*», musité. «*A menudo, los hombres que presumen de ser los más íntegros poseen un alma dúctil y son fácilmente corrompidos por el mal. Y convierten los lugares sagrados del Orden en pseudotemplos del Caos. ¿Responde eso a tu pregunta?*», declaró mirando hacia el horizonte gris. Me recosté sobre la baranda mientras reflexionaba en sus palabras. «*Se te acaba el tiempo y todavía no me has dicho por qué estás aquí*», advirtió Horus sacándome de mis pensamientos. El cielo se estaba apagando con las vespertinas luces del anochecer. «*Hasta ahora no lo sabía..., pero estoy aquí para saber cómo llegar hasta esa luz. ¿Puedes ayudarme a encontrarla, mi señor?*».

Las aguas del Nilo se tornaron turbulentas y *mandyet* comenzó a moverse velozmente siguiendo el rumbo que le marcaba el timonel. «*En tu corazón está la clave, Gabriel. Busca allí la justicia y la verdad y la hallarás*», me reveló. «*Estamos a las puertas de la Duat... Debes abandonar la barca*», anunció.

Horus recogió el farol y lo alzó en alto. La llama blanca cabrioló, cada vez con mayor intensidad, hasta que estalló en un fogonazo.

Desperté en la sala de purificación, aunque tardé un tiempo en ser consciente de ello. Me refresqué bebiendo por uno de los caños de la fuente y después me planté delante la puerta, aunque sabía que esta continuaría cerrada a cal y canto. Me apoyé en la pared y puse mis pensamientos en la revelación de Horus. Sabía dónde debía buscar la respuesta, pero ¿cómo llegar a ese lugar? Una colérica voz irrumpió en mi mente expulsándome de mi reflexión.

«¿Quién ha osado venir a insultarme a mi propia casa?». Sopesé bien las palabras antes de recitar: «*El mismo que ha matado a tu lugarteniente y enviado a Orco a tu horda de spectrums. El mismo que te ha hechizado para adueñarse de tu templo y de tu tesoro. El mismo que acabará con tu tiranía, ¡de una vez por todas!*». Me regocijé al percibir la rabia contenida del nigromante. «¿Crees que vas a intimidarme con tu palabrería, majadero? *Habéis firmado vuestra sentencia de muerte. ¡Tú y tus secuaces!*», me ladró. «¿Por qué he de temer las amenazas de quien no es capaz de gobernar su propio navío? *Vete haciendo a la idea... Hoy has perdido el control de tu templo y no será lo último que perderás*». Escuché un rabioso grito al otro lado de la puerta y cómo el brujo intentaba, sin éxito, echar la puerta abajo. Después se hizo el silencio.

«*No me puedes engañar, ¡asqueroso mago de la Luz! Tú también estás atrapado entre esas paredes. ¡Nunca conseguirás llegar al salón de la lámpara!*», advirtió dando nerviosos paseos por el corredor. «*Yo no estaría tan seguro. La lámpara quiere cambiar de dueño y no tardaré en hacerme con ella*». El nigromante detuvo el paso en seco. Podía presentir su rabioso aliento al otro lado de la puerta. «*No sé cómo te las has apañado para burlarme ni qué has hecho para impedirme entrar al Salón de Kram, pero puedo asegurarte que tarde o temprano conseguiré derribar las barreras que ahora nos separan y entonces...*», señaló conteniendo la ira. «¿Y entonces, qué?», le provoqué.

El nigromante no respondió. Y al instante escuché unos precipitados pasos alejándose de la puerta. «*Algo está tramando el brujo y debo darme prisa antes de que consiga cumplir con su amenaza*», medité mientras me sentaba en una de las banquetas.

Continuaba estando en una situación muy delicada, pero, al menos, el nigromante se encontraba igual de perdido que yo y eso me daba algo de tiempo. Dejé que mi mente fluyera libre y me centré en descifrar las palabras del dios halcón.

En el corazón está la clave, busca la verdad y la justicia y la hallarás, no dejaba de repetirme la misma frase una y otra vez. «*Si al menos estuviera Hugo aquí...*», musité poniendo mis pensamientos en mis compañeros. Gracias a los dioses, Alexa pudo ponerse en contacto conmigo, aunque no era portadora de buenas noticias.

«*¿Gabriel, puedes escucharme?*». Me levanté de la banca, casi sin contener la emoción. «*¡Por fin, noticias vuestras! ¿Cómo está Hugo?*», le pregunté con el vello de punta. La respuesta se hizo esperar. «*Peor... Lo está atendiendo el sumo sacerdote del templo, que también es médico, pero dice que si no le administra pronto el antídoto su conversión en spectrum será irreversible*», advirtió dejándome hundido. «*No le hagas caso a la brujita, patas largas, que es una exagerada. Tengo un poco de fiebre, pero ya sabes que soy duro como una roca y mi férrea voluntad no se doblará con un simple rasguño*», intervino Hugo sonsacándome una sonrisa. «*Eso dice el médico, que de no ser por su extraordinaria fortaleza ya se habría convertido en un no muerto. Pero debe recibir pronto el tratamiento*», apremió Alexa. «*Aguanta, hermano, no tardaremos en estar juntos*», le alenté un poco más tranquilo. «*Y tú, Alexa, ¿crees que podrás mantener al nigromante fuera de vuestro alcance?*», le pregunté. «*Creo que sí, Gabriel. La verdad es que cada vez me siento más cómoda interpretando la magia ancestral y el sumo sacerdote me está ayudando en todo momento. ¿Sabías que este templo perteneció al Orden en el pasado?*». Era lo que me había insinuado Horus. Pero tener la certeza de que el nigromante había traicionado a sus conciudadanos al bando oscuro no hacía más que acrecentar la animadversión que sentía por él. «*Ahora debo dejaros y ponerme manos a la obra antes de que el brujo cumpla con su amenaza de echar el templo abajo. ¿Hugo, estás ahí?*», le pregunté. «*Sí, Gabriel, todavía no soy uno de esos spectrums*», bromeó. «*¿Qué necesitas de mí?*», adivinó. Le expliqué el enigma que me había desvelado Horus para hallar la llama blanca y le pedí su opinión. «*Si fuiste capaz de encontrar la senda al oráculo de Lizbeth... ¿no vas a saber hacerlo para llegar a tu corazón?*». No pude evitar sonreír con su

clarividencia. *«Pero no tardes, patas largas. No quiero sucumbir al lado oscuro»*, me advirtió antes de cortar la comunicación.

Me acerqué a la puerta y apoyé la oreja. Afuera no se oía nada, pero percibí la gélida presencia del nigromante y la de un nutrido número de almas. *«¿Así que has ido a por refuerzos...? ¿Tanto me temes, traidor?»*», medité regocijado.

Me fui hacia la fuente y me refresqué la nuca poniéndola bajo un caño. El frescor del agua me aligeró la mente y me conectó con una lejana y armónica cadencia; “Tac-tac, Tac-tac”. *«¿Y si fuera una señal?»*», pensé. Liberé los sentidos para que fluyeran libremente y cuando se acompasaron con el “Tac-tac, Tac-tac” se fusionaron con los latidos de mi corazón. Y, de repente, simplemente dejé de estar allí.

La sala de purificación se convirtió en un inmenso salón en que se alineaban, de forma simétrica y en todas las direcciones, un sinfín de columnas que se alzaban hacia un techo sin fin. *«¿Será esta la antesala de mi corazón?»*», me pregunté mientras discurría por la sala sin saber adonde ir. Entonces me pareció avistar un destello a lo lejos y apreté el paso en aquella dirección hasta que desemboqué en un amplio espacio circular en el que un gigantesco péndulo orbitaba, en el sentido de las agujas del reloj, alrededor de unos extraños relieves que había inscritos en el suelo.

En ese momento la péndula fluctuó cerca de mí emitiendo un resplandor. Intrigado, di un paso adelante y busqué una fuente de luz que explicara aquel extraño suceso. Fue cuando vi a la llama blanca destellando en lo alto del techo. *«Ahora solo hace falta que encuentre la justicia y la verdad»*», medité mientras intentaba buscar la respuesta en las figuras que había grabadas en el suelo.

La primera marca la tenía justo delante de mí y al observarla con más detenimiento descubrí que simbolizaba al fuego. Esperé que el péndulo orbitase por mi lado y lo acompañé en su lento recorrido para ir examinando el resto de inscripciones. Como era de esperar, el siguiente relieve representaba el agua, a este le seguía la tierra y por último el aire. *«¿Qué tendrán que ver los cuatro elementos con la justicia y la verdad?»*», medité mientras intentaba encontrarle alguna lógica a aquel enigma. Pero en ese momento reparé en que había una pequeña depresión en justo en mitad de los cuatro elementos que me había pasado desapercibida y al acercarme comprobé que en aquel lugar se ocultaba un quinto símbolo que me hizo estremecer, nada más verlo. Era la misma filigrana que había aparecido en los

lomos del manuscrito de Ceres y eso..., ¿eso no podía ser casual!



Entonces entendí el significado de aquella simbología. Los cuatro elementos estaban ubicados, cada uno de ellos, en un punto cardinal y el hecho de que el péndulo orbitara en sentido dextrógiro los relacionaba con el movimiento natural del sol. Y en el centro del sistema estaban la justicia y la verdad representadas, respectivamente, por las letras Ω y α formando parte de un todo indivisible. «*Al final todo se reduce a una cuestión de perspectiva*»», cavilé poniendo mis pensamientos en el bueno de Antón. «*El final y el principio son los polos opuestos que mantienen en equilibrio la balanza. Y la luz imperecedera la que, inherentemente, iluminará la senda hacia la justicia y la verdad*»», reflexioné mirando los destellos que emitía la llama blanca desde el techo. Después cerré los ojos y musité: «*Ilumina mi camino*», con lo que inicié el camino de regreso.

Cuando abrí los ojos ya no me encontraba en la sala de purificación. Aquella estancia era mucho más amplia y el enlosado de mármol rojo refulgía como el fuego con la deslumbrante radiación que proyectaba una lámpara desde un altar. El corazón se me aceleró cuando vi la llama blanca danzando en su interior. Reía y lloraba, al mismo tiempo, de la emoción que me producía tener delante de mí la luz más pura del universo.

Caminé lentamente hacia el altar y tomé la lámpara entre las manos. Era muy liviana y nada más tomar contacto con la radiación que desprendía supe que estaba a punto de vivir una experiencia memorable. Alcé la lámpara y dejé que fluyera su energía por mi interior. Un alud de sentimientos, recuerdos y emociones golpearon sobre el espigón de mi memoria como una gigantesca ola. Pasajes de otros mundos o de otras vidas o, tal vez, de otras épocas discurrieron por mi mente tan rápidamente que no pude retener más que una infinitésima fracción de mi olvidado pasado.

Suspiré y exhalé una carcajada. Ya no era el mismo, ni lo volvería a ser nunca más. Los pensamientos me fluían más rápidos y lúcidos, y me sentía

magnánimo. Me había poseído la luz imperecedera, aquella que viaja en *mandyet* recargándose durante el día para poder lucir con fuerza en *mesektet* durante su travesía por el inframundo. Y ahora yo era su portador.

Sostuve la lámpara de Horus, porque aquel era su originario nombre, en la mano derecha y me encaminé hacia la puerta presintiendo el poder que rugía tras el umbral. Allí me esperaba un ser corrupto que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por evitar lo inevitable. Un monstruo que había traicionado a su linaje y a los dioses vendiendo su alma a la Oscuridad. Pero, ante todo, un ser ultrajado y con sed de venganza capaz de reducir a polvo hasta los cimientos del templo que un día veneró.

Me detuve delante de la puerta y proyecté la mente más allá de aquellos muros. Antes de enfrentarme al nigromante quería comunicarle la buena nueva a mis compañeros y ahora podía hacerlo sin ningún impedimento.

«Hugo, Alexa, ¿podéis escucharme?», les pregunté. «¡Sí, Gabriel! ¿Traes buenas noticias? Hugo está estable, pero el sumo sacerdote dice que si no recibe pronto sus medicinas no habrá nada que hacer», me informó Alexa con nerviosismo. «No os preocupéis... ¡Ya es mía! Y en unos instantes le haré pagar al nigromante por todas sus fechorías», añadí con vehemencia. «¡Ni se te ocurra hacerlo, Gabriel!», me advirtió taxativamente Alexa. «¿No te das cuenta de que si te enfrentas al brujo desatarás una fuerza de destrucción que no podrás controlar?». Me sentía invencible y no entendía las reticencias de mi compañera. «¡Patas largas!, Alexa tiene razón», intervino Hugo. Me alegró comprobar que todavía mantuviera una firme voz. «Los sacerdotes creen que hay una forma de evitar el enfrentamiento. Pero necesitamos algo más de tiempo para poner en marcha ese plan», me comunicó. Sus argumentos eran inapelables y consiguieron aplacar mi excitación y, quizás, también evitar una catástrofe. El nigromante nunca daría su brazo a torcer y si caía..., moriría matando. «Está bien, amigos, intentaré daros el tiempo que necesitáis. Pero no intentéis ninguna locura», les advertí.

Miré la puerta y suspiré antes de romper el hechizo que bloqueaba el acceso. “*Aperiô dêlûbrum ostium patronus*”, recité y con un chasquido la puerta se abrió de par en par.

Alcé la lámpara y el corredor se iluminó con un brillo cegador. Se escucharon unos murmullos de asombro, incluso la ira del nigromante pareció menguar durante aquellos instantes de incertidumbre. Después aplaqué la intensidad de la luz y me encontré delante de mí a un hombre alto

y delgado, vestido con un traje gris y una capa negra. Me miró contrariado, con unos centellantes ojos negros, mientras se apartaba sus albinos cabellos de su pálida tez. Detrás del nigromante se había reunido una comitiva compuesta por varias decenas de fornidos soldados que me miraban con temor. Sonreí y di un paso al frente. El brujo apretó los dientes e intentó barrarme el paso con su poder, pero con un simple gesto le hice retroceder. Entonces me miró con altivez y deslizó la mano fuera de la capa dejando al descubierto un cetro rematado con un escorpión. De aquel objeto procedía su poder.

—¡Por fin nos vemos las caras! Me llamo Ricardo y soy el señor de este templo —anunció con firme voz.

—No me interesa tu nombre ni el cargo que injustamente te otorgas —le escupí haciéndole constreñir el semblante—. Ahora soy yo el custodio de la llama blanca y el señor de este lugar.

Aquella última provocación terminó por hacerle explotar.

—¿Cómo te atreves a insultarme de esa manera? —se revolvió amenazándome con el báculo—. ¡Ahora conocerás la ira del Caos!

Los cabellos del nigromante empezaron a refulgir cambiando de color al tiempo que agitaba el cetro. «*¡Resiste, Gabriel, ya queda poco!*», me advirtió Alexa. Pero Ricardo tenía la determinación de atacarme y dio unos pasos atrás mientras concentraba su fuerza oscura en la cola del escorpión. En ese momento la luz imperecedera cabrió intensificando su energía y el nigromante se precipitó blandiendo el báculo cuando todavía no había acumulado una carga letal de poder.

El bastón fulguró y brotó un rayo bermellón que se precipitó sobre mí. Instintivamente alcé la lámpara y la luz imperecedera levantó un escudo protector contra el que impactó el proyectil haciendo refulgir el corredor. Los cimientos del templo comenzaron a temblar, provocando la caída de cascotes del techo, pero el poder de la llama blanca acabó fagocitando el rayo antes de que pudiera producir daños mayores.

Ricardo amagó una sonrisa y dejó de amenazarme con el cetro. Los soldados, que habían contemplado la escena mudos de asombro, comenzaron a recular hacia el fondo del pasillo presos del pánico.

—Te he subestimado, intruso. Pero no volveré a cometer ese mismo error, pues ahora sé cual es tu punto débil —murmuró mientras miraba con maldad hacia la puerta de la cámara de los sacerdotes—. ¿Podrás protegerles a ellos con tu luz?

El nigromante osciló el báculo hacia la puerta, pero antes de que le diera tiempo a rearmar su ataque se produjo una explosión que nos hizo saltar por los aires. La onda expansiva me envió al interior del Salón de Kram. Rápidamente, me levanté, aturdido y con un intenso zumbido en los oídos, y, renqueante, arrastré los pasos hacia la puerta mientras intentaba averiguar qué era lo que había pasado. El corredor estaba sepultado bajo una nube de polvo y escombros, pero al intensificar el haz de luz de la lámpara me pareció vislumbrar que tenía dos sombras delante de mí. Y al acercarme descubrí que pertenecían a Alexa y Hugo.

—¿Dónde se ha metido el señor del templo? —voceó Alexa con voz altiva.

—¿Quién demonios te crees que eres para hablarme así, mocosa? —bramó el nigromante irrumpiendo de la penumbra.

Ricardo se plantó delante de ella con gesto amenazante y Alexa le desafió con la mirada. Ambos tenían la misma estatura, pero el aura que desprendían era totalmente opuesta.

—La que va a ponerle solución a este embrollo. Porque... ¿no querrás que se produzca un baño de sangre entre tus hombres y las personas inocentes que moran en la ciudad, verdad? —voceó para que pudieran escuchar su voz desde el fondo del corredor.

El nigromante torció el gesto y miró de reojo a sus hombres mientras sus cabellos viraban de color, como un tornasol.

—Será mejor que no te inmiscuyas en este asunto, zorrита, no vaya a ser que salgas escaldada —murmuró mirándola con desprecio.

Alexa sonrió y comenzó a girar alrededor del nigromante, mirándole por encima del hombro, hasta que se detuvo nuevamente delante de él. Los ojos de Ricardo fulguraron.

—¿Acaso no quieres evitar una matanza? Porque hay otra manera de solucionar esto, siempre y cuando no temas enfrentarte a una mujer —le provocó.

El nigromante cambió de talante, en parte, porque ya se había vuelto a congregarse en el pasillo un gran número de soldados y algunos murmuraban acerca de la poderosa hechicera que le había plantado cara a su general. «¿Qué narices estás haciendo?», le reprendí a Alexa. «Confía en mí», se limitó a decir.

—Habla, mocosa —dijo mirando de reojo a sus hombres.

—Me ofrezco a batirme en un duelo a muerte con el mejor de tus hombres. De esta manera conseguiremos solucionar el problema que nos atañe

sacrificando tan solo una vida —señaló.

Los murmullos se convirtieron en voces que incitaban al nigromante a aceptar el trato de Alexa y a este no le quedó más remedio que atender a las demandas de sus súbditos.

—Tú ganas —voceó provocando el júbilo entre sus hombres—. Pero eres una maga demasiado lista y peligrosa... Si quieres que acepte tu propuesta deberás cederle el puesto en el duelo al adefesio que te acompaña —añadió mirando a Hugo.

—No puedo aceptar lo que me estás pidiendo. Él está malherido —replicó Alexa.

—¿Crees que no sé que pronto se convertirá en un *spectrum*? —advirtió con una irónica sonrisa—. Pero eso no tiene que ser un problema para vosotros... Si consigue aguantar el tiempo suficiente como para que se complete su conversión, será imbatible y entonces ganarás la apuesta.

—¡Ni hablar! Lo que propones es perverso —interpeló Alexa.

—Aún me quedan fuerzas para pasar por el filo de mi hacha al contrincante que elijas y rebanarte la cabeza a ti antes de convertirme en un no muerto —terció Hugo apartando a Alexa con un golpe de cadera—. ¡Acepto el reto! Pero antes, pactemos las condiciones.

Era sorprendente la fortaleza física de mi compañero; cuando otro ya habría sucumbido a la ponzoña de los *spectrums* él todavía tenía arrestos para mostrar su coraje. Ricardo dio media vuelta, para mirar a sus hombres, y alzó los brazos proclamando:

—El combate será a muerte y el vencedor del combate podrá exigirle cualquier cosa al bando perdedor.

—Si no te importa, prefiero definir previamente ese punto y rubricarlo con un juramento inquebrantable, para que a ninguna de las partes se le ocurra hacer perjurio —señaló Hugo con perspicacia.

—¡Esta bien! —atajó Ricardo frunciendo la frente—. Si mi hombre resulta ganador tus compañeros estarán obligados, bajo un juramento inquebrantable, a aceptar la condena a muerte como pena por los delitos cometidos en este templo. ¿Aceptas mi condición?

—¡Acepto! —replicó Hugo.

—¿Y cuál será la prenda que reclamarás en el caso de que ganes el combate? —le interrogó escrutándole con la mirada.

—Serás desterrado de por vida de este mundo y estarás obligado a cumplir dicho castigo, bajo un juramento inquebrantable. ¿Estás de acuerdo? —voceó

Hugo avanzando el brazo. Ambos hombres se agarraron del antebrazo y cerraron el trato, según manda el ritual del juramento inquebrantable, con tres fuertes sacudidas de brazo.

El nigromante dio media vuelta y buscó con la mirada entre sus hombres.

—¡Iván, ven aquí! —voceó.

Se hizo un hueco entre la comitiva y apareció un coloso de más de dos metros de altura. Llevaba recogidos los rubios cabellos en una coleta y su torso desnudo mostraba la huella de muchos combates. Hugo miró a su contrincante y luego me miró a mí con un guiño. «*Tranquilo, patas largas, que a este me lo meriendo en un plis plas*», advirtió forzando una sonrisa.

—¡Aquí me tienes, señor! —señaló con un potente vozarrón.

Ricardo giró la cabeza y miró fijamente a los ojos de Hugo.

—Te presento a tu verdugo, ¡tarado inútil! —le ladró con desprecio—. ¿Estás preparado para morir? —anunció con una carcajada.

Ricardo se encaminó hacia las escaleras y los demás siguieron su estela dejándonos solos en el corredor. Entonces comenzó a salir un nutrido número de tonsurados por el hueco que ocupaba la puerta que daba acceso a la cámara de los sacerdotes y uno de ellos, el más joven, se abrió paso entre sus hermanos y le examinó la herida a Hugo. Esta tenía mucho peor aspecto que la última vez que la vi, pues la inflamación se le había extendido casi hasta el codo. El sacerdote se sacó de la boca una pasta que, previamente había estado masticando, y se la puso en la muñeca. Luego, tomó una venda y le practicó un vendaje que le abarcaba desde la mano hasta el hombro.

—Con esto debería aguantar todo el combate, pero es preciso que le pongamos remedio a esa enfermedad antes de que sea irreversible —añadió con gesto preocupado.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté al joven médico.

Este me miró con unos vivaces ojos azules y añadió:

—Robert, mi señor.

Una vez curado Hugo, comenzamos a subir las escaleras detrás de la comitiva de sacerdotes. «*Ganaré el combate, Gabriel*», señaló Hugo, que subía los escalones detrás de mí. Miré hacia atrás con la intención de advertirle de que no se confiara, pero lo vi tan demacrado que preferí no decirle nada.

Y en silencio continuamos el ascenso hacia el piso superior.

El eco de las voces desapareció cuando el nigromante se situó en el centro de un círculo delimitado por los soldados en el salón del Escorpión. Alexa se puso a mi lado y comenzó a morderse los labios mientras los dos hombres hacían estiramientos alrededor del improvisado cerco. Ricardo alzó los brazos y miró a los luchadores.

—¿Estáis preparados? —Estos asintieron—. ¿Con qué arma os batiréis?

El hercúleo guerrero se acercó a Hugo y lo miró por encima del hombro.

—Elije tú, nenita —voceó, en tono bravucón, provocando las risas de sus compañeros.

Hugo alzó la vista y sonrió con ironía.

—No quiero partir con ventaja. Escojo la espada —le soltó escupiendo en el suelo, cerca de la bota del gigantón.

Alexa masculló un improperio ante aquel alarde de insensatez y cruzó los brazos enfadada. El gladiador le dedicó una burlona sonrisa a Hugo y luego desenfundó la espada larga que llevaba sujeta al cinto haciéndola rotar virtuosamente con una sola mano.

«¿No quieres partir con ventaja...?», murmuré cuando vino a pedirme que le prestara mi acero. Hugo sopesó la espada y después quiso emular a Iván, pero esta se le fue de las manos y cayó con estrépito al suelo.

—¡Menudo mamarracho! —se carcajeó el coloso, contagiando la risa a los demás.

Con un gesto, Ricardo acalló las voces y gritó:

—¡Que empiece el duelo!

El gladiador osciló el acero con pequeños giros de muñeca mientras orbitaba alrededor de Hugo, que le seguía el baile sin pestañear. Alexa, que no le quitaba el ojo al combate, no paraba de morderse los labios agarrada a mi brazo. Repentinamente, el guerrero esgrimió un golpe con el que intentó pinchar a Hugo, aunque este repelió la estocada arqueando el cuerpo mientras saltaba hacia atrás. El titán sonrió maliciosamente y volvió a repetir el lance, pero esta vez Hugo se le anticipó y, con un rápido movimiento de zigzag, descargó un golpe con la hoja de la espada en la muñeca de su contrincante

con el que lo desarmó. El acero cayó a un par de metros del guerrero y se produjo un inquietante murmullo en la sala.

Alexa me apretó el brazo y miró con inquietud al nigromante, que seguía el combate con una sonrisa. El coloso permaneció inmóvil esperando la reacción de Hugo, pero este le hizo un gesto para que recogiera el arma. «¿Por qué no ha aprovechado su ventaja?», susurró Alexa irritada. «Por un viejo código de honor que existe entre caballeros», musité sin que aparentemente mi explicación hiciera mella en ella.

Iván recogió la espada y se reanudó el combate, pero esta vez decidió variar su táctica y comenzó a asediar a Hugo con continuados golpes de esgrima aprovechando que su adversario comenzaba a mostrar mermada su condición física. Las espadas hablaron y el eco se propagó por la sala mientras el gladiador intentaba arrinconar a Hugo contra una pared. Iván insistió en lanzar su ofensiva golpeando sobre el flanco izquierdo de su rival haciéndole retroceder. Hugo, visiblemente cansado, intentó zafarse de la presión lanzándole una estocada mientras buscaba una vía de escape entre dos columnas. Pero el guerrero adivinó su intención y, tras esquivarle el golpe, le propinó un puñetazo en la cara con el que lo empotró contra el muro. Del golpetazo, Hugo perdió la espada y se quedó sentado en el suelo obnubilado. Tuve que sujetar a Alexa para que no interviniera, aunque el coloso dejó que se levantara murmurando: «¡Recoge tu arma...! Ahora, estamos en paz».

Hugo se levantó y tomó la espada sin dejar de mirar a su adversario. Tenía la cara ensangrentada y mostraba evidentes signos de cansancio. Iván no esperó a que se recuperara y reanudó con ímpetu la ofensiva. Hugo jadeaba esquivando las estocadas mientras que su rival parecía moverse como pez en el agua esgrimiendo su espada una y otra vez. Y en un lance, Iván esquivó un golpe y cargó contra su contrincante hasta dejarlo aprisionado contra la pared. Afortunadamente Hugo pudo interponer la hoja de su espada para evitar que el acero del coloso le rebanara el cuello. Pero estaba sin escapatoria.

El gigantón apretó los dientes y se valió de su corpulencia para insertarle el filo de la espada por encima de la clavícula. Hugo gritó de dolor, pero mantuvo la posición y, gracias a sus poderosas piernas, fue haciendo retroceder a la mole hasta que consiguió desincrustarse el acero del hombro. Después abrió las piernas en cruz y el guerrero, que no se esperaba aquella maniobra, perdió el equilibrio y se precipitó de cabeza contra el muro. El golpe fue tan violento que lo dejó noqueado encima de Hugo.

Se acallaron las voces y se produjo un tenso silencio. Alexa me agarró fuertemente de la mano sin dejar de mirar a nuestro compañero. Hugo exhaló un grito de dolor y, tras deshacerse del cuerpo del gigante, se escurrió hacia un lado para recuperar el aliento. Sangraba a borbotones por el hombro y se taponó con la mano la herida intentando contener la hemorragia. Luego miró a su adversario, que continuaba aturdido en el suelo, y haciendo acopio de fuerzas consiguió ponerse en pie. «¿*Quién es ahora una nenita?*», le escupió jadeante. Iván tensó los bíceps y se incorporó lo suficiente como para girar el cuerpo y dejarse caer de espalda contra la pared. Respiraba con dificultad, pero sacó las fuerzas suficientes para recoger la espada del suelo y levantarse.

Tenía una profunda brecha en la frente, por la que sangraba profusamente, y apenas guardaba el equilibrio. Hugo arrastró el filo de la espada por el suelo, levantando un reguero de chispas, y le espetó: «¿*A qué esperas, nenita?*». La mole se le abalanzó ciego de ira y esgrimió la espada sobre el flanco izquierdo, pero erró el golpe y Hugo le zancadilleó haciéndole caer de rodillas al suelo. Iván se revolvió y lanzó una desesperada estocada, que no encontró objetivo. Y nada pudo hacer para evitar que Hugo le ensartara el filo de la espada por debajo del esternón. El guerrero luchó por atrapar una bocanada de aire antes de desplomarse muerto al suelo.

Alexa salió al encuentro de Hugo y lo sujetó antes de que se derrumbara. El nigromante, que presenciaba la escena con los ojos inyectados en sangre, les gritó a sus soldados:

—¿Dejareis que esa chusma usurpe nuestro tesoro? —Sus cabellos se tornaron multicolor—. ¿Acaso ya no les queda valor a los soldados del Escorpión?

Nadie se pronunció. Ricardo tragó saliva y miró incrédulo a su alrededor viendo cómo sus hombres tiraban las armas al suelo mientras retrocedían alejándose de él. El nigromante me miró y, con un rápido movimiento, alzó el brazo para apuntarme con el báculo.

—¡Has de cumplir con lo pactado, Ricardo! —le espeté dejando que la energía de la luz imperecedera fluyera por todos los poros de mi ser.

—Sabes que no lo haré —bramó, fuera de sí.

—¡Te ata un juramento inquebrantable...! —le grité—. ¿Morirás sin honor?

El brujo sonrió con malicia y murmuró:

—¿Honor? Hace mucho tiempo que lo perdí. Pero la pregunta que debes hacerte es... —advirtió blandiendo el cetro—, ¿podrá el honor salvar a tu

amiguita? —Ricardo no me dio ninguna opción; se giró y descargó un rayo carmesí a bocajarro sobre Alexa, que nada pudo hacer para evitar que el rayo le atravesara antes de caer fulminada al suelo—. “*Condemnô tuum anima mea vîta*” —recitó sonriente—. ¿Recuerdas el significado de esta maldición, verdad?

En aquel momento me encontraba entre la espada y la pared. La vida de mi compañera dependía de que aquel miserable viviera. «¿*A qué esperas, Gabriel? ¡Acaba con él o moriremos todos!*», se coló la suplicante voz de Alexa en mi cabeza. Había tanta nobleza en aquel acto de honor que, por un momento, casi me dejo llevar por el instinto. Pero eso me habría convertido en un monstruo de la misma calaña que el que tenía delante de mí.

Miré hacia el cuerpo exánime de mi compañera y susurré, bajando la mirada:

—Tú ganas, Ricardo. Libera a la muchacha de la maldición y me tendrás a mí... y a la lámpara.

—¡Eso es, maldito, ríndete a la evidencia! —murmuró el nigromante retomando su altivez—. ¿Dónde esta ahora tu soberbia, eh? ¿De qué te sirve esa miserable lámpara? —se carcajeó—. Vete haciendo a la idea... Eres débil y gracias a tu debilidad he salido vencedor. Ahora, ¡preparate para morir! —dijo arrastrando las palabras—. No hay hechicero en todo el universo capaz de resistir el poder de la Oscuridad.

—¡Pero aún queda en pie un hombre blandiendo una espada! —se alzó una voz a su espalda.

Se escuchó un seco chasquido y el nigromante se quedó agarrotado, con la cara desencajada, mientras emergía el filo de una espada por su estómago. Ricardo soltó el báculo y se aferró al acero antes de precipitarse al suelo quedándose boca arriba, con los brazos extendidos y la mirada fija en el techo. Su cabello se había tornado castaño y sus ojos azules, al desaparecer la magia negra que se había apoderado de su alma. Aún le quedaba un aliento de vida.

Entonces vi cómo Hugo se derrumbaba al lado de Alexa y me quedé bloqueado, sin saber qué hacer, hasta que Robert, que se había abierto paso entre sus compañeros, me gritó:

—Ve a salvar a Alexa, que de Hugo ya me encargo yo. —El tonsurado se arrodilló a los pies de mi compañero y le dio de beber un brebaje azul que sacó de un maletín, junto a instrumental quirúrgico y vendas—. ¿A qué esperas? Cuando Ricardo muera la perderás a ella también —me advirtió.

Sus palabras me hicieron reaccionar. Me arrodillé al lado de Alexa y la tomé de las manos. «¿Puedes escucharme, pequeña?», dije con un susurro. La muchacha no respondió y posé las manos por encima del pecho para intentar contactar con su esencia. La percibí muy lejana, pero me afané para llegar hasta ella dejando que la llama blanca me guiara por aquella senda de tinieblas hasta que vi una sombra aferrando a un destello de luz. «*“Esta vez no permitiré que Apofis se cobre tu alma!”*», pensé mientras me esforzaba en no perder el contacto con Alexa. «*Sigue mi voz, pequeña. ¡Lucha contra la oscuridad!*», le grité intentando tirar del delgado hilo que aún me unía a ella. «¿*Mamá, eres tú?*», dijo con una tenue voz. Súbitamente la luz contenida en su alma comenzó a palpitar con más fuerza alejándose de la sombra. «*¡Eso es! Sigue mi voz*», le insté sintiendo cómo mi energía se iba apagando. «*¡Lucha, Alexa! No me abandones, por favor...*».

¡Me ahogaba! Abrí los ojos y empecé a respirar agitadamente. Alguien me sujetó por la nuca y me refrescó la frente con un paño húmedo. Entonces abrí los ojos y vi al joven sacerdote postrado a mi lado con cara sonriente. «*¡Por fin he conseguido traerte de vuelta!*», advirtió eufórico. «*No te preocupes por tus amigos, Gabriel. Alexa ha regresado sana y salva y Hugo se pondrá bien*».

Intenté decirle algo, pero el tonsurado me inyectó algo en el brazo y sucumbí en brazos de Morfeo.

Me desperté con el canto de un jilguero. Estiré los brazos y me desperecé disfrutando del suave roce de las sábanas de franela. Entreabrí los ojos pero los volví a cerrar porque me resultaba muy molesta la claridad. «¿Será capaz de volverse a dormir?», exclamó lejanamente un vozarrón. «“¿Qué hará Hugo en mi alcoba?”», me pregunté, algo confuso. Entonces recordé lo que había ocurrido en el Salón del Escorpión y me recosté sobre la almohada protegiéndome de la luz con la mano.

Efectivamente, cuando enfoqué la vista comprobé que Hugo se encontraba a mi lado, sentado en una banqueta, y lo acompañaba el joven sacerdote. El sol de poniente se colaba por la ventana y al fondo se veían las alta montañas.

—¿Qué me ha pasado? —dije con voz pastosa.

El tonsurado se acercó al cabezal y me examinó los ojos con un espéculo.

—Tienes unas décimas de fiebre y estás algo confuso, pero es normal. Has estado al límite de tus fuerzas —me comunicó una vez acabó el reconocimiento.

Hugo se sentó a mi lado y escuché que me preguntaba:

—¿Gabriel, sabes quién soy?

Hice un esfuerzo para mantener los ojos abiertos, pero al asentir me mareé.

—No le fuerces, maese Hugo. Vayamos a darle la noticia a Alexa y dejémosle descansar un rato más —añadió el sacerdote mientras acompañaba a mi amigo hacia la puerta.

—¿Cómo está ella? —pregunté con un susurro.

Hugo se giró y me comunicó sonriente:

—Ella está como una rosa... ¡tendrías que verla! Hasta parece una mujer.

El tonsurado sacó a Hugo de la habitación y, tras cerrar la puerta, regresó a mi vera.

—Es preciso que duermas, Gabriel. Voy a inyectarte un poco de leche de la amapola y cuando despiertes te encontrarás mucho mejor —comentó antes de que mis párpados cayeran apagando la luz.

Lo cierto es que el descanso me vino de maravilla. Desperté con la cabeza

despejada y un hambre feroz. Hugo, que dormitaba sentado en una silla y con la cabeza apoyada en el colchón, se sobresaltó cuando le toque el hombro.

—¿Cómo te encuentras, compañero? —le pregunté mientras me desperezaba.

—¡Oh, muy bien! —exclamó con una sonrisa de oreja a oreja—. Robert es un gran médico y me ha dejado como nuevo —advirtió haciendo movimientos giratorios con el hombro herido, aunque tuvo que refrenarlos con un gesto de dolor—. ¿Y tú qué tal estás?

—Hambriento —le confesé arrancándole una sonrisa.

—Pues voy a bajar a la cocina para decirles que preparen el almuerzo, que yo también me apunto —comentó levantándose de la silla—. Pero será mejor que antes vaya a buscar a Alexa. Como se entere de que has despertado y no le he dicho nada...

Hugo salió de la habitación y me quedé contemplando el paisaje que se divisaba a través de la ventana. Innumerables bosques de abetos se perdían hasta dónde alzaba la vista iluminados por el sol de oriente. Parecía increíble, pero desde que había desaparecido la impronta del Caos aquellos densos bosques me parecían hasta bellos.

Al rato se abrió la puerta de la habitación y entró Alexa, acompañada de Hugo y Robert. En un principio me costó reconocerla. Llevaba los cabellos recogidos en una trenza y una falda de pliegues azul marino que combinaba divinamente con una blusa blanca. ¡Estaba radiante!

—¿Cómo estás? —me preguntó desde el quicio de la puerta.

—¡Ven acá y compruébalo tú misma! —le dije haciéndole un gesto para que se acercara.

Alexa se abalanzó al borde de la cama y me abrazó entre sollozos.

—¡Gracias a los dioses que te has puesto bien! —dijo cuando pudo contener el llanto—. No hubiera soportado perderte por mi culpa.

La abracé fuertemente intentando contener la emoción.

—¿Por tu culpa? Pero si gracias a ti hoy estamos todos vivos —le recordé.

Alexa me sonrió con su mirada gris.

—¿Y qué te pareció mi intervención? Por aquí me llaman el mata nigromantes —señaló Hugo dejándose caer sobre el colchón.

—¡Venga, ya está bien de agobiar al enfermo! Dejadme hacerle un reconocimiento —ordenó Robert con una palmada.

Alexa se levantó y se quedó de pie secándose las lágrimas con un pañuelo. Hugo se quedó sentado en el borde de la cama.

—¿Cuánto tiempo llevo dormido? —le pregunté al médico después de que me tomara el pulso.

—Una semana —respondió dejándome asombrado—. No había manera de hacerte bajar la fiebre, pero gracias a los celosos cuidados de tus enfermeros, que no se han movido apenas de tu cama, por fin conseguimos desterrarla anoche. Por cierto... —añadió mirando de reojo a Hugo—, todavía no me has dado la receta de esa poción milagrosa, ¿cómo la llamaste...? —vaciló—. ¡Ah, ponche de fuego!

Hugo le aseguró que se la dejaría por escrito antes de marcharnos, eso sí, haciéndole prometer antes que la mantendría en secreto hasta la tumba. Robert acabó el reconocimiento y se lavó las manos en una palangana.

—¿Y dónde está la lámpara? Alexa dice que la tienes protegida con tu magia y todavía no la he podido ver de cerca —comentó Hugo volviéndose a estirar, a mi lado, en el colchón.

Pronuncié; “*Cônspiciô arcânus*”, y la lámpara apareció en mis manos. Mis compañeros suspiraron de emoción cuando vieron brincar la llama blanca en su interior.

—Enséñame esa herida, amigo —le insté con un gesto.

Hugo se desabrochó los botones de la camisa dejando al descubierto el hombro vendado. Robert que quitó la venda y cuando la luz imperecedera penetró en su piel la herida cicatrizó sin dejar huella.

—¡Por todos los dioses! —exclamó moviendo el hombro en todas direcciones—. ¡Muchas gracias, patas largas!

Alexa contemplaba la escena con curiosidad.

—¿Así que esta es la lámpara de Horus? ¿Puedo...? —me preguntó con un gesto.

Se la entregué y vi cómo la maga cerraba los ojos al ser poseída por la energía de la llama blanca.

—De ella sacaste el poder con el que le plantaste cara al nigromante y gracias a ella te rescaté de las tinieblas —le desvelé—. ¿A que es una sensación maravillosa?

Alexa abrió los ojos y sonrió.

—Gracias a ella y a mi madre —advirtió, con misterio, mientras me devolvía la lámpara—. Y gracias a ti no caí en el abismo, Gabriel.

—No podría soportar perderos a ninguno de los dos. Y eso me hace recordar que gracias a la pericia de un excepcional médico hoy os tengo a mi lado —declaré emocionado—. Tú supiste guiarme cuando me asolaban las

dudas y nunca podré agradecerte lo que has hecho por mí, Robert —añadí haciendo sonrojar al sacerdote.

—¿Qué menos podía hacer por los héroes que nos han liberado de la tiranía del nigromante? —dijo devolviéndome el cumplido—. Pero todavía sigo siendo vuestro médico y es preciso que te dejemos descansar un poco más.

—Eso, ¡ni hablar! —atajé dejando la lámpara en la mesita—. Ya me he pasado mucho tiempo tirado en esta cama y necesito estirar las piernas. Además..., ¡me muero de hambre!

Hice el ademán de levantarme, pero nada más poner un pie en el suelo me dio un vahído y volví a aterrizar en el colchón.

—¡Ves!, ¿de qué sirve hacerse el valiente, Gabriel? —declaró Robert esbozando una sonrisa—. Llevas siete días encamado y necesitas algo más que el poder de la lámpara para recuperar las fuerzas.

—Nada que no pueda arreglarse con unos tragos de ponche de fuego y algo que tape el agujero que tengo en el estómago —repliqué sonriendo—. Hugo, ayúdame a vestirme que quiero estar presentable para ir a almorzar. Y no voy a aceptar un no por respuesta, Robert.

Quedamos en vernos en media hora en la cocina. Hugo me ayudó a asearme y a vestirme mientras me ponía al día de lo acontecido durante mi convalecencia. Así supe que Robert había estado pendientes de ellos en todo momento, les había acomodado en las mejores habitaciones del templo e incluso le había transfundido a Hugo su propia sangre. «*Ahora somos hermanos*», bromeó. Y también me comentó que Alexa había estado en todo momento solícita con él y que, incluso, había pasado más de una noche velando a su lado.

Después de arreglarme me encontraba mucho mejor. Nos reunimos con Alexa y Robert en el comedor del templo y comí hasta quedar bien harto. Luego Hugo me llenó un tazón de poche de fuego con el desterré el poco cansancio que aún arrastraba mi cuerpo. Tras el almuerzo, el sumo sacerdote nos hizo visita guiada por la ciudad y callejamos admirando los balcones engalanados de geranios y claveles mientras disfrutábamos de la hospitalidad con la que nos recibieron los habitantes de la villa. Bien entrada la tarde regresamos al templo, pues el sacerdote nos comentó que los altos mandatarios habían organizado una recepción en nuestro honor.

La sala del Escorpión estaba a rebosar de gente y nada más entrar fuimos

aclamados con vítores. En la cámara había hombres, mujeres y niños, soldados de distinto rango y el grueso de sacerdotes del templo de Horus. Alexa se colgó de mi brazo y recorrimos juntos el largo pasillo, que se fue abriendo a nuestro paso entre la multitud, hasta que llegamos a un estrado que había al fondo del salón. Hugo caminaba detrás, con la mirada gacha y morado de vergüenza. Ya en la tarima, Robert nos presentó al comandante de la fortaleza, un hombre bigotudo y fortachón que estaba acompañado por su timorata mujer, y al alcalde de la ciudad, un joven de mirada firme, y a su bella esposa. Después nos invitó a tomar asiento en unos sillones y le hizo un gesto a uno de los sacerdotes para que subiera al estrado. El tonsurado subió con un voluminoso libro en las manos y se lo entregó Robert. Este se levantó y con un gesto acalló los murmullos de los presentes.

—He aquí la ciencia que ha pasado de generación en generación entre los sumos sacerdotes de este templo —comentó a viva voz—. En él están escritos los conjuros que han de defender los sagrados sellos que protegen nuestra puerta dimensional. Ricardo nos despreciaba profundamente, pero temía que la puerta volviera a abrirse y por esa razón nos confió su vigilancia. Y hemos realizado esa misión con celo hasta el día de hoy —anunció mirándome a los ojos—. Pero ahora, que hemos sido liberados de la tiranía del nigromante gracias a los señores de la llama blanca, es para nuestra Orden un honor que sean ellos quienes lo custodien —comentó provocando los aplausos del público.

Como ni Alexa ni Hugo tenían la menor intención de moverse de sus asientos, me levanté y fui yo el que se encargó de dedicarles unas palabras de cortesía en nombre de los tres. Le di un abrazo a Robert, antes de tomar el códice entre las manos, y luego miré hacia el frente y esperé a que el salón se quedara en silencio.

—Tanto mis compañeros como yo compartimos vuestra felicidad. Y hemos de alegrarnos, pues tras una época de terror y sombras por fin vuelve a brillar la luz en esta ciudad —proclamé antes de hacer aparecer la llama blanca provocando el tronío de los presentes—. Esta es la lámpara de Horus —proseguí cuando se aplacó el jolgorio—, porque ese es su verdadero nombre, y ha estado en este templo desde tiempos inmemoriales para que fuera custodiada por el sumo sacerdote, junto con la puerta dimensional. Desgraciadamente Ricardo se traicionó a sí mismo y al cargo que representaba dejándose corromper por los hechiceros negros de Sekhen, quienes le otorgaron poder e inmortalidad a cambio de que os sometiera a

todos vosotros bajo las doctrinas del Caos. Gracias a los dioses, hemos ganado esta batalla, pero aún nos queda una guerra por librar —les revelé provocando el silencio en la sala—. Sí, amigos míos, hoy vamos a celebrar el fin de una era plagada de sombras, pero mañana deberemos prepararnos para volver a plantarle cara a la oscuridad que se avecina y luchar por nuestra libertad. Sois un pueblo guerrero y ahora tenéis a un nuevo líder que os guiará en el peligroso camino —dije devolviéndole el libro al sumo sacerdote—. Y él continuará velando por la seguridad de este mundo protegiendo la puerta hasta el día en que seáis llamados a la guerra. Robert es un hombre de honor, pero necesitará del coraje de su pueblo para llevar a buen puerto su tarea. Y eso implica que cualquier muchacho, mujer, hombre o anciano capaz de empuñar un arma deberá alistarse al ejército del Escorpión para ser adiestrado como soldado. Sé que en el horizonte se avistan grises nubarrones, pero la libertad solo esta reservada para aquellos que decidan ser dueños de su propio destino —concluí.

Miré a los hombres y mujeres, que rebosaban el salón del Escorpión, y sus rostros eran graves. Los más jóvenes tenían el miedo pintado en la mirada y los soldados murmuraban entre ellos con inquietud. El sumo sacerdote alzó los brazos y se dirigió a sus compatriotas.

—Ha llegado una época de cambios, pero por desgracia ya sabemos lo que es vivir bajo el yugo del Caos. Y yo os pregunto... ¿Es eso lo que queréis? —La sala retumbó con el enérgico no—. Pues yo tampoco quiero eludir la responsabilidad que ha recaído sobre mi persona. Nos corresponde a los sacerdotes estudiar los antiguos tratados para estar preparados cuando recibamos la llamada y no fallaremos al compromiso que le hicimos a los dioses, ¡esta vez no! —subrayó—. A partir de mañana se abrirán las listas de reclutamiento y estáis todos invitados a escribir vuestro nombre en la historia de nuestro pueblo. ¿Estáis dispuestos a luchar por la libertad? —bramó el sumo sacerdote. «¡Muerte al Caos!», clamaron cientos de gargantas. Robert me miró y con voz solemne anunció—: Nos encontrareis en el campo de batalla, Gabriel.

Las palabras del sumo sacerdote me colmaron de felicidad, pues saldríamos de aquel mundo con la lámpara de Horus y el compromiso de uno de los pueblos aliados de acudir a la guerra.

Aquel día se recordaría y sería cantado por muchas generaciones. La cena, que se realizó en los amplios jardines del templo y a la que acudieron todos los habitantes de la ciudad, fue memorable, igual que el espectáculo

pirotécnico que se vio bajo un cielo estrellado. Hugo, que había abusado de los placeres del vino durante el ágape, tomó por el hombro a Robert y lo arrastró a la clandestina fiesta que se había inaugurado en las bodegas del santuario argumentando que debían celebrar su reciente hermandad como se debía.

Y huyendo de las risas de la multitud, Alexa y yo paseamos por los jardines hasta que acabamos en una terraza que ofrecía unas espectaculares vistas de la ciudad. La chica se ciñó el abrigo y paseó la vista por las callejuelas con el semblante alicaído.

—¿Ha sido dura la experiencia, verdad? —le pregunté mientras me apoyaba en la baranda.

Sus ojos se iluminaron con la luz de la luna.

—Sé adónde quería enviar mi alma el nigromante. Pero no temía por mi destino —susurró alzando la vista al cielo—. ¡No sé cómo explicártelo! —suspiró—. Sentí como si algo o alguien especial me estuviera esperando allí.

Yo sabía quién le esperaba, pues Alexa la había nombrado cuando estaba al borde del abismo. Y volví a presentir el frío que me invadió en aquel momento, aunque se mitigó cuando la chica se acurrucó a mi lado.

—Si te sirve para algo el consejo de un pobre diablo, no debes frustrarte por no conseguir aquello que ahora no está a tu alcance, sino mantener firme la esperanza de que tal vez al final del camino lograrás alcanzarlo —le desvelé.

Abracé a Alexa con la capa y, en silencio, dejé que el brillo de la luna me acariciara con su misterioso runruneo.

CAPÍTULO 4.

EN LUNA LLENA.



“No hay nada más poderoso que el valor de la amistad verdadera”.

1

Era bien temprano cuando abandonamos nuestras habitaciones y nos dirigimos a las puertas de la ciudad. Las calles estaban desérticas, tras una larga noche de fiesta, y en unos pocos minutos llegamos al puesto de mando. Allí nos esperaban el sumo sacerdote, el alcalde de la ciudad y el comandante del ejército del Escorpión. A pleno día, la plaza de armas y los alrededores de la puerta del fortín parecían tener un aspecto más amable, aunque el recuerdo de los *spectrums* apostados en las bases de vigilancia me levantó un escalofrío.

Nos despedimos de los mandatarios y salimos del fortín con Robert, que se empeñó en acompañarnos a la puerta dimensional. Hacía un día radiante y como ocurriera la primera vez que vi el templo sentí un escalofrío cuando le eché una última mirada mientras atravesábamos el desfiladero.

En el puesto de guardia de la puerta nos esperaban unos soldados vestidos con el traje de gala; botas, pantalones y casaca negras, con costuras en oro y plata, camisa blanca, y boina negra con un escorpión bordado en el costado izquierdo.

Hugo, ojeroso y resacoso, se despidió del sumo sacerdote con un sentido abrazo. Alexa fue más comedida y le dio la mano, aunque no pudo contener el rubor cuando Robert se la besó y le entregó un fardo, de parte de la alcaldesa de la ciudad, que contenía un vestido de seda blanco.

Robert nos agradeció, por enésima vez, nuestro servicio a su pueblo y después nos abrió la puerta dimensional.

—Llevarás a buen puerto tu tarea, ¡ya lo verás! —aventuré dándole un abrazo.

—Que los dioses os acompañen. Nos veremos en el campo de batalla —comentó diciéndonos adiós con la mano.

El tiempo que nos recibió tras el umbral nos aplacó un poco el ánimo. El frío era cortante y el cielo estaba totalmente encapotado. Y por si fuera poco en el ambiente se percibía, aunque con poca intensidad, la actividad de los devoradores de sombras. Nos abrigamos y nos preparamos para viajar hacia la siguiente puerta dimensional, donde nos esperaba el segundo elemento; el

aceite de Luna.

La traslación nos dejó a los pies de un maravilloso lago rodeado de una variada vegetación. Hugo contemplaba asombrado el espectáculo de color que mostraba el agua que, según adonde se mirase, variaba del turquesa al marrón o al verde al mimetizarse con el cielo, la vegetación o las montañas que la envolvía. Aquella era la magia que ofrecía el lago de las cinco flores, *Wu hua Hai*, como lo llamaban los nativos. Alexa, sin embargo, no parecía tan admirada con la belleza de aquel lugar.

—Percibo algo muy extraño en el agua —dijo mientras se arrodillaba en la orilla—. El lago desprende una energía pura pero a la vez salvaje. ¿No la sentís?

Hugo se quitó el abrigo y las botas e introdujo los pies en el agua.

—A mi me parece que es un lugar increíble. ¡Me encanta! —exclamó chapoteando en el agua.

—¿Puedes parar un poco, Hugo? —le riñó Alexa con gesto de preocupación.

Me acerqué al margen y recogí un poco de agua con las cuencas de las manos.

—Tienes razón, Alexa. Es como si estuviera acechando algo oscuro y letal inmerso entre tanta belleza —anuncié provocando que Hugo saliera pitando fuera del agua—. Y procede de allí —advertí señalando hacia un punto en el que el lago colindaba con una colina.

Recorrimos el poco trecho que nos separaba del lugar donde el fenómeno se percibía con mayor intensidad y al acercarnos al margen descubrimos que se correspondía con un nacimiento, pues el agua brotaba a borbotones de una pequeña depresión que había en la montaña.

—¿Qué es esa energía que emana del manantial? Me da repelús —dijo Hugo apartándose de la orilla.

—Es la magia que generan la sacerdotisas de Alrinach al otro lado del portal dimensional —declaró Alexa preocupada—. ¡Por todos los dioses! Pero ¡si han conseguido integrar la magia ancestral con la magia negra!

—Eso es imposible —objeté—. Ningún hechicero del Caos posee los conocimientos necesarios para interpretar la magia ancestral y mucho menos para perpetrar tal aberración.

A Alexa se le nubló el semblante.

—Creo que Antón no te lo contó todo sobre las sacerdotisas de Alrinach —añadió—. Son tres hermanas y cada una destaca en uno de los eslabones de la

magia. La mayor posee unas encomiables dotes videntes, la mediana es una especialista en alquimia y la menor es la experta en hechicería de la familia. Pero eso no es todo —advirtió mordiéndose el labio—. El lugar donde rinden culto a la señora de su Orden, el santuario de Alrinach, es uno de los lugares más siniestros del universo. La señora de las tempestades construyó su templo en las faldas de un volcán, que se encuentra en continua erupción y en mitad de un gran lago, para integrar el poder del fuego y del agua con la intención de crear un portal gemelo a la *Puerta de puertas* pero de uso exclusivo para los señores del Caos —señaló dejándome anonadado—. Aunque, para hacer posible esa utopía, Alrinach necesitaba hacerse con una pieza clave, el código de la Orden del Agua, escrito que contenía las fórmulas más poderosas de la magia ancestral procedente del agua y que los adeptos de la Hermandad de Anuket recopilaron del mismísimo dragón azul —concluyó.

—¿Y lo consiguió? —le preguntó Hugo intrigado.

—Por desgracia, sí... —le confesó la maga con pesar—. Y una vez lo tuvo en poder, aleccionó a sus servidoras para que le ayudaran en su espeluznante empresa, aunque los dioses lograron desterrarla antes de que pudiera conseguir su fin. Aunque, el código quedó en manos de sus sacerdotisas y por lo que parece... —comentó mirándonos de reojo—, han invertido bastante bien el tiempo interpretando sus doctrinas.

Me senté en una roca sin poder dar crédito a lo que había escuchado.

—Pero ¡eso es terrible! Si esas arpías han conseguido descifrar la magia contenida en el código a ese nivel, ¿qué no serán capaces de hacer? —proferí preocupado—. ¿Y cómo se las apañaría Alrinach para hacerse con el libro de la Orden de Agua? Estaría protegido por un poderoso mago de la Luz —Alexa frunció los labios—. ¿Tú lo sabes, verdad? —le pregunté a mi compañera, que no pudo aguantarme la mirada.

—Todos guardamos algún secreto, Gabriel, pero el de Antón... —dijo antes de que se le ahogaran las palabras con la emoción.

—¿El clérigo estuvo relacionado en este asunto?! —exclamó Hugo con incredulidad.

Alexa se sentó mi lado y nos hizo una terrible confesión.

—Fue Alrinach la sedujo Antón, haciéndose pasar por una maga de la Luz, para robarle el código que custodiaba como maestro de la Hermandad de Anuket. El clérigo guardó en secreto su deshonor hasta que el dragón rojo le salvó la vida cuando se enfrentó a Apofis en el campo de batalla. Fue entonces cuando le confesó lo ocurrido y pudo evitarse que el mal aún fuera

mayor.

—¿Así que todo sucedió antes de la gran guerra? —musité mientras intentaba buscar una explicación que completara aquel complejo rompecabezas—. Pero Antón se enclaustró en su mundo mucho después..., me lo dijo el maestro. ¡No lo entiendo! —exclamé perplejo—. ¿Por qué lo haría, si ya le había confesado su crimen al dragón rojo?

Alexa tiró una piedra plana al agua y se quedó observando cómo rebotaba hasta que fue engullida por el lago.

—Porque fracasó cuando quiso recuperarlo —reveló Alexa con un suspiro — Después de que los dioses abandonaran la Tierra y todavía con el corazón roto, Antón se presentó en el templo de Alrinach con la firme intención de recuperar su honor recuperando el código de la Orden del Agua. Pero subestimó a las sacerdotisas, que ya esperaban su visita, y se las vio y se las deseó para salir con vida de allí. Eso acabó por sumirlo en una profunda depresión que le condujo a su enclaustramiento —nos explicó cariacontecida.

—¡Esto es un sinsentido! —irrumpió Hugo rascándose el cogote—. Entonces, ¿para qué diantres nos envía Antón a buscar un elemento al mismo lugar dónde él fracasó? ¿No estarán esperando nuestra visita? —alegó negando con la cabeza—. ¡Será un suicidio!

—Porque Antón confía en que nosotros lo lograremos. Porque él... tiene fe —respondió Alexa.

Hugo comenzó a dar nerviosos paseos, algo poco habitual en él.

—Pero ¿tendrán algún punto débil esas arpías, no?

Alexa le miró de reojo y confesó:

—Si lo tienen..., el clérigo no lo descubrió.

—Entonces, ¿cómo diablos vamos a conseguir hacernos con el segundo elemento? —rezongó Hugo poniendo los brazos en jarra.

Tenía que cortar aquella situación que nos estaba llevando al desánimo.

—Si Antón confiaba en que podíamos conseguirlo, ¿vamos a ser nosotros los que perdamos la fe? —aludí mirando a Hugo—. Ya tenemos la luz imperecedera y eso debe animarnos a creer en nuestras posibilidades. Ahora bien, si las sacerdotisas fueron capaces de predecir el asalto del clérigo también habrán previsto el nuestro. Por lo tanto, si conseguimos encontrar alguna forma de alterar las cualidades de la vidente quizá tengamos una oportunidad... ¡Se admiten sugerencias! —indicé levantándome de la roca.

Después de quedarnos un buen rato reflexionando en silencio Alexa levantó la vista del lago y nos preguntó:

—¿Se os ha ocurrido algo?

Negué con un gesto pero al posar la vista en Hugo vi que este nos miraba con indecisión.

—¿Tienes alguna idea, amigo? —le pregunté intrigado.

—¡Uf! No sé... —vaciló—. Si no se os ha ocurrido nada a dos magos tan listos como vosotros, no creo que yo...

—Si tienes algo, ¡suéltalo ya! —atajó Alexa nerviosa.

Hugo se rascó la cabeza y frunció los labios.

—Sinceramente, no creo que podamos modificar lo que haya visto la vidente, pero sí sacar provecho de ello. ¿Lo pilláis? —No lo pillamos, ni Alexa ni yo—. ¿Y si supiéramos de antemano lo que ellas esperan que vaya a suceder? Podríamos seguirles el juego hasta que nos interese cambiar el guión... ¿Qué os parece? —alegó con tono vacilante.

Alexa se quedó reflexiva por un momento, pero después puso un gesto de sorpresa antes de responder:

—¡Es una idea brillante, Hugo!

Mi amigo no sabía dónde esconder la mirada y se limitó a sonreír con timidez.

—¿Y cómo averiguamos sus videncias? —repliqué sin acabar de ver claro aquel plan.

—Pues entrando en la mente de la vidente —argumentó Alexa con convencimiento.

Finalmente tuve que admitir, una vez más, que Hugo era un genio descifrando enigmas. Pero eso de incursionarse en los pensamientos de la arpía...

—¿Y no crees que es muy arriesgado tu plan, Alexa?

—No si utilizamos la magia ancestral. Y en este lugar mana a borbotones —arguyó desvaneciendo mis recelos.

Alexa sumergió las manos en el lago y movilizó la magia ancestral para proyectar los sentidos más allá del umbral dimensional. Estuvo un buen rato en trance y cuando regresó estaba tan exhausta que Hugo tuvo que ayudarla a sentarse en la hierba. Le refrescamos la frente con agua del lago y poco a poco comenzó a reaccionar. Más recompuesta, Alexa nos confesó que no le había resultado nada fácil superar la barrera mágica que la separaba de la vidente y que tuvo que apelar a la energía de la luz imperecedera para poder penetrar en sus pensamientos sin dejar huella de su presencia. Después nos explicó lo que había descubierto y, sin más preámbulos, comenzamos a

ejecutar el papel que nos tocaba interpretar para no levantar las sospechas de las arpías.

Nos tomamos un filtro, que nos haría invisibles en el mundo de las sacerdotisas, y después abrí la puerta dimensional ayudado por la magia ancestral de Alexa.

Nada más atravesar el umbral, nos encontramos en las frías aguas de la mar. Afortunadamente nos encontrábamos a pocos metros de la playa y no tardamos en ganar la orilla. Nos echamos en la arena para que nuestras ropas se secaran con el sol de mediodía sin dejar de mirar cómo se alzaba una inmensa columna de humo por encima del bosque que tapizaba toda la costa. «*“El volcán debe ser descomunal”*», pensé con un escalofrío.

Como la primera fase de nuestra misión consistía en llegar al santuario de Alrinach antes de que cayera la noche, no nos quedó más remedio que iniciar la marcha aún con las ropas sin secar y con el salitre pegado al cuerpo. Poco antes de entrar en el sombrío bosque nos asaltó el griterío de una bandada de pájaros que alzaron el vuelo desde las copas de los árboles. No entendimos aquel extraño comportamiento hasta que la tierra comenzó a temblar haciéndonos tambalear de un lado para otro para mantener el equilibrio. Afortunadamente el seísmo cesó rápido y seguimos caminando rumbo a nuestro destino.

Nos adentramos en la arboleda comprobando que el bosque no era tan tenebroso como cabría esperar. Los rayos de sol se filtraban por los ramales iluminando una senda bien conservada y tras unas cuantas horas de caminata desembocamos a los pies de un lago desde el que se avistaba una isla, con la inmensa montaña de fuego alzándose en su límite oriental.

Aun desde la distancia podíamos percibir claramente la silueta del santuario de Alrinach. Tenía una estructura escalonada en tres niveles, similar a la de los antiguos zigurats sumerios, y se recostaba sobre el lomo del volcán como si formara parte de él. Pensar que aquella obra de ingeniería había sido levantada con el poder de un solo ser me hizo estremecer, pero no podía perder más tiempo haciendo conjeturas, pues todavía nos quedaba un buen trecho para llegar a la isla y ya era media tarde.

Nos sumergimos en el lago y salvamos la distancia que nos separaba de la isla a nado. Llegamos agotados a la orilla y nos dejamos caer en las brunas arenas sin poder dejar de admirar aquella faraónica construcción. Los muros del santuario se elevaban una cincuentena de metros y se extendían hasta la

falda de la montaña de fuego. En la terraza del primer nivel se podía escuchar la batahola producida por una catarata que caía desde el segundo nivel y que, seguramente, formaba parte del mecanismo mágico que hacía posible la utopía de levantar un templo en el interior de un volcán en continua erupción. Las sacerdotisas habrían hallado la forma de bombear continuamente el agua del lago para enfriar las profundidades de la montaña como si se tratara de un ciclópeo refrigerador.

En ese momento se escuchó un estruendo procedente de las entrañas del volcán con el que el suelo comenzó a temblar con una violencia que creí que acabaría derrumbando el templo. Pero el temblor cesó y todo volvió a una extraña calma.

«¿Cómo llegaremos hasta ahí arriba?», le preguntó Hugo a Alexa. «No lo sé, solo vi que llegábamos a los muros del santuario y el resto ya lo sabéis. Pero seguid actuando, que lo estamos haciendo muy bien», nos animó Alexa.

Exploramos el muro, pero no encontramos ningún acceso al santuario. «¿Y ahora qué?», preguntó Hugo rascándose la barbilla. Alexa miraba hacia las alturas con cara de preocupación y al mirar hacia arriba me dio la sensación de que alguien nos estaba observando desde la terraza. «“Ya no se escucha el estruendo de la cascada, ¿qué raro?”», cavilé sintiendo un mareo. Después vi cómo caían mis compañeros al suelo. Pero ya no pude reaccionar.

Se hizo la oscuridad.

Al abrir los ojos me vi envuelto por un vaho sulfuroso que me impedía respirar. Intenté incorporarme pero no pude hacerlo, pues tenía el cuerpo inmovilizado con un encantamiento. Entonces recordé la misión que teníamos entre manos y respiré tranquilo. «*Parece que todo sigue el guión previsto*», pensé al no percibir la presencia de mis compañeros cerca de mí. Alexa nos advirtió de que las sacerdotisas nos aislarían nada más caer bajo sus redes y nos dio las directrices de cómo tendríamos que actuar a partir de ese momento, aunque, como no pudo obtener una visión detallada de lo que había vaticinado la vidente, habría momentos en que tendríamos que improvisar. Así que me relajé y continué interpretando mi papel.

Lo primero que tenía que hacer era liberarme del encantamiento. Susurré: “*Âmittô câlîgâtum*” y me deshice del conjuro. Pronto percibí sensibilidad en un dedo del pie y al intentar moverlo, se movió. Animado, tensioné los músculos de las piernas y, con dificultad, conseguí levantarla un poco. Como pude, me giré hacia un lado y di una vuelta sobre mí mismo hasta que me precipité al suelo. Me golpeé fuertemente la cara contra la resbaladiza roca, pero el dolor me acabó de despertar y pude ver que me encontraba en un habitáculo rectangular, excavado en la roca, de unos cuatro metros cuadrados. En un extremo había una puerta de hierro, cerrada a cal y canto, y por encima de esta había una especie de respiradero por donde se filtraban unos efluvios vaporosos. No cabía la menor duda. Estaba encerrado en una mazmorra del santuario y, a juzgar por el asfixiante calor que hacía, no debía de encontrarme muy lejos de la chimenea principal del volcán.

Giré el tronco y al mirar a mi alrededor descubrí que la celda tenía como único mobiliario el carcomido camastro del que caí. Mientras intentaba arrastrarme hacia la puerta, se produjo un temblor que hizo tambalear el suelo y las paredes. Afuera se escuchó un estruendo y pensé que el techo se vendría abajo. Pero la convulsión cesó y todo volvió a la calma, excepto el crepitante rugido que sentía bajo el cuerpo y que procedía de las entrañas de la montaña.

Hacía mucho calor y la garganta me quemaba a causa de las nocivas emanaciones que me veía obligado a respirar. «*¡Qué no daría por un trago*

de agua!», me dije mientras seguía reptando hacia la puerta. Pero cuando estaba apunto de alcanzarla escuché cómo giraba una llave en la cerradura y me quedé paralizado. La puerta se abrió y entraron dos mujeres, que me miraron sorprendidas al verme tirado en el suelo.

La más mayor, que no aparentaba tener más de cincuenta años, llevaba una corta melena negra, era de estatura media y vestía con una túnica granate. Sus ojos, inusualmente violetas, irradiaban una inteligencia que me incomodó. La otra, que era una bonita muchacha, esbelta, de ojos verdes y rubia melena, vestía un corto y escotado vestido champagne. Su pizpireta mirada desprendía lujuria.

—Vaya, vaya, vaya... Pero ¡si se está despertando el bello durmiente! —canturreó la morena dándome un puntapié en la boca del estómago que me hizo encoger de dolor.

Intenté relajarme y cuando el dolor se hizo más soportable le solté:

—¡Vete al infierno, bruja!

—¿Qué clase de hechizo le has echado, Rocío? —le reprendió a la joven arpía.

La muchacha se acuclilló a mi lado y me observó con severidad.

—Es más poderoso de lo que pensábamos, pero no debes preocuparte, Belinda... —respondió alzando la mirada—. He bloqueado sus poderes con mi magia y tengo su cetro mágico. Es una animalito totalmente inofensivo. ¿Verdad que sí? —murmuró zarandeándome por los cabellos.

—No me fío, hermanita. Embrújalo otra vez y asegúrate de que se quede bien calladito —le ordenó con severidad—. ¡Y tú no sonrías, majadero...! ¡No sabes cómo me reconforta vuestra visita!

Sentí un leve mareo y mi cuerpo volvió a quedarse rígido.

—¡Ya está! No volverá a mover ni un dedo sin mi permiso.

La joven arpía alzó la mano y me hizo levitar hasta dejarme estirado en el camastro. Intenté templar el ánimo, porque todo estaba saliendo según el guión.

—¿Puede hablar, hermanita? —le preguntó Belinda.

En ese momento fui consciente de que tenía a la vidente acuclillada delante de mí.

—Solo si se lo ordeno —afirmó Rocío escrutándome con la mirada.

Belinda me agarró por el mentón y me miró fijamente a los ojos.

—Necesito saber una cosa que solo tú sabes y me lo vas a decir por las buenas o por las malas —murmuró—. Personalmente preferiría provocarte el

mayor sufrimiento posible, pero no dispongo de mucho tiempo, así que seré benévola contigo si me dices lo que quiero oír —advirtió seriamente—. ¿Qué me dices? ¿Estás dispuesto a colaborar?

Rocío me desbloqueó la movilidad de la cabeza para que pudiera hablar.

—Soy todo oídos —susurré con esfuerzo.

Belinda se me acercó, tanto que tuve que reprimir las arcadas que me producía oler su aliento.

—¿Has venido a por el aceite de Luna, verdad? Pues te lo daré y te dejaré marchar con la muchacha si me desvelas el conjuro que me permita volver a convertir en gárgola a tu amigo —dijo para mi asombro—. Estoy siendo muy generosa contigo y solo dispones de esta oportunidad para aceptar mi oferta. Así que no te precipites en contestar; tómate tu tiempo.

La sacerdotisa se reunió con su hermana y esperó mi respuesta observándome con severidad. «“¿Qué debo responder?”», me pregunté al ser consciente de que Alexa no me había prevenido de aquella situación. Si la vidente era tan buena como afirmaba Alexa, cosa de la que comenzaba a estar convencido, ya debería saber quiénes éramos y que Apofis había puesto precio a nuestras cabezas, así que aquella propuesta era inverosímil; me estaba poniendo a prueba.

Simulé durante un rato que me lo estaba pensando y después le hice un gesto con la cabeza para que se aproximara. Belinda se acercó con una sonrisa y cuando la tuve muy cerca de mis labios le susurré:

—¡Muérete!

Esta vez el golpe me empotró la cabeza contra la pared. Pero no sentí dolor, pues vino a auxiliarme la energía de la luz imperecedera. Parecía que contaba con una inesperada aliada, pero la aplaqué para que las arpías no fueran conscientes de ello. «“*Pronto me liberaré, bruja y entonces...*”».

—¿Qué te dije, hermanita? Nunca fallo en mis predicciones... Ves a buscar a Rosta, a ver si ha acabado ya. ¡Y que venga rápido! —le apremió. La sacerdotisa salió pitando del habitáculo y escuché cómo se alejaban sus pasos apresuradamente de la puerta. Belinda se acercó y se sentó en un lado del camastro—. Me estás haciendo perder un tiempo muy precioso, pero ya lo había previsto —sonrió—. Rosta se encargará de hacerte soltar la lengua y obtendré lo que quiero gratis.

Parecía que había superado la primera prueba a ciegas, aunque debería andarme con mucho cuidado porque todavía tenía que seguir improvisando.

Al poco tiempo escuché unas voces al otro lado de la mazmorra y me

preparé para lo que pudiera aparecer por el umbral. Belinda se apresuró a abrir la puerta y por ella aparecieron Rocío y una decrepita vieja vestida con harapos. La bruja se me acercó lentamente observándome con unos miopes ojos avellana que centellaban tras unas lentes de culo de botella.

—¿Así que se nos resiste el mago? —le comentó a Belinda con una sonrisa—. Es muy guapo... ¡y poderoso! —apreció en cuanto posó su huesuda mano en mi rostro—. ¿Por qué se habrá quedado Apofis con su alma?

—Tú preocúpate de hacerle hablar, que los asuntos de la serpiente no nos incumbe —le espetó Belinda.

—¿Y qué harás con la muchacha? ¿Te desharás de ella también? —señaló la vieja, con cierto tono de fastidio.

Belinda las miró con los ojos desorbitados.

—Pero ¿qué os pasa a vosotras? ¿No es habéis dado cuenta de que son muy peligrosos? —bramó—. En cuanto hayamos conseguido lo que queremos nos desharemos de los dos. ¡Y es mi última palabra!

—Pero ¡no entiendo a qué vienen tantos recelos, hermana! Vaticinaste que todo salía bien, ¡relájate! —objetó Rosta torciendo el gesto.

—¿Cuántas veces os tengo que decir que la videncia no es una ciencia exacta? —replicó para mi tranquilidad—. Creedme, estaremos mucho más seguras cuando ellos estén bien lejos de aquí. ¡Y alegrad esas caras, chicas! —prosiguió sonriente—. Cuando acabe todo ya no tendremos que conformarnos con las migajas; la señora nos recompensará generosamente por nuestros servicios. Tú podrás tener a todos los hombres que quieras —le comentó a la hechicera— y tú, Rosta, no necesitarás el corazón de una virgen para recuperar la juventud. Y, además, podremos sacar un buen pellizco vendiendo a la muchacha a los hechiceros negros. Dicen que se vuelven locos por un chochito sin estrenar.

Ya había escuchado suficiente... ¡Había llegado la hora de cambiar el guión! «*Acclârô vêritâs*», susurré, mentalmente, para liberarme del encantamiento de Rocío.

—¡Venga! Acabemos rápido con esto, que todavía tenemos que sintetizar aceite de Luna, que no nos queda ni una gota y lo necesitamos para el ritual —apremió Rosta a sus hermanas.

Aquella revelación me cayó con un jarro de agua fría y no me quedó más remedio que dejar aparcado mi plan para más tarde.

—¿Podrás sonsacarle lo que queremos, verdad? —le preguntó Belinda a la vieja.

—He estado trabajando en este mejunje desde que tuviste la visión... ¡La duda ofende, hermanita! —alegó sacando una jeringa que contenía un líquido carmesí—. ¿Estás seguro de que no quieres hablar? Te ahorrarías muchas molestias —musitó mostrándome su mellada dentadura—. Me alegra tu negativa, aunque eso ya lo sabíamos —comentó mirando de reojo a la adivina—. ¡Qué mas da! Eso hará más interesante mi reto.

Rosta empuñó la jeringa y acercó la aguja a mi cuello con pulso firme. Intenté resistirme, pero Rocío volvió a paralizarme con un hechizo y no pude hacer nada para evitar que la vieja me pinchara. Al instante, sentí un punzante quemazón diseminándose por las venas. La alquimista parecía haberme inoculado el fuego del volcán en la sangre y este iba arrasando con todo a su paso mientras avanzaba inexorablemente hacia mi corazón. Sabía lo que pasaría cuando aquella droga alcanzara mis sentimientos y entré en trance para intentar impedirlo. Apelé al poder de la luz imperecedera para que me guiara al palacio del péndulo y me dejé llevar hasta que escuché el rítmico “Tac-tac, Tac-tac”. «“¡Ya estoy a salvo!”», pensé aliviado. Pero al abrir los ojos no reconocí el lugar dónde me encontraba y me asusté.

Estaba en una habitación ricamente amueblada. Había una cama con dosel, los suelos estaban cubiertos por tupidas alfombras y las paredes revestidas con bellos tapices. A un lado había un amplio armario y un biombo del que colgaba ropa íntima de mujer. Me acerqué a la ventana, por la que se filtraba la luz de la luna llena, y me quedé mirando hacia los jardines. «“¿Estaré soñando?”», me pregunté antes de escuchar un ruido detrás de mí. Me giré y vi una sombra ocultándose en la penumbra. Entonces percibí una presencia oculta detrás del biombo. «¿Quién anda ahí?», pregunté inquieto. Poco después emergió una mujer en camisón, que se fue acercando con cautela. «¿Gabriel, eres tú?», me preguntó con voz vacilante. No me hizo falta verle la cara para saber a quién pertenecía aquella voz. ¡Esperanza estaba allí!

Sin pensármelo, fui a su encuentro y le estreché entre mis brazos, aunque tuve que mirarla a los ojos para cerciorarme de que era ella. «¿De verdad, eres tú?», le pregunté. Ella bajó la mirada y susurró con tristeza: «¿Me has vuelto a olvidar?». Aquello acabó por echar por tierra mis recelos.

Alcé su barbilla y cuando entreabrió los labios ya no pude contener la tentación de besarla. Nos fundimos en un beso tan profundo que casi me quita la respiración. Estiré de los tirantes del camisón hasta que le resbaló por los hombros cayendo al suelo. Cerré los ojos al sentir sus dientes en el cuello y no me resistí cuando me despojó salvajemente de las ropas incendiando mi

deseo. Rodamos por la cama, enlazando nuestras almas como si fuera por primera vez, y llegamos al clímax entre apasionados besos y ardorosos jadeos.

Me dejé caer sobre la almohada, temiendo despertarme de aquel sueño, pero mi amada no desapareció. Se tumbó a mi lado y me abrazó apoyando la cabeza sobre mi pecho. Hacía años que no me entregaba así a nadie, si lo hice alguna vez. «*¡No puedo ser más feliz, mi amor!*», le susurré besándole los cabellos. Pero inexplicablemente, mientras le acariciaba el rostro ella comenzó a reírse con estridentes carcajadas. Salté de la cama contrariado y al mirarla descubrí que la mujer con la que había yacido era Rocío.

Al ser consciente del engaño entré en cólera y me precipité sobre la arpía para descargar toda mi ira contra aquel inmundo ser. Pero un mareo me hizo trastabillar y caer de rodillas al suelo antes de llegar a la cama. Entonces la habitación comenzó a dar vueltas a mi alrededor mientras resonaban unas estridentes carcajadas en mi cabeza. Cerré los ojos con la esperanza de despertarme de aquella pesadilla, pero al abrirlos constaté que aquella no había hecho más que empezar.

Me hallaba en la mazmorra, de rodillas en el suelo, viendo cómo Rocío me sonreía con lascivia estirada desnuda sobre el camastro. Pero no estábamos solos. Sus hermanas también se encontraban allí; de ellas procedían las carcajadas que amenazaban con hacerme perder la cordura. «*¡A la mierda el aceite de Luna!*», exclamé cuando fui consciente de que había caído en la trampa de las arpías. Pero cuando iba a poner fin a aquella locura, recordé que aquella vivencia ya la había visto a Alexa en la mente de la vidente y me tranquilicé. «*“He estado a punto de no superar la prueba”*», suspiré aliviado. Sabía que las sacerdotisas me habían sonsacado lo que querían y que no tardarían en deshacerse de mí, pero todavía no había llegado el momento de actuar, no hasta que hubieran sintetizado el aceite de Luna.

En ese momento Belinda se puso de cuclillas delante de mí y me agarró de los pelos para que pudiera verle bien la cara.

—¡Qué voluble es la voluntad cuando se la engaña mostrándole sus más secretos anhelos!, ¿verdad? —sonrió con malicia—. El amor es la peor de las debilidades, por eso lo detestamos y en cuanto tenemos la menor ocasión, lo destruimos. Pero no pongas esa cara de idiota, ¡que te lo has pasado en grande! —se carcajeó—. Y para que veas que somos agradecidas te vamos a enviar a un lugar que jamás olvidarás —apuntó haciéndole un gesto a Rocío.

La joven arpía se levantó del camastro y mientras se vestía intervino Rosta

diciendo:

—¿Y a mí no me agradeces nada, hermana? Ya te dije que mi pócima era infalible. Y además le añadí un potente filtro amoroso que ha resultado ser más beneficioso de lo esperado, ¿verdad, Rocío? —comentó guiñándole el ojo a la hechicera—. Pero dejémonos de charlas, todavía nos queda mucho por hacer antes de que se ponga el sol y no quisiera tenerlo cerca de aquí cuando nos visite la luna llena. Encárgate de vestir a tu príncipe azul, hermanita, y deshagámonos de él.

Rocío me vistió y me hizo levitar con un conjuro para sacarme fuera de la mazmorra. Después comenzamos a recorrer un laberíntico pasillo, que parecía ascender girando alrededor de la chimenea principal del volcán, y tras un recodo Rosta se despidió de sus hermanas aludiendo que se iba al laboratorio a acabar de preparar la poción de resucitación. Luego continuamos por un estrecho camino que nos condujo a las puertas del santuario. Durante el trayecto me encargué de memorizar el recorrido porque, en cuanto se acabara aquella escena, pensaba interpretar un nuevo guión completamente diferente al que habían vaticinado las arpías.

Salimos del templo y las sacerdotisas me llevaron a una empinada escalera que conducía directamente a la terraza del primer nivel. Luego recorrimos el trecho que nos separaba de la catarata y me dejaron suspendido al borde del sumidero. El volcán tronó, expulsando una negra humareda por el cráter, y por un momento pareció enmudecer el ensordecedor rugido de la cascada.

—Disfruta de tu viaje, hechicero. ¡Ah! Y dale muchos recuerdos a Chüm —voceó Belinda con una burlona sonrisa.

Afortunadamente, desde que había sido poseído por la luz imperecedera mi capacidad para conectar con la magia ancestral se había acrecentado notablemente y, como ya había conseguido liberarme del último encantamiento de Rocío, no quise despedirme de ellas sin decir la última palabra.

—¡Juro por los dioses que moriréis antes de que acabe la noche! —excreé alzando la voz por encima del estruendo de la catarata.

Las arpías se echaron a reír a carcajadas antes dejarme caer por el abismo. Pero yo no paré de sonreír mientras veía cómo se alejaba de mí el cielo gris.

¡Había llegado la hora de cambiar el guión!

El empuje de la catarata me envió hacia el fondo del lago, donde estuve dando vueltas a merced de la corriente hasta que el suelo se abrió a mis pies formándose un remolino. Nada pude hacer para evitar ser absorbido hacia un oscuro túnel que enlazaba con el entramado espacio-tiempo. Las arpías habían sido muy astutas tirándome por un sumidero que comunicaba directamente con una puerta dimensional.

El viaje fue rápido y fui a parar a un mundo submarino. Me quedé suspendido en mitad de la oscuridad, atrapado entre quién sabe cuántos metros cúbicos de agua y separado de mis compañeros por una insalvable barrera dimensional. Solventé el prioritario problema de respirar bajo el agua con el conjuro “*Vêsîca âeris*” y después de analizar la situación llegué a la conclusión de que la única forma de escapar de aquel lugar era averiguando el encantamiento que abría la puerta dimensional por la que había entrado. Afortunadamente, gracias a la altivez de Belinda, sabía a quién debía preguntar.

Cuando los ojos se acostumbraron a la penumbra descubrí un centelleo que se extendía por el fondo marino como si el firmamento se hubiera mudado a allí. Atraído por la curiosidad, bucéé hasta que posé los pies en la arena, pero inesperadamente desaparecieron los destellos dejándome en la más absoluta oscuridad. Me quedé inmóvil, buscando con los sentidos alguna amenaza, pero al poco tiempo aparecieron las misteriosas luciérnagas volviendo a iluminar el manto marino.

Esta vez me limité a observar el fenómeno, sin siquiera moverme, y descubrí que los destellos procedían del interior de unas ostras, que abrían y cerraban las valvas acompasadas con las corrientes marinas. Con cuidado, recogí una ostra e inmediatamente se cerró provocando que las demás también ocultaran su tesoro. «*Parece que todas están sincronizadas entre sí*», pensé mientras sentía el suave tacto del molusco en la mano. Entonces susurré: “*Aperiô cortex*” y las valvas de la ostra se separaron dejando al descubierto una hermosa perla gris brillando en su vientre. «*Es increíble que pueda existir una luz tan pura en la oscuridad de este océano*», medité

viendo cómo la perla comenzaba a centellear acompañada con el ritmo de sus hermanas. Pero aquel espectáculo se truncó cuando presentí una presencia, agazapada en algún secreto lugar, que hizo desaparecer a las lucernas.

Me había quedado cual faro en mitad de la noche, por lo que decidí guardarme la perla en el bolsillo mientras esperaba a que apareciera mi anfitrión que, a juzgar por la fuerza que desprendía, debía tratarse de un ser colosal. «¿Quién eres y qué haces aquí?», anunció en mi mente una voz gutural. Hice brotar un poco de luz de la llama blanca en la palma de la mano con la intención de ver a mi interlocutor, pero no tardé en recibir una dura reprimenda de mi anfitrión. «¡Apaga esa luz, ladrón, que nos lastima!». Esta vez percibí su presencia más cerca, aunque todavía no se dejaba ver. «Me has llamado ladrón, pero no creo ser merecedor de recibir ese calificativo», le reprendí conectando con su mente. «¡¿Ah, no?! ¿Y qué te has guardado en el bolsillo?», replicó con suspicacia.

Palpé con la mano la gema y me apresuré a sacarla para dejarla caer a la arena. «Perdóname, pero no era mi intención robarte, Chüm. Y, por lo que parece, veo que tampoco te gustan las visitas. Así que..., si me dices cómo puedo salir de tu mundo te aseguro que jamás volverás a saber de mí ni de las arpías que me han enviado aquí», le propuse en tono conciliador. «¿Así que te han enviado esas lechuzas? Y se puede saber... ¿para qué?», me interrogó con voz recelosa. «Creían que enviándome a este mundo se desharían para siempre de mí. Pero se equivocaron», me apresuré a decir. «¡¿Ah, sí!? Pues, ¡fíjate!, yo creo que no. Nadie puede salir con vida del mundo de Chüm», advirtió con una intimidante voz. «No cometas el error de subestimarme, Chüm, o correrás igual suerte que ellas», le amenacé. «Verás, voy a explicarte en qué situación te encuentras. Odio profundamente a esas brujas, pero resulta que yo también rindo culto a la señora de las Tempestades. Y ¿sabes qué? Ha puesto precio a tu cabeza, Gabriel», anunció al tiempo que hacía más palpable su poder. «Y puedo sobrevivir si esas arpías me roban algunas perlas de vez en cuando, pero ¿cómo hacerlo ante la furia de Alrinach? Como puedes ver..., no voy a poder ayudarte a salir de aquí», concluyó.

Ya no podía perder más tiempo con aquel tira y afloja, así que decidí pasar directamente de las amenazas a la acción. «Entonces también sabrás que soy un poderoso hechicero al que no te convendría tener como enemigo. A fin de cuentas, yo soy una amenaza real para ti mientras que tu señora nada puede hacerte desde su lejano exilio. ¡Piénsatelo bien, Chüm! ¿De qué te servirá tu

lealtad cuando yo haya acabado contigo?», le advertí. «*¿Crees que no me he dado cuenta de lo peligroso que eres? ¡Qué poco me conoces!*», susurró con maldad. Quise responderle, pero su esencia se desvaneció misteriosamente. Y eso..., no presagiaba nada bueno.

Me mantuve en alerta, intentando captarle con los sentidos, pero parecía que se lo había tragado la tierra. «*¿Dónde se habrá metido?*», me pregunté con inquietud. Pero al ver que durante un buen rato no sucedía nada comprendí que la estrategia de mi anfitrión era abandonarme a mi suerte.

«*“Pues si Mahoma no va a la montaña...”*».

Amplifiqué el alcance de la luz imperecedera y tras recitar: “*Aperiô cortex*” las valvas de las ostras se abrieron dejando al descubierto su valioso tesoro. «*“Vamos a ver cuántas perlas vale tu voluntad”*», medité mientras comenzaba a expoliarle sus preciadas joyas. No tardé en captar a Chüm y me regocijé cuando presentí que su ira iba en aumento. «*¡Eso es! ¡Muéstrame tus cartas, grandullón!*», murmuré. Finalmente percibí un movimiento en la distancia y vi cómo se acercaba una gran sombra levantando una nube de arena a su paso. La mole se detuvo en los lindes demarcados por la luz imperecedera y permaneció agazapada bajo el amparo de la penumbra.

Apliqué la intensidad de la llamaba blanca y entonces pude distinguir que Chüm era una criatura con apariencia de saurio. Tenía una prominente cabeza, en la que fulguraban seis ojos sin párpados, y un hocico oblongo, provisto de una vigorosa mandíbula de afilados dientes. El cuerpo, de unos quince metros de largo por dos de ancho, era liso y pardo, y se suspendía por encima de la arena gracias a los oscilantes movimientos producidos por una comprimida y poderosa cola. «*Has cometido un grave error provocándome, Gabriel, y vas a morir*», declaró esbozando, lo que pareció ser, una sonrisa. «*¿Y a qué esperas, Chüm? Me empiezas a aburrir*», le provoqué.

La bestia se movió lentamente, sin levantar ni una mota de arena, y repentinamente abrió la boca y expulsó un líquido negro y viscoso que me envolvió fagocitando hasta el último atisbo de luz. «*¿Creías que iba a ser tan estúpido como para dejar que tu luz fluyera libremente por mi mundo? Soy Chüm, señor del océano, y yo propago la Oscuridad porque nace dentro de mí. ¡¿Qué me dices ahora, Gabriel?! ¡¿Qué se siente cuando te despojan de todo el poder?!*». No dije nada, simplemente dejé que la luz imperecedera hiciera de escudo para que la fuerza oscura no tocara ni un milímetro de mi piel. Chüm debió cansarse de esperar una respuesta y decidió dar su golpe definitivo. Presentí que se abalanzaba con la mandíbula abierta hacia mí y

cuando estuvo lo suficientemente cerca como para no poder escapar de mi ofensiva liberé toda la energía de la llama blanca, que explotó inundando el océano de claridad.

Nunca se vería en aquellas profundidades submarinas una luz más pura y letal que la que brotó de la lámpara de Horus. Ni tampoco se escuchará un grito más desgarrador como el que brotó de la garganta de Chüm cuando sus ojos se derritieron en contacto con la radiación de la luz imperecedera. La monstruosa criatura se retorció del dolor que le producían las úlceras que le salían por todo el cuerpo al incidir la luz imperecedera. «*¡Clemencia, no quiero morir!*», suplicó con una sobrecogedora voz. «*¡Te sacaré de mi mundo, pero aplaca esa luz, por favor!*». Moderé un poco la intensidad de la lámpara de Horus y vi cómo Chüm abrió sus mandíbulas y regurgitaba un objeto que comenzó a destellar en su encarnada lengua; era una perla negra. «*Es el bien máspreciado que poseo*», dijo al tiempo que dejaba caer la joya en la arena. «*Es una gema mágica. Tiene la propiedad de encontrar y abrir puertas dimensionales siempre y cuando se conozca el lugar dónde se quiera ir*». Recogí la perla y admiré el resplandor que emitía desde el interior. «*¿Cómo la conseguiste? Este no es un objeto del Caos*», le interrogué al distinguir la esencia que palpitaba en su interior. Chüm retrocedió un poco y respondió: «*Se la arrebaté a un mago blanco que pagó cara la osadía de venir a negociar conmigo la compra de mis perlas. Pero ¿puedes apagar esa maldita luz? Ya tienes la llave que te permitirá salir de aquí*». Aún tenía que resolver otro interrogante antes de marcharme. «*¿Y cómo funciona este artilugio?*», le pregunté. «*¡Ya te lo he dicho! Piensa en qué lugar quieres aparecer y la perla te llevará a la puerta más cercana*», me explicó mientras intentaba enterrar su cuerpo en la arena.

Pensé que aquella bestia ya había tenido suficiente castigo pagando su necesidad con algo más que la vista y decidí perdonarle la vida. Nada más guardar la lámpara de Horus, el monstruo desapareció sin dejar rastro. Ya tenía el billete de vuelta y, después de todo, la visita al santuario de Alrinach iba a resultar ser más provechosa de lo esperado.

Puse la mente en la dimensión de las arpías y la perla negra palpitó en la palma de mi mano antes de dibujarse el contorno de una puerta dimensional delante de mí. Capté la energía del océano y utilizando la magia ancestral pronuncié: “*Mûtâre vîsus fâtidica*”, un conjuro que me haría pasar inadvertido a las videncias de Belinda.

Y admirando el brillo de la perla negra atravesé el umbral.

El rugido del agua cayendo a mi espalda fue lo primero que percibí cuando aparecí en la terraza del santuario de Alrinach. Miré hacia el cielo estrellado y, por la posición de la luna, calculé que no debía de haber pasado más de un par de horas desde que fui desterrado por las arpías. «“*¡No he podido llegar en mejor momento!*”», cavilé mientras enfilaba la rampa que conducía a las puertas del templo.

Me guardé la perla negra en el bolsillo y penetré con sigilo en el interior del santuario. Después discurrí por los corredores que profundizaban en las entrañas de la montaña recordando el trayecto que había realizado con las sacerdotisas. El pasillo estaba bien iluminado con antorchas y no me costó llegar a la encrucijada donde Rosta se separó de sus hermanas. A diferencia de las otras galerías, la que llevaba al laboratorio estaba casi en penumbras y plagada de recovecos, pues bordeaba la chimenea principal del volcán. Al final del corredor se veía la luz que se filtraba por las rendijas de una puerta entornada. En aquel lugar percibí la energía de Alexa y Hugo, junto a la de las arpías.

Con la frente empapada de sudor, debido al asfixiante calor que desprendía la pared, me aposté a un lado de la puerta con la intención de escuchar lo que sucedía en su interior. Pero al rozar con el brazo el muro se desprendió una piedra, que cayó ruidosamente al suelo.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó la voz de Belinda.

Por un momento me quedé petrificado y cerré los ojos sin atreverme siquiera a respirar. Presentí a la vidente expandiendo sus sentidos por el pasillo y por unos instante temí que mi filtro de imperceptibilidad no fuera suficiente para salvarme del instinto de la arpía.

—¿A qué vienen esos nervios, hermana? —se alzó la quebrada voz de Rosta—. Se habrá desplomado alguna roca del techo del corredor... —añadió con una carcajada.

—¡Cállate, maldita bruja! —replicó la vidente—. ¿No presentís una presencia afuera?

Escuché unos pasos acercándose a la puerta y me preparé para lo peor.

—Lo único que presiento es que eres una neurótica, Belinda —le reprendió Rocío abortando los pasos de su hermana—. Hace mucho tiempo que este templo se está cayendo a pedazos, ¡como tus nervios! —se carcajeó arrancando las carcajadas de Rosta.

—Tenéis razón, despreciables zorras —dijo, finalmente, Belinda sumándose a las risas de sus hermanas—. Pero ¡qué hacéis ahí paradas! —terció aplacando las risas—. ¡Volved al trabajo!

Escuché los pasos de Belinda alejándose de la puerta y respiré tranquilo. Pasado el susto, se produjo un sostenido silencio que aproveché para enjuagarme con un pañuelo el sudor que me caía a chorros por el cuello. «*¿Qué estarán tramando esas lechuzas?*», pensé mientras me acercaba un poco más a la puerta. Acerqué la oreja a la rendija y escuché a las sacerdotisas y cuchichear, como si se estuvieran consultando alguna cosa. En ese momento crepitó el volcán y aproveché las sacudidas para abrir un poco más la puerta. Los goznes chirriaron un poco, pero por fortuna el ruido no alertó a las arpías y pude echar una ojeada por la rendija.

—¡Ya tengo lista la pócima! —anunció Rosta esbozando una sonrisa.

Las sacerdotisas estaban en un extremo del laboratorio arremolinadas alrededor de un caldero que humeaba en el hogar. Y por los gestos, parecían estar muy contentas con la noticia.

—Rocío, ve a buscar el código de la Orden del Agua —le ordenó Belinda a su hermana—. Pronto recibiremos la visita de la luna y todavía nos queda mucho por hacer.

La joven se apresuró a cumplir con el encargo y encaminó sus pasos hacia la puerta. Tuve el tiempo justo para ocultarme en la penumbra antes de que la arpía saliera de la sala, aunque iba tan deprisa que no me habría visto ni aunque me hubiera quedado plantado delante de la puerta. Esperé a que Rocío desapareciera por un recodo y me acerqué al umbral para inspeccionar con más detalle el laboratorio, aprovechando que se había quedado la puerta abierta.

La habitación era una amplia pieza heptagonal, generosamente iluminada por lámparas de aceite distribuidas entre las paredes y el mobiliario. Enfrente de la puerta y ocupando uno de los ángulos internos, estaba la chimenea y a cada lado se levantaban unos armarios, provistos de cajones, frascos, botes y vasijas, que constituían la botica. Las paredes colindantes a la chimenea estaban prácticamente ocupadas por sendas mesas de laboratorio en las que reinaba una pulcritud rayana a la manía. En una de las mesas estaba Belinda,

sentada en un taburete y de espalda a la puerta, majando algo en un mortero mientras que Rosta, que trabajaba de pie en la otra mesa, destilaba un líquido transparente desde un alambique a un matraz. Asomé la cabeza para ver dónde estaban mis amigos y mi sorpresa fue mayúscula cuando no pude verlos por ningún lado. «“¡Mierda! Rocío debe mantenerlos ocultos bajo algún encantamiento. Tendré que esperarme a que la hechicera los haga aparecer antes de enfrentarme a ellas”», pensé con rabia.

Escuché unos pasos que provenían del corredor y, sin pensármelo dos veces, me colé en el laboratorio y me escondí tras un biombo de tela que había en la pared que quedaba a la derecha de la puerta. «“¡Ostras, qué oportuno!”», pensé al descubrir que en aquel lugar se encontraban mi cetro, nuestras armas y las mochilas.

A los pocos segundos apareció Rocío con un voluminoso libro debajo del brazo y me puse a espiar lo que sucedía en el laboratorio mirando a través espacio que había entre los bastidores de la mampara.

—¿Aún estáis así? —profirió la bruja, con fastidio, mientras se acercaba a la mesa.

Rosta giró la cabeza y alzó la vista por encima de los lentes.

—Las prisas no son buenas compañeras, hermanita. Pero si tanta prisa tienes, ¿por qué no nos ayudas en vez protestar? —le soltó mientras le llevaba el matraz a Belinda.

Rocío se dirigió hacia el escritorio, que ocupaba la pared que quedaba a la izquierda de la puerta, y dejó el códice abierto en un atril antes de reunirse con la vidente. Luego se sentó a su lado y pesó una cantidad de los polvos que había en el mortero en una balanza de precisión mientras que Belinda dispensaba una cantidad de líquido desde el matraz a una probeta. Y mientras las sacerdotisas continuaban con sus quehaceres hice un curioso descubrimiento.

Justo en el centro del laboratorio había un símbolo grabado en el suelo que representaba un triángulo rodeado por un círculo. Y a su alrededor y a una distancia equidistante, había inscritas unas marcas muy similares a las antiguas runas. Me estaba preguntando qué función tendrían aquellos símbolos cuando escuché un silbido procedente del techo. Y al mirar descubrí que había una especie de ocelo, ocupando la posición central y cerrado por tres valvas semilunares, de un metal muy similar a la plata. Aquel ventanuco debía comunicar con el exterior del volcán, pues se filtraba el rumor del viento a través de él.

—Se acerca la hora, hermanas —anunció Belinda levantándose del taburete.

—¡Perfecto, justo a tiempo! —sonrió Rosta—. No hagamos esperar a la dama de la noche.

Rocío se dirigió a uno de los armarios de la botica y cogió un cáliz de bronce que había en un estante. Luego se reunió con sus hermanas, que la estaban esperando en el centro del laboratorio, y dejó la copa justo en mitad del círculo antes de ocupar su lugar en uno de los extremos del triángulo. Las sacerdotisas pusieron mucho cuidado en no pisar las runas que había en el suelo y unieron las manos cercando el símbolo. Seguidamente Rocío alzó la vista al techo y voceó:

«*“Selena, aperiam ostium astra”*».

¡No podía creerlo! La arpía había pronunciado el conjuro valiéndose de la magia ancestral. Las valvas del ocelo rechinaron y se abrieron dejando pasar una fresca brisa. En ese momento rugió el volcán haciendo temblar las paredes del laboratorio, pero la voz de la hechicera no vaciló y se alzó por encima del bramido de la montaña recitando, una y otra vez:

—*“Selena, dea noctis dônâre vestra lûx”*.

La luz de la luna se coló por la ventana y fue recorriendo la pared, y después el suelo del laboratorio, hasta quedar atrapada en el triángulo formado por las sacerdotisas. Entonces sus hermanas se sumaron al cántico repitiendo: *“Selena, dea noctis dônâre vestra lûx”*, hasta que se conformó una imagen especular de la luna en el círculo que había cincelado en el suelo. Las voces cesaron y Belinda extrajo una perla gris y la dejó levitando en la columna de luz. La gema comenzó a ascender lentamente al tiempo que Rocío recitaba:

«*“Selena, recibe a tu hijo, aquel que implantaste en el vientre de la ostra y que ella engendró para ti. A cambio danos un poco de tu luz para que podamos continuar con el ciclo de la vida y vuelvas a reencontrarte con tu hijo terrenal. Selena, ¡danos tu luz! Selena, ¡danos tu luz!”*».

Empezaron a formarse brumas alrededor de la luz de la luna hasta que adquirió una tonalidad plateada. Entonces el brillo de luna se fue licuando en el interior del cáliz al tiempo que la perla gris ascendía para reunirse con su madre lunar. Poco a poco la luz de la luna continuó con su camino por el laboratorio hasta que desapareció.

Estaba fascinado mirando el resplandor que irradiaba el aceite de Luna en la copa. Ahora solo tenía que esperar que Rocío hiciera aparecer a mis

compañeros para intervenir. Y sabía que eso tardaría en pasar.

Las valvas del ventanuco del techo se cerraron con un seco ruido que me sacó de mi introspección. Las sacerdotisas se separaron y cada una se encomendó a una misión que parecía preconcebida. Belinda recogió el cáliz y lo dejó sobre una de las mesas de trabajo. Rosta se acercó al perol que había en el hogar y vertió un par de cucharones en una batea antes de reunirse con la vidente. Y después comenzaron a mezclar concienzudamente ingredientes siguiendo las instrucciones que había escritas en un cuaderno. Mientras tanto, Rocío se había ido al escritorio y parecía estar transcribiendo unos versos del código de la Orden del Agua en un pergamino. «“¿Cuándo haréis visibles a mis compañeros?”», me pregunté intentando contener la ansiedad. Una vez acabada la tarea, la hechicera dejó la pluma en el tintero y se entretuvo golpeando nerviosamente las uñas sobre el atril.

—¿Cuánto os queda? —preguntó con tono impaciente.

Sus hermanas la atravesaron con la mirada, pero no le dijeron nada y continuaron trabajando sin perder la concentración. Al rato, Rosta se ajustó las gafas en su sudorosa nariz y le anunció a la vidente:

—Creo que ya está.

Belinda miró a Rocío sonriente y le preguntó:

—¿Estás preparada?

«*Hace media hora*», me pareció oírle murmurar a la hechicera antes de responderle con un:

—¡Cuando queráis!

Rosta la miró exultante y aclamó:

—¡Pues ya puedes traer a nuestros invitados!

Rocío levantó los brazos y puso los ojos en blanco antes de recitar: “*Exhibêre arcânus, per potentia ab ignis et aqua*”. Se produjo un resplandor con el que Alexa y Hugo aparecieron en un mitad del laboratorio. Mi amigo yacía sobre un altar de mármol y la maga levitaba a su lado dormida.

Por fin había llegado el momento de actuar, pero no podía subestimar el poder de las sacerdotisas si no quería que me pasara lo mismo que a Antón. Así que aproveché que Rocío había hechizado a mis compañeros con el mismo encantamiento que había utilizado conmigo para penetrar en sus mentes y susurrarles el contra-conjuro. Una vez estuvieran despiertos, nos enfrentaríamos a las arpías en igualdad de fuerzas.

—Hermanas, convirtamos a este desdichado en la gárgola que jamás debió despertar —resonó la voz de Belinda en la sala.

Rocío dejó levitando a Alexa en un rincón del laboratorio y regresó al escritorio. Rosta arrastró los pies hasta situarse en el cabezal del altar y dejó el cuenco con la pócima que había estado trabajando con su hermana apoyado sobre el mármol. Y la vidente se colocó a un lado del altar con un puñal en la mano y, con un rápido movimiento, le rajó la camisa de Hugo dejándole el pecho al descubierto. La alquimista le pasó a Belinda la poción y esta le untó una pequeña cantidad en el costado izquierdo, justo en el lugar que ocupaba el corazón.

«*“Alrinach, señora de las aguas, Diosa del Norte y Reina del Caos marino, te reclaman tus siervas para que regreses a tu Palacio del Agua y del Fuego”*», promulgó Rocío desde el atril. «*“Tu destierro ha terminado y un nuevo ciclo se abrirá cuando se despierten tus hermanos. Las sombras crecerán en el mundo. La penumbra se cernirá sobre los mortales. Las negras aguas llevarán la muerte y la desesperación aniquilando el ciclo del Orden. El anochecer traerá la Oscuridad perpetua y la Luz quedará confinada al olvido. ¡Y el Caos retornará! ¡Alrinach, regresa a tu Palacio del Agua y del Fuego!”*».

Después tomó el papel y recitó: *“Resurgô lapidis”* y el cuerpo de Hugo se fue petrificando, quedando únicamente libre del encantamiento la zona dónde le había untado la poción. «*“¡Maldita sea! ¿Por qué no les funciona el contra-conjuro?”*», pensé al ver que no reaccionaban mis amigos.

«*“Alrinach, toma la fuerza del corazón de este ser impuro para romper las barreras del espacio y del tiempo”*», continuó Rocío en éxtasis. «*“Revertor âtrium”*», proclamó. Belinda alzó los brazos sujetando con ambas manos el puñal y cerró los ojos esperando que la hechicera finalizara el ritual. ¡Ya no podía esperar más!

Tomé impulso para precipitarme sobre la hechicera, pero cuando estaba a punto de salir de mi escondite se abrió una puerta dimensional en uno de los muros del laboratorio y el poder que emergió desde el umbral me dejó paralizado. Las sacerdotisas miraron atónitas cómo se materializaba la silueta de una mujer a partir de un chorro de agua que comenzó a brotar por la puerta y yo sentí un punzante dolor en la cabeza que casi me hace perder el sentido.

Y en aquel instante rememoré el suceso que se llevó todos mis recuerdos.

Espoleé a mi cabalgadura para obligarle a avanzar por un empinado sendero en la oscuridad de la noche. La lluvia rompía con fuerza contra los riscos y los truenos resonaban entre las montañas con estrépito, pero no podía dejar de avanzar en aquella dirección; algo me llamaba desde lo más alto de la cima. La yegua relinchó posándose sobre los cuartos traseros cuando cayó el primer rayo, pero su nobleza le impidió tirarme y continuó avanzando por los resbaladizos guijarros siguiendo mis febriles designios.

La tormenta arreció y comenzó a nevar, tanto que pronto dejó enharinada la senda. La yegua relinchaba y cabriolaba con cada relámpago, pero me mantuve firme y la guié con las riendas para evitar que saliera huyendo de la tormenta. Porque huir era precisamente lo que estaba haciendo, aunque sabía que no había lugar en el mundo dónde poder escapar de mis remordimientos. Acababa de ocurrir un suceso horrible y arrastraba un dolor tan grande en el alma que solo quería morir.

Desmonté a la yegua en un claro bordeado de abetos que había cerca a la cumbre de la montaña y la azucé para que se marchara. Había dejado de nevar, pero la sinfonía de rayos y truenos que se interpretaba por encima de los densos y negros nubarrones no presagiaban el fin de la tempestad.

—¿Qué más quieres de mí, Dios mío? —clamé hincando las rodillas en la nieve—. Soy tu más ferviente caballero y he recorrido el mundo siendo tu brazo ejecutor. ¿Por qué me martirizas entonces con tan duros castigos? ¿Por qué no me llevas a mí también?

Las nubes se abrieron y emergió un rayo que impactó en mi pecho. Durante unos segundos creí en la justicia divina y me preparé para morir. Pero aquel no era mi destino. El rayo me atravesó el cuerpo y con la sacudida volé por los aires para caer varios metros atrás. «*¿A quién pretendo engañar? ¡La muerte sigue empeñada en olvidarse de mí!*», me dije mientras me levantaba, renqueante y aturdido, pero vivo a fin de cuentas.

Entonces percibí una gélida presencia y vi cómo descendía una mujer por la nieve envuelta en una capa blanca.

—Pero ¡mira quién está aquí! —exclamó con una afilada voz—. ¡Qué

grata sorpresa, Gabriel, cuánto tiempo sin vernos!

La mujer poseía una belleza inhumana, de cara alargada y sonrojados mofletes, orejas élficas, nariz pequeña y carnosos labios. En la cabeza llevaba una diadema de oro blanco engarzada de zafiros, a juego con sus ojos, y los largos mechones de su melena pelirroja se enroscaban formando unos sensuales tirabuzones alrededor de un generoso escote. Mostraba un aspecto jovial, aunque su porte denotaba una extrema madurez. Y su mirada era severa y cruel.

—¿Quién...? ¿Quién eres... tú? —le pregunté con voz trémula.

—¡Vamos, Gabriel, no te hagas el tonto conmigo! —señaló con desdén. La miré atónito. Nunca había visto a aquella mujer—. Así que son ciertos los rumores... —musitó mientras me escrutaba con la mirada— ¿No me reconoces? —sonrió malévolamente—. ¿No me digas que te has olvidado de los antiguos dioses? Porque nosotros..., ¡nosotros no nos hemos olvidado de ti! —dijo arrastrando las palabras.

El intenso frío y los incontrolables temblores que sufría desde que había sido alcanzado por el rayo, me impedían pensar con fluidez.

—No sé de qué dioses hablas... —dije titubeante—. Para mí solo existe un Dios único y verdadero.

La mujer se carcajeó haciendo que retumbasen los truenos de la tormenta.

—¿Nunca te has preguntado por qué eres inmortal? —advirtió interrogándome con la mirada—. Veo que sí... ¿Y a qué conclusión has llegado, Gabriel? Yo te lo diré; a ninguna —anunció con maldad—. Pero no debes martirizarte por ello, pues a veces la respuesta viene de la manera más insospechada. Y ¿quién sabe? A lo mejor alguien ha escuchado por fin tus plegarias.

—¿Tú...? ¿Tú sabes quien soy? —le pregunté con incredulidad.

—Tal vez —se limitó decir—. Aunque no te saldrá gratis esa información. Sus ojos decían la verdad.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —le pregunté ansioso.

—Supongo que ya debes haber perdido la cuenta de las vidas que has tenido que interpretar en tu dilatada existencia, pero no creo que hayas olvidado un suceso que te ocurrió hace mucho tiempo. Entonces creías en más de un dios e incluso llegaste a conocer a uno de ellos —aseveró—. ¿Te acuerdas de Seth?

Aquel nombre me hizo retroceder más de dos mil años atrás, hacia un confuso recuerdo que se había extraviado en mi memoria.

—¿Seth...? —balbuceé con incredulidad.

—¡Sí, Seth! —rugió ella—. Seguro que todavía sigue martirizándote en sueños, pero su recuerdo es real, ¡y lo sabes! ¿Qué hicisteis tú y ese maldito faraón con él? ¿Dónde lo ocultasteis? —insistió con los ojos encendidos.

—¿Quién eres? —le pregunté sintiendo un extraño hormigueo en el estómago.

—Espero, por tu bien, que no te hayas olvidado de mi nombre —profirió con una malvada sonrisa—. Soy Alrinach, la señora de las tempestades.

En ese momento el cielo comenzó a centellar al compás de los relámpagos convirtiendo la noche en día.

—¿Así que has venido en busca de tu padre? —murmuré asiendo la empuñadura de la espada.

La señora de las tempestades dejó de sonreír y me miró con desprecio.

—¿Qué pretendes hacer con ese juguete? —advirtió haciendo brotar un refulgente rayo en la palma de la mano.

Ni me lo pensé. Desenvainé la espada y se la ensarté por el abdomen. Para mi sorpresa, aquella presencia no era real y solo le di una estocada al aire.

—¿Cuánto hace que te olvidaste la magia, Gabriel? —me preguntó con tono burlón—. Lo que ves es tan solo un reflejo de mi esencia proyectado a través del espacio-tiempo gracias a mi poder. ¡Y agradécele a ese Dios tuyo que sea así! Porque si pudiera atravesar la insalvable barrera que nos separa... —comentó al tiempo que hacía aparecer un rayo en la otra mano—. Aun así, puedo infringirte mucho sufrimiento, ¡créeme!, si sigues negándote a decirme dónde está mi padre —añadió azuzando los rayos como látigos.

Todas las creencias y valores en los que se había sustentado mi existencia en los últimos siglos se acabaron de desmoronar en aquel momento. Pero aquella presencia era real y encarnaba todo aquello por lo que había estado luchando toda mi vida. Y no iba a perder aquella oportunidad de hacer justicia. ¡Por fin había reencontrado el camino!

La miré con rabia a los ojos y le espeté:

—Jamás te diré dónde está encerrado tu padre, Alrinach, porque no he olvidado lo que representáis y porque un día me hice la promesa de que allí dónde viera florecer la Oscuridad la combatiría con acero y magia; ¡gracias por recordármelo! —reseñé sintiendo cómo se removía una fuerza en mi interior—. Así que..., ¡ya puedes regresar al agujero del que procedes para seguir pudriéndote en tu destierro dimensional —añadí haciendo estallar en llamas el filo de mi espada.

Alrinach agitó sus electrizantes látigos y me fustigó encolerizada. Esgrimí la espada y los rayos se enredaron en la hoja quedándose trabados entre las llamas. El contacto con la fuerza oscura liberó el poder que tenía dormido y con un golpe me deshice de sus látigos. Alrinach me miró incrédula cuando blandí la espada de fuego para darle el golpe de gracia, pero en el último momento se defendió lanzándome un rayo que al contactar con el acero estalló produciéndose una gigantesca explosión.

Me incorporé, a una cincuenta de metros del lugar donde me encontraba, y contemplé el rastro de destrucción que habíamos dejado a nuestro paso. Los abetos habían sido arrasados y sus restos se esparcían hechos cenizas en varios metros a la redonda. Pero Alrinach no se iba a dar tan fácilmente por vencida.

Emergió, del montículo de nieve en el que había quedado sepultada, y comenzó a levitar con los pelirrojos cabellos erizados. Luego abrió los brazos en cruz y fue atrayendo la tormenta hasta que la concentró a su alrededor. Era impactante ver cómo amasaba los relámpagos al tiempo que iba elevándose en el tenebroso cielo emitiendo destellos multicolor.

Corrí hacia el lugar donde había caído la espada, pero cuando la blandí el filo se redujo a cenizas y me quedé con la empuñadura en la mano. Solo me quedaba apelar a la fuerza que se movilizaba en mi interior. Liberé la energía que bullía en mi alma y esta se concentró en las cuencas de las manos formándose una bola de fuego. Quise gritar de dolor, cuando las manos me comenzaron a sangrar, pero lo único que conseguí fue que se acumulara más y más poder. Y cuando creía que ya no podría contener por más tiempo aquella masa ígnea percibí un destello en las alturas y la liberé.

Al instante se produjo un intenso resplandor que lo fagocitó todo y se hizo el silencio. Pensé que se había detenido el tiempo y que lo que había sucedido formaba parte una pesadilla de la que pronto tendría que despertar. Pero lo que sentí fue un punzante impacto en la cabeza que me sumió en la inconsciencia.

Desperté completamente desnudo en mitad del desolado bosque. No recordaba por qué no podía moverme o por qué tenía aquel horrible dolor de cabeza y las palmas de las manos completamente quemadas. Aquel día volví a nacer, o morí y resucité, no sabría precisarlo. Poco después me encontrarían unos pastores que se acercaron a la cumbre de la montaña atraídos por los estragos que había producido aquella inusual tormenta. Pero lo único que encontraron de mí, fue mi cuerpo y mi nombre.

Con ese pensamiento retorné a la realidad. Miré a través del biombo y observé, horrorizado, que la metamorfosis de Alrinach se había casi completado. Tan solo la unía con la dimensión del destierro un hilo de agua que se rompería en cuanto Belinda descargara el puñal seccionando el corazón de Hugo.

"La roca encauzará tu destino y su corazón te otorgará vigor. Alrinach, domadora de las bravas aguas, fustigadora de los mares y señora de las tormentas acepta el sacrificio de esta gárgola resucitada. Siente la roca, el útero en el que renacerás como brota el agua del vientre de la tierra", cantó la hechicera.

Rocío miró a la vidente, pero esta no reaccionó, pues la había paralizado con el conjuro "*Détentum venêfica*".

—¿Te ocurre algo, Belinda? —le preguntó la joven arpía a su hermana.

No esperé a que las arpías descubrieran lo que había pasado. Revertí el proceso de petrificación de Hugo y, tras protegerme de los hechizos de Rocío con el encantamiento "*Prôtego maximus*", salí del biombo empuñando el cetro y la espada.

—¿Qué hace el hechicero aquí, Rocío? —bramó Rosta con los ojos desorbitados. Su hermana me miró con sombro pero no reaccionó—. ¡¿Qué haces ahí parada?! —le ladró— ¡Acaba con él!

La hechicera se convirtió en una furia alada y comenzó a asediarme desde el aire. Intenté atacarla con mi magia, pero la muy astuta también se había protegido de mis conjuros con un escudo mágico. Así que no me quedó más remedio que defenderme de sus ataques a golpe de espada.

La arpía se movía con movimientos rápidos y conseguía ponerse fuera de mi alcance antes de que pudiera si quiera rozarla con el acero. Y no entendí su estrategia hasta que sentí un picotazo en el cuello y caí mareado al suelo. Rosta me había atacado con un dardo impregnado con una toxina paralizante dejándome fuera de combate. La furia aprovechó su ventaja para abalanzarse sobre mí con las mandíbulas abiertas. Afortunadamente, una de sus negras alas tropezó con la pared, haciéndole perder el control del vuelo, y pude esquivar su dentellada venciendo el cuerpo hacia un lado. Pero la arpía retomó el vuelo y volvió a lanzarse en picado sobre mí. Esta vez estaba sin escapatoria. Pero ese momento Alexa apareció a mi lado, blandiendo su espada corta, y a la furia no le dio tiempo de virar el vuelo para ponerse fuera del alcance de la maga, que consiguió insertar la punta de la espada en el

pecho de la bestia desgarrándole el corazón. La arpía chilló y alzó el vuelo batiendo torpemente las alas, pero estaba mortalmente herida y, tras dar un par de descontroladas piruetas en el aire, su cuerpo reventó convirtiéndose en cenizas.

—¡Maldita zorra! —gritó Rosta encolerizada—. ¡Vas a pagar cara la muerte de mi hermana!

La vieja bruja la atacó soplando con la cerbatana, pero Alexa ya se había desvanecido y erró el tiro. Rosta volvió a cargar el canuto mientras buscaba con inquietas miradas a su invisible adversaria. Desgraciadamente Belinda, que había despertado de mi encantamiento, descubrió con sus afinados sentidos a Alexa y alertó a su hermana anulando el hechizo que la hacía invisible.

—¡A tu espalda, Rosta!

Pero a la arpía no le dio tiempo a reaccionar. Alexa esgrimió la espada y la bruja se desplomó decapitada al suelo. Su cabeza fue rebotando por el piso hasta detenerse a los pies del altar.

Belinda no pudo ahogar un grito de horror y me miró con los ojos inyectados de odio.

—¡No sé cómo has podido regresar del mundo de Chüm, maldito hechicero! —me gritó con el rostro desencajado—. Pero ni tú ni nadie podrá evitar que mi señora regrese a este mundo —murmuró alzando el puñal.

Intenté agitar el cetro para volver a hechizar a la vidente, pero todavía no había neutralizado la toxina de Rosta y el brazo apenas se movió. Alexa echó a correr hacia el altar, pero poco antes de llegar la arpía descargó con toda su rabia el puñal sobre el pecho de Hugo. Pero la hoja no llegó a impactar contra su objetivo, pues una firme mano la había trabado por la muñeca. Belinda miró con horror cómo Hugo le obligaba a girar el brazo y nada pudo hacer para evitar que le hundiera la hoja del puñal en el vientre. La vidente exhaló un sostenido lamento y se derrumbó en un charco de sangre.

Alexa corrió hacia el altar para abrazarse a Hugo.

—¡Está helado! —me advirtió mientras le intentaba recomponer las ropas.

Me reuní, todavía renqueante, con mis compañeros y saqué la lámpara de Horus para irradiar con luz imperecedera a Hugo.

—Gracias, Alexa, por tu providencial intervención —le susurré haciéndola sonrojar—. ¿Cómo te encuentras, amigo mío? —le pregunté a Hugo cuando vi que el color había regresado a sus mejillas.

—Mucho mejor, patas largas —alegó sonriente—. Pero me tendréis que

explicar qué es lo que ha pasado mientras estaba echando la siesta —bromeó.

—Veo que ya estás entonado —señalé dándole unos cariñosos golpecitos en la espalda—, pero eso ya te lo contaremos más tarde.

—¿Qué es esa luz? —irrumpió una voz desde la puerta dimensional que habían abierto las arpías.

Era Alrinach y su cuerpo se estaba desvaneciendo al desaparecer la magia que la mantenía unida a este lado del umbral.

—¿No la reconoces? —dije al tiempo que me acercaba alzando la lámpara para que la llama blanca fulgurase con más fuerza. La señora de las tempestades giró la cara con un gesto de horror—. ¡Ojalá la hubiera tenido la última vez que nos vimos! —le solté cuando me detuve delante de ella.

Alrinach hizo un esfuerzo y entornó los ojos para mirarme.

—¿Quién eres?

Apliqué la luz de la lámpara para que pudiera verme bien.

—¿Ahora resulta que eres tú la que se ha olvidado de mí? —le solté sonriente—. Pues ¡mírame bien!, porque soy Gabriel y he cumplido la promesa que te hice aquella nefasta noche. ¿No lo recuerdas, Alrinach?

—No puede ser... —susurró, con voz trémula.

—Dile a Apofis que pronto le reclamaré lo que me pertenece y que siempre me encontrará abortando sus pérfidos planes.

El cuerpo de Alrinach se licuó y su esencia se desvaneció, poco antes de cerrarse la puerta dimensional.

Miré a mis compañeros y nos abrazamos en silencio. Pero una estertórea tos reclamó nuestra atención desde el otro lado del altar. Belinda agonizaba en el suelo, pero aun así pudo templar la voz para susurrar entre jadeos: *«Nunca imaginé que no vaticinaría mi final..., pero..., pero me iré con la seguridad..., de haber visto..., el vuestro»*.

La última sacerdotisa de la Orden de Alrinach expiró esbozando una sonrisa que alertó mis sentidos. Insté a mis compañeros para que se apresuraran en recoger las armas y las mochilas y salir cuánto antes de allí. Me acerqué a la mesa donde estaba el cáliz con el aceite de Luna y vertí su contenido en un frasco hermético. Después lo protegí con un encantamiento y lo guardé junto con la lámpara de Horus.

Hugo ya se había vestido y me esperaba junto con Alexa en la puerta.

—¿Estáis preparados?

Entonces Alexa fijó la mirada en el escritorio y exclamó.

—¡El códice de la Orden del Agua!

Intenté decirle que no había tiempo que perder, pero la maga echó a correr antes de que pudiera detenerla. En ese momento se produjo un estruendo y el suelo se abrió, partiendo el laboratorio en dos y dejando a Alexa al otro lado. «¿A qué esperas?! ¡Salta, que el volcán está a punto de explotar!», la apremié. Alexa tomó el libro y cogió un poco de carrerilla antes de saltar sobre el precipicio, pero no llegó a alcanzar la orilla y se quedó suspendida al vacío, agarrada a una baldosa que sobresalía de tierra firme. Me tiré al suelo y le sujeté por la muñeca justo en el momento en que se precipitaba al abismo.

—¡Dame la otra mano, Alexa! —voceé viendo cómo bullía el magma al fondo de la sima. Pero ella se resistía a soltar el códice—. ¡No vale la pena, pequeña! —le insté, intentando no respirar los vapores tóxicos que desprendía la escoria volcánica—. ¡Por favor, dame la otra mano y llévale a Antón el único regalo que le interesa! —le grité al límite de mis fuerzas.

Alexa me miró con los ojos encharcados y dejó caer el libro antes de extender el brazo. Hugo se apresuró a ayudarme a sacarla del precipicio y luego nos exhortó a salir pitando de allí.

Al traspasar la puerta, volvió a tronar el volcán y el suelo del laboratorio cedió cayendo al abismo. Fui guiando a mis compañeros por la maraña de pasillos, sorteando los socavones que se abrían a nuestros pies y por los que salía la lava a borbotones, y cuando ya divisamos la puerta del santuario al fondo del corredor se produjo una explosión detrás de nosotros que nos tiró de boca al suelo. La chimenea principal del volcán había reventado y una lengua de magma avanzaba velozmente por el túnel.

Alexa, que se había torcido el tobillo con la caída, apenas podía apoyar el pie en el suelo y tuvimos que sacarla en volandas antes de que nos alcanzara el río de lava. Nos alejamos de la puerta del templo y nos dejamos caer al suelo para recuperar un poco el aliento. Pero en el exterior, el escenario no era mejor. Los muros del santuario estaban agrietados y los pilares que sostenían la catarata se habían derrumbado anegando de agua la terraza inferior. La única vía que teníamos para escapar de la furia del volcán era descender por la escalera que conducía al segundo nivel y desde allí descolgarnos con una cuerda hasta la arena de la playa.

Una explosión en la ladera de la montaña nos apremió a seguir avanzando. Cogí en brazos a mi compañera y bajamos las escaleras a toda prisa hasta que una parte del suelo cedió con una sacudida y perdí el equilibrio. Hugo me agarró del brazo, evitando que cayéramos al vacío, y una vez hice pie en un trozo de escalón fuimos saltando de roca en roca hasta que llegamos a la

terrazza del segundo nivel.

El espectáculo no podía ser más dantesco. Mares de lava descendían por la ladera de la montaña mientras en el cráter del volcán se acumulaba un humo negro y denso. Le pedí a Hugo que ligara el cabo de una cuerda a un pilar, mientras sanaba con el cetro el tobillo de Alexa, y después nos deslizamos por el muro hasta que alcanzamos la playa. Entonces se produjo una explosión en la parte alta del volcán y comenzaron a caer rocas incandescentes sobre nuestras cabezas.

Intentar llegar a la orilla de lago era un suicidio y tampoco nos habría servido de nada. El agua, teñida de negro, bullía entre vapores tóxicos.

—Así debió sentirse Plinio, el Viejo, poco antes de ver cómo el Vesubio sepultaba a Pompeya y Herculano entre toneladas de lava —señaló Hugo dejándose caer en la arena con cara de resignación.

Alexa me cogió fuertemente de la mano y en su mirada percibí las muchas ganas que tenía de vivir. Entonces presentí una energía palpitando en el bolsillo del pantalón y me dio un vuelco el corazón: ¡era la perla negra!

Me sequé el sudor de la frente con la manga de la casaca y saqué la gema del bolsillo para enseñársela a mis compañeros.

—Siento mucho defraudarte, amigo mío, pero ya tendrás tiempo de platicar con Plinio en otro momento. ¡Nos vamos de este maldito lugar! —Hugo me miró con cara de asombro y se levantó de un salto del suelo—. ¡Agarraos fuerte! No nos queda mucho tiempo.

Nos dimos las manos y, tras apretar fuertemente la perla en la palma de la mano, me dejé llevar por su magia.

El aire fresco y el rumor de las olas nos animó a respirar profundamente. Estábamos en la playa que delimitaba la bahía, a unos pocos metros del lugar donde se encontraba la puerta dimensional. Echamos la mirada atrás y vimos cómo una escalofriante mole de humo ese elevaba por encima de las copas de los árboles.

—Las vistas son espectaculares, pero será mejor que lleguemos a la puerta dimensional antes de que este mundo sea borrado del mapa —comentó Hugo tirándose de cabeza al agua.

Le seguimos rompiendo a brazadas las olas hasta que divisamos un resplandor en el agua. Se produjo un estruendo, que nos heló el alma, y al mirar atrás vimos cómo, a lo lejos, avanzaba a gran velocidad una mole de fuego que iba arrasando todo a su paso. Entonces nos zambullimos y

buceamos hasta que atravesamos el umbral.

El alegre gorgoteo del agua cayendo por una cascada del lago de las cinco flores nos recibió en nuestro regreso dimensional. Extenuados por el esfuerzo y las fuertes emociones vividas, nos tendimos boca arriba en la hierba para dejar que el aire limpio regenerara nuestros pulmones. Ya solo se percibía la magia ancestral que brotaba por todos los rincones de aquel maravilloso lugar. Alexa y Hugo se echaron a reír liberando la tensión que habíamos pasado en el santuario de Alrinach y sus risas se llevaron mi congoja como un soplo de aire fresco.

Después, me quedé maravillado mirando el brillo que emitía la perla negra, sin duda, el regalo más valioso que hubiésemos podido desear.

CAPÍTULO 5.

ABADDON, EL DESTRUCTOR.



“Solo aquellos que son capaces de aceptarse tal y como son descubrirán su fuerza interior”.

1

Abrí los ojos al percibir la brisa marina acariciando mi piel. «“¿Estaré soñando?”», me pregunté mientras me incorporaba. Me encontraba estirado en la mullida banqueta que había en la cubierta de una embarcación. Las

nubes pasaban veloces por un cielo estival mientras escuchaba cómo las maderas de la quilla crepitaban al romper contra las olas. La vela del palo mayor rugía henchida por el viento y al mirar hacia estribor descubrí que el navío navegaba muy cerca de la costa, aunque no reconocí la vasta extensión de tierra que se recortaba en la lejanía.

«*!Volvemos a encontrarnos, amor mío!*», canturreó una voz detrás de mí. Me levanté y fui a su encuentro sin dudar, esta vez, que se trataba de Esperanza, aunque el recuerdo de la subrepticia seducción de Rocío simulando ser ella todavía me escocía en el corazón. «*Hacía tiempo que esperaba tu visita*», le susurré cuando la tuve entre mis brazos. Nos fundimos en un beso y permanecemos abrazados, dejándonos acariciar por el viento.

«*He vuelto a contactar contigo para alertarte de que las cosas se están poniendo muy feas*», me advirtió aferrándose a mi cintura. Aquel no era un buen comienzo. «*Apofis se siente vulnerable desde que sabe que tienes el manuscrito de Ceres y ha comenzado a mover alguna de sus piezas sobre el tablero. Teme que echéis por tierra sus planes y ha ordenado a sus hechiceros negros que reúnan a sus tropas en el planeta nublado. ¡Ya se cuentan por legiones sus ejércitos!*», anunció con grave semblante. «*Y eso no es todo*», prosiguió. «*Apofis ha reclutado al “Corsario albino”, el rey brujo de los hombres del planeta de hielo, para que sea su brazo ejecutor en la campaña que quiere desplegar para someter a los mundos de las dimensiones aliadas. Nuestros espías dicen que el brujo albino cuenta con una poderosa flota de guerra, a la que llama la “Armada silente”, que es capaz de surcar por los espacios dimensionales gracias al poder de su general. ¿Sabes lo que eso significa?*», comentó agarrándome fuerte del brazo. «*Que tendréis que actuar con celeridad para ayudar a nuestros aliados antes de que sea demasiado tarde*».

Paseamos por la cubierta y nos sentamos en el castillo de popa, al refugio del viento. «*No lo entiendo, Esperanza. Apofis no sabe dónde se encuentra la Puerta de puertas y, aunque lo supiera, tampoco tendría el poder de abrirla. ¿Para qué necesita desplegar todas sus fuerzas si no puede alcanzar su objetivo?*». Ella negó con un gesto. «*Hay alguien que puede hacerlo*». Aquella confesión me dejó abatido. «*¡Nadie tiene tanto poder en el bando oscuro, Esperanza!*», vaticiné, pero su gesto, echando la vista a la mar, me hizo temer que estaba equivocado. «*Lo llaman el señor Oscuro y dicen que pronto superará en poder al dragón negro. Por esa razón Apofis se afana en liberar a sus hermanos del destierro dimensional. ¡Quiere enviarles en su*

búsqueda!». No pude evitar encogerme con la noticia. «*Pero ¿por qué me miras así? ¿Conoces a ese ser?*». La estreché entre mis brazos y, mientras le besaba los cabellos, le confesé: «*Se llama Ángelus y es el vástago de Apofis. Él fue quien me desveló la existencia del manuscrito de Ceres al presentarse en mis sueños. Pero no debes preocuparte, cariño. Al señor Oscuro lo desterró el dragón gris a una secreta dimensión y no creo que los señores del Caos puedan dar con él*», le expliqué intentando paliar su inquietud. Esperanza me miró con un gesto que no hacía presagiar buenas noticias. «*Hay alguien que descubrió el paradero de la Puerta de puertas... ¡Seth la encontró!*».

«*“Eso podría explicar cómo llegó el reloj de las Arenas del tiempo a la Tierra”*», medité mientras me ataba los alborotados cabellos en una coleta. «*Parece ser que Seth está a buen recaudo y fuera del alcance de Apofis*», le confesé provocando su asombro. Entonces le relaté lo que había averiguado al recordar mi encuentro con Alrinach, el día en que perdí mis recuerdos, y le puse en antecedentes de la misión a la que nos había enviado Antón.

«*Tus noticias me dejan mucho más tranquila, pero el enemigo parte con ventaja y es vital que suméis el máximo de aliados para poder plantarle cara al Caos. Debo marcharme ya, Gabriel. ¡Ah! Y no olvides acudir a la cita, amor mío*», advirtió con urgencia. Suspiré abatido; no podía soportar tanto misterio. «*¿De qué cita estás hablando?*». Ella me miró con nostalgia. «*De la que tú mismo convocaste*». Quise abrazarla, pero su silueta se alejó de mí envuelta en un halo.

«*Te quiero, Gabriel*», susurró. «*Y yo a ti...*», me escuché decir antes de que su imagen se desvaneciera con un soplo de viento.

Cuando desperté el sol comenzaba a asomarse por encima de las montañas del lago de las cinco flores. Aquella misión se había convertido en una lucha contra reloj en la que partíamos con desventaja. Parecía que cada paso que dábamos aceleraba los planes de Apofis y temía que no pudiéramos llegar a tiempo de evitar el desastre. Además, Esperanza asumía demasiado riesgos viniendo a mis sueños para advertirme de los movimientos de la serpiente y me martirizaba no poder hacer nada por protegerla.

Me levanté y me refresqué con el agua del lago. Necesitaba airear mis preocupaciones para encarar con optimismo nuestra próxima misión. Cargué de tabaco la pipa y escribí en mi diario los últimos acontecimientos viendo cómo mis compañeros descansaban tendidos en la hierba. Por el momento

nos había sonreído la fortuna, pero ¿hasta cuándo lo haría?

Guardé mi diario y acabé de fumarme la pipa abstraído en la belleza que me rodeaba.

—¿En qué piensas, patas largas? —La voz de Hugo me sobresaltó—. A veces me gustaría saber qué es lo que se te pasa por la mollera, pero rápidamente me lo pienso y me digo: “¡Mejor no saberlo! Seguro que acabaría ahogándome en el abominable pantano de sus pensamientos» —comentó arrancándome una sonrisa.

Hugo tenía razón; tal vez pensaba demasiado y esa era la fuente de mis problemas. Pero afortunadamente lo tenía a él. El vozarrón de Hugo despertó a Alexa, que se desperezó con una radiante sonrisa.

—Me muero de hambre... —anunció conteniendo un bostezo—. Pero ¿aún no habéis preparado el desayuno?

No nos hicimos de rogar y, mientras Hugo encendía un fuego a tierra para preparar café, desplegué una manta en el suelo y la hice servir a modo de mantel para ir colocando los embutidos y el pan que nos había regalado Robert antes de abandonar el templo de Horus.

Mientras desayunábamos les conté lo que había sucedido desde que caímos bajo el hechizo de Rocío, incluso cómo se valieron las arpías para sonsacarme el conjuro que convertiría en piedra a Hugo. También les relaté mi experiencia en el mundo submarino de Chüm y cómo había conseguido la perla negra. Y, por último, les comuniqué las nefastas noticias que me había desvelado Esperanza desde Onírca. Entonces caí en que Alexa no sabía nada de la misteriosa dama de mis sueños y, ante su insistencia, no me quedó más remedio que ponerla en antecedentes sobre ella.

Acabado el relato, recogimos el improvisado campamento y nos preparamos para nuestra próxima aventura. Esta se iniciaría en la puerta dimensional ubicada en las ruinas de Machu Pichu.

Debido al cambio horario, cuando llegamos a la ciudad inca era noche cerrada. Las antiguas leyendas apuntaban a que debió ocurrir algo horrible para que la urbe fuera abandonada precipitadamente relegándola al más profundo olvido durante siglos.

—¡Qué grande que es! —suspiró Alexa, mirando a su alrededor asombrada—. ¿En qué parte de la ciudad estamos?

Pese a que nunca había estado allí, había estudiado en profundidad su historia y arquitectura con Albert cuando mi mayor inquietud era saber dónde

se hallaban las puertas dimensionales del planeta. Por esa razón cuando vi que en la amplia explanada se hallaban las ruinas del templo sagrado y del templo de las tres ventanas supe que nos encontrábamos en la plaza principal.

—Esta es la plaza mayor de Machu Pichu —le desvelé.

—¿Y dónde estará la puerta dimensional? —preguntó Hugo frotándose las manos para paliar el frío.

—Ahí arriba —advertí señalando hacia el punto más alto de la montaña.

Bordeamos la plaza, buscando su cara norte, y subimos por unas empinadas escaleras. La colina tenía una estructura piramidal y en su cúspide se encontraba una terraza que ofrecía unas espectaculares vistas de la ciudad. En el centro del mirador había un monolito, la piedra *Intihuatana*; de allí procedía la energía de la puerta dimensional. Examiné el monumento y en su cara sur descubrí que tenía inscrita una esvástica dextrógira. El simbolismo entre el emblema, que representa el ciclo de la vida, y la piedra *Intihuatana*, que en quechua significaba “*Donde se amarra el sol*”, no podía ser más revelador.

—Gabriel, esta puerta está maldita —apuntó Alexa mordiéndose el labio—. Más allá del umbral habita un mal que supera todo lo que hayamos visto hasta ahora. Y presiento que está a punto de suceder algo terrible.

Las predicciones de Alexa no podían ser más aciagas. Intenté proyectar los sentidos al otro lado de la puerta, pero nada más tomar contacto con la magia que la protegía esta repelió mi incursión con una sacudida.

—¿Qué te ha pasado, Gabriel? —me preguntó Hugo preocupado.

Alexa tenía razón, algo oscuro se cernía sobre aquel lugar.

—No lo sé —señalé desconcertado—. Pero sea lo que sea, no es bueno para nuestra causa. La puerta está protegida por una magia muy poderosa y oscura. ¿Qué locura has hecho Alfeo? —pensé en voz alta.

—Pero ¿quién es ese Alfeo? —preguntó Hugo rascándose la nuca.

Me senté al pie del monolito y les conté la triste historia de un ser al que se le corrompió la razón, y el corazón, debido a un amor no correspondido.

Alfeo era el príncipe de los oceánidas, un ser orgulloso, impulsivo y altivo, pero también justo y noble. Pero su talante cambió cuando conoció a Aretusa, la más bella de las náyades del séquito de cazadoras de la diosa Artemisa. Alfeo se enamoró perdidamente de la ninfa ignorando que su amor jamás podría ser correspondido. Aretusa nació con una gracia, en su cuerpo manaba una pócima prodigiosa, *el elixir de la vida*, capaz de hacer florecer un oasis en un campo yermo. Pero ese don estaba ligado a su virginidad y por esa

razón la náyade había hecho voto de castidad de por vida. Alfeo, que nunca había sido rechazado por ninguna fémina, se negó a respetar la voluntad de Aretusa y quiso tomarla por la fuerza. Pero no pudo perpetrar su fechoría, pues Artemisa ocultó a la náyade en la isla de Ortigia convirtiéndola en una fuente. Lejos de rendirse, Alfeo la buscó hasta que consiguió dar con ella y desde aquel la mantenía recluida en su fortaleza de Siracusa.

—Si no te he entendido mal, patas largas, ese Alfeo no es un señor del Caos, ¿verdad?. Entonces, ¿a qué viene tanta preocupación? —advirtió sonriente—. Tan solo es un pobre diablo despechado por amor que no tendría que representar ningún problema para vosotros dos —arguyó.

—Me preocupa más el poder que protege la puerta, que para nada tiene que ver con el de los oceánidas. Me temo que Alfeo está haciendo tratos con el Caos con algún oscuro propósito —aseveré levantándome del monolito.

—Si estás en lo cierto —intervino Alexa—, me repugna pensar en cuáles son los motivos que le han llevado a ese monstruo a traicionarse a sí mismo y a su noble casta. Y si Aretusa está en peligro —comentó con los ojos brillantes—, será mejor que nos dejemos de conjeturas y la liberemos cuanto antes de su captor.

Alexa tenía razón, pero era muy peligroso incursionarse en la dimensión del oceánida sin tener elaborada una estrategia.

—¿Tenéis algún plan? —aventuré.

Hugo se rascó el cogote antes de sentenciar:

—¿Y de qué nos han servido los planes hasta el momento? Creo que ya hemos alcanzado la entidad necesaria para implantar el temor en nuestros adversarios, ¿no lo creéis? Así que, atravesemos esa puerta y démosle su merecido a ese tal Alfeo.

Alexa aplaudió el argumento de su compañero y a mí, como no podía ser de otra manera, no me quedó más remedio que aceptar la decisión de la mayoría.

Extraje la perla negra y, nada más contactar con la energía que desprendía la piedra *Intihuatana*, hizo aparecer la puerta dimensional.

El viento me alborotó los cabellos. Giré la cabeza y vi que estábamos en lo alto de un acantilado. En la distancia se divisaba un golfo que albergaba un puerto en el que había amarrada una nutrida flota de guerra. En las inmediaciones del puerto se encontraban los cuarteles de la armada y un poco más adentrada se alzaba una impresionante fortificación. «*Demasiado despliegue militar para un loco enamorado*», pensé preocupado.

—¿Dónde estamos? —preguntó Alexa.

—En Ortigia, una isla limítrofe a Siracusa. Y aquella mole de piedra que veis es la fortaleza de Euríalo —les comenté.

El castillo formaba parte de una estructura pentagonal, amurallada y delimitada por cinco torreones. Estaba defendido por balistas y por una gran catapulta ubicada en el flanco sur. La única vía de acceso era un puente, sustentado por tres pilones de sillares, que salvaba los tres fosos sucesivos que precedían a la ciudadela. Se podía palpar el ingenio de Arquímedes por cada rincón del fortín.

—Corre por aquí una energía que me está poniendo los pelos de punta. ¿No la notáis? —señaló Alexa frotándose los hombros con las manos.

Hugo miró con desconfianza a su alrededor, pero no dijo nada. Yo sentía algo parecido a lo que había percibido Alexa, pero en mi caso era una sensación de vacío; el cielo estaba apagado, la mar pálida... «*No me cabe la menor duda de que esta es la calma que precede a la tempestad*», dije para mis adentros.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Hugo.

—En condiciones normales no nos hubiera resultado complicado negociar con Alfeo la liberación de Aretusa, por las buenas o por las malas —apunté—. Pero creo que el oceánida está tramando algo..., lo percibo en el ambiente. Propongo que pongamos rumbo hacia el castillo y averigüemos qué trama ese tirano.

Descendimos por una loma y recorrimos el istmo que nos separaba de tierra insular. Después abandonamos la playa y continuamos la marcha por

una senda que discurría por un maizal. Mientras caminábamos se me vino a la memoria la flota que había atracada en el puerto. «“¿Para qué querrá Alfeo tal poderosa armada?”», medité. En muchas millas a la redonda solo Artemisa tendría la entidad suficiente para hacerle frente y se me hacía impensable que el oceánida deseara enemistarse con un ser tan poderoso. «“¡Tengo que averiguar qué está pasando aquí! Y solo hay un modo de saberlo”».

A medida que nos íbamos acercando al castillo se hizo más evidente el movimiento que había en su interior. Mis amigos caminaban en silencio y alertas. Dejamos los maíces atrás y nos detuvimos a los pies de una avenida que conducía hacia las puertas del fortín. Les comenté a mis compañeros el plan que se me había ocurrido por el camino y nos encaminamos hacia la fortaleza.

En cuanto pusimos un pie en la avenida comenzaron a asomarse los soldados entre las almenas. A los pocos minutos vimos correr a unos arqueros por el adarve para ocupar sus posiciones de defensa. Continuamos avanzando hasta llegar a unos cincuenta metros del foso y nos detuvimos a un lado del camino. De una torre emergió una figura cuya armadura refulgió con los rayos del sol. Nos observó durante unos instantes y después desapareció.

—¿Habéis percibido su poder? —comentó Alexa con recelo.

—Sí, pero yo también le he mostrado el mío y, créeme, se ha encogido —aludí con un guiño—. Estad preparados, no creo que tarde mucho en hacernos una visita.

Nos sentamos en unas rocas y al poco rato escuchamos los cascos de unos caballos acercándose a la puerta. Reforzaron el retén de arqueros que había en las almenas y después batieron los goznes de la puerta para hacer descender el puente levadizo. Por el umbral aparecieron una docena de jinetes y un portaestandarte, que enarbolaba una bandera roja con la cabeza de Medusa, precediendo a un altanero personaje que montaba un purasangre árabe de pelaje negro alquitrán. Hugo desató el botón de la funda de su hacha y Alexa empuñó el arco con la mano izquierda. Los jinetes nos rodearon con las monturas hasta que se abrieron para dejarle paso al señor del castillo. Alfeo, que vestía un uniforme con casaca y pantalón verde oliva, tenía el porte de los antiguos reyes. El rostro, grave y bello, la piel terrosa, los cabellos azulados recogidos en pequeñas trenzas y unos profundos ojos grises. Apoyó las enguantadas manos en el pomo de la silla y estiró la pose mirándome con desdén.

«*El señor de Euríalo debería ser más cortés con sus visitantes*», le anuncié obligándole a inclinarse ante nosotros pronunciando: “*Ego summitto*”. Sentí el ímpetu de la mar resistiéndose a mi envite, aunque también el poder oscuro que le embecía el alma. Finalmente tuvo que ceder cuando le mostré la energía de la luz imperecedera. Como sospechaba, Alfeo había sucumbido al Caos.

Cuando lo liberé del encantamiento el oceánida estuvo a punto de caer de la montura. Sus ojos relampaguearon, pero buscó con la mirada la mar y se sosegó.

—No volveré a subestimaros, ¿maese...? —comentó con una fingida cordialidad.

—Gabriel —respondí secamente.

Alfeo no dejaba de moverse inquieto sobre su montura. Parecía nervioso, como si quisiera despacharnos con urgencia.

—¿Y qué os trae por aquí?

—Debes relajarte, Alfeo. Estamos de paso y nos iremos tan rápido como hayamos conseguido lo que hemos venido a buscar.

El oceánida me observó con desaire y forzó una sonrisa.

—Dudo mucho que en mis tierras pueda haber alguna cosa que os pueda interesar, a parte de estas maravillosas vistas —comentó señalando a la mar—. Además habéis venido en un mal momento y no puedo atenderos como, sin duda, merecéis —recalcó atravesándome con la mirada—. Así que debo pedirlos que os marchéis o me veré obligado pedirle a mis hombres que os echen de aquí.

Alfeo volvió a fijar la vista en la mar y por un momento intuí al ser que un día llegó a ser. «“*¿Cuánto tiempo llevas sin conectar con tu esencia?*”», medité viendo cómo enfilaba al caballo de vuelta a la fortaleza.

—¿Qué te trae tan de cabeza, señor de Euríalo? ¿Tus tratos con el Caos? —el oceánida se giró en la montura y me miró contrariado—. Ruego que perdones mis modales, pero es que no sé tratar mejor a los traidores que venden su alma al mejor postor. ¿Quieres que nos vayamos? —le solté mirándole fijamente a os ojos—. Pues entréganos a Aretusa y nunca más nos volverás a ver por aquí.

El jinete forzó a su montura a dar media vuelta y se detuvo delante de mí haciéndola cabriolar relinchando de pánico.

—¡Me ofendéis más de lo que nadie haya osado hacerlo jamás! ¡Merecéis morir! —bramó haciendo un gesto a sus hombres.

Pero estos no actuaron, pues Alexa los había paralizado con su magia y apuntaba con su flecha directamente sobre la cara de Alfeo. Desde las almenas, los francotiradores nos apuntaron con sus arcos produciéndose unos momentos de extrema tensión. «*¿Hasta dónde estás dispuesto a llegar?*», le advertí haciendo brotar la llama blanca en la palma de la mano. Alfeo palideció con la amenaza y rápidamente alzó el puño.

—¡Deteneos! —voceó apretando los dientes.

Los arqueros bajaron las armas y los jinetes miraron a su señor con incredulidad cuando Alexa les liberó del hechizo. El oceánida tomó las riendas y azuzó al caballo golpeándole con el estribo para que encarara el camino hacia el puente. Pero antes de que atravesara el umbral echó la vista atrás y me advirtió: «*Has tenido mucha suerte de que no tenga tiempo de encargarme personalmente de vosotros. Pero si continuáis mañana por aquí...*».

Alfeo obligó a avanzar al purasangre y la comitiva le siguió perdiéndose tras el umbral. Y nada más cerrarse las puertas de la fortaleza se escuchó un grito que pareció detener el tiempo.

—¿Qué estará tramando? —murmuró Alexa.

Eché la mirada a la mar mientras intentaba extraer alguna conclusión.

—Nada bueno, eso está claro, pero tal vez nuestra presencia le haga precipitar sus movimientos —alegué—. Amigos míos, será mejor que nos alejemos de la fortaleza y pensemos en una estrategia de asalto para esta misma noche. Si Alfeo pretende perpetrar alguna fechoría hemos de impedirselo a toda costa. ¡No me gusta nada lo que está pasando aquí!

—¿Y por qué esperar, Gabriel? —aludió Alexa—. Ya has visto cómo temía enfrentarse a ti y si...

En ese momento Hugo se desplomó y cayó inconsciente al suelo. Asustado, alcé un escudo mágico protector recitando: “*Scûtum maximus*” y sondeé con los sentidos por si percibía alguna presencia. «*¿Qué le ocurre a Hugo, Gabriel?*», me preguntó Alexa asustada. «*No lo sé, pero creo que está embrujado. ¿Tú qué opinas?*». La maga arqueó los hombros desconcertada. «*Pues ayúdame a cargar con él. Montaremos un campamento en la playa y allí lo examinaré con más detenimiento*».

Cargamos a Hugo en los hombros y nos alejamos de la puerta de la fortaleza. «“*¿Qué te pasa, compañero?*”», me pregunté mientras intentaba encontrarle alguna lógica a aquel extraño fenómeno.

Hugo abrió los ojos y murmuró: «¿Padre, eres tú? ¿Por qué te fuiste?». Llevábamos un par de horas en la playa y hasta entonces no había reaccionado. Me arrodillé y lo puse en mi regazo. Le ardía la frente y tenía la mirada perdida. «¿No me reconoces, amigo?», le pregunté mientras le refrescaba la cara con un poco de agua de la cantimplora. Hugo no reaccionó. Busqué en la mochila una botella que contenía ponche de fuego y le hice beber un pequeño sorbo. Hizo un gesto de asco cuando lo saboreó, pero se lo tragó antes de volver a quedarse dormido. Alexa me tocó el hombro. Se mordía el labio inquieta. «¿Qué le pasa?», preguntó. Negué con la cabeza. Hugo era un hombre fuerte y nunca lo había visto así.

Alexa me dio un pedazo de pan con mojama y me pasó el pellejo de vino. «No podemos desfallecer nosotros también», aludió. Después del tentempié contemplamos el atardecer sin dejar de mirar de reojo a nuestro compañero. «“¿Por qué te ha tenido que pasar esto justamente al llegar aquí?”». Tenía el presentimiento de que aquel suceso no era casual, pero no lograba encontrar ninguna explicación que justificara mi teoría. Alexa fue a por más leña y aproveché ese momento para volver a reconocerlo. Los párpados se movían con rapidez de un lado para otro, pero le había bajado la fiebre. «“¿Qué estará soñando?”», cavilé. Cuando regresó mi compañera, me levanté esperando que la fresca brisa se llevara mi congoja.

Por el horizonte languidecía el sol y ya comenzaban a parpadeaban las primeras luces en la fortaleza. Di un corto paseo para meter los pies en el agua y me quedé embelesado escuchando el incesante murmullo de las olas muriendo en la orilla de la mar. Parecía todo tan normal y a la vez tan irreal. Misteriosamente el cielo se encapotó y se generó una fuerte ráfaga de viento que apagó la fogata dejándonos a oscuras. Y de repente percibí una presencia cerca de donde yacía Hugo. Corrí en su auxilio, pero antes de llegar el fuego se avivó y me encontré a mi amigo de pie mirándome fijamente a los ojos. Casi me caigo de culo de la impresión. Alexa le apuntaba con el arco y me miraba muy asustada. Hugo estaba poseído por un alma oscura; sus ojos eran azules y su rostro parecía estar oculto tras una máscara. Y en su interior

presentí un poder que me dejó desconcertado. Pero tras unos segundos de incertidumbre las llamas menguaron y mi amigo volvió a ser el de siempre.

Nos miró extrañado y levantó los brazos cuando vio a Alexa apuntándole con el arco.

—¿Qué estáis haciendo? —nos preguntó asombrado.

Alexa tiró el arco y la flecha al suelo y corrió a abrazarle.

—¿Ya te encuentras bien? —comentó emocionada.

Hugo se sonrojó y susurró:

—Sí, pero... ¿es que me ha pasado algo?

—¿Qué si te ha pasado algo, granuja? —grité dándole un abrazo—. ¡Menudo susto nos has dado!

—Lo cierto... —dijo vacilante—, es que ya empiezo a recordar algo. Era como un sueño, pero... —En ese momento, Hugo se quedó con el rostro circunspecto mirando al vacío—. ¡Ostras, no puede ser! —exclamó con los ojos como platos—. Gabriel, ¡he visto a mi padre! —reveló dejándonos pasmados.

A Hugo se le debió destemplan el cuerpo, pues se sentó al lado de la fogata con la mirada perdida. Nos sentamos a su lado y después de quedarse un rato taciturno, nos contó lo que le había pasado.

—Recuerdo que cuando Alfeo partió con la comitiva hacia la puerta de la fortaleza salí tras él al percibir una llamada. Una vez en el interior de la plaza desaparecieron todos y me vi deambulando solo por las callejas hasta que llegué a las puertas del castillo. Atravesé el umbral y me encontré en un salón ricamente ornamentado en el que había un coloso que representaba a un rey sentado en el trono. Me sorprendió que el rostro de la efigie me resultara familiar y me acerqué al percibir que procedía de él la llamada.

«*¿Por qué has tardado tanto en escuchar mi llamada, hijo mío?*», tronó una voz en el salón. Miré asustado hacia atrás y hacia los lados, pero no vi nada. Y cuando eché la vista al frente me encontré delante de un hombre alto, de piel morena y musculada, larga melena negra y ojos intensamente azules. «*¿No eres capaz de reconocer a tu padre ni en persona?*», me recriminó con una severa voz. «*Quizás esto te haga recordar*», comentó al tiempo que posaba la mano en mi cabeza».

«Retrocedí en el tiempo, hasta un recuerdo de cuando era bebé. Aquel hombre estaba tumbado en una cama y me sostenía en brazos mientras me zarandeaba cariñosamente para hacerme reír. A su lado estaba mi madre y la vi más feliz de lo que recordaba haberla visto jamás. Después recordé el día

en que descubrí por primera vez mis poderes. Estaba llorando, asustado al ver cómo me brotaba fuego de las manos, pero mi padre acudió a la cuna y me enseñó a hacer formas fabulosas con él convirtiendo en risas mi llanto. Y rememoré el día en que lo vi partir en una barca en el lago y cómo mi madre se tragaba las lágrimas mientras me susurraba: “No llores, mi niño, pues papá me ha prometido que regresará”».

«“¿Por qué te fuiste, padre? ¿Acaso no éramos felices los tres?”, le pregunté abatido. “Estaba perdido y necesitaba conocer unas respuestas que tardé mucho tiempo en encontrar. Además, estando a vuestro lado os estaba poniendo en peligro y jamás me habría perdonado que por mi culpa os hubiera sucedido algo malo a ti o a tu madre”, me comentó emocionado. “Tu madre sabía que debía encontrar mi destino, hijo mío, pues conocía la maldición de mi inmortalidad. Nunca la engañé, te lo aseguro, Hugo, pues la amaba con toda mi alma. Y le prometí que vendría a por ti cuando supiera quién era”, me explicó. “Y ¿por qué no lo hiciste”, le pregunté. “Lo hice, pero cuando regresé solo la encontré a ella. Era muy anciana, pero todavía esperaba mi llegada y no pudo contener las lágrimas cuando me explicó, poco antes de morir en mis brazos, que habías desaparecido sin dejar rastro. Desde entonces no he dejado de buscarte”, anunció con tristeza. “¿Y para qué regresaste, padre?”, le pregunté sin poder contener la emoción. “Para que vinieras a ocupar el lugar que te pertenece junto a mí, Hugo”, me confesó posando las manos sobre mis hombros. “Te busqué hasta que comprendí que estabas fuera de mi alcance, pero sabía que tarde o temprano nos volveríamos a reencontrar. Con esa intención te he ido dejando señales con la esperanza de que algún día las pudieras interpretar. ¡Y por fin estás junto a mí! Mira en tu mano”. Abrí la mano y en esta apareció el amuleto que siempre llevaba mi madre colgado al cuello. “¿Lo recuerdas, verdad?”. Era un colgante en lapislázuli que representaba a Sejmet, la diosa de la guerra. “¿De dónde ha salido?”, le pregunté asombrado. “Siempre lo has tenido, hijo mío. Igual que el poder de dominar el fuego o tu destreza innata con las armas o tu don para la estrategia... Hugo, ¡eres un señor de la Tierra, como yo! Y ha llegado el momento de que asumas el papel que te corresponde. Pero para ello debes desprenderte de la coraza que te impide ver y dejar de temer lo que puedas encontrar tras ella”, me advirtió. “La guerra se combate con guerra y para ganarla se necesita un ejército. Pero ¿qué puede hacer un ejército sin un comandante que les guíe firme hacia la victoria? Hugo, perteneces al linaje de los señores de la Guerra y debes hacer honor

al título que ostentas. Sé que estás perdido, como lo estuve yo durante tanto y tanto tiempo, pero recuerda estas palabras: La tierra es tu lecho, tu casa y tu reino, pero para caminar sobre ella necesitas valor y un fin. El valor ya lo tienes y el fin..., el fin lo tendrás que descubrir”, anunció con misterio. “¿Qué debo hacer, padre?”, le pregunté angustiado. “Cumplir con los deberes que adquirimos al nacer es nuestra obligación, hijo mío, aunque lo hallamos olvidado por el camino. Pues no existe mayor honor y nobleza para un hombre que honrar con sus actos a sus ancestros. Debes dejarte guiar por tu corazón y finalmente hallarás tu destino. Si yo conseguí hacerlo, sé que tú también lo conseguirás, hijo mío”», anunció antes de desvanecerse en una nube de humo.

Cuando Hugo acabó el relato y se dejó caer de espaldas en la arena.

—¿Qué me está pasando? —suspiró enseñándonos el amuleto.

Extraje la pipa y la cargué de tabaco.

—Quizá lo que siempre deseaste que ocurriera, amigo mío —dije pasándole la petaca. Hugo declinó mi ofrecimiento y paseó la mirada por el cielo estrellado—. Aunque si tu padre es el rey de los señores de la Guerra puedo asegurarte que te depara un glorioso destino —le desvelé.

—¿Conoces a mi padre? —me preguntó boquiabierto.

—¡Oh, no! Solo su leyenda —declaré—. Los señores de la Guerra lucharon con los dioses y los magos blancos para expulsar al Caos de la Tierra. Y a los que sobrevivieron, los dioses les otorgaron la inmortalidad y les dotaron de poderes mágicos por la nobleza y valor que demostraron en el campo de batalla. Pero esa recompensa iba ligada al compromiso de que fundaran la estirpe de los guerreros de la Luz. Con ese fin, los dioses les buscaron un mundo y a su rey se le ofreció el cargo de comandar a los ejércitos aliados como su general. ¿Y sabes lo que eso significa? —advertí con un guiño—. Que tarde o temprano os volveréis a ver, pues nos tocará a nosotros reunir a la *Orden de la Luz* antes de que estalle la guerra contra el Caos.

Hugo se incorporó y rebufó atribulado. Alexa le pasó el brazo por los hombros y le susurró:

—¿Qué calladito lo tenías, eh, príncipe de los señores de la Guerra?

Tomé una cerilla y le prendí fuego al tabaco mientras contemplaba divertido aquella escena.

—¿Y qué haría mi padre en la Tierra? —aludió pensativo.

—Eso, amigo mío, se lo tendrás que preguntar cuando te reencuentres con él —aseveré—. Ahora, será mejor que comas algo y recuperes fuerzas. Esta noche tomaremos la fortaleza —le informé provocando que se volviera a estirar sobre la arena con un suspiro—. Alexa, ¿me acompañas a dar una vuelta?

Dejamos a Hugo poniendo en orden sus pensamientos y nos alejamos paseando por la orilla. Alexa me agarró del brazo y me comentó lo mucho que le recordaba aquel mundo a la Tierra. Le expliqué que los dioses menores, aquellos que surgieron cuando se originaron el cielo, los mares, los ríos y la tierra, no pudieron marcharse con los dioses de la Luz debido a que ellos no podían sobrevivir sin mantener un contacto directo con el lugar donde nacieron. Por esa razón decidieron buscarse un mundo que estaba íntimamente conectado con la Tierra y reprodujeron fielmente cada uno de los lugares por los que sentían un especial apego.

—Tal vez sea por esa circunstancia por la que Hugo ha podido conectar con su padre en este lugar —vaticiné.

—¿Este es el mundo de los dioses menores? —exclamó Alexa sorprendida.

—Así es y de no ser por la perla negra creo que no nos habría resultado nada fácil entrar en él —añadí.

—¿Y por qué no les pedimos ayuda? —comentó esperanzada.

—Podríamos intentarlo, Alexa, pero los dioses menores son bastante reservados y nunca se sabe por dónde pueden salir. Pero no te preocupes... —señalé—. Intentaremos convencerles una vez hayamos solventado el problema que nos ha traído a este lugar.

Alexa se quedó mirando las luces de la ciudad.

—¿Y cómo llegaremos hasta Aretusa? —preguntó con un suspiro.

—¿Por qué no se lo preguntamos al señor de la Tierra? Igual ya ha dado con la solución —dije dando media vuelta.

Hugo estaba sentado a un lado de la fogata fumando en pipa.

—¡Me he puesto morado! —añadió dándose unos golpecitos en la barriga—. ¿Y a qué vienen esas risueñas caras...? ¿Ya se os ha ocurrido cómo traspasar esas murallas?

—¡Qué va! Esperábamos que nos lo revelaras tú —añadí con un guiño.

Alexa se sentó a su lado y mientras se calentaba las manos con el fuego comentó:

—Gabriel, ¿no te has dado cuenta de que tu poder se va acrecentando

conforme vamos consiguiendo los elementos? —La maga me miró y se mordió el labio antes de continuar—. ¿Por qué no tomamos la plaza por la fuerza?

—Ya había pensado en esa posibilidad, pero no quiero subestimar a Alfeo y menos estando Aretusa bajo su poder. ¡Quién sabe con qué tipo de magia retiene a la náyade ese tirano! —argumenté—. Además, ¿sabes cuántas personas morirían defendiendo la fortaleza? No estoy dispuesto a cargar con cientos de vidas sobre mi conciencia.

—Pero el tiempo corre en nuestra contra y sabemos que Alfeo está tramando algo muy oscuro. ¡Dejaremos que destape la caja de Pandora? —insistió Alexa.

—¿Y si...? —terció Hugo, envuelto en una nube de humo.

Ambos aparcamos la discusión y miramos intrigados a nuestro compañero.

—Continúa, amigo —le animé, al ver que se había quedado mudo de vergüenza.

—¿No tendrá ese castillo una puerta de atrás? —prosiguió mirándonos con cautela—. De niño me fascinaban los libros de caballería y en alguno leí que solían construir puertas secretas en las fortificaciones por las que huir en caso de necesidad. ¿Dónde pondrías una salida secreta si fueras Alfeo? —nos preguntó dando una calada a la pipa.

Instintivamente Alexa y yo miramos hacia los acantilados sobre los que se asentaban los cimientos de la fortaleza. Como de costumbre, Hugo había estado providencial elaborando una estrategia.

Como supuse que Alfeo habría mandado vigías a la costa para espiar nuestros movimientos, le pedí a Alexa que modelara la arena con la magia ancestral para crear unas figuras que, desde la distancia, simularan nuestros cuerpos estirados. Luego, nos escabullimos entre las sombras y nos sumergimos en el agua.

Nadamos un buen trecho hasta llegar a los acantilados y Hugo se adelantó para inspeccionarlos con su afinada vista. A su regreso, nos comentó que había descubierto una invaginación en la costa donde las aguas no rompían contra las rocas. Le seguimos y llegamos a una estrecha bahía ubicada en medio de un desfiladero. Por un recodo, y penetrando en el acantilado, se filtraba una lengua de agua que conducía hacia una cala. Cuando estuvimos cerca de la orilla descubrimos que al fondo de la ensenada había una cueva y un velero encallado sobre unas vigas de madera y orientado hacia la mar.

«¡Eureka!», musité para mis adentros.

Nadamos hasta la orilla y nos separamos para buscar la puerta. Mientras Hugo inspeccionaba las inmediaciones de la barca, Alexa y yo lo hicimos en el interior de la cueva. Encendí una tea que había en la pared y examinamos detenidamente la gruta. Encontré armarios con víveres suficientes para alimentar a una pequeña tripulación; tinajas con agua, vino y aceite, cajas con frutas secas, carnes y pescados en salazón, sacas de harina y aparejos de recambio de la embarcación, como cuerdas, mosquetones y hasta una vela plegada de repuesto. Pero de puertas secretas, nada.

Salimos a la cala y nos reunimos con nuestro compañero para ver si él había tenido más suerte, pero su búsqueda también había sido infructuosa. ¿Dónde estaría la maldita puerta?

Entonces se me encendió una luz y le pedí a Hugo que explorara el fondo marino. Este, no tardó en emerger con una amplia sonrisa.

—¡Hay un túnel subterráneo, patas largas! Y no se halla a mucha profundidad —nos informó sacudiéndose el agua de los ojos.

Entre los acantilados asomó tímidamente la luna, pero estaba teñida de rojo. Nos miramos con el corazón encogido; aquella señal no presagiaba nada bueno.

Hugo nos guio por las oscuras aguas hasta que dimos con una oquedad que penetraba en la montaña. Atravesamos la estrecha galería y desembocamos en un espacio circular rodeado de acantilados. A poca distancia observamos que había una diminuta cala en la que comunicaba con una caverna.

Nadamos hacia la orilla y cuando estuvimos en la arena descubrimos que había una puerta excavada en la pared del acantilado. La cerradura estaba protegida por un candado mágico, que Alexa descerrajó en pocos segundos, y pasamos a un oscuro corredor en el que había un olor a humedad que echaba para atrás. Encendí una antorcha, que encontré colgada de la pared, e iniciamos la marcha por el túnel. Las paredes chorreaban agua haciendo que el piso estuviera muy resbaladizo y a los pocos metros comenzamos a subir por una empinada escalera de caracol. Tras un largo ascenso llegamos a un angosto pasillo por el que tuvimos que discurrir en fila india penetrando en la montaña hasta que la senda se bifurcó en dos pasadizos. Eso significaba que, como mínimo, había dos accesos al túnel desde la ciudadela. Alexa exploró sendos corredores y tomó el de la izquierda. Después de recorrer varios centenares de metros llegamos a un muro de granito que nos cerró el paso. Orienté mis sentidos hacia el exterior y al no percibir ninguna presencia cercana le pedí a Alexa que anulara el conjuro que protegía la puerta y se abrió una oquedad en la pared que dejó pasar una fresca brisa con aroma a mar.

La puerta secreta comunicaba con el patio de armas del segundo nivel y al fondo se alzaban los dos torreones que circundaban la puerta de entrada a la ciudadela. Amparados por la sombra del muro avanzamos subrepticamente por el adoquinado hasta quedarnos apostados tras la pared de una mina de agua que quedaba a unos cincuenta metros del último foso. La entrada a la ciudadela estaba fuertemente defendida y el puente elevadizo izado. Mis compañeros me miraron con preocupación. «*Los soldados tendrán que beber agua, ¿no?*», les comenté mentalmente.

Hugo se encaramó con un rápido movimiento encima de la poza y con sigilo descorrió la losa que tapaba el agujero, sin quitarle el ojo al retén del

guardia. «¡Venga, rápido para adentro!», dijo antes de desaparecer por la oquedad. Alexa fue la segunda en entrar y detrás lo hice yo. Tras volver a colocar la tapa en su sitio, descendí por unos asideros de hierro que había anclados en la pared intentando aplacar el eco que producían mis pisadas. Alexa detuvo el paso y eché la vista abajo, donde me pareció percibir la sombra de mi compañero. «¿Qué pasa, Hugo?», le pregunté. «Creo que ya he encontrado por dónde seguir», comentó antes de que desapareciera su estela engullida por la pared. Alexa descendió un poco y también desapareció de mi vista. Intrigado, fui bajando lentamente por los escalones hasta que descubrí el misterio. En la pared había un agujero por el que penetraban las cañerías encargadas de abastecer de agua a la alcazaba mediante un sistema de vasos comunicantes. Por allí vi cómo se alejaba Alexa a gatas.

Seguí el recorrido de las tuberías por el estrecho paso hasta que se abrió un espacio donde los conductos se bifurcaban para distribuir el agua por todo el fortín. Cuando salí del pasadizo vi que mis compañeros miraban hacia arriba. A unos veinte metros de altura se veía la tapa de una alcantarilla por cuya rendija se filtraba la luz.

Esta vez encabecé yo el ascenso y, con precaución, descorrí la tapa haciendo una ligera presión con el hombro. La alcantarilla daba a la rúa principal, a unos cien metros de la puerta de entrada. Afortunadamente, aunque la calle estaba bien iluminada por unos faroles, los centinelas no se percataron de nuestra furtiva incursión y nos escabullimos por el entramado de callejuelas hasta llegar al corazón de la ciudadela.

El patio de armas estaba desértico y solo nos separaba un centenar de pasos de la entrada al castillo. Todas las luces estaban encendidas y el trajín que se escuchaba en su interior no era normal a aquellas horas de la noche. Alexa miraba atemorizada hacia la terraza de la fachada principal. Allí se percibía la presencia de Alfeo. «¡Esto no me da buena espina, Gabriel!», me advirtió la maga. Busqué con la mirada a Hugo y su gesto me preocupó; miraba con el rostro encogido hacia un extremo de la plaza. «¿Te encuentras bien, amigo?», le interrogué. Ni si quiera me miró cuando musitó: «Ahí está lo que andamos buscando». Después echó a correr perdiéndose en la penumbra.

Su comportamiento nos dejó perplejos. Salimos tras él y, tras bordear el patio, dimos con unas escaleras que descendían a un pequeño jardín. Hugo estaba arrodillado delante de una fuente que representaba una figura femenina. Las facciones de aquel rostro mostraban una belleza digna de la mujer que representaba. La náyade estaba de cuclillas y sujetaba un cántaro

del que salía un chorro de agua. Los rosales que había a su alrededor lucían plenos de vida, no en vano recibían las aguas más milagrosas que puedan existir.

—Gabriel, por favor, ¿puedes romper el embrujo que la encadena? —susurró Hugo alzando la mirada.

Me estremeció ver sus ojos vidriosos, pues me hicieron recordar la primera vez que los vi. Me postré delante de la fuente y me concentré en captar la esencia de la náyade. El alma de Aretusa conectó con mis pensamientos en cuanto posé las manos sobre la tierra. «*¡Libérame, mi salvador!*», me instó. Pero cuando quise conectar con la magia que la hechizaba, me repelió sin contemplaciones.

—¿Qué te pasa, Gabriel? —me interrogó Alexa poniendo la mano en mi hombro.

—Recae una perversa maldición sobre Aretusa —dije con voz trémula—. Alfeo ha mezclado su naturaleza con la magia negra para ligar la vida de la náyade a este jardín.

—¿Y qué significa eso? —me interrogó Hugo con cara de pocos amigos.

Me levanté del parterre y respondí:

—Que perecerá si pone un solo pie fuera de este patio.

—Pero ¿habrá algo que podáis hacer, no? —nos preguntó Hugo con la mirada suplicante.

—Por el momento voy a liberar a Aretusa del encantamiento que la mantiene en el interior de la fuente y luego ya decidiremos qué hacer. Quizá ella pueda ayudarnos a encontrar una respuesta.

Tomé el cetro y volví a conectar con Aretusa.

“Que las lágrimas de dolor fundan las cadenas que te atenazan. Que el palpitar de tu corazón rompa la piedra que te aprisiona. Y que el amor que sientes por la vida abra la puerta de tu libertad. Aretusa, yo te libero.” Cerré los ojos y pronuncié agitando el bastón: *“Absolvô nympha custôdis”*.

Una vez liberada del hechizo la estatua cobró vida. Sabía de la belleza de las náyades, pero la beldad que desprendía Aretusa superaba lo imaginable. Era más alta que Alexa, tenía los cabellos morenos y ondulados, un rostro angelical y unos ojos verdes, tan claros que podían verse las gotas de agua fluyendo en su interior. Vestía tan solo con unas hojas de vid que le cubrían los pechos y el sexo, aunque eran insuficientes para ocultar su voluptuosa esbeltez. En ese momento comprendimos por qué Alfeo había perdido la razón.

Aretusa despertó con una desbordante alegría. Se paseó por el jardín besando y mimando a cada una de las flores al tiempo que les tataba unos secretos versos que las hacía brillar con una luz especial.

—Aretusa, debes ser cauta con tus emociones si no quieres alertar a Alfeo —le advertí con un susurro.

Fue entonces cuando pareció percatarse de nuestra presencia.

—Muchas gracias, Gabriel —dijo con una voz, tan dulce, que competía con su belleza. Y, sin dejarme responder, señaló—: Mi señora vaticinó que un día me libertarías. Pero ¡has tardado tanto! *“Lo han cantado las flores en los jardines, los ríos en su camino hacia la mar, el viento sobre la montaña y la brisa sobre los árboles. Aquel que posee dualidad de la luz rescatará a Aretusa de las tinieblas. Aquel que tiene el poder de conjugarse con los cuatro elementos te llamará por tu nombre y liberará la magia que te devolverá la felicidad”*.

Aretusa parecía ajena al peligro al que estábamos expuestos; era la viva imagen de la felicidad.

—No te dejes embriagar por el optimismo, mi señora, pues debemos huir cuanto antes de este castillo y todavía no sé cómo liberarte de la magia de Alfeo —le advertí preocupado.

La náyade pasó por alto mi advertencia y me preguntó:

—¿Y no me vas a presentar a tus amigos? —La miré con incredulidad. Aretusa se acercó sonriente a Alexa—. Esta bonita dama tiene la virtud de ocultar sus más preciados sentimientos allá dónde nadie los pueda encontrar. ¿Qué temes, pequeña? —comentó posando la mano sobre su pecho, cerca del corazón. La pobre, se estremeció ante aquella inesperada intrusión—. ¡Oh, tú también tienes un oscuro pasado! —musitó con una solidaria sonrisa—. ¿Cómo te llamas, niña?

Alexa dio un paso atrás, mientras susurraba su nombre, y suspiró cuando se vio liberada de la mano de la náyade. Después, Aretusa fijó la vista en Hugo.

—Pero ¡si está aquí el señor de la Tierra! ¿Cómo te llamas, mi señor? —le preguntó dulcemente. Hugo abrió la boca pero no le salieron las palabras—. ¿Tan tímido eres que no me quieres decir tu nombre?

—Mi señora, no es la timidez la que atenaza mi valor, sino la frustración de no poder liberarte... —confesó, morado de vergüenza. Y, sin levantar la vista del suelo, añadió—: Me llamo Hugo, mi señora.

Aretusa se inclinó para acariciarle la cara.

—Eres muy noble, Hugo, pero también muy duro contigo mismo. ¡Para todo hay una solución! —le reveló esbozando una sonrisa.

—¿Y para esto...? ¿Hay también solución? —susurró señalándose a sí mismo.

La náyade le alzó la barbilla para que la mirara a los ojos. Hugo se resistió un poco, pero al final tuvo que claudicar ante los deseos de Aretusa.

—Quien te quiera bien no se quedará con el envoltorio; buscará el verdadero regalo en su interior. ¡Fíjate en lo que le pasó a Alfeo! Él se enamoró de mi belleza pero aborreció lo que halló tras ella —advirtió con tristeza—. Y aun así, creo que todavía podemos rescatar su alma de las sombras.

La ninfa perdió la mirada en la noche y musitó:

“El príncipe de los ríos ha cruzado la línea que su padre le prohibió atravesar. Desobedeció a su rey, traicionó a su pueblo y se sometió bajo el yugo de la Oscuridad. Abaddon regresará de su destierro y el Caos desatará. Las aguas se teñirán de sangre, los ríos se contaminarán y los mares verán a las flotas negras navegar. ¡Oh, Alfeo!, ¿qué hiciste envenenado por el amor? ¡Oh, Alfeo!, ¿cuándo te darás cuenta de tu error?!”

Aquella noticia me sumió en la pesadumbre.

—La locura de Alfeo no puede condenarnos a todos, ¡no si podemos evitarla! —dije mirando hacia la terraza del castillo—. Solo hay una manera de liberarte, Aretusa, y evitar que Abaddon abandone su destierro. Aunque sé que no te gustará.

No había acabado de decir la frase cuando el suelo comenzó a temblar, como si hubiese sido sacudido con un ciclópeo mazo. ¡Clon! ¡Clon! ¡Clon! Tres fueron los golpes que precedieron a una invisible onda expansiva que sumió a la fortaleza en la oscuridad.

Y la oscuridad trajo el silencio, el más sepulcral de los silencios.

Todo el castillo se había quedado a oscuras excepto las dependencias de Alfeo. Allí percibí una presencia que me hizo empequeñecer. Con la llegada de Abaddon se había complicado, y mucho, nuestra misión y lamenté profundamente no haber hecho caso a Alexa cuando me propuso acabar cuanto antes con Alfeo.

La náyade se ocultaba tras Alexa y miraba con temor hacia la balconada. En los torreones no se movía ni un alma y el castillo parecía un cementerio de lo silencioso que estaba.

—La magia solo puede combatirse con magia. Así que subid ahí arriba y encontrad una salida para este embrollo. Yo me quedaré protegiendo a Aretusa —advirtió Hugo, con la serenidad de costumbre.

Alexa me hizo un gesto y salimos del jardín. Evitamos pasar por la entrada principal del castillo y lo rodeamos hasta que encontramos una ventana abierta a la que podíamos acceder fácilmente. La ventana resultó dar a las cocinas y tras recorrerla con sigilo, para no tropezar con nada, aparecimos en un pasillo enmoquetado que comunicaba, a ambos lados, con otras dependencias. «*¿Dónde se ha metido todo el mundo?*», me preguntó Alexa mirando con recelo hacia las puertas. «*¿No los percibes ahí adentro? Nadie se atreve a salir y no es para menos. La sola presencia de Abaddon en el castillo es capaz de encogerle el alma al más valiente guerrero*», señalé.

Continuamos por el corredor hasta que llegamos al vestíbulo. Desde allí partían los peldaños de la escalinata que subía a la primera planta. Después de subir la escalera nos encontramos en un distribuidor exquisitamente ornamentado. Todas las puertas estaban cerradas excepto una, ubicada al fondo del pasillo y abierta de par en par.

Recorrimos el trecho que nos separaba de la puerta y nos apostamos a un lado del umbral. Alexa me cogió fuertemente de la mano; la tenía sudorosa y helada. Afiné el oído pero no se escuchaba nada, pese a que se percibía con claridad dos presencias en su interior. Entonces me asomé con cautela y descubrí un amplio salón rectangular, iluminado por dos grandes arañas que

pendían del techo y guarnecido con ocho anchas columnas de mármol, dispuestas de forma simétrica y paralela respecto a la entrada y en dos grupos de cuatro. Al fondo se abrían unas portadas que comunicaban con la terraza y, más allá, la luna de sangre parecía estar suspendida en un cielo sombrío.

«¿*Cuál es el plan?*», me preguntó Alexa mordiéndose el labio. Lo cierto es que no había pensado en nada, pero tampoco teníamos muchas opciones. Le expliqué la estrategia que me parecía menos arriesgada y nos colamos en el salón ocultándonos detrás de sendas columnas. La sala estaba decorada con muebles de caoba de estilo colonial y la mayor parte de las paredes estaban ocupadas por unas altas librerías. En el ambiente se percibía un dulce perfume a tabaco y al asomarme por la columna vi que a un costado del salón había dos hombres sentados en sendos butacones ubicados a ambos lados de una mesita redonda. Un butacón lo ocupaba Alfeo y el otro su acompañante, al que solo podía verle las piernas al mantenerse oculto su cuerpo detrás de una columna.

Le hice un gesto a Alexa y avanzamos una posición situándonos detrás de la siguiente columna. Justo en la pared que tenía enfrente había una puerta que comunicaba con una alcoba, por lo que supuse que nos hallábamos en los aposentos personales del oceánida, y al asomarme por la columna vi que, más adelante y ocupando gran parte de la pared, había un espejo desde el que podía observar lo que ocurría al fondo de la sala.

Alfeo sostenía un humeante cigarrillo entre los dedos de su mano izquierda y miraba con nerviosismo a su acompañante, a juzgar por cómo se mordisqueaba las uñas de la mano derecha. El individuo era bastante corpulento y estaba leyendo unos escritos. Lucía un tostado bronceado, llevaba su rubia cabellera sujeta con una coleta, y vestía un uniforme negro, con los pantalones remetidos entre las botas y una larga espada ceñida a la cintura. El sujeto plegó las hojas y se incorporó un poco de la butaca para dejarlas encima de la mesa.

—Debo reconocer que estoy impresionado con tu informe, Alfeo — comentó con un vozarrón.

Abaddon volvió a recostarse en el respaldo del butacón y se quedó observando al oceánida con sus intensos ojos azules.

—Los astilleros no han parado de trabajar día y noche para que pudieras disponer de una armada digna de ti. Hay más de trescientos cincuenta barcos de guerra, entre galeras, fragatas y galeones atracados en el puerto. Sin contar con el tremendo sacrificio que me ha supuesto sacarte de tu prisión

dimensional, mi señor. Como ves —prosiguió, después de darle una nerviosa calada al cigarrillo—, he ejecutado cada una de tus exigentes órdenes con la máxima eficiencia y eficacia. Y creo que sería justo que...

—¿Quieres hacer el favor de ir directamente al grano, Alfeo? —intervino Abaddon con impaciencia.

El oceánida le dio otra calada al pitillo y comentó con prudencia:

—No te lo tomes a mal, mi señor, pero... ¿cuándo cumplirás con lo que me prometiste?

—Querido amigo, sé lo que has hecho por mí y te estaré eternamente agradecido por ello. Pero ahora no es el momento de pensar en retozar con tu putita; hay temas más urgentes que tratar —zanjó seriamente provocando un gesto de disgusto en el oceánida—. ¿Cómo va el alistamiento de la tripulación?

Alfeo sacó otro cigarrillo de una pitillera de plata y lo encendió con el que tenía en la boca. Luego tiró la colilla al suelo y la apagó con la suela de la bota.

—Contamos con más de doce mil marineros en los cuarteles de Siracusa más otros siete mil mercenarios que vendrán desde la dimensión Boreal —advirtió exhalando un aro de humo—. Sé que no son los que me pediste, pero dispondremos de los hombres necesarios cuando llegue el momento, mi señor. Esta empresa me está costando una fortuna. Espero que sepas valorarlo.

«*“¡Ya cuentan con casi veinte mil soldados y aún esperan más!”*», pensé aterrado.

—¡Me dejas asombrado, amigo mío! —declaró Abaddon sonriente—. Veo que no te has puesto límites para conseguir tu objetivo. Hasta has tenido los arrestos de negociar con Marcus, el Corsario albino, el reclutamiento de sus mercenarios. ¡Menudo truhan estás hecho! Pero dime, Alfeo —añadió mirándole con malicia—. ¿Qué sentiste cuando traicionaste a tu padre? ¿Se resistió mucho para darte las fórmulas mágicas de la puerta del destierro? —El oceánida palideció y le miró con desprecio—. No me tomes en serio, querido. ¡Yo soy así! Ya te irás acostumbrando —dijo esbozando una cínica sonrisa—. Pero no pienses que no valoramos tu esfuerzo... Pronto tendrás lo que anhelas.

Las suaves palabras de Abaddon no parecieron apaciguar el ánimo del oceánida.

—Muchas gracias, mi señor —añadió intentando contener su genio—.

Pero ya sabes lo mucho que he estado esperando este momento y...

—Me aburres con tus cuitas, Alfeo, y tengo problemas más importantes que atender —le cortó secamente—. Mis hermanos me llevan una considerable ventaja y no quiero quedarme atrás cuando me reúna con ellos —comentó mientras se levantaba del butacón—. ¿Cómo va el otro trabajito que te encomendé? ¿Habéis dado ya con la clave?

Alfeo le dio una profunda calada al cigarrillo y después lo tiró al suelo.

—Nuestros expertos en runas han estudiado de arriba abajo los arcaicos conjuros que le robé a mi padre, pero todavía no han hallado algún indicio que les haga pensar que estos puedan contener alguna información sobre la ubicación de la *Puerta de puertas*. —Abaddon frunció el ceño al escuchar la noticia—. Aunque hemos conseguido enlazar nuestra puerta dimensional con la dimensión del Fuego, mi señor. Es una conexión unidireccional, muy inestable y nos sabemos por cuánto tiempo la podremos mantener abierta o si conseguiremos volverla a establecer otra vez —se apresuró a decir.

—¡Perfecto! En ese caso, partiré de inmediato —exclamó Abaddon frotándose las manos.

—¿Te vas ya?! —aludió Alfeo con inquietud.

—Así es, querido. He tenido que valerme de casi todos mis poderes para escapar de mi presidio dimensional y no los podré recuperar hasta que me reúna con Apofis en el cónclave que ha convocado en el palacio del Caos —confesó tomando al oceánida por el hombro—. ¡Estoy rendido, Alfeo! ¿Me acompañas a mis aposentos? Quiero descansar un rato, pues al alba saldré hacia a la dimensión del Fuego. Pero no te preocupes —añadió mientras tiraba de él hacia la puerta—. En cuanto regrese podrás desflorar a tu margarita.

Alfeo le frenó tomándole del brazo. La diferencia de estatura y corpulencia entre ambos era abrumadora.

—¿Y ya está? —le espetó fuera de sus casillas. Abaddon sonrió maliciosamente—. ¡Estoy cansado de esperar! No me he dejado la piel cumpliendo con cada una de tus exigentes peticiones para que ahora me trates como a un perro. ¡Me lo debes, Abaddon! Aretusa ha de ser mía esta noche —advirtió nervioso—. ¡No puedo a esperar más!

Abaddon le agarró por el cuello y lo alzó un palmo del suelo.

—¡No se te ocurra volver a hablarme así nunca más! —murmuró antes de estamparlo contra el suelo.

—Pero... ¡pero ellos han venido a arrebatármela! —farfulló Alfeo con el

rostro desencajado.

—¿¿Ellos?! —rugió Abaddon—. ¿Qué me has estado ocultando, Alfeo?

Me oculté tras la columna y miré a Alexa. La pobre no cesaba de mordisquearse los labios. «¡Prepárate!», le alerté.

—Nada, mi señor, en cuanto amanezca me ocuparé personalmente de ese problema —susurró el oceánida, con la voz entrecortada.

—¡Habla! —bramó Abaddon.

Tragué saliva y contuve la respiración.

—Se trata de una inesperada visita que he recibido esta mañana —dijo intentando templar la voz—. Tres viajeros se detuvieron a las puertas de la fortaleza y...

—¿¿Por qué no me lo has comunicado de inmediato?! —le gritó alzándolo por las solapas—. ¡Describemelos!

Alfeo constriñó el rostro preso de terror.

—Un hechicero, una muchacha y un ser deforme... Tan solo..., tan solo son unos pobres diablos —susurró.

—¿¿Unos pobres diablos!? ¿Y dónde se encuentran? —masculló Abaddon atravesándolo con la mirada.

Alfeo se afanó en hacer brotar la voz.

—No se han movido en toda la noche de la playa —ronqué.

Abaddon lanzó a Alfeo contra la pared y corrió hacia la puerta. Pero antes de cruzar el umbral se giró y gritó:

—¡Reza para que logre dar con ellos, porque sino...!

En ese momento descubrió mi presencia y me miró con estupor. «¡Ahora, Alexa!», exhorté mentalmente.

Abaddon se abalanzó sobre mí con los ojos inyectados en cólera sin percatarse de que Alexa le salía al paso por un costado. «*Que la brújula del destino te envíe al laberinto del tiempo. “Captum tempus”*», recitó la maga, integrando el conjuro que le desvelé antes de entrar en el salón con la magia ancestral. El señor del Caos se quedó paralizado con el encantamiento y fui rápidamente al lugar dónde estaba tirado Alfeo. «¡Apresúrate, Gabriel! No sé por cuánto tiempo podré contenerlo».

Ayudé a levantarse al oceánida y lo zarandé para que reaccionara. Alfeo me miró con sus cenicientos ojos, pero parecía estar ausente.

—No debiste fiarte de la palabra de un señor del Caos, pero aún estás a tiempo de enmendar tu error. —El oceánida apartó la mirada—. Si aún la quieres, puedes salvarla de la aniquilación. ¡Libera a Aretusa y salva tu alma!

—Alfeo no reaccionó—. No seas necio... ¡No me obligues a matarte! —le grité.

«*¡Date prisa, Gabriel!*», me apremió Alexa. Alfeo continuaba con la mirada perdida, aunque en sus iris pude ver la mar. Liberé mi poder, sabiendo que él no opondría resistencia, y su cuerpo fue devorado por la llama blanca como lo hace el papel de fumar en contacto con el fuego. Pero antes de que su alma le abandonara me agarró con sus cadavéricas manos de los brazos y musitó unas palabras que guardaré junto a mis más preciados recuerdos: «*Dile a Aretusa que me perdone, sé que ella lo hará...*».

Los ropajes de Alfeo cayeron al suelo envueltos en una nube de polvo gris poco antes de que Alexa me advirtiera: «*¡Gabriel, ya no puedo más!*». Abaddon rompió el encantamiento y se interpuso en mi camino empuñando la espada. “*Inhibeô vis câlîgô*”, recité agitando el cetro. El señor del Caos se quedó agarrotado, pero sabía que no podría retenerlo por mucho tiempo. Alexa sumó su magia ancestral a mi conjuro, pero el poder de Abaddon nos superaba, ¡y mucho! Solo nos quedaba una salida. «*Alexa, huye con Hugo y Aretusa lejos de aquí*», le advertí mientras hacía aparecer en su mano la perla negra. «*Ella os guiará hasta la puerta*». La maga me miró con lágrimas en los ojos. «*Somos en equipo, ¿recuerdas? Y de aquí saldremos todos o no saldrá ninguno*», sentenció renunciando a coger la gema mágica.

En ese momento entraron Aretusa y Hugo en el salón.

—¿Me echabais de menos? —proclamó oscilando el hacha con ambas manos. Nunca había percibido tanta determinación en su mirada—. Esto lo debemos hacer juntos. ¿Me ayudáis?

Instantáneamente conectamos nuestras mentes con la de nuestro compañero. Hugo blandió el hacha y recitó: “*Albus flamma arcânus origo*” antes de descargarla con fuerza contra el señor del Caos. El filo del hacha refulgió antes de impactar contra el pecho de Abaddon que, con el golpe, salió volando por la balconada hasta que su cuerpo se estrelló contra los muros de una de las torres de la muralla provocando una explosión.

Miramos a Hugo asombrados y no pudimos contener la alegría que nos producía haber podido hacer frente a un ser tan poderoso gracias a la unión de nuestras fuerzas. Pero Abaddon no estaba abatido y debíamos salir inmediatamente de aquel mundo.

Por fortuna, teníamos la perla negra.

Con la explosión se produjo un incendio que se extendió por las murallas de la ciudadela. Los gritos de pánico se mezclaban con los de dolor y muchos hombres corrían de un lado para otro sin saber qué hacer. El caos se había apoderado de la fortaleza al carecer de un caudillo que tomara las riendas de la situación. Pero la poderosa voz de Abaddon se alzó entre el griterío y con determinación impuso su autoridad. Ordenó al grueso de la tropa que apagaran el fuego y a los centinelas de la puerta que le acompañaran al castillo. ¡No teníamos tiempo qué perder!

Les pedí a mis amigos que unieran las manos y extraje la perla negra del bolsillo. Pero, para mi sorpresa, esta no destelló cuando puse la mente en la puerta dimensional.

—¡Maldita sea! Abaddon debe haber bloqueado todas las salidas de este mundo —alerté a mis compañeros—. Es preciso que encontremos la otra puerta secreta antes de que nos quedemos encerrados en una ratonera. ¿Por qué no vais vosotras dos a buscar la salida mientras Hugo y yo nos encargamos de bloquear la puerta? Debe estar en los aposentos de Alfeo —les alenté.

Ayudé a Hugo a atrancar la puerta del salón con unos cuantos candelabros y después corrimos hacia la cámara del oceánida. Alexa reclamó nuestra atención parada delante de un cuadro que pendía de una pared.

—¿Qué pasa? —le pregunté intrigado.

—¿No encuentras algo raro en la pintura? —Observé la obra, que mostraba a Aretusa sentada en el margen de un arroyo que discurría en mitad de un vergel, pero no supe qué responder—. ¿No te resulta extraño ver unas rosas marchitas en un cuadro de tan extraordinario colorido? —Puse cara de no entender nada—. ¡Es igual! —atajó—. Ve a buscar un poco de agua y ya verás.

Tomé un florero que había encima de una cómoda y saqué los nardos que contenía para pasárselo a Alexa, que escanció una pequeña cantidad de agua sobre el lienzo. Rápidamente la tela la absorbió y las rosas florecieron al tiempo que en la pared se abría una oquedad que comunicaba con un oscuro

pasadizo. En ese momento comenzaron a aporrear la puerta e insté a mis compañeros a que pasaran al corredor. Después descolgué el cuadro y, tras atravesar el umbral, el muro volvió a quedar tapiado por la pared dejándonos a oscuras. Agité el bastón y cuando la amatista comenzó a destellar nos alejamos a toda prisa de allí. No habíamos llegado a la encrucijada donde confluían ambos pasadizos cuando escuchamos un grito que hizo temblar los cimientos de la fortaleza. Sabíamos de qué garganta procedía y nos alentó a apretar el paso. Casi sin aliento, llegamos a la escalera de caracol y después de un accidentado descenso por el resbaladizo piso alcanzamos el final del túnel.

Cuando salimos al exterior, nos dejamos caer sobre la arena, aliviados por respirar la brisa fresca. Ya despuntaba el amanecer y la luna de sangre apenas era un vestigio en el cielo gris.

Aretusa se zambulló en el agua y comenzó a nadar como si formara parte de la mar. ¡Qué felicidad irradiaban sus ojos!

—¿Y ahora qué, patas largas? —me preguntó Hugo, con las mejillas aún sonrojadas por la precipitada huida.

—No lo sé, pero si la perla negra no ha encontrado otra salida de este mundo es que no la hay —le confesé abatido.

Aretusa silbó desde el agua para captar nuestra atención.

—Habéis arriesgado vuestra vida por mí y es hora de que haga yo algo por vosotros. No quisiera crearos falsas esperanzas... —dijo con cautela—, pero tal vez mi señora Artemisa os pueda ayudar a encontrar otra salida.

Alexa suspiró de alivio, pero antes de cantar victoria debíamos resolver un problema de difícil solución.

—Aretusa, si no recuerdo mal, tu señora vive en el Peloponeso y eso queda muy lejos de aquí —le advertí provocando su gesto de preocupación.

—¿Y si utilizamos la barca que hay amarrada en la cala? —señaló Hugo.

—No es una buena idea, amigo mío —repliqué—. Abaddon debe saber que nuestra única escapatoria es por mar y no tardaría en darnos caza con alguna de sus potentes embarcaciones.

—Conozco otro camino que Abaddon no podrá seguir, pero tendríamos que llegar a la isla de Ortigia —intermedió Aretusa—. Si actuamos con celeridad, quizás podamos lograrlo. ¿Por qué no lo intentamos?

La propuesta de la náyade rearmó nuestros ánimos. Buceamos hacia la cala y mientras las chicas subían a la cubierta, ayudé a Hugo a desencallar el barco. Retiramos los fiadores y empujamos la barca hasta que la quilla lamió

mansamente las aguas de la mar. Tras embarcar, nos pusimos a los remos e impulsamos el navío hacia mar abierto guiado por Aretusa, que gobernaba el timón. Una vez estuvimos lejos de los acantilados desplegamos la vela en el mástil y, a barlovento, navegamos rumbo a Ortigia.

La barca surcaba veloz las aguas, pero cuando pasamos por delante de la fortaleza comenzaron a atacarnos tirándonos unas pesadas rocas con las catapultas. Las primeras cayeron lejos de la embarcación, pero los artilleros fueron afinando la puntería y cada vez las hicieron caer más cerca. Gracias a la pericia al timón de Aretusa, que inclinaba el velero entre las olas para que no fuera un blanco fácil, esquivamos los proyectiles y nos alejamos hasta ponernos fuera del alcance de las catapultas. Pero a los lejos vimos una galera negra acercándose a gran velocidad.

—¡Va endiabladamente rápida! —voceó Hugo que oteaba desde la borda—. No tardará en alcanzarnos.

Aretusa metió la mano dentro del agua y silbó emitiendo unos agudos sonidos. A los pocos segundos apareció una manada de delfines a ambos lados de la embarcación y la ninfa nos pidió que echáramos unos cabos al agua. Alexa me ayudó a atar unas cuerdas en la proa de la barca y después les tiramos los cabos a los cetáceos. Rápidamente el navío comenzó a tomar velocidad por el impulso de los delfines y la galera se fue quedando atrás.

En unos pocos minutos la barca encalló en la arena, cerca de la playa de Ortigia, y recorrimos a nado el trecho que nos quedaba para alcanzar la orilla. Una vez en tierra firme, Aretusa se despidió de los delfines y nos apremió a seguirla por un palmeral que penetraba en la isla. La senda nos condujo a los pies de un manantial de aguas cristalinas.

La ninfa se arrodilló en el margen y emitió un musical sonido con su voz.

—¡Rápido, meteros en el agua! —nos ordenó.

La obedecimos y la miramos extrañados mientras nos manteníamos a flote.

—¿Cómo vamos a llegar al Peloponeso? —le preguntó Hugo intrigado.

No hizo más que acabar la frase cuando emergieron unas asombrosas criaturas a nuestro lado. Dos de ellas, aparentemente no se diferenciaban mucho de Aretusa y la saludaron efusivamente. Sus rostros tenían unas facciones más pronunciadas y salvajes, pero eran también muy bellas. Eran oceánidas, hijas de la mar. La tercera tenía la cara parcialmente sumergida en el agua y nos miraba de una forma misteriosa. Sus cabellos eran lisos y negros, igual que sus ojos.

—Os presento a Halia, la sirena, y a mis primas Eunice y Calipso —

anunció Aretusa—. Ellas se encargarán de llevaros al Peloponeso a través del mismo canal que me trajo hasta aquí y que conecta con el lugar dónde nací — nos explicó—. Halia acompañará a Alexa, Eunice a Hugo y Calipso me ha pedido llevarte a ti, Gabriel.

Alexa se emparejó con la sirena y esta la besó en los labios antes de que desaparecieran engullidas por las aguas. Lo mismo sucedió con Hugo y me quedé a solas con las ninfas. «*Os veré en casa*», anunció Aretusa antes de zambullirse perdiéndose su estela bajo el agua.

Calisto me miró con sus penetrantes ojos grises, tan parecidos a los de Alfeo que me hicieron estremecer, y me besó. Fue un beso tan profundo que me transportó a una dimensión de absoluta libertad. «*Espero que la muerte de mi hermano sirva para traer un poco de paz a este mundo. De ti depende, Gabriel*», susurró en mi mente.

Después nos perdimos en las profundidades del agua, como un golpe de aire se lleva la madura esencia de un diente de león.

La travesía fue trepidante y durante el tiempo que duró el viaje me sentí como un hijo de la mar. Atravesamos una infinidad de galerías y arrecifes de coral hasta que fuimos absorbidos por las corrientes marinas. Después perdí la noción de la realidad y del tiempo hasta que, con una fuerte deceleración, finalizó aquella increíble experiencia.

Emergimos en las cristalinas aguas de una laguna rodeada de floresta. El agua manaba de la montaña y caía al estanque a través de una cascada. Calipso me mantenía a flote sujetándome de las axilas; aún estaba un poco mareado. Entonces me percaté de que mis amigos estaban a mi lado admirando el bucólico paisaje. La vegetación que nos envolvía brillaba con una intensidad especial. El verdor del bosque competía con el azul de los lirios, el amarillo de los tulipanes y el blanco de las azucenas que crecían en el margen de la laguna. Ni el lago de las cinco flores podía competir con la belleza que se contemplaba en aquel lugar.

Salimos del agua y nos sentamos en la hierba viendo cómo Aretusa promulgaba su felicidad entonando los versos de una canción.

“Hoy vuelvo a ver las aguas que me vieron nacer y piso la tierra en la que di mis primeros pasos bajo el cielo azul. Y le canto al fresno, a la fresca hierba, al arroyuelo y a la tierra mojada, pues de nuevo vuelvo a ser feliz. He regresado a casa, donde volveré a compartir mi gracia para que todo luzca sano y bello, así es mi esencia, la razón de mi existir”.

—¿Puede haber algo más emocionante que regresar al hogar? —nos comentó con los ojos rehilando—. Pero ¿por qué hacéis tan mala cara?

Aretusa se arrodilló delante de Hugo y le dio de beber un líquido transparente que le brotaba en las palmas de las manos. Después lo hizo con Alexa y por último conmigo. El néctar, que tenía sabor a miel y rosas, tuvo un inmediato efecto vivificador. Me liberó de la fatiga y de golpe me sentí más optimista. Al mirar a mis compañeros descubrí que sonreían, como si la alegría de Aretusa se hubiera mudado a sus corazones.

—¿Qué nos has dado? —le pregunté intrigado.

La náyade sonrió.

—Es el agua que procede de las entrañas del manantial del que nació. He pensado que sus cualidades revitalizantes y rejuvenecedoras os vendrían bien para recuperaros de vuestro heroico enfrentamiento con Abaddon. ¡Fue encomiable lo que hicisteis! —exclamó henchida de felicidad—. Pero aún no he pagado la deuda que tengo con vosotros —comentó haciendo manar en la palma de la mano un líquido turquesa, del color de sus ojos—. Aquí tienes lo que has venido a buscar, Gabriel, el elixir de la vida. Espero aportar mi granito de arena para hacer que la Luz prevalezca en el mundo.

Recogí el preciado néctar en un frasco y lo guardé junto con el aceite de Luna y la lámpara de Horus. Después me quedé observando cómo la náyade paseaba y cantaba a la vida haciendo revivir todo aquello que tocaban sus manos.

«Esa es la gracia de Aretusa, la que no supo entender Alfeo», susurró a mi espalda Calipso. «Mi hermano traspasó una línea que nunca debió cruzar, desatendió sus obligaciones y deshonoró a nuestros padres... ¡A todos nosotros!», comentó mientras se deslizaba una lágrima por la mejilla. «Pero finalmente parece haber despertado un rayo de luz entre tanta oscuridad. Te agradezco que alejaras su alma de la aniquilación para que pueda descansar con sus ancestros por toda la eternidad».

Calipso me besó en los labios y se zambulló en el manantial cogida de la mano de Eunice. Allí las esperaba Halia, que nos miraba con un aura de misterio. Nos dijeron adiós con la mano y se sumergieron en el agua para regresar a la mar.

Aretusa las vio partir con una nostálgica mirada. Después nos instó a marchar al templo de Artemisa, pues temía que Abaddon enviara sus barcos de guerra al Peloponeso y quería advertírsele a su señora. Y durante el camino, la náyade nos relató su historia con el príncipe de los oceánidas.

«Conocí a Alfeo una noche de solsticio de verano cuando, alentada por mis hermanas, me aventuré a ver por primera vez la mar. Siempre recordaré la felicidad que sentí al ver sus bravas aguas rompiendo en la orilla mientras emergía la luna llena por el horizonte. Fue tanta la emoción que despertó en mi corazón que de mis labios nació la canción más bonita que haya de cantar jamás. Las notas se enguinaldaron con las turquesas aguas creándose una magia que fundió la luna con el mar y de ese matrimonio se gestó Halia, la primera sirena. Pero mi melodía también atrajo a un joven cazador que pernoctaba en un bosque cercano».

«El color de sus ojos competía con el brillo de la luna y tenía el don de contar cautivadoras historias sobre la mar. Nos sentamos en la orilla y mientras admirábamos el firmamento pasó una estrella fugaz. «¿Adónde habrá ido a parar?», le pregunté con los ojos iluminados. Alfeo me contó que cuando una estrella caía del cielo era porque se había enamorado de un mortal y renunciaba a su vida celestial para reunirse con él. «*Si su amor es correspondido, la estrella y su amado viven una vida plena de felicidad y cuando este muere ambas almas se enlazan para vivir como estrellas por toda la eternidad. Pero si no es correspondido, entonces el brillo de la estrella se va apagando hasta morir ahogada de pena*», me comentó mientras posaba su mano en la mía. «*Eso es lo que me pasará a mí si rechazas mi amor, Aretusa*», me susurró antes de intentar besarme en los labios».

«Nunca olvidaré el dolor que desprendieron sus ojos cuando le rechacé e intenté consolarle cuando se puso a llorar en mi regazo. Entonces le expliqué por qué no podía entregarme a él, pero Alfeo perdió la cabeza y quiso tomar por la fuerza lo que voluntariamente no pudo obtener. Intenté resistirme, pero ¿cómo se puede contener la fuerza del mar cuando quiere poseer a la tierra? Alfeo me estiró en la arena y me sujetó por los brazos mientras se ponía encima de mí. Y cuando sentí su falo acariciando mi vulva solo pude poner la mente en mi manantial con la esperanza de que así despertaría de aquel mal sueño».

«Sorprendentemente, Alfeo no pudo perpetrar su perfidia, pues mis hermanas alertaron a Artemisa y esta lo hechizó haciéndole caer en un profundo sueño. Luego me convirtió en una corriente de agua y me hizo llegar a Ortigia con la intención de que Alfeo no pudiera dar conmigo. Si Alfeo no hubiera continuado con aquella locura ahora estaría vivo...», concluyó con gesto afligido.

Me acerqué a Aretusa y le susurré las palabras que Alfeo me había pedido que le dijera. La náyade dejó escapar una lágrima y se quedó a solas con sus pensamientos más profundos. Mas era lo que necesitaba saber para que su alma pudiera vivir en paz.

Después de una larga caminata llegamos a una colina desde la que se divisaba una ciudad amurallada. Recorrimos una amplia avenida y cuando llegamos a las puertas de la urbe Aretusa se adelantó para hablar con los centinelas, que se apresuraron en levantar las barreras para dejarnos pasar.

Pronto se propagó la noticia de que Aretusa había regresado y de los cuatro que entramos en la ciudad acabamos una multitud a las puertas del templo de Chronos.

El edificio tenía una estructura rectangular y en la fachada, cuyo porche estaba sustentado por media docena de columnas de mármol de Carrara, se distinguía la efigie del dios del tiempo. Los guardianes de la puerta nos dejaron pasar a una estancia circundada por pilastras y presidida por una estatua de Atenea. Dejamos esta sala atrás y salimos del templo por una de las puertas laterales que comunicaba con un jardín. Seguimos a la ninfa por un arriate circunvalado de floresta que nos condujo a una explanada en la que había una piscina. En su interior nadaba una mujer desnuda, pero no nos dio tiempo a ver de quien se trataba porque salieron a nuestro encuentro una docena de náyades que se abrazaron a Aretusa emocionadas.

Después de aquel afectuoso encuentro, Aretusa nos presentó a sus hermanas. También eran muy hermosas y aunque se parecían como gotas de agua ninguna la superaba en belleza. Las náyades nos agasajaron con su dulce trato agradeciéndonos haber liberado a Aretusa. Hugo se dejaba querer, aunque estaba ruborizado hasta las orejas. Alexa, sin embargo, no parecía tan cómoda con aquella exagerada cordialidad e intentaba evitar que la tocaran, quizá recordando la experiencia que tuvo cuando conoció a Aretusa.

—¿Mira quién está aquí? —comentó una cantarina voz a nuestra espalda—. ¡Te he echado mucho de menos, pequeña!

Las ninfas abrieron un pasillo por el que apareció una mujer cubierta con un corto vestido de seda azul. Sus pelirrojos cabellos, que le resbalaban por los hombros como una suave lluvia, realzaban las suaves facciones de su rostro y unos ojos de color miel. Lucía un bronceado cuerpo, menudo pero voluptuoso, que transmitía una sensualidad que, incluso, superaba a la de Aretusa. Se acercó, contorneando la figura, hasta que se fundió con un abrazo con la náyade.

Alexa tuvo que darle un golpe a Hugo para que dejara de babear contemplando aquella escena.

—Artemisa, te presento a mis libertadores —le comentó Aretusa, en cuanto se deshicieron del abrazo.

La ninfa nos fue presentando dejándome a mí en último lugar.

—¿Así que ahora te haces llamar Gabriel? —añadió alargándome la mano.

Se la besé cordialmente y nada más tropezar con su mirada me asaltaron unas visiones que me dejaron trastornado. Fueron tan rápidas que apenas

pude retener un par de ellas. En una estaba contemplando la pirámide de Keops y en la otra me hallaba con Esperanza delante de una puerta dimensional.

—¿Qué me ha pasado? —le pregunté asombrado.

Artemisa enarboló las cejas asombrada.

—Dímelo tú. Yo no puedo saber lo que te han mostrado mis ojos —alegó con una sonrisa.

Mi encuentro con Artemisa había removido mis ansías de saber.

—¿Por qué te ha sorprendido que me llamara Gabriel? —Sus ojos se dilataron—. ¿Acaso ya me conocías?

La diosa suavizó el semblante.

—No te atormentes con mis impenetrables misterios, pues en los tiempos que corren nadie puede estar seguro de lo que ve o de lo que le dicta su instinto —argumentó con sigilo—. Pero no le demos más vueltas a este asunto... Ahora existe un motivo más urgente que tratar.

—Pero yo necesito saber —insistí.

—Cada puntada en su lugar y a su debido tiempo, Gabriel. Si no somos capaces de coser el retal con orden y tino, ¿cómo seremos capaces de convertirlo en un digno vestido? —atajó con una sonrisa—. Hemos de encontrar una forma de sacaros de esta dimensión antes de que la armada de Abaddon aviste tierra.

—¿Así que el señor del Caos ha adivinado nuestras intenciones? —suspiré ensombreciendo el gesto.

—Eso afirman nuestros espías, pero dudo que quiera batallar conmigo si sabe que ya no estáis a su alcance. Además, quiero evitar a toda costa una masacre entre pueblos hermanos.

—¿Crees que eso lo detendrá? —le preguntó Aretusa preocupada.

—Abaddon no se arriesgará a enfrentarse conmigo si no dispone de todo su poder, pequeña —alegó.

—¿Existe entonces una forma de salir de aquí? —le pregunté intrigado.

—Todo dependerá de lo que estéis dispuesto a arriesgar —añadió mirando de soslayo a Alexa y Hugo.

Aquel gesto me encogió el corazón.

—¿Acaso tenemos otra opción? —le pregunté. La diosa negó—. Pues en ese caso..., ¡enséñanos ese camino!

Artemisa posó sus manos en mis mejillas y susurró: *“Tendréis que ir a un mundo tan desconocido que incluso la muerte ignora, pues es mucho más*

viejo que ella. A un lugar del que nadie puede salir si no es capaz de encontrar su propio destino. A la dimensión donde se originó todo... ¿Has oído hablar del Palacio del Tiempo?"

Artemisa nos llevó a la Sala de Clepsidras, el lugar del templo donde se rendía culto a Chronos. En la habitación había una buena colección de relojes de agua, de diferentes épocas, formas y tamaños, y un altar dedicado al dios. Llegamos al extremo de la estancia y nos detuvimos delante de una pared. Me estaba preguntado qué hacíamos allí cuando Artemisa dio un par de palmadas y el muro desapareció dejando al descubierto un umbral.

Pasamos al otro lado y nos encontramos en otra sala, carente de ventanas y mobiliario, en la que oscilaba un péndulo. Me sorprendió no identificar ningún foco de luz, natural o artificial, que justificara la magnífica iluminación de la que gozaba el salón.

—¿Estáis preparados? —nos preguntó Artemisa, desde el centro de la sala. En cuanto asentimos, la diosa puso los brazos en cruz y proclamó—: ¡Chronos, abre tus puertas!

El péndulo desapareció y en su lugar apareció un espacio circular que delimitaba el contorno de una puerta dimensional que reflejaba una imagen especular de nosotros. En ese momento nos dimos cuenta de que Aretusa se había quedado atrás.

—Aquí debemos despedirnos, amigos —comentó con una melancólica sonrisa—. Por favor, cuidaros mucho.

Alexa se echó a sus brazos y se despidió de ella con dos besos. Hugo se le acercó con la mirada empañada y la cabeza gacha.

—Me voy con la tristeza de las despedidas, pero con la alegría de haber cumplido con mi deber, mi señora —dijo con la voz entrecortada.

Aretusa le acarició las mejillas y le besó en la frente.

—Has sido muy valiente, Hugo. Sé lo que ha significado para ti mi liberación, pues tú también has degustado el amargo sabor de la soledad... —advirtió con lágrimas en los ojos—. Pero ahora, que ambos estamos liberados, nuestra obligación es continuar nuestro camino dejando las sombras atrás. Hugo, debes romper las cadenas que te anclan al pasado para poder avanzar. ¿Lo harás por mí?

Hugo asintió tímidamente y, tras besarle en las manos, se reunió con

Alexa, que había contemplado aquella escena con gesto contrariado.

—Adiós, Aretusa, disfruta de tu regreso a casa y cuídate tú también. Nos hará mucha falta tu gracia cuando se inicie la guerra —le confesé dándole dos besos en las mejillas.

Me reuní con mis compañeros, que me esperaban con Artemisa en el umbral dimensional.

—Cuenta con el apoyo de los dioses de la Tierra, Gabriel. No somos muchos, pues algunos abandonaron esta dimensión buscando nuevas oportunidades y otros lo hicieron al sucumbir al bando Oscuro. Pero todavía sabemos cómo plantarle cara al Caos y lucharemos con todas nuestras fuerzas, como lo hicimos en el pasado —anunció quitándome un peso de encima—. Ha llegado el momento de que partáis. Pero quiero que tengáis presente el peligro que entraña iniciar un viaje en el tiempo y las nefastas consecuencias que pueden derivarse si alteráis el transcurso del mismo tomando una mala decisión —nos advirtió—. El único consejo que os puedo dar es que no tendréis mejor brújula para guiaros en ese mundo que la intuición y vuestra unidad —subrayó—. No puedo mantener por mucho tiempo la puerta abierta, así que... ¡Buena suerte, amigos!

—Sé que estás haciendo mucho por nosotros, Artemisa, pero ¿puedo pedirte un último favor? —La diosa asintió con gesto intrigado—. Sé que Abaddon debe abandonar este mundo para recuperar su poder en el palacio del Caos y para hacerlo utilizará la puerta dimensional que Alfeo abrió para él. Es preciso que os encarguéis de bloquear esa puerta en cuanto se haya marchado a la dimensión del Fuego para evitar su regreso. Los sabios de Siracusa tienen los sellos mágicos que protegen esa puerta —le revelé—. Entrégaselos al rey de los oceánidas y él sabrá cómo mantenerla cerrada. Además, tendrás un poderoso aliado con el que acudir a la guerra; estoy convencido de que la armada de Alfeo le será leal a su rey.

—Descuida, Gabriel, no podemos permitir que vuelva a repetirse la historia. Pero ¡daros prisa! Pasad ya —nos apremió mirando inquieta hacia la puerta.

Aretusa nos dijo adiós con la mano y atravesamos el umbral.

Nada más poner un pie en la dimensión del tiempo me encontré solo en mitad de un páramo. «“¿Dónde se habrán metido mis amigos?”», me pregunté inquieto. Voceé sus nombres y al no hallar respuesta eché a correr sin rumbo en su búsqueda. *«Artemisa apeló a nuestra unidad para transitar*

por este mundo y lo primero que hago es perder de vista a mis compañeros», me recriminé mientras recorría un serpenteante camino. Después de una larga caminata el sendero murió a los pies de un bosque. En su interior capté una presencia.

Con sigilo, me adentré en la espesura guiándome por mi instinto hasta que vislumbré a Alexa. Pero ¡no estaba sola! Seguía la estela de un espectro, que la cogía de la mano y la arrastraba hacia una oquedad excavada en el suelo. «¡Alexa, detente!», grité. La maga se giró y, al verme, sonrió. «¡Mira, Gabriel, he encontrado a mi madre!», exclamó sin saber que estaba persiguiendo a un fantasma del pasado. «¿Y no me la vas a presentar?», voceé al ver que el espectro continuaba tirando de ella.

Alexa detuvo el paso y me dio tiempo de alcanzarla. Nunca olvidaré la mirada de odio que tuve que soportar cuando la obligué separarse del recuerdo de su madre, pero no vacilé al pronunciar: “*Excieô vânus memoris*”, para despertarla del encantamiento con el que la había atrapado el tiempo. Alexa miró contrariada hacia el amasijo de huesos que yacía en el suelo y después me abrazó sollozando.

—¿Qué le ha pasado a mi madre? —me preguntó con los ojos llorosos.

Con todo el dolor de mi corazón tuve que decirle:

—Esa ilusión no era tu madre, pequeña, sino un ardid con el que el tiempo ha alterado tus recuerdos.

La pobre, se secó las lágrimas con la manga y después me preguntó:

—¿Dónde está Hugo?

En ese momento capté su esencia cerca del lugar dónde nos encontrábamos. Le hice un gesto a Alexa para que me siguiera y nos apostamos tras unos arbustos para observar lo que sucedía en mitad de un claro.

Había una pareja haciéndose mimos estirados en la hierba; ella era una mujer morena, menuda pero muy guapa, y él un apuesto muchacho, de cabellos rubios y ojos negros. «¿Quiénes son?», preguntó Alexa extrañada. «¿No reconoces la energía de Hugo en ese joven?», repliqué. La maga puso cara de sorpresa. «¡Ostras, es verdad! Pero ¿entonces...? ¿Ella quién es?», me interrogó Alexa, con un gesto que no supe interpretar. «Es la mujer que le robó el corazón», le expliqué. Hugo estaba poseído por el influjo de la dimensión del tiempo, que lo mostraba tal y como era antes de sufrir la maldición.

Me aposté detrás de un abeto y recité: “*Doctum verax*”, al tiempo que

agitaba el cetro. Hugo retornó a su desdeñado aspecto y dio un respingo al verse abrazado a un espectro. El recuerdo de su amada se desvaneció convirtiéndose en polvo y él se quedó sentado en el suelo con la mirada perdida.

—Amigo mío, no debes preocuparte... Tan solo ha sido una cruel broma que te ha gastado el tiempo —señalé saliendo de los arbustos.

—¿Por qué ha venido su recuerdo a atormentarme el alma? —susurró Hugo, mirándome con los ojos anegados en lágrimas.

Me acerqué a mi amigo y le ayudé a levantarse.

—El tiempo nos ha retado poniendo a prueba nuestra unidad, pero hemos superado esa prueba y supongo que ahora tendremos que apelar a nuestra intuición para salir de aquí —aventuré.

Súbitamente el paisaje comenzó a virar levantándose una espesa niebla. Nos dimos las manos, para no volver a perdernos en los entresijos del tiempo, y echamos a andar resiguiendo el pedregoso sendero que se abría a nuestros pies. Así iniciamos una penosa caminata que nos condujo a un inhóspito desierto desde el que se podía escuchar el rumor de la mar. La bruma se disipó y trajo una gélida brisa que nos obligó a ponernos los abrigos que llevábamos en las mochilas.

El frío se intensificó y nos animó a seguir nuestro camino para entrar en calor. El paisaje se sucedió igual de monótono durante muchos kilómetros hasta que, en la lejanía, divisamos el contorno de una edificación. Más animados, apretamos el paso pero al acercarnos nos embargó el desazón.

Era un antiguo castillo, semiderruido y a todas luces abandonado, que se convertía en nuestro único refugio en varias millas a la redonda. Más allá y mimetizada con el mustio cielo se extendía una calmada mar. Bordeamos los altos muros hasta que llegamos a un punto en que estos se habían derrumbado y en el lugar donde algún día estuvieron las puertas había, tan solo, un amasijo de hierros y ruinas apiladas en el suelo.

Atravesamos el umbral, sorteando los escombros, y accedimos al patio de armas. Entonces descubrimos asombrados que mientras unos edificios apenas se mantenían en pie otros se mostraban en pleno esplendor. Incluso había un palacete que estaba en proceso de construcción.

Nos dirigimos hacia el único de los cuatro torreones del castillo que quedaban intactos atraídos por la luz que parpadeaba en una de sus ventanas. El frío parecía haberse hecho fuerte entre aquellos muros y ni siquiera bajo el abrigo del vestíbulo de la torre lo conseguimos desterrar. Subimos por los

desgastados peldaños de una escalera de caracol y cuando llegamos a la planta superior nos encontramos con una puerta cerrada por cuyas rendijas se filtraba la luz. Accioné el pomo y tras la puerta se nos desveló un espacio que, para nada, se correspondía con las proporciones que podían intuirse desde el exterior.

Atravesamos el umbral y pasamos a un amplio rellano desde el que partían los peldaños que conducían hacia las plantas que quedaban por encima y por debajo de nosotros. En mi extensa vida había tenido el privilegio de visitar grandes bibliotecas, pero como aquella que tenía delante de mí... Todas las paredes de la torre, y hasta dónde alcanzaba la vista, estaban rebozadas de librerías repletas de libros. «“¿Qué pintará una biblioteca tan extraordinaria en un mundo deshabitado?”», pensé asombrado.

—¡Mirad ahí abajo! —advirtió Hugo señalando hacia un punto muy lejano, casi imperceptible desde las alturas.

Intenté afinar la vista, pero no fui capaz de diferenciar nada. Alexa me miraba también desconcertada.

—Yo no veo nada. ¿Qué ves tú, amigo? —le pregunté intrigado.

—Hay un viejo escribiendo en una mesita —dijo para nuestra sorpresa.

Proyecté mis sentidos hacia aquel lugar pero no percibí ninguna presencia.

—¿Estás seguro...?

Hugo resopló y luego comenzó a descender apresuradamente por la escalera. Seguimos a nuestro compañero en el descenso hasta que los escalones desembocaron en la planta baja y comenzamos a deambular sorteando las filas y filas de estanterías que se iban interponiendo en nuestro camino hasta que llegamos a un amplio espacio central donde, efectivamente, había una silla y un escritorio que contenía con un tintero, una pluma y un libro abierto.

Hugo escrutó con impaciencia a su alrededor y no se dio cuenta de que había aparecido un hombre de edad incalculable detrás de una estantería hasta que casi tropieza con él.

—¡Cáspita, el viejo! —exclamó poniéndose morado de vergüenza.

El sujeto, que vestía una túnica marfil casi tan vieja como él, tenía una lacia melena cana, a juego con la larga barba, unas pobladas y despeinadas cejas y una puntiaguda nariz en la que hacía equilibrios unos lentes sin patillas, se sentó en la silla dejando una taza de té encima del escritorio. Luego tomó la pluma, la mojó en el tintero e inició la escritura en el lugar donde la había dejado.

—¿Hola? —carraspeé. El vejete nos miró durante un instante por encima de los lentes y prosiguió escribiendo como si no hubiera visto a nadie—. Me llamo Gabriel y estos son mis amigos, Alexa y Hugo. ¿Puede atendernos un momento?

El escriba dejó la pluma en el tintero y cruzó los brazos recostándose sobre la silla.

—El ser sin alma, la muchacha abandonada y el hombre sin corazón os definirían mucho mejor que vuestros nombres —arguyó sin siquiera mirarnos a la cara—. Pero cada cual puede llamarse como le venga en gana, ¡faltaría más!, maese Gabriel —comentó arqueando las cejas.

Su diagnóstico me dejó asombrado.

—¿Usted debe ser...?

En un parpadeo, me vi al escriba plantado delante de mí mirándome a través de los lentes.

—Me han llamado Chronos, Eón y Aión, si es que pretendías conocer mi nombre —comentó achinando los ojos—. Pero a mí me gusta más definirme como el guardián del tiempo. Así que podéis llamarme como gustéis..., tenéis donde escoger.

El viejo se desvaneció delante de mí y volvió a aparecer sentado en la silla. Al observar su arrugado rostro y su delicada complexión fui consciente de la extrema longevidad de Chronos. Sin embargo, sus ojos, vivos y marrones, parecían los de un mozo, igual que sus finas manos y los ágiles movimientos con los que dominaba la pluma. Como su palacio, el guardián del tiempo tenía un aspecto ambivalente, joven y viejo a la vez.

—Nunca pensé que tuvieras una apariencia humana —le comenté para romper el silencio.

—¿Qué esperabas? ¿Encontrarte con un andrajoso reloj? —sonrió sin dejar de escribir—. Aunque no creo que la imagen de un decrepito anciano se aleje demasiado de lo que realmente soy. Pocas cosas son anteriores al tiempo y yo soy su celoso escriba desde que apareció.

Aquella respuesta me dejó perplejo. Miré a mi alrededor, hacia la inmensidad de libros que contenían los estantes y me estremecí.

—¿Entonces...?

—Sí, todos los he escrito yo —me interrumpió sin levantar la vista del manuscrito—. Y sí... —volvió a hacerlo antes de que volviera a abrir la boca—, en ellos podrías hallar lo que has estado buscando todos estos siglos —musitó. Mis compañeros me miraron sorprendidos—. Pero ¿qué os trae por

aquí? No creo que hayáis venido a hablar con un aburrido viejo.

Hugo se encargó de responder.

—Lo cierto es que estamos perdidos y queremos saber dónde está la salida de este mundo.

Chronos apoyó con sumo cuidado la pluma en la mesa y se levantó para dirigirse hacia un estante. Contra todo pronóstico, no cogió ningún libro y apareció con una humeante pipa en la mano. Se volvió a sentar y se ajustó las lentes antes de mirarnos.

—Pues eso tiene fácil solución, siempre y cuando no os importe en qué lugar ni en qué tiempo queráis aparecer —señaló exhalando un fino hilo de humo.

—¿Y si quisiéramos ser más precisos? —le inquirió Alexa.

El viejo tomó la taza de té y la miró por encima de los lentes.

—Para esa ecuación no tengo respuesta, pequeña —respondió sorbiendo la taza.

Miré las altas librerías con nerviosismo. Allí estaba escrita mi vida, ¡la de todo el mundo!, y estaba al alcance de mi mano.

—¿Aquí podría encontrar mi pasado, verdad? —le pregunté sintiendo un ligero cosquilleo en la nuca.

—La pregunta correcta sería: “¿*Tengo tiempo para buscar mi historia entre los millones y millones de libros que hay aquí?*” —replicó con suspicacia— Como puedes observar, no tengo ayuda y desgraciadamente no he tenido tiempo para organizar alfabéticamente todos los escritos que van saliendo de esta mesa. Así que...

En aquel momento comprendí que lo realmente importante es el presente.

—¿Puedes decirnos cómo salir de aquí, Chronos? —dije echándole una secreta mirada a las librerías.

Este asintió mirándome a través de los lentes.

—Fuera de las murallas de este castillo hay un puerto en el que encontraréis una única barca varada. Más allá se extiende el océano del tiempo y esa es la puerta que debéis atravesar para regresar a vuestro mundo —explicó—. Tomad la barca y navegad hasta que sintáis que ha llegado el momento de abandonarla. Pero no creáis que os va a resultar fácil tomar esa decisión —apuntó con una sagaz mirada—. Pues el tiempo en este mundo es atemporal y el pasado, el presente y el futuro confluyen al unísono por él haciendo muy difícil saber cuando es el momento propicio para saltar. Y una vez abandonéis la barca, ya no habrá vuelta atrás.

—Pero tiene que haber alguna señal que nos ayude a saber cuándo abandonar este mundo —replicó Alexa.

Chronos frunció las cejas.

—Si la hay, tendréis que encontrarla vosotros mismos —atajó—. Pero tened en cuenta una cosa... Vuestro destino está hilvanado, que no escrito, y de las decisiones que toméis hoy dependerá lo que devendrá mañana —comentó volviendo a fijar la vista en el libro—. Cuando salgáis del palacio tomad el camino que os quede a la derecha. Una vez en el embarcadero subiros a la barca y adentraros en el océano del tiempo. No os precipitéis en saltar, pero tampoco dilatéis demasiado la hora de tomar la decisión. —«*Y ahí va mi consejo, Gabriel. Nada permanece inalterable al tiempo... ¡ni él mismo!*», me susurró en secreto—. Ahora, si me disculpáis, debo continuar con mi trabajo. Ya he perdido demasiado tiempo.

Chronos mojó la pluma en el tintero y prosiguió escribiendo.

—Muchas gracias por tu ayuda —señalé.

El viejo ni se dignó a levantar la vista, simplemente hizo un gesto con la mano animándonos a salir.

Abandonamos la torre y tras atravesar la puerta nos dirigimos hacia el puerto bordeando las murallas. Pero al llegar al muelle me embargó el desánimo. No había ni rastro de vida en aquel lugar; ni una sola gaviota sobrevolando el cielo; ni una sola ola rompiendo contra el espigón. La mar estaba en calma y sus negras aguas se extendían hasta perderse en el horizonte gris haciendo que, hasta el silencio, se me antojara ruidosamente molesto.

Subimos a la barca y, tras soltar el amarre, esta comenzó a navegar sin necesidad de tomar los remos. Nos asomamos por la borda y, como nos había advertido Chronos, en el agua aparecía un maremágnum de imágenes que tanto podían pertenecer al pasado, al presente o al futuro. Pronto supimos que no conseguiríamos nada mirando lo que nos mostraba el inconmensurable océano del tiempo y nos recostamos sobre la cubierta con la mirada alicaída. Así pasamos, quién sabe cuánto tiempo, hasta que se encendió una luz en mis pensamientos. «*¡Ya sé cómo regresar!*», les advertí a mis compañeros.

Nos levantamos y mantuvimos el equilibrio hasta que se estabilizó la barca. «*Juntos entramos en este mundo y juntos saldremos de aquí si nos comportamos como un solo ser. La única forma de evitar perdernos en el laberinto del tiempo es evitando que este tome las riendas de nuestros*

destinos. Y sé que la solución está en nuestro interior. Confiemos, pues, en nuestra intuición». Cerramos los ojos y en cuanto conectamos las mentes nuestras emociones, sentimientos, miedos y esperanzas confluyeron en un único pensamiento. Y en ese momento saltamos de la barca.

El contacto con el agua no fue el esperado. Esta no mojaba y fue como si hubiéramos caído a un ingrávigo vacío. Paulatinamente dejamos de flotar hasta que nuestros pies tocaron el suelo.

Soplaba una fresca brisa con aroma a sal. Era noche cerrada y escuchamos el chocar del agua contra las rocas. En la distancia se veía la fortaleza de Eurialo sumida en la oscuridad. Nos miramos extrañados. «*¿Estaremos en el lugar y momento adecuado?»*».

A nuestro lado apareció la fulgurante silueta de la puerta. Instintivamente me eché la mano al bolsillo y saqué la perla negra, que comenzó a destellar al mismo son abriéndose un umbral dimensional. En ese momento se escuchó un estruendo y se originó una explosión en las murallas de la ciudadela que provocó un incendio.

Nuestro viaje en el tiempo nos había devuelto al pasado. Pero a un pasado inmediato, justo al momento en que, unidos como un único ser, nos habíamos librado de Abaddon en los aposentos de Alfeo.

—Apenas quedan unos segundos para que Abaddon bloquee la puerta dimensional —nos alertó Hugo desde el umbral—. ¡Salgamos ahora mismo pitando de aquí!

Y no nos hicimos de rogar.

CAPÍTULO 6.

SETH, EL SEÑOR DEL DESIERTO.



“El destino, aunque hilvanado, no está escrito y se oculta en el Reloj de las arenas del tiempo”.

1

Nada más atravesar el umbral dimensional fuimos recibidos por el brillo de las estrellas. Mis compañeros dejaron caer sus bártulos al suelo y se sentaron pesadamente en unas rocas para recuperar un poco el aliento. En sus demacrados rostros, de profundas ojeras y apagada piel, se reflejaba la huella de las muchas jornadas que habíamos estado sometidos a una intensa presión. Me apoyé en la piedra *Intihuatana* y mientras me guardaba la perla negra en el bolsillo pensé que nos vendría bien hacer un alto en el camino.

Mis compañeros aplaudieron mi propuesta de tomarnos una jornada de descanso en casa antes de completar nuestra misión y después de reponer fuerzas con una frugal cena nos fuimos a dormir.

Desperté poco antes del alba, me vestí y puse al día mi diario disfrutando de la quietud que se respiraba en aquel lugar. Ya había escrito un buen número de páginas desde que iniciara el registro, pero tenía la sensación de que todavía me quedaban muchas más por rellenar. Guardé el cuaderno en el bolsillo de mi capa y encendí un fuego para preparar café, bajo la atenta mirada del lucero del alba.

Hugo despertó poco antes de que comenzara a gorgotear la cafetera y Alexa lo hizo cuando estábamos acabando de desayunar. Tenía cara de sueño, pero se le había suavizado el semblante y ya no quedaba ni rastro de las ojeras. Cuando Alexa terminó de almorzar, desmontamos el campamento y nos pusimos en marcha.

—Creo que esta vez acortaremos camino utilizando esto —dije mostrándoles la perla negra.

Y gracias a la magia de la gema nos plantamos en nuestro mundo en un instante.

Alexa se quedó asombrada cuando vio brillando los cuatro soles en un cielo turquesa nada más atravesar la puerta dimensional. Y el trayecto a casa se nos hizo más largo de lo habitual debido a las muchas paradas que tuvimos que hacer para contentar la curiosidad de nuestra compañera. Hicimos un alto para que contemplara la primera puesta de sol, otro para que se diera un baño

bajo las cristalinas aguas de una catarata y un tercero para que viera cómo emergían las dos lunas sobre el lago esmeralda tumbada en la hierba. Y con las luces del atardecer, acentuando los tonos naranjas del valle, llegamos a casa.

Cenamos en el porche, pese a que hacía un frío que pelaba, para complacer el último capricho de Alexa y después Hugo se ofreció a ensañarle la casa dejándome a mí el encargo de encender un fuego en la chimenea del salón. Coloqué unos troncos y me senté en el sofá escuchando cómo crepitaba la leña lamida por el fuego. Luego rellené el hornillo de la pipa con un pellizco de tabaco y me puse a meditar en lo mucho que nos había cambiado la vida desde que salimos del monasterio de Antón.

—¿En que piensas, Gabriel? —me preguntó Alexa desde el quicio de la puerta.

—En nada y en todo —le confesé mientras buscaba a tientas las cerillas en los bolsillos de la casaca—. ¿Puedes acercarme los fósforos que hay encima de la repisa de la chimenea, por favor?

Alexa recogió la caja de mixtos y se sentó a mi lado en el sofá.

—Yo también estoy preocupada —comentó al tiempo que me daba las cerillas.

—¿Y por qué? —le pregunté extrañado.

Alexa se puso un cojín entre las piernas y se acurrucó mirando al fuego.

—En la dimensión del Tiempo sentí la llamada de mi madre y ahora sé que era la señal que había estado esperando desde que era niña —me explicó con la mirada vidriosa.

Encendí un fósforo y sopesé, por un momento, lo que le iba a decir.

—Pequeña, aquello fue tan solo una ilusión —dije mientras le prendía fuego al tabaco—. Guardas un sentimiento muy bonito hacia tu madre y eso quiere decir que entre vosotras se creó un vínculo de amor que aún perdura en tu corazón. Pero ¿ya sabes hacia dónde te empujaba aquel recuerdo, verdad? —señalé echando un hilo de humo por la nariz.

—Ya lo sé, Gabriel. ¿Y qué si está muerta? —advirtió atravesándome con la mirada—. ¿Acaso no tienen derecho los muertos a descansar en paz y cerca de sus seres queridos?

—No he querido decir eso, pero...

—¿Y si aún estuviera viva? ¿Cómo podría vivir sabiendo que no he hecho nada por encontrarla? —apeló mordiéndose el labio.

Aquella conversación se estaba yendo por unos derroteros que no

conducían a ninguna parte.

—Yo no me aferraría a esa ilusión —le confesé con todo el dolor de mi corazón.

—Pero... —Alexa escondió la mirada mientras intentaba atar las lágrimas a golpe de orgullo.

En ese momento irrumpió Hugo por la puerta con una botella de vino y tres copas en las manos. Pero al vernos las caras se quedó plantado en mitad del salón sin saber qué hacer. La muchacha se levantó del sofá y se le acercó simulando una sonrisa.

—¿Qué haces ahí parado como un pasmarote? —atajó arrebatándole la botella y el sacacorchos—. ¿Por qué no traes alguna cosa para acompañar la copa? ¿No me querrás emborrachar? —comentó mientras se enjuagaba disimuladamente las lágrimas de las mejillas con el dorso de la mano.

Hugo me miró encogiéndose de hombros mientras Alexa descorchaba la botella de vino.

—Voy a buscar unos quesos que tengo en la despensa y que maridarán perfectamente con el vino —dijo, finalmente Hugo, dejando las copas encima de la mesita.

No tardó en regresar con una tabla de quesos y frutos secos. Alexa escanció el vino en las copas y luego se sentó en el sofá. Se produjo entonces un incómodo silencio que aprovechó Hugo para coger un trozo de queso y sentarse en el suelo con las piernas cruzadas.

—¿Te gusta nuestra casa, Alexa? —le preguntó antes de hincarle el diente al queso.

—¡Oh, sí, muchísimo! Aunque no le vendría mal que alguien pusiera un poco de orden. Y no me refiero al mobiliario —advirtió mirándome de reojo.

Hugo arqueó las cejas y puso cara de circunstancias.

—Creo que iré al despacho, a ver si averiguo el paradero del templo de Seth —carraspeé levantándome del sofá.

—¡Relájate un poco y disfruta de esta estupenda velada, patas largas! Tus libros pueden esperar hasta mañana —protestó Hugo, seguramente ante la idea de quedarse a solas con Alexa.

—Lo cierto es que me quedaré más tranquilo cuando compruebe si tiene fundamento una sospecha que me corroe por dentro, Hugo —alegué apurando el vino de un trago—. Ahora estamos muy cerca de alcanzar nuestra meta y no me gustaría entrar a ciegas en ese templo —recalqué mientras dejaba la copa encima de la mesita.

—Anda..., ¡ve y quédate tranquilo! —intervino Alexa con el semblante un poco más relajado—. Pero prométenos que no te irás muy tarde a dormir. Es tan necesario el descanso como el saber.

Entonces Hugo replicó:

—¡Pues vas tú lista! Este no sale del despacho hasta las tantas... Y si no, ¡ya lo verás!

—En ese caso, nos encontrará esperándole aquí —terció Alexa con un guiño.

En la biblioteca hacía mucho frío. Encendí una lámpara de aceite y apilé unos troncos en la chimenea para hacer un buen fuego. Mientras esperaba a que se caldeara un poco la habitación, me acerqué al mueble bar y me serví una copa de coñac. Luego busqué en los estantes unos pergaminos y los dejé encima del escritorio. Ya los había estudiado con Albert y contenían los planos de las ciudades más importantes del Alto y Bajo Egipto, junto con algunos mapas y reseñas de hechos acontecidos durante la vida de Ramsés II.

Tomé un sorbo de coñac y desplegué los pergaminos, que estaban divididos por años y en áreas administrativas, para poder examinarlos bajo la luz de la lámpara. Después me senté en la butaca y fui revisando los escritos hasta que en un plano de la ciudad de Avaris descubrí que había un templo dedicado a Seth cerca del palacio real. El pergamino estaba datado de la época en que reinaba Seti I, padre de Ramsés, pero no encontré entre las reseñas que adjuntaba el plano alguna información que tuviera que ver con la presencia de Seth en la Tierra. Entonces recordé que Albert me había comentado que Ramsés había escogido la ciudad de Avaris para levantar *Pi-Ramsés Aa-najtu*, que reemplazó a Tebas como capital de Egipto, debido a los buenos recuerdos que guardaba de las largas temporadas estivales que había pasado siendo niño junto a su madre, la reina Tuy, en el palacio real.

Apuré el coñac y busqué entre los documentos hasta que encontré los planos en los que Ramsés II había realizado, con su puño y letra, el diseño de la nueva capital de Egipto. Nada más desplegar el pergamino vi que el templo de Seth había sido relegado a la zona alta de la ciudad, ocupando Horus-Ra su lugar, dios por el que el faraón sentía una especial veneración. Y en una de las reseñas encontré unos versos que me arrancaron un escalofrío.

“Ramsés, el bienhadado, ha salvado a la ciudad de la furia de Seth. Lodo sea nuestro rey, que los dioses lo alcen a lo más alto y nos protejan de la oscuridad. Pues diestra ha sido su espada en la batalla y poderoso ha sido su

cetno de luz dominando a Seth. Mil años de prosperidad traerá para Egipto esta hazaña y un millón años será cantada la victoria de la Luz contra el Caos. Alabado sea Usermaatra Setepenra, iluminado de Horus, protector de la ira de Seth”.

La cita concluía revelando que Ramsés, junto a su visir, habían hecho frente a Seth, cuando pretendía enterrar la ciudad con una gigantesca tormenta de arena, dejándolo encerrado en el templo de Horus gracias a la magia contenida en su cetro de oro. Y que en el lugar en el que había quedado sepultado el templo bajo toneladas de arena erigió un monolito al que protegió con poderosos sellos mágicos para evitar que el señor del Desierto jamás volviera a ver la luz del sol.

Me quedé recostado sobre el respaldo la butaca digiriendo la confirmación de mi sospecha. Seth se había quedado encerrado en el templo junto al reloj de las Arenas del tiempo y eso implicaba que deberíamos agudizar nuestro ingenio para solventar con éxito nuestra complicada misión.

Salí del despacho cuando todavía no era media noche y me dirigí al salón al ver que había luz. Mis compañeros estaban sentados en el sofá, dando buena cuenta de la segunda botella de vino, y nada más verme entrar por la puerta me llenaron la copa de vino y me abordaron a preguntas, por lo que no me quedó más remedio que dilatar mi ansiado descanso para explicarles sucintamente el resultado de mis pesquisas.

—¡No pongas esa cara, Gabriel! Ya nos las hemos visto con Ricardo, Alrinach y Abaddon..., ¡y no han podido con nosotros! —arguyó Hugo con los mofletes morados—. Por lo menos sabemos que Seth será el último escollo que se interpondrá en nuestro camino.

Parecía que el vino había nublado el entendimiento de mi compañero.

—No podemos subestimar a unos de los más poderosos señores del Caos, Hugo —remarqué aplacando su sonrisa.

—¿Y de qué nos servirá lamentarnos? —intervino Alexa—. Además, ya te enfrentaste a él en el pasado y saliste victorioso. Y ahora eres mucho más poderoso.

—Y cuento con la ayuda del señor de la Tierra y de la más talentosa maga que haya conocido jamás. Pero ¿qué tiene ese vino? Parecéis más sagaces que de costumbre —añadí alzando la copa—. ¡No sabéis cómo habéis cambiado en el tiempo que llevamos juntos! ¡Por vosotros, amigos!

Hicimos un brindis y apuramos las copas de un trago.

—¿Y qué nos dices de ti, patas largas? —exclamó Hugo—. Tú tampoco eres aquel ser inseguro y..., ¿porqué no decirlo?, ¡egoísta!, que solo pensaba en sí mismo —Alexa me miró pícaramente—. Has aprendido a confiar en los demás y has dejado que los demás confiemos en ti. ¡Te felicito, amigo! —comentó emocionado—. Pero ¿qué demonios hacen vuestras copas vacías? —exclamó mientras las escanciaba de vino—. Os quiero y lo sabéis, ¿verdad? —voceó levantando la copa—. ¡Por la amistad!

Los verdaderos amigos son aquellos que son capaces de soltarle a uno la verdad a la cara sin hacerle sentir mal. Y yo tenía la inmensa fortuna de haber encontrado a dos por el camino.

Brindamos por la amistad y, por un momento, aparqué los problemas para gozar de la mejor compañía que pudiera desear.

Dormí durante toda la noche de un tirón y sin que ningún sueño que perturbase mi descanso. Me levanté antes de que aparecieran las primeras luces con la intención de preparar el desayuno, pero cuando llegué a la cocina descubrí que Alexa se me había adelantado y estaba haciendo tortitas en una sartén. Me apoyé en el marco de la puerta y me quedé mirando cómo cocinaba. Con el gorgoteo de la cafetera no me di cuenta de que Hugo estaba detrás de mí hasta que murmuró: «¿No te da vergüenza espiar a la chiquilla a hurtadillas?». Alexa se giró y al vernos allí plantados observándola se sonrojó.

Hugo se apresuró a preparar la mesa y yo hice lo propio apartando la cafetera del fuego. Por fortuna, parecía que ya se le había pasado el enfado a mi compañera y amenizamos el desayuno recordando las anécdotas de nuestras aventuras. Se notaba que aquella jornada de descanso había causado el efecto deseado, física y anímicamente.

Después de desayunar nos fuimos a preparar las mochilas y nos reunimos en el porche. La mañana era radiante y las dos lunas todavía lucían su estilizada figura en un cielo sin nubes cuando pusimos rumbo a la puerta dimensional. Mientras mis compañeros charlaban distraídamente yo no dejaba de darle vueltas a la conversación que había mantenido la noche anterior con Alexa, cada vez más convencido de que me había comportado como un estúpido, y sopesaba la posibilidad de ayudarla en su búsqueda una vez hubiéramos acabado la misión. Aunque primero debería descifrar un complejo enigma: *¿Dónde buscarla?*

—¿Crees que Seth se valió del reloj de las Arenas del tiempo para llegar a la Tierra? —me preguntó Alexa, sacándome de mis pensamientos.

—¿Cómo, sino pudo hacerlo? —respondí, a bote pronto—. Lo que no sé es por qué no la abandonó en cuanto descubrió el emplazamiento de la *Puerta de puertas*.

—Quizás estuviera buscando algo importante en ese templo. Quizá, ¿la llave? —vaticinó Alexa.

—Mucho me temo que tendremos la oportunidad de preguntárselo a él

mismo —intervino Hugo sin mucho entusiasmo—. Por cierto... ¿Ya has pensado el modo en que le quitarás ese reloj, patas largas?

—¡Uf...! —dije con un suspiro—. ¡Mirad, pero si ya hemos llegado a la puerta dimensional!

El viaje hacia Pi-Ramsés concluyó a los pies de un oasis que lindaba con el desierto. Pronto comenzamos a sudar debido a un asfixiante calor que se pegaba a las ropas como una losa ardiendo y nos tuvimos que refugiar bajo la sombra de una palmera.

—¡Maldita sea! Ni en la sombra se deja de sudar —protestó Hugo mientras se secaba la frente con un pañuelo.

—Por lo menos aquí no se dejan sentir los devoradores de sombras —advertí escudriñando el cielo—. ¿Dónde se encontrará la entrada al templo? —pregunté quitándome la capa.

Nos aligeramos de ropa y después penetramos en el oasis persiguiendo el rastro de energía que se percibía en su interior. Pese al calor y a los molestos mosquitos, que se estaban cebando con el cuello de Hugo, estar en aquel lugar me producía una grata sensación, quizá porque me evocaba una paz que otrora viví allí.

Seguimos avanzando, ribeteando por una desdibujada senda, hasta que aparecimos en mitad de un arenal de unos diez metros de diámetro. En el centro se alzaba un monolito, que no debía medir más de metro y medio de altura por medio de anchura, que tenía inscrita en su porción superior un ojo de Horus.

Nos acercamos a la piedra y cuando nos detuvimos a escasos centímetros de ella, mis compañeros me miraron temerosos; era tal la energía que desprendía aquella losa que daba miedo siquiera tocarla.

Alexa debió percibir mi inquietud, pues rápidamente me preguntó:

—¿Qué es lo que ocurre aquí, Gabriel? Esa fuerza no procede del Caos, ¿verdad?

—Ahí abajo confluyen energías de diversa índole y percibo que están conectadas con el entramado espacio-tiempo, como si el templo albergara un portal multidimensional —advertí con un escalofrío.

—¿Quieres decir que es aquí dónde se oculta la *Puerta de puertas*? —declaró asombrada Alexa.

—No..., no lo creo, pero me da muy mala espina —afirmé, todavía

confuso—. Cuando entremos actuad con cautela y, sobre todo, no os separéis ni un momento de mí.

Realicé una profunda inspiración y saqué la perla negra. La joya centelló y el monolito se desvaneció apareciendo en su lugar una puerta dimensional. Miré a mis amigos y tras enlazar nuestras manos atravesamos el umbral.

El templo se encontraba en la más impenetrable oscuridad. Agité el cetro y cuando comenzó a brillar la amatista descubrimos que estábamos en una sala cuadrangular, de unos cincuenta metros cuadrados, totalmente rodeada por pilastras. Parecía la antesala del templo y en el pasado debió ser una zona muy concurrida, a juzgar por lo desgastado que estaba el piso. Encendimos unas teas que pendían de las paredes e inspeccionamos detenidamente la sala.

La puerta principal estaba orientada hacia oriente y se hallaba completamente tapiada de arena. Los muros laterales se conservaban en perfecto estado y en ellos había dibujados unos frescos en el que el estaba representado Ramsés acompañado por los dioses. Recorrimos el pasillo central y nos detuvimos delante de la puerta que comunicaba con la siguiente dependencia. Más allá, la magia ancestral lo embebía todo.

Traspasamos el umbral y nos encontramos en una sala más pequeña que actuaba de distribuidor comunicando con tres puertas. Nos aproximamos y al alzar las antorchas descubrimos que en los frisos de las puertas estaba representada la tríada Osiríaca. En el friso de la derecha estaba Isis, en el central Osiris y en el izquierdo Horus. Por aquellos umbrales fluían las diferentes energías que había sentido desde el exterior.

—Creo que cada puerta conduce a una dimensión diferente —les comenté a mi compañeros—. ¿Cuál exploramos primero?

Alexa escrutó los tres corredores y me miró dubitativa.

—Tengo la intuición de que debemos empezar por aquí —dijo señalando el umbral de la derecha—. ¿Qué opináis?

—A mí me dan repelús los tres. Así que... —contestó Hugo rascándose la nuca.

Asomé un poco la nariz por la oquedad y percibí una gélida ráfaga de aire que me hizo vacilar.

—¿Estás segura, Alexa? —le pregunté inquieto. La maga afirmó con determinación—. Esta bien. Pero, sea lo que sea lo que encontremos ahí dentro, actuad con prudencia, por favor —les advertí antes de abrir la puerta dimensional con la perla negra.

Nos introducimos por un oscuro pasillo que nos condujo a una habitación bellamente ornamentada. Dejamos las antorchas en unos soportes que había en las paredes y comenzamos a inspeccionar la estancia.

Sobre un pedestal había una imagen de Isis labrada en oro macizo y las paredes estaban cubiertas de pinturas que hacían referencia a la deidad. Cuando eché la vista al techo no pude evitar estremecerme al contemplar una representación del *Libro de las puertas*, en el que el espíritu de Isis recorría cada una de las nueve puertas que se debían atravesar en las diferentes etapas de su viaje por la *Duat*. Pero había en aquel lugar un poder oculto que no supe identificar.

Avancé con cautela, proyectando los sentidos hacia todos los rincones de la sala, hasta que me detuve delante de una falsa puerta que había en el muro norte. De aquel lugar brotaba una energía que me desconcertó. «*Alguien nos observa entre las sombras*»», pensé con un escalofrío. Súbitamente la puerta se hizo semitransparente y vi cómo se acercaba una silueta desde más allá del umbral. Por un momento pensé que se trataba de Seth, pero... «*¡No puede ser!*», exclamé cuando distinguí unos rasgos que me resultaron escalofriantemente familiares.

—¿Cómo estás, Gabriel? —brotó, una voz argentina, desde el interior.

Me separé bruscamente de la pared y retrocedí varios pasos viendo cómo avanzaba una sombra hacia mí.

—¿Qué estás haciendo aquí? —susurré con voz trémula.

De la falsa puerta emergió la menuda figura de un ser, de melena pelirroja y ambarinos ojos, que nada más verme sonrió diciendo:

—¡No sabes cómo me reconforta tu presencia!

«*¿Qué demonios estaría haciendo Ángelus allí?*»».

El señor Oscuro avanzó con paso altivo oscilando su bermeja melena. Su aura de maleficencia se extendía por toda la sala como las llamas de un incendio azuzadas por el viento. Miró a Alexa y a Hugo con un desdén que me heló la sangre. Encontrarme con él en aquel templo era un importante inconveniente con el que no contaba.

Ángelus extrajo un cigarrillo de una pitillera y lo encendió acercándolo a una antorcha.

—El universo es un pañuelo, pero debo confesarte que de todas las visitas que podía esperar la tuya es la más inesperada —comentó dándole una calada al pitillo.

—Pues no debes preocuparte por ello..., ya nos marchábamos de aquí — señalé mientras les hacía un gesto a mis compañeros para que recularan.

—¿A qué viene tanta prisa? ¿No vas a presentarme a tus amiguitos? — sugirió con una torcida sonrisa.

No me gustaba nada el cariz que estaba tomando aquel asunto.

—¡Dejémonos de pamplinas, Ángelus! Tú y yo no tenemos nada de qué hablar, ya te lo dejé claro en nuestro anterior encuentro —le advertí sintiendo cómo la llama blanca bullía con fuerza en mi interior—. Así que ahora nos iremos por dónde hemos venido y dejaremos que disfrutes de tu bonito palacio del destierro.

Retrocedimos hacia la puerta, pero Ángelus nos barró el paso apareciendo delante del umbral.

—¿Crees que os voy a dejar marchar sin más? —señaló con malevolencia—. Sé que les tienes mucho aprecio a estos dos. ¡Lo leo en tu ojos! —dijo dándole una calada al cigarrillo—. Así que si no quieres que les pase nada malo... ¡ya me estás dando la llave que abre esta puerta! —Alexa intentó paralizarle con un encantamiento, pero Ángelus la redujo fácilmente con una maldición “*Cruciâtum*”—. ¿¡Pretendías utilizar la magia ancestral..., contra mí!? —se carcajeó.

Tuve que frenar a Hugo cuando vi que echaba mano del hacha. «¡Ahora no, amigo! Deja que me encargue yo de él», le comenté viendo cómo se

retorcía Alexa de dolor en el suelo.

—Tú ganas, Ángelus —me apresuré a decir—. Pero antes debes liberarla de la maldición —le comenté enseñándole la perla negra.

El señor Oscuro tiró el cigarrillo al suelo y me miró extrañado.

—¿Qué es eso? —preguntó con desconfianza.

—¿No querías la llave...? —dije oscilando la joya en la palma de la mano—. Pues libérala y te la daré.

Ángelus titubeó por un momento, pero finalmente liberó a Alexa de la maldición.

—¡Venga, dámela! —me ladró con impaciencia.

Esperé a que Hugo ayudara a levantarse a Alexa antes de dar un par de pasos hacia él.

—¿La quieres? —murmuré colocándome delante de mis amigos.

—No intentes jugármela, Gabriel —murmuró con una amenazante mirada.

«*¡Preparaos para salir pitando de aquí!*», alerté a mis compañeros mientras apretaba fuertemente la perla negra con la mano para conectarla con el espacio-tiempo. Ángelus me miró con los ojos desorbitados cuando adivinó mis intenciones, pero cuando la perla negra abrió un umbral en la pared sonrió y execró:

—“*¡Divide et impera!*”.

El señor Oscuro partió la puerta dimensional en dos y mis amigos fueron absorbidos por el espacio-tiempo tras atravesar sendos umbrales. Lo que sucedió a continuación lo viví en segunda persona.

Mi conciencia se volvió inhumana y un poder primigenio emergió de mis entrañas con un solo propósito. Agarré a Ángelus por el cuello y le obligué a mirarme a los ojos. Este puso una mueca de terror le mostré lo que le iba a suceder. «*¿Divide et impera?*», murmuré con rencor. «*Dime adonde los has enviado y quizá te perdone la vida*». Ángelus esbozó una malvada sonrisa y murmuró: «*Jamás te lo diré*».

Mi cuerpo ardió en llamas, como si de un ave Fénix se tratara, y envolvió el cuerpo de Ángelus con un feroz abrazo. El infeliz gritó de dolor, aunque intentó hacerme frente escudándose con su poder. «*Eso es..., ¡resístete!*», musité embriagado de frenesí. Sus ambarinos ojos se fueron apagando a medida que su alma era consumida por el poder de la llama blanca, pero luchó hasta que estuvo al borde de la aniquilación. Solo entonces, derramó una lágrima y pronunció unas palabras que me atravesaron el corazón rompiéndolo en mil pedazos.

—¡No me mates..., padre!

Apenas fue un susurro, pero aquella súplica despertó un recuerdo que me hizo retroceder hasta aquel atardecer de fuego en el que Apofis arruinó mi vida. “*A tu esposa le aguarda algo peor que la muerte. ¡A ella y al vástago que lleva en las entrañas! A ellos les espera... ¡La culminación de mi venganza!*”. Entonces comprendí la maquiavélica jugada que había ideado Apofis para convertirme en el brazo ejecutor de su propia sentencia.

Reprimí mi poder y solté al pobre diablo, que se puso a llorar hecho un ovillo en el suelo. Apoyé la mano en la pared y lloré amargamente. ¡Qué perversa se me estaba revelando la verdad!

—¡Eso es, llora! ¡Llora por tu cobardía! —me escupió Ángelus—. Llorar por condenar nuestras almas al suplicio eterno. Llorar por olvidarte de quien nunca se olvidó de ti. Llorar hasta quedarte sin lágrimas y los ojos se te agrieten de dolor. Llorar hasta desear morir y solo entonces sabrás lo que he sufrido yo.

No me atreví ni a mirarle, de lo acongojado que tenía el corazón.

—¿Por qué...? —musité.

Ángelus se levantó como un resorte del suelo.

—¿Por qué? —me escupió con odio—. ¡Mírame a los ojos y descubre en qué me has convertido! ¡Contempla tu gran obra, padre! —gritó agarrándome por las solapas.

—¡Tú no eres mi hijo...! —murmuré, zafándome de él de un empujón—. Si fueras hijo mío jamás habrías sucumbido a la Oscuridad.

—¿Y qué otra salida tenía, padre? ¿Dónde estabas cuando te necesitábamos? —gritó con los ojos encharcados—. ¿Quién se apiadó de mí cuando madre murió?

Los remordimientos intentaron apoderarse de mi voluntad, pero sabía que no era mi hijo el que hablaba sino el eco de la voz de Apofis.

—No me culpes por tus actos, maldito traidor —le espeté—. Solo espero que tu madre muriera sin saber en qué clase de monstruo te habías convertido.

Sus ojos centellaron.

—¡Ella también me abandonó! —bramó encolerizado—. ¿De qué le sirvió vivir esperándote? ¿Por qué tuvo que aferrarse a esa estúpida ilusión? —añadió con la mirada extraviada—. Así que ahora no vengas a darme lecciones de moral. Simplemente me limité a sobrevivir; ¡no tuve otra elección!

—Siempre existe una opción mejor que vivir arrodillado como siervo de Apofis —advertí con lástima.

—¿Siervo de él?! —se carcajeó—. Ahí te equivocas, Gabriel. Un hijo nunca será siervo de su padre, porque eso es lo que es Apofis para mí. Y son otros los que se arrodillan ante mí —murmuró con maldad—. Pues gracias a Apofis soy el señor Oscuro, temido por todos, temido... ¡hasta por él! —declaró con altivez.

Ya no quedaba ni un vestigio del hijo que debió ser; su conversión había sido completa e irreversible. Convencido de que no podía acabar con una vida que ya se había extinguido mucho tiempo atrás, abrí la mano y observé cómo destellaba la perla negra. En ese momento supe lo que debía hacer.

—Tienes razón. No puedo reprocharte nada, Ángelus, pero tampoco pienso cargar con tus errores —señalé abriendo una puerta dimensional en la pared.

—¿Qué es lo que pretendes? —preguntó, mirándome con cara de asombro.

—Darte la oportunidad de escoger tu destino libremente, como lo haría un verdadero padre con su hijo —subrayé—. Esa puerta conduce a la dimensión del Fuego —le desvelé, haciéndome hacia un lado para dejarle libre el camino—. Ha llegado el momento de que tomes una decisión.

—¿Cómo...?! —dijo titubeante.

—¡Elige! Redención u Oscuridad —atajé—. Ahora, solo depende de ti decidir hacia qué lado quieres que venza la balanza.

Ángelus no vaciló ni por un instante. Se encaminó hacia la puerta dimensional y al pasar por mi lado susurró:

—Hace ya mucho tiempo que tomé esa decisión.

Asimilé su decisión con un inmenso dolor, pero me resistí a no derramar ni una sola lágrima más por aquel miserable ser.

—Dile a tu padre, que algún día lo invocaré para reclamarle lo que es mío y que espero que no falte a esa cita.

El pobre diablo, dio media vuelta y sin mediar ni una sola palabra se evaporó tras cruzar el umbral.

No tenía tiempo qué perder. Ángelus se había deshecho de mis amigos enviándolos a dos secretas dimensiones con algún oscuro propósito y no podía abandonarles a su suerte. Puse todas mis esperanzas de encontrarlos en el objeto que habíamos venido a buscar. Estaba convencido de que si Seth había conseguido hallar la forma de llegar a la Tierra utilizando el reloj de las Arenas del tiempo yo también podría usarlo para encontrar a mis compañeros en el entramado espacio-tiempo.

Salí de la cámara y eché a correr por el pasillo hasta que llegué al distribuidor. Esta vez me dejé llevar por mi instinto y atravesé el umbral de Osiris, tras abrir la puerta con la perla negra. «*“Si Seth sigue encerrado en este templo seguro que estará ahí adentro”*», cavilé mientras discurría por el corredor.

Cuando llegué a la cámara pensé que se había colado un tornado en su interior. La sala estaba iluminada por abundantes antorchas y por el suelo se repartían los restos de una estatua que debió estar ubicada en el pedestal que se veía en la pared norte de la sala. Entre los escombros pude diferenciar la cabeza de Osiris, con los ojos minuciosamente mutilados, y la mano derecha, en cuyo dedo corazón portaba una joya con forma de estrella de siete puntas.

«*“¿Dónde te habrás escondido, Seth?”*».

Revisé palmo a palmo la polvorienta estancia hasta que, cansado de jugar al ratón y al gato, inundé la sala con la energía de la llama blanca.

—¿Reconoces esta luz, Seth? —voceé mirando a mi alrededor.

Repentinamente comenzó a formarse un remolino de arena sobre un pequeño promontorio que había al lado de una columna.

—¿Quién se atreve a hablarme con tanta firmeza? —se alzó una voz, que retumbó en toda la sala.

—¿Por qué no lo compruebas tú mismo? —repliqué aferrando con la mano la lámpara de Horus.

Del torbellino emergió un hombre, bien parecido, de penetrantes ojos marrones, afilada nariz y larga melena negra. Vestía con una camisola blanca, pantalón y botas negras, y cuando se detuvo delante de mí comprobé que

éramos de la misma estatura.

Seth me escrutó detenidamente con la mirada antes de decir:

—Tu insolencia me desconcierta, sobre todo porque hay algo en ti que me resulta vagamente familiar. Pero esto no es justo —dijo sonriente—. Tú sabes mi nombre y yo no el tuyo.

—Mi nombre no te incumbe —respondí secamente.

Seth comenzó a dar una vuelta a mi alrededor y no me quedó más remedio que acompañarle en el baile sin quitarle el ojo de encima.

—Estoy muy intrigado con tu inesperada visita —advirtió, ahora, con una malévola sonrisa—. ¿Qué haces en mi templo?

—¿Así llamas a tu presidio?

Seth se echó a reír de buena gana. Luego me miró, casi fraternalmente, mientras se recostaba sobre una columna.

—Reconozco que tienes arrestos, pero no te equivoques... A mí no me despacharás tan fácilmente como a ese muchacho —comentó mirando de reojo hacia una de las paredes.

—¿Conocías a Ángelus? —le pregunté sorprendido.

—No personalmente, pero las paredes son finas y se escucha todo —alegó echándome una sagaz mirada—. Aunque no creo que hayas venido a hacerme una visita de cortesía, ¿verdad? —dijo observándome de arriba abajo. De repente, chasqueó los dedos y sonrió poniendo cara de asombro—. ¡Ya sé de qué te conozco! Tú estabas con Ramsés cuando ese miserable me encerró aquí —declaró clavándome la mirada—. ¡Nunca olvido una cara!

—No sabes cómo envidio tu memoria, Seth —alegué—. Por desgracia, yo no ando tan vivo de recuerdos... ¿Podrías recordarme qué buscabas aquí?

—Esa es una larga historia y ahora me apetece más escuchar la tuya. ¿Cómo te llamaba el faraón...? —meditó, por un instante—. Gabriel, ¿eso es! —exclamó chasqueando nuevamente los dedos—. Dime, Gabriel..., ¿qué estás haciendo aquí?

—¡Dejémonos de tonterías, Seth! —atajé cansado de tanta charla—. He venido a por el reloj de las Arenas del tiempo y no me iré de aquí sin él. Así que te lo voy a poner fácil... O me lo das por las buenas o por las otras.

Seth se separó unos pasos de la columna en la que estaba apoyado y se sentó sobre el pequeño montículo en el que apareció.

—¿No me digas que has venido hasta aquí para buscar una antigualla que ya no sirve para nada? —comentó, aparentemente, sorprendido.

—¿Eso es lo que crees? —repliqué sonriente—. ¿De quién fue la idea de

utilizar el reloj para viajar a la Tierra? ¿De tu amada Sejmet? —Seth torció el gesto cuando pronuncié aquel nombre—. ¡Qué lástima que no te advirtiera del precio que debía pagarse por entrar en el planeta burlando el espacio ultradimensional!

—Creo que me está comenzando a aburrir esta conversación —dijo levantándose del montículo.

—Pero ¡si es de lo más instructiva, Seth! —ironicé—. ¿Te habrías atrevido a realizar dicha empresa si hubieras sabido que el reloj solo te reportaría un billete de ida? Ya veo que no... —señalé al observar que se le ensombrecía el semblante—. Y, ¿te has preguntado alguna vez por qué te envió Sejmet a un viaje sin retorno?

—Seguro que me lo vas a decir tú —comentó sin entusiasmo.

—Porque ya no te necesitaba —le revelé—. Dejaste de serle útil cuando perdisteis la guerra, pues ya le habías entregado lo más valioso que poseías, paradójicamente la única cosa capaz de poner en funcionamiento el reloj en la Tierra; el amor. ¡Asúmelo, Seth! —añadí esbozando una sonrisa—. Fuiste una marioneta en sus manos.

—¡Mientes! —bramó fuera de sí—. Si tú y ese maldito faraón no os hubierais interpuesto en mi camino...

—¿De verdad creías que hallarías aquí la llave de la *Puerta de puertas*? —Su cara respondió por él—. Eres un necio, Seth. Por tu estupidez se cometieron graves crímenes, pero me consuela saber que nunca jamás abandonarás este lugar.

Seth estaba poseído por la ira.

—Tal vez tengas razón, Gabriel, pero entonces..., ¿para qué resistirse ante lo que es inevitable? —anunció mientras iba movilizándolo su energía—. Si supieras qué clase de poder ha ido a buscar el dragón negro a los confines del universo lo dejarías todo para irte a buscar un buen agujero dónde esconderte. Pero eso ahora no importa. Tú tienes la llave que me sacará de aquí y la voy a conseguir, ¡cueste lo que cueste! —remarcó cuando hubo acumulado todo su poder—. Nunca debiste atravesar esa puerta.

Las paredes del templo comenzaron a tambalearse y el suelo tembló a su paso. «“*¡Eso es, Seth! Saca toda tu fuerza*”», pensé sin perder la compostura.

—Ni tú subestimar mi inteligencia —repliqué alzando el cetro. Seth desató la furia del desierto sobre mí y me valí de ella para movilizar la magia ancestral contenida en el templo—. “*Por el poder de la Luz y del Orden encadenó tu voluntad entre estas cuatro paredes*”. “*¡Imperiôsum obsidiô!*”

—execré blandiendo la vara.

La magia ancestral envolvió el poder de Seth dejándolo encapsulado en mitad de su propia tormenta. El señor del desierto gritó, golpeando con los puños contra la pared invisible que lo aprisionaba, pero nada pudo hacer para liberarse de mi maldición.

Comencé a rebuscar entre los escombros hasta que encontré una urna semienterrada en el polvo que contenía un viejo reloj de arena. Lo extraje y lo miré fascinado. El reloj estaba montado sobre una estructura de bronce sostenida por tres columnas equidistantes. Y a simple vista no se diferenciaba de ninguno de los que había visto hasta entonces, salvo que uno de sus bulbos contenía las arenas del tiempo, aquellas que brotaron cuando se originó el universo.

Guardé el reloj de las Arenas del tiempo, junto con los otros tres elementos, pero esta vez no había cabida para la dicha; mi aventura en el templo de Seth no había hecho más que empezar.

Di media vuelta y me encaminé con premura hacia el umbral dimensional. Pero antes de salir de la cámara percibí que se había desvanecido el ciclón y al mirar hacia atrás vi al señor del desierto sentado sobre un montículo. Estaba con la mirada perdida, ¡quién sabe!, quizás rumiando en la perfidia de Sejmet.

Y sin saber por qué, me alejé por el corredor con el presentimiento de que aquella no sería la última vez que lo volvería a ver.

Fijé la mirada en la imagen de Horus que había sobre el friso de la puerta de la derecha del distribuidor y de inmediato tuve la intuición de que tenía que completar aquel ciclo si quería completar con éxito mi misión. Apreté fuertemente la perla negra en la palma de la mano y traspasé el umbral con determinación.

El corredor desembocó en una amplia estancia construida en tres niveles separados por unos escalones. La habitación estaba iluminada por lámparas de aceite, que había repartidas entre el suelo y las paredes, y ricamente ornamentada con pinturas y esculturas dedicadas al dios halcón.

A un par de metros de la puerta había un bajorrelieve coloreado que representaba el viaje diurno de *mandyet* por el Nilo. El segundo nivel estaba ocupado, casi en su totalidad, por un estanque ceremonial. Pero lo más maravilloso de aquel lugar era que al mirar hacia el estanque parecía que se estuviese contemplando el firmamento a través de un ventanal. Aquel efecto óptico era debido a un ingenioso sistema de iluminación que provocaba que el agua mostrara una imagen especular de un fresco que había pintado en el techo y que representaba el cielo estrellado. El tercer nivel estaba presidido por sendas estatuas de Horus y de Hathor de oro macizo encima de un pedestal.

Me arrodillé en el borde del estanque y examiné el reloj con detenimiento. Con un mecanismo de funcionamiento tan sencillo, parecía imposible que aquel objeto pudiera tener propiedad mágica alguna. Inspeccioné el reloj con la esperanza de encontrar alguna pista que me orientara sobre su funcionamiento, pero no la hallé. ¡Cómo eché de menos que no estuviera Hugo conmigo! «*Seguro que él habría dado con la clave en un periquete*»». Pero como no tenía tiempo que perder, apliqué la lógica y apoyé en el suelo la base que soportaba el bulbo vacío mientras ponía mis pensamientos en mis compañeros.

Como cabía esperar, no sucedió nada, a parte de ver cómo caía la arena desde el bulbo superior. Desesperado, me levanté y comencé a dar nerviosos paseos de aquí para allá intentando imaginar cómo actuaría Hugo en mi lugar.

Entonces me pareció escuchar su vigorosa voz diciéndome: “¿A quién intentas engañar, patas largas? Tú no eres nada lógico... ¡Ponte en tu lugar!”, y se me encendió una luz.

Volví a sentarme al pie del lago ceremonial y esta vez me dejé llevar por la intuición. Cerré los ojos y liberé los sentidos hasta que instintivamente mi mano derecha tropezó con un objeto que tenía en el bolsillo; era la perla negra. «“¡Claro! ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes?”», pensé eufórico. Sujeté el reloj con la mano izquierda y sostuve la perla en la palma de la derecha viendo cómo comenzaba a palpitar. Luego centré la mirada en el bulbo que contenía las arenas del tiempo y en este apareció la letra □. Y al mirar hacia el bulbo vacío tropecé con la letra □. «“Del final al principio. ¡Qué curioso!”», medité con una sonrisa. Giré el reloj y cerré el puño que sostenía la perla negra mientras buscaba a Alexa en la arena hasta que la vi. Parecía estar en mitad de un prado y al fondo se veía el monasterio de Antón. En ese momento cerré los ojos y me dejé llevar, arrastrado por las arenas del tiempo.

Aparecí en el cercado que rodeaba al monasterio. Hacía un día muy luminoso y el aire transportaba el perfume de la primavera. En la distancia escuché relinchar y vi cómo se acercaba a toda velocidad un caballo blanco montado por una pequeña amazona. Por sus cabellos ondulados y su porte en la montura supe que era Alexa la que manejaba las riendas. El caballo se detuvo a mi lado y la chiquilla, que no debía tener más de diez años, saltó de él y se encaminó hacia el monasterio sin percatarse de mi presencia. Poco antes de llegar a la puerta apareció el clérigo y Alexa se le echó a los brazos. Antón la cogió en volandas y dio varias vueltas provocando las risas de la pequeña. Después la abrazó y la cubrió de besos entre carcajadas de felicidad.

«“¡Estoy en la dimensión de los sueños!”», medité mientras me acercaba al porche para escuchar de qué hablaban.

«¿Ha ido bien el paseo por la montaña?», le preguntó el clérigo mientras le llenaba un vaso de naranjada. Alexa se sentó en la silla y se bebió el zumo de un solo trago. «¡Muy bien, Antón! He llegado hasta las esfinges y he estado vigilando que nadie pasara por allí», comentó sonsacándole una sonrisa. Con misterio, Antón, sacó una caja adornada con un lazo rosa y la dejó encima de la mesa. «¡Feliz cumpleaños, mi niña! ¡Ábrelo..., es tu regalo!». Ella no simuló su desencanto y ni siquiera se dignó a abrirlo. «¿Qué te pasa, pequeña? ¿No te gusta?». La muchacha se levantó y le dio la espalda

a Antón para que no la viera llorar. «*No es eso... Solo, que esperaba otra cosa*», dijo con una entrecortada vocecilla. El viejo se le acercó con el rostro compungido. «*Todavía eres muy pequeña para entender los entresijos que tiene esta absurda vida. Tienes que ser paciente, mi niña. Tarde o temprano te reencontrarás con tus padres, ¡ya lo verás!*», le confesó mientras le acariciaba los cabellos. Alexa se giró y le miró muy enfadada. «*¡Eso es lo que me dices cada año y estoy cansada de esperar! ¿Por qué no nos vamos ahora a buscarlos?*», le suplicó. El clérigo negó con la cabeza. «*Es demasiado pronto, mi niña, y ella me dijo que debías esperar*», anunció mientras la buscaba a tientas con sus brazos. Alexa se abrió paso empujándole y entró al templo dando un portazo. Antón se quedó a solas y entonces derramó las lágrimas que ya no podía sujetar. La imagen se fue desvaneciendo y la oscuridad lo ocupó todo. Volví a concentrarme en las arenas del tiempo hasta que me despabiló una fría ráfaga de viento.

Me encontraba en un escarpado bosque. Era noche cerrada y tenía como único amparo la tenue luz de la luna. De repente se abrió una oquedad en el suelo de la que emergió una mujer que echó a correr ladera abajo. No pude verle la cara, porque la llevaba tapada con una capucha, pero sí que sujetaba un bulto entre las manos. Quise llamar su atención, pero el llanto de un bebé me selló la boca. La puerta se empezó a cerrar y al mirar hacia el agujero percibí la energía de Apofis. ¡Aquella mujer había escapado de la dimensión del Fuego! Intenté seguirla, pero una rama que sobresalía del suelo se me enredó entre las piernas y me hizo caer de bruces al suelo.

Cuando me levanté vi que me hallaba en la terraza de un antiquísimo templo contemplando cómo languidecía el sol por el horizonte. Me estaba preguntando: «*¿Qué estaré haciendo aquí?*», cuando escuché la voz de una mujer cantando una nana. Perseguí la melodía, bordeando los muros del templo, hasta que me detuve debajo de una ventana. De allí procedía la voz. Como no quedaba muy elevada del suelo fui escalando ayudándome de los salientes de la pared hasta que me quedé encaramado en la repisa de la ventana viendo cómo una madre arrullaba con su dulce voz a un bebé de pocos meses en una mecedora. La mujer estaba de espaldas a la ventana, por lo que no pude verle la cara, pero cuando vi cómo me miraba la criatura con sus vivaces ojos grises me dio un vuelco el corazón; era Alexa. En ese momento se escuchó un estruendo en las puertas del monasterio que provocó los llantos del bebé. ¡Apofis había irrumpido en el monasterio! La mujer salió a toda prisa de la habitación con el bebé en brazos y fui tras ellas recorriendo

un estrecho corredor. Luego abandonaron el templo por la puerta de atrás, pero antes de que pudiera alcanzarlas ya se habían desvanecido al atravesar un umbral dimensional que la misteriosa mujer había hecho aparecer en el muro. Sin pensármelo dos veces, abrí la puerta con la perla negra y ¡cuán fue mi sorpresa! cuando aparecí a los pies de las esfinges arqueras que protegían el mundo de Antón. Vi cómo la mujer se alejaba escaleras arriba y allí finalicé mi persecución, pues ya sabía cómo concluía aquella historia. En aquel sueño se rememoraba el día en que la madre de Alexa la dejó bajo el protectorado de Antón para ponerla a salvo de Apofis.

Mi incursión en los sueños de Alexa había abierto un sinfín de interrogantes, que se me antojaban de difícil solución y de impredecibles consecuencias. Esta vez cambié mi estrategia de búsqueda, pues lo que quería era encontrar a mi compañera. Así que, cerré los ojos y me dejé guiar por mi luz interior.

El sonido de la mar golpeando contra un espigón me devolvió a la realidad y vi a Alexa sentada en una roca contemplando la inmensidad del océano.

—¡Por fin logro dar contigo! —exclamé captando su atención.

Alexa me miró y pude ver el rastro que había dejado unas lágrimas en sus mejillas, pero no respondió y volvió a enviar la mirada hacia el lejano horizonte. La expresión de su cara había cambiado, como si las experiencias que había vivido en aquel mundo hubieran abierto un abismo en lo más profundo de su ser. Me senté a su lado y busqué el contacto de su mano. Alexa me abrazó y rompió a llorar. La consolé entre mis brazos hasta que poco a poco comenzaron a cesar sus sollozos.

—Gracias por venir a buscarme, Gabriel. Pensé que me quedaría atrapada en esta sinrazón de mundo al que he venido a parar —añadió, con un hilillo de voz.

—Me lo has puesto fácil, pequeña. Si tu pensamiento no hubiera estado buscando al mío me habría resultado casi imposible encontrarte entre tus sueños —le confesé mientras le acariciaba el pelo.

—¿Así que esto es tan solo un sueño? —suspiró mientras extraviaba la mirada entre las encrespadas olas de la mar.

—Estar en la dimensión de los sueños no implica estar soñando. Tú y yo somos reales, créeme —le confesé.

—Pues he visto y sentido cosas que me han hecho reflexionar sobre los misterios que envuelven mi vida. He presentido a mi madre. Y esta vez, muy

cerca de mí —concretó emocionada—. También he viajado por mundos desconocidos y he percibido extraños poderes que se buscan y se rechazan al mismo tiempo. ¿Gabriel..., quién soy? —me inquirió alzando la mirada.

—Eso no importa, Alexa. Ni lo que fuimos ni lo que seremos..., solo importa lo que somos ahora —aludí, sabiendo que aquella era una lección que debía aplicarme a mí mismo—. Y ahora somos una familia que no estará completa hasta que hayamos encontrado a Hugo.

El rumor de la mar nos acarició con su salvaje cadencia. Había llegado el momento de ir a buscar a nuestro compañero y le enseñé el reloj de las Arenas del tiempo.

—¡Lo conseguiste! —comentó, sonriente, mientras se secaba las lágrimas con las mangas de la camisa.

—Gracias a él te he podido encontrar —aseveré levantándome de la roca.

—¿Y Ángelus...? ¿Qué pasó con él?

No pude reprimir sentir un profundo vacío en las entrañas.

—Ya te contaré esa historia cuando volvamos a estar juntos los tres —alegué sabiendo que nunca podría cicatrizar esa herida que se había abierto en mi corazón—. ¿Estás preparada? —le pregunté mientras la ayudaba a levantarse de la roca.

Alexa asintió y puse el reloj en marcha. No hizo falta que le dijera lo que debía hacer porque formábamos un único ser. Cerramos los ojos y en unos instantes nos perdimos entre las arenas del tiempo.

6

Aparecimos en la plaza de un pueblo por la que erraban en silencio un buen número de seres de mirada vacía. Los edificios, las calles y hasta los árboles eran grises, por no contar con la mortecina luz que se proyectaba desde el ceniciento cielo y que no hacía más que ensombrecer el, ya de por sí, deprimente ambiente.

Sonó una campanada y al mirar al reloj de la torre descubrí que carecía de manecillas.

—¿Dónde estamos? —me preguntó Alexa, mirando de reojo a los seres errabundos.

—En el lugar dónde vienen a parar los recuerdos extraviados; la dimensión del olvido —comenté preocupado.

—¿Y qué les pasa a esas personas? —advirtió Alexa mirándolos con temor.

—Que fueron tan necias viniendo a desprenderse de aquello que no les interesaba recordar que ahora se han quedado atrapadas en este mundo al no quedarles ni un solo recuerdo que les permita regresar —le expliqué—. Quien entra en este lugar debe pagar con sus recuerdos y si los agotas todos...

Alexa se me agarró del brazo cuando uno de aquellos infelices se le acercó con el rostro desencajado.

—¡Marchaos de aquí si no queréis ser víctimas del Insaciable! Si percibe vuestra presencia os llamará a su palacio y os absorberá todos los..., ¿cómo se llaman?

—¿Recuerdos? —adiviné.

—¡Eso! —exclamó con una inquietante mirada—. A mí ya me ha robado casi todos, pero no conseguirá quitarme uno, mi nombre. Si un día me olvido de él habrá terminado mi vida y me convertiré en uno de ellos —dijo señalando a los seres que caminaban por la plaza.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Alexa.

—Jorge, me llamo Jorge —respondió aceleradamente.

—¿Y por qué no huyes de este lugar?

Alexa parecía angustiada.

—¡Porque no sé adónde ir! —respondió antes de alejarse sin dejar de pronunciar su nombre.

—Tendremos que ir al palacio del señor Insaciable. Quizá Hugo esté allí —le sugerí al no percibir la presencia de nuestro compañero allí.

Tomé a Alexa del brazo y nos alejamos de la plaza, pero no habíamos andado ni cien metros cuando se paró en seco y me preguntó preocupada:

—¿Cómo te llamas? ¡Ya no lo recuerdo!

Apremié a mi compañera a apretar el paso y salimos de la villa por una avenida siguiendo el rastro de unos desventurados que caminaban en fila india y con un rumbo fijo. «“¿Les habrá llamado el señor Insaciable?”», especulé mientras avanzaba lo más deprisa que me permitía Alexa. En poco tiempo dejamos atrás al último grupo al que habíamos dado caza y mientras subíamos por una pendiente me percaté de que el efecto que estaba produciendo la dimensión del olvido en mi compañera era demoledor. Apenas hablaba y su semblante se estaba tornando cada vez más ausente. Sin embargo, yo no era consciente de tener menos recuerdos de los que tenía cuando entré. Y eso me tenía sumamente intrigado.

Súbitamente, mientras discurríamos cerca de un cenagal, Alexa me sorprendió tomando la iniciativa en la marcha. Aceleró tanto el paso, que tuve que esforzarme para no quedarme a la zaga, y solo logré alcanzarla cuando se detuvo en lo alto de una loma mirando hacia el frente como un fantasma. Delante de nosotros se avistaba el palacio del Insaciable. Era un edificio austero, de formas redondeadas, totalmente blanco y con una cúpula central acristalada.

Tuve que tirar de Alexa para que descendiera por el camino que conducía al palacio y para llegar a la puerta tuvimos que ir sorteando a los mucho seres errabundos que formaban una triste procesión. Entre ellos no encontramos a Hugo por lo que supuse que nuestro compañero debía hallarse en su interior.

La puerta estaba cerrada y, tras picar varias veces sin obtener respuesta, intenté forzarla a empujones. Los goznes cedieron y la puerta se abrió un poco, aunque se quedó atrancada en el suelo.

—Alexa, ¡ayúdame a abrir la puerta! —le grité. Pero ella ya se había unido al desfile de espectros. Corrí a su lado y la obligué a mirarme a los ojos—. Por favor, Alexa, lucha contra la fuerza que absorbe tus recuerdos. ¡No me puedes fallar ahora! —dije zarandeándola—. ¿Recuerdas a Hugo?

Afortunadamente pareció reaccionar ante aquel nombre y logré que me

acompañara. Entre los dos conseguimos abrir la puerta y entrar en el palacio sin que nadie nos impidiera el paso. Recorrimos los corredores hasta que llegamos a un pasillo que moría en una puerta que estaba entreabierta. En su interior percibí la energía de mi amigo.

Nada más traspasar el umbral vi a Hugo sentado sobre un butacón, aunque no pude verle la cara porque estaba de espaldas a la puerta. La habitación era muy luminosa, gracias a unos ventanales que había en la fachada, y parecía un despacho de audiencias, a juzgar por los sillones, divanes y sillas, colocados alrededor de un impoluto escritorio.

—¿Te encuentras bien, Hugo? —le pregunté desde la puerta.

Hugo giró la cara al escuchar mi voz y cuando le vi el semblante tuve la certeza de que había llegado tarde. Alexa pasó por mi lado como una sombra y se sentó en una silla con la mirada ausente.

Con la impresión no me di cuenta de que había un diminuto ser observándome desde un rincón hasta que se movió y pasó por delante de uno de los ventanales. Era un hombrecillo gris, de pelo gris, mirada gris, tez gris, que vestía totalmente de gris y que no pudo contener su gris y apagada sonrisa mientras se me acercaba con un paso gris.

—Nunca creí que llegaría el día en que estaría delante de alguien que no ha perdido ni un solo recuerdo desde que entró en mis dominios. ¿A quién debo ese honor? —dijo con una musical vocecilla.

—No estoy para cumplidos ni para perder el tiempo con un ser tan... —En ese momento me di cuenta de que no sabía cómo definirlo. Finalmente utilicé el primer término que me motivó su irritante presencia—. Tan despreciable como tú.

—¡Oh! —se limitó a decir con una apagada sonrisa—. Pero ¿a qué viene esa actitud tan beligerante?

—¿No eres tú el causante de esta barbarie, señor Insaciable? —le solté irritado—. Pues ya le estás devolviendo los recuerdos a mis amigos o...

—¿O qué? —terció el hombrecillo gris apoyándose sobre una pata del escritorio—. Quiero que sepas que estoy tan desconcertado como tú, querido. ¿Quién me iba a decir que un día iba a tener delante de mí a un ser, digamos..., tan humano? Aunque debo admitir que esta circunstancia me excita y preocupa a partes iguales —declaró con un ceniciento semblante—. Desde que has entrado a mi mundo lo único que he podido sacar en claro de ti es la conexión que te une a él —añadió mirando de reojo a Hugo—. Por esa razón ha tenido el privilegio de ser la primera persona a la que he recibido

hoy en mi palacio. Sabía que te atraería a mí.

Su apagada sonrisa se tornó, entonces, maliciosa.

—Pues ¡ya me tienes aquí! ¿Y qué quieres de mí? —le solté con impaciencia.

—¿A qué vienen tantas prisas? —comentó con su apagada voz—. Tan solo quiero conversar un rato contigo y saber algo más de ti. ¿No le vas a conceder este pequeño capricho a un ser tan solitario como yo?

—No tengo tiempo para perderlo con un tipejo como tú —le espeté—. Así que ya puedes devolverles sus recuerdos o no quedará ni una célula de tu tétrico cuerpo que no sufra el alcance de mi poder —me apresuré a decir.

No pareció que el regente de la dimensión gris del olvido se inmutara con mi, para nada, gris advertencia. De hecho, su silueta se volvió más cenicienta, sus ojos más plomizos, su tez más lánguida, su pose más parda y su sonrisa más macilenta.

Bordeó la mesa y se sentó de un salto encima de ella.

—Querido mío, en mi mundo hasta la magia queda absorbida por la energía que desprende el pozo del olvido —señaló moviendo las piernecillas con un nervioso vaivén—. ¿Por qué no te avienes a dialogar con un aburrido y melancólico viejo? No llegas a imaginarte lo tediosa que llega a ser mi tarea y, ¡quién sabe!, si consigues amenizarme un rato, quizás después...

El hombrecillo gris se me quedó mirando con una sagaz sonrisa.

—¿Quizás después..., qué? —repliqué.

—¿Qué tal si empezamos con las presentaciones? —añadió—. Me llamo Ken y ¿vosotros sois...?

—Me llamo Gabriel y mis amigos son Hugo y Alexa —añadí, aunque ellos ni se inmutaron—. ¿Qué debo hacer para que accedas a devolverle los recuerdos? —comenté en tono conciliador.

El hombrecillo me convidó a tomar asiento en un sillón, pero decliné su ofrecimiento.

—Me temo que no puedo complacerte, maese Gabriel —señaló acariciándose el mentón con sus huesudos dedos.

—¡Pero si acabas de insinuarme que...!

—Perdona si me he explicado mal, debe ser por la falta de costumbre —intervino sin perder la compostura—. Lo que pretendía decirte es que sois libres de marchar cuando queráis. De hecho, la mayoría de los que has visto afuera siguen morando en sus mustios mundos y solo vienen aquí para dejar todo aquello que les hace recordar lo insignificantes que son sus vidas. Pero

yo no puedo devolverles los recuerdos.

—¡No puede ser! Seguro que debe haber algo que se pueda hacer, ¿no? — dije, casi suplicándole.

El triste señor del olvido añadió, a su ya deslucida estampa, un pesimista gesto que aplacó, si cabe más, su apagada actitud.

—Mi querido Gabriel, creo que debes ir haciéndote a la idea de que para tus amigos ya no hay esperanza. Todos los recuerdos que entran en el pozo del olvido se quedan allí —apuntó con un suspiro—. Ni yo mismo me atrevería asomar la nariz en esa infernal sima de frustraciones y fracasos.

—Entonces no hay nada más que hablar. Iría al mismísimo infierno a buscar sus recuerdos —aseveré dirigiéndome hacia la puerta—. ¿Dónde está el pozo del olvido, Ken?

Giré la cabeza pero el hombrecillo ya no estaba allí.

—¡Eso sería un suicidio, maese Gabriel! —me advirtió justo delante de mí. Me estaba barrando el paso con los brazos en cruz y parecía estar, de veras, preocupado—. Existe otra manera de recuperar sus recuerdos —se apresuró a decir.

«*“Así que te estabas marcando un farol. ¿Qué tendrás entre manos, hombrecillo de la triste figura?”*», cavilé sin quietarle el ojo.

—¿De qué se trata?

Ken comenzó a frotarse las manos cuando advirtió que le estaba observando.

—Te propongo un juego. ¡Me encanta jugar! —exclamó, con una ridícula vocecilla.

—¿Crees que estoy para juegos? —bramé.

—Sí, si lo que está en juego son sus recuerdos —replicó con una sagaz mirada—. Si accedes a jugar, tal vez pueda rescatar sus recuerdos del pozo del olvido. ¿Qué dices, maese Gabriel? ¿Juegas conmigo?

El hombrecillo me tenía en sus manos y lo sabía.

—¿De qué se trata? —le pregunté.

El regente del olvido se dirigió hacia el escritorio y se sentó de un salto encima de él. Luego me hizo un gesto para que me aproximara.

—Anhelo descubrir qué esconden tus recuerdos, porque sé que valen más que todos los que poseo juntos. Si resulto vencedor en el juego —prosiguió—, me los darás libremente y pasarás a formar parte de mi mundo, igual que ellos lo son ahora. Pero si me ganas les devolveré todos y cada uno de los recuerdos que han cedido, pues estos aún están frescos y no tendré

demasiadas dificultades para extraerlos del pozo del olvido.

—Hace un momento afirmabas que ni tú te atreverías a descender a esa poza —le recordé—. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Todo el mundo esconde algún secreto... ¿Tú no? —comentó encogido en su mustio cuerpecillo— ¿Te hace el trato?

—¿Me queda otra opción? —suspiré.

El hombrecillo sonrió.

—¡No pongas esa cara, hombre! No estoy acostumbrado a jugar y seguro que seré presa fácil de tu pericia —comentó con una falsa modestia.

—A lo que no estás acostumbrado es a perder —le corregí. Sabía que él jugaba con ventaja, pero el tiempo apremiaba y no deseaba perder ni un minuto más en aquel funesto lugar—. ¿Qué juego propones?

El individuo se revolvió en la mesa y balanceó sus piernecillas nerviosamente.

—Es muy sencillo. Cada cual le planteará una pregunta a su adversario y el que no sepa responderla perderá la apuesta.

—¿Qué clase de preguntas están permitidas?

—No pondremos límites en ese aspecto.

Parecía que su enjuta figura se estaba acrecentando por momentos.

—Y en caso de empate, ¿quién ganará el juego? —le inquirí, pues no deseaba dejar cabos sueltos.

—Estás en mi casa, maese Gabriel. En caso de empate tú resultarás vencedor —resolvió con la seguridad del que se sabe ganador.

Miré a mis amigos y decidí aceptar su oferta.

—¡Está bien! ¿Cuál es tu pregunta?

—El huésped primero... ¡Faltaría más!

Estuve reflexionando durante un buen rato sobre qué preguntarle a alguien que tiene en su mano todos los recuerdos extraviados. La elección era compleja. Finalmente decidí apostar por una cuestión personal que ni yo mismo sabía resolver.

El hombrecillo gris esperaba mi pregunta mirándome ansiosamente desde la mesa. «*No voy a darte el gusto de ponértelo fácil. ¡Veamos qué tal soportas la presión!*»», medité mientras aparcaba la pregunta para realizar una inspección de todo lo que me rodeaba, comenzando por mi ilustre anfitrión. En toda su fisionomía, a parte de su traje gris, no llevaba ni anillos ni pulseras ni corbata ni un triste pañuelo... ¡Nada que rompiera su monótona estampa! Y lo mismo ocurría con la sala de audiencias; paredes sin cuadros, estantes sin libros, ventanas sin cortinas ni persianas ni visillos, muebles sin atavíos ni retratos ni utensilios. Era como si todo lo que debiera haber estado en su despacho hubiera caído, también, en el pozo del olvido. Hasta él parecía haberse mimetizado con su entorno, pues cuando volví a mirarle me costó reconocerle sentado en su escritorio.

—Cuando gustéis, maese Gabriel. Soy todo oídos —señaló sonriente.

Tomé asiento en un sillón y le pregunté:

—¿Quién soy yo?

Lógicamente, la respuesta para aquel interrogante no era tan evidente como para decir mi nombre y él lo sabía. Pero nada varió en su pose de estatua. El hombrecillo gris parecía haberse esporulado en sí mismo para abstraerse de todo lo que pudiera interferir en su concentración. No sabría decir cuánto tiempo pasó en aquella posición, pues en la habitación, por no haber, no había ni un triste reloj, pero después de una larga espera y como si un árbol cobrara vida, comenzó a desperezarse emitiendo un chirriante ruido.

—Me lo has puesto muy difícil, maese Gabriel, pero ya tengo la solución —afirmó levantándose un escalofrío.

—Y bien. ¿Cómo se resuelve este enigma? —señalé intentando mostrarme tranquilo.

—Mi querido Gabriel. No seas tan impaciente y deja que este pobre viejo

se regocije en sus argumentos —alegó con una macilenta sonrisa—. Es curioso que me hayas preguntado algo que, en el fondo, ni tú mismo sabes, pero eso no ha hecho más que incitar mi motivación. No sabes quién eres y eres inmune a la voracidad del olvido. ¿Quién puede poseer tales atributos? Fácil pero a la vez compleja solución —advirtió con intriga—. O no tiene recuerdos o bien..., carece de alma —musitó buscando en mi rostro una reacción que no halló.

—No eres el primero que emite ese diagnóstico —repliqué—. Pero está incompleto, así que...

—No me has dejado acabar, maese Gabriel —terció el hombrecillo gris con una sagaz mirada—. Un ser sin alma es como una casa sin puerta o un río sin cauce —prosiguió—, inaccesible e intransitable a la vez. Sin alma no se puede abrir la puerta que da acceso a los recuerdos y, por ende, estos tampoco pueden fluir quedándose estancados en la mente; protegidos del olvido pero atrapados al mismo tiempo. Gabriel, te diré quién eres —dijo clavándome las pupilas—. Un ser sin alma y sin pasado, o sea... ¡No eres nadie! —sentenció—. Creo que te he definido a la perfección, ¿no es así? —concluyó el hombrecillo gris mostrando unos cincientos dientes tras la sonrisa.

—¡No, no es así! —protesté sintiéndome estafado con su dictamen.

—¿Qué no es así, maese Gabriel? —objetó con los ojos encendidos—. Tu pregunta, literalmente, era “¿quién soy yo?”. En ningún caso especificaste nada más. ¡Y en este momento y en este lugar eres un ser sin alma y sin pasado, y eso es una realidad que no admite discusión! Lo que fuiste en un pasado o lo que se esconde tras tus recuerdos no se explicitaba en el planteamiento de la pregunta. Lo siento, pero debes admitir que he acertado en mi juicio —aseveró.

Ahugué una contraréplica, pues sabía que el hombrecillo tenía razón y me lamenté de no haberme tomado más tiempo elaborando mi pregunta. Pero la vida de mis compañeros estaban en juego y no iba a darme por vencido. El señor del olvido podía haberme ganado el lance. ¡Pero no la partida!

—¡Suelta tu pregunta! —señalé, todavía enfadado conmigo mismo.

Me dio la sensación de que el hombrecillo gris había aumentado de estatura y tenía una apariencia rejuvenecida.

—Por deferencia a mi ilustre huésped, me he tomado la osadía de escoger tu misma pregunta —anunció dejándome tieso de la impresión—. ¿Quién soy yo?

«“*¡Aquí hay gato encerrado!*”», fue lo primero que pensé. Pero detrás de aquella inesperada pregunta había una inteligencia que superaba a todas las que había conocido hasta entonces. Había optado por plantearme una pregunta que, por un lado, buscaba sorprenderme y, a la vez, desconcertarme. Y por desgracia, había conseguido ambas cosas.

Como no había ninguna regla referente al tiempo que podíamos utilizar en desvelar el enigma, me acomodé en el sofá e intenté aislarme de todo lo que había a mi alrededor. Se me resistió el astuto hombrecillo gris, pero una vez lo hube apartado de mis sentidos, me dejé llevar por mi intuición.

Lo primero que apareció en mi mente fue el reloj de las Arenas del tiempo, al que me fui acercando hasta que me introduje en su interior y comencé a andar por la arena de una laguna de aguas turquesas contemplando el espectáculo que ofrecían el sol y la luna brillando en el cielo azul. «“*Aquí están representados los cuatro elementos*”», pensé intrigado. Entonces vi una sombra oscilar entre los dos astros y descubrí que era un enorme péndulo que se precipitaba sobre mí. Y con aquella imagen retorné a la realidad.

Respiré profundamente y comencé a analizar detenidamente los datos que disponía. «“*¿Qué relación puede tener el hombrecillo gris con los cuatro elementos?*”», cavilé. A priori ninguna, pero no podía quedarme en lo superficial si quería solucionar aquel enigma. Para descubrir quién era mi insigne anfitrión tenía que centrarme en algo mucho más sutil y al mismo tiempo esencial; el concepto.

Empecé a relacionar los cuatro elementos con el péndulo y el hombrecillo gris y llegué a la conclusión de que había una norma que todos cumplían; formaban parte de un ciclo. El aceite de luna y la luz imperecedera representaban el ciclo de la noche y el día. El elixir de la vida y el reloj de las Arenas del tiempo, el ciclo del nacimiento y de la muerte. Y entre el péndulo y el hombrecillo gris, la relación era obvia, el primero encarnaba el tiempo y el segundo su consecuencia; el olvido. «“*¿Y qué son los recuerdos, sino un puente entre el presente y el pasado?*”», cavilé eufórico. ¡Ya lo tenía!

Miré al hombrecillo gris y este leyó en mis ojos que había hallado la respuesta.

—Tú eres la llave que abre el paso al tiempo confiriéndole coherencia — dije iniciando mi discurso—. Tú complementas al tiempo, como el tiempo te complementa a ti, y por esa razón apareció en mi mente un péndulo, ¡sin más! Cuando este oscila solo necesita de tu existencia para crearlo todo. Y la consecuencia de vuestro hacer es el olvido, pues te alimentas de los recuerdos

que se van creando con el paso del tiempo. Porque el tiempo y tú sois las dos caras de una misma moneda y ambos deberéis seguir, por siempre, unidos en el perpetuo ciclo del espacio-tiempo —argumenté antes de hacer una pausa para recrearme en la culminación de mi respuesta—. Si Chronos es el guardián del tiempo, tú eres Ken, el guardián del espacio.

En su rostro no había lugar para el enojo o la frustración. El señor de la cienicienta figura aceptaba el resultado del juego con la dignidad de un buen jugador.

—¡Has acertado, Gabriel! Me has definido a la perfección y eres merecedor de ganar la apuesta. Podéis salir de mi mundo con vuestros recuerdos —afirmó el guardián del espacio tocando las cabezas de mis compañeros—. Ha sido un placer haberte conocido y espero que me recuerdes cuando te reencuentres con tu alma. Aunque supongo que al final del camino nos volveremos a ver.

La alegría que emergió de mi corazón cuando Alexa y Hugo recuperaron sus recuerdos fue indescriptible. Nos fundimos en un abrazo que resumía la felicidad que nos producía aquel reencuentro.

Las risas y el gozo, por primera y última vez, tiñeron de color el triste palacio del Olvido. Un golpecito en la espalda, reclamó mi atención.

—Debéis marcharos ya —nos advirtió el hombrecillo gris—. A mí me queda mucho trabajo por hacer y el tiempo no se detiene —bromeó con una pícara sonrisa.

Nada más extraer la perla negra del bolsillo se abrió una puerta dimensional delante de nosotros. Mis amigos no tenían la menor intención de pasar más tiempo en aquel lugar y rápidamente se perdieron tras el umbral. Pero cuando miré hacia atrás para despedirme ya había desaparecido el hombrecillo gris.

«*Intentaré no olvidarte jamás, maese Ken*», susurré sonriente.

Y con una sonrisa, crucé la puerta y dejé atrás la dimensión del olvido.

Después de haber superado tantos peligros, sinsabores y adversidades la perla negra nos llevó al salón de Horus del templo de Seth. Me hallaba al límite de mis fuerzas físicas y mentales, pero feliz por haber culminado nuestra meta de la mejor manera posible. En ese momento fui consciente de lo cerca que estaba de acceder a los misterios del manuscrito de Ceres y me embargó la emoción.

Mis compañeros estaban tan agotados que estiraron sus sacos al suelo y se echaron a dormir. Y yo aproveché ese momento para anotar en el diario los últimos acontecimientos mientras me fumaba una pipa. Nada más guardar el diario me entró una súbita somnolencia y tuve un extraño presentimiento. Las sensaciones que me llegaban desde Onírica no eran demasiado alentadoras, pero sabía que no podía faltar a aquella llamada. Me estiré en el suelo y nada más relajarme me quedé profundamente dormido.

El sueño me transportó al pie de un camino que había en la linde de un bosque. El cielo estaba plomizo y olía a tierra mojada, pero había una luminosidad que realzaba los colores del monte. «¡Hola, Gabriel!», escuché una voz procedente de un sendero que emergía del bosque. Esperé al pie del camino a que apareciera la silueta de Esperanza y, como sospechaba, nada más verla supe que no era portadora de buenas noticias. «Hola, cariño, hace ya mucho tiempo que no tenía noticias tuyas», comenté cuando la tuve a mi lado. Esperanza se echó a mis brazos y después me besó. «Lo sé, mi amor, pero las cosas se están complicando y esta será la última vez que acuda a tus sueños», advirtió con una congestionada mirada. «Ahora es Apofis el que vigila personalmente mis movimientos, pero me he arriesgado a venir a verte porque debo contarte cosas importantes. ¿Damos un paseo?».

Esperanza se colgó de mi brazo y descendimos por una vereda que bordeaba un estanque. «Tu misión en la Tierra está a punto de concluir, pero es preciso que afrontes este último tramo del camino con entereza, pues te exigirá realizar grandes sacrificios y tendrás que actuar anteponiendo la responsabilidad al corazón», anunció con misterio. Amor mío, es preciso que

prepara a tus compañeros para que sean tus ojos, tu voz y tu fuerza cuando tú no puedas estar con ellos. Ese será el precio que tendrás que pagar para conocer la verdad y cuanto antes lo asumas menor será el dolor que te producirá la despedida», aseveró dejándome sin aliento. «Esperanza, no entiendo lo que me estás insinuando», repliqué angustiado. «Debes completarte como ser, amor mío, pero ese camino tienes que recorrerlo solo. Sus vidas son demasiado valiosas como para arriesgarlas llevándotelas contigo... ¿Confías en mí?», me preguntó mirándome fijamente a los ojos. «Dejaría mi vida en tus manos, cariño», me apresuré a decir. «Pues entonces hazme caso y confía también en ellos. Todavía les queda una importante misión por cumplir; reunificar a las fuerzas de la Luz para aunar un poderoso ejército con el que acudir a la guerra. Y para hacerlo tendrán que interpretar las señales que les dejaron los dioses», me reveló. «¿Y si yo fracaso?», le pregunté con un nudo en el corazón. Esperanza se detuvo y me miró a los ojos. «Cuando estés preparado para enfrentarte a Apofis no fallarás, ¡estoy completamente convencida de ello!», señaló besándome tiernamente en los labios.

«¿Por qué tiene que ser todo tan complejo ahora que estoy tan cerca de saber la verdad?», le pregunté mientras paseábamos por una avenida de castaños. «Porque el camino hacia la verdad no discurre siempre recto y, a menudo, esa verdad nos muestra su parte más amarga. Pero ¿por qué me lo preguntas?». A ella no podía ocultarle lo que había descubierto en el templo de Seth. «Sé que no va a gustarte lo que vas a oír, amor mío, pero debo confesarte que tengo un hijo fruto de mi relación con una mujer a la que amé en la Tierra», le confesé. Me extrañó no percibir sorpresa en su mirada. «¿Lo sabías?», le pregunté, casi temblando. Esperanza asintió y pasó su brazo por mi cintura. «¿Y por qué no percibo alegría en tu corazón?», me preguntó apenada. Tuve que detener el paseo para poder responder. «Porque mi hijo sucumbió al Caos convirtiéndose en el señor Oscuro... ¡Ángelus, es mi hijo!», le desvelé. Entonces le conté mi encuentro con el señor Oscuro en el templo de Seth y lo que había sucedido cuando le ofrecí la oportunidad de redimirse. «¿Así que es eso lo que te reconcome por dentro?», comentó con una cómplice mirada. «Pues no debes martirizarte por haber hecho lo que tenías que hacer. ¿Y quién sabe? Quizá algún día consiga encauzar su camino y pueda perdonarse a sí mismo. ¡No pierdas la esperanza de recuperar a tu hijo, Gabriel!, me advirtió. «¿Y tú...?», señalé. «¿Podrás perdonarme alguna vez?». Me respondió con un beso.

«*Ha llegado el momento de despedirnos*», dijo en cuanto se separaron nuestros labios. «*Debo irme, pero quiero que sepas que te amo y que estaré muy cerca de ti, por muy lejos y perdido que puedas sentirte. Déjate guiar por tu corazón y este te llevará a mí*».

Cuando Esperanza se separó de mí me regaló una última sonrisa. «*Te amo... ¡No faltaré a nuestra cita!*», susurré mientras la veía marchar.

Cuando desperté, mis amigos todavía dormían. Me levanté y deambulé por la cámara contemplando el arte contenido en aquellas pinturas, que mezclaban lo místico con lo mágico y que desvelaban la realidad de un pasado que el tiempo se había encargado de borrar.

Un ligero roce en mi espalda me despabiló de mi ostracismo y al girarme me encontré con la mirada de Alexa.

—Buenos días, Gabriel, si es que lo son.

—Lo son —dije esbozando una sonrisa—. ¿Y Hugo, sigue durmiendo?

—Creo que se acaba de despertar —señaló al tiempo en que se resonaba un sonoro bostezo en la sala—. ¿Y a ti qué te pasa? ¡Huy!, tú has tenido un sueño revelador, ¿verdad?

La sombra de una despedida no deseada debía estar muy presente en mi semblante.

—¿Qué te hace pensar eso, Alexa? Será el cansancio y la falta de alimentos —disimulé dando unas palmadas—. Por cierto, ¿no tenéis hambre?

Mientras desayunábamos les relaté lo que había sucedido durante el tiempo que estuvimos separados. Sentí el calor de la amistad cuando les desvelé que Ángelus era mi hijo y cual había sido el destino de mi esposa, aunque sus sinceras muestras de cariño no hacían más que recordarme lo amarga que sería nuestra despedida. Después hice aparecer los cuatro elementos y la alegría que nos produjo contemplarlos me ayudó a diluir la desazón que me producía tener que enfrentarme a los muchos interrogantes que acechaban en nuestro camino.

Se acercaba el final de un ciclo y eso significaba que se iniciaría una época de cambios que deberíamos afrontar con valor y responsabilidad.

«*“Pero ¿sería yo capaz de hacerlo?”*».

CAPÍTULO 7.

EL FINAL DEL PRINCIPIO.



“En los detalles más insignificantes se encuentra la llave de la felicidad”.

1

Salimos del templo de Horus a pleno mediodía. Hacía tanta calor y era tan asfixiante la humedad, que ni a la sombra hallábamos un respiro, por lo que decidimos buscar algún lugar dónde refrescarnos. Dejamos a Alexa bañándose en un estanque que encontramos cerca del monolito y nosotros nos adentramos en la espesura hasta que dimos con una laguna alimentada por una cascada.

Estuvimos un buen rato a remojo y cuando desterramos el calor salimos del agua con la intención de preparar algo de comer antes de iniciar el camino de vuelta al monasterio de Antón. Nos mudamos de ropa y recorrimos el corto trayecto que nos separaba del estanque dónde habíamos dejado a Alexa, pero al llegar no la encontramos allí. Estaban las mochilas, pero no sus ropas, por lo que supusimos que se habría ido a dar una vuelta por el vergel. Pero en ese momento me asaltó un oscuro presentimiento que me puso en alerta.

—Hugo, creo que a Alexa le ha pasado algo raro. ¡Salgamos a buscarla! — le insté.

Nos separamos y mientras Hugo inspeccionaba la zona limítrofe con el desierto yo lo hacía adentrándome entre la vegetación. No daba abasto secándome el sudor que me caía a chorro por la frente y el cuello, aunque lo que más me preocupaba era no percibir ni rastro de mi compañera. Afortunadamente no tardé en recibir un tranquilizador mensaje de Hugo.

«*!Gabriel, ya la he encontrado!*».

Me reuní con mis compañeros en una vereda que lindaba con las dunas del desierto y al ver a Alexa, recostada sobre el tronco de una palmera en estado de trance, casi me desmayo.

—¿Qué le ha pasado? —le pregunté a Hugo, que estaba de cuclillas refrescándole la frente con un pañuelo húmedo.

—No lo sé... Cuando he llegado ya estaba así —respondió con gesto de preocupación.

Súbitamente, Alexa abrió los ojos y se incorporó con la cara desencajada. Hugo la tomó entre los brazos e intentó consolarla cuando comenzó a llorar. «*¿Qué te habrá pasado, pequeña?*»», pensé mientras me arrodillaba al lado

de mis amigos.

Poco a poco, se fueron apagando los sollozos y en cuanto se tranquilizó, Alexa nos contó lo que le había sucedido.

«Recuerdo que salí del estanque y que después de vestirme me estiré en la hierba para esperar vuestro regreso. Pero debí quedarme dormida, pues soñé que era un bebé y me encontraba tendida en una cuna mirando hacia un alto techo. Me incorporé, ayudándome de los barrotes, y descubrí que me hallaba en una habitación exquisitamente amueblada. A un lado tenía un ventanal que filtraba una luz mortecina, pero más allá del cristal no podía verse nada al estar todo cubierto por una espesa niebla. Entonces escuché unos pasos que se acercaban hacia la puerta y del susto me caí para atrás. Me quedé muy quieta cuando se abrió la puerta y escuché una ronca voz que advertía: «Tienes media hora para darle de comer ¡ni un minuto más!». Cerraron la puerta de un portazo y escuché cómo se aproximaban unos apresurados pasos a la cuna. ¡No podéis imaginaros lo que sentí cuando contemplé el rostro de mi madre! Tenía los ojos del azul del cielo y desprendían más amor del que yo era capaz de asimilar. Me alzó entre sus brazos y me agasajó a caricias y besos. Luego me cambió el pañal y me amamantó cantándome una nana. ¡No podía sentirme más feliz estando bajo su arrullo! Pero aquel mágico momento se truncó cuando abrieron la puerta y unas voces la apremiaron a abandonar la habitación. Mi madre me apretó fuertemente contra el pecho y me susurró; «Pronto vendrán a por ti, mi niña, y jamás volverás a vivir entre las tinieblas». Después me dejó en la cuna y, deshaciéndose en lágrimas, se alejó diciéndome adiós con la mano».

Alexa tenía la mirada perdida y todavía tiritaba de emoción cuando concluyó el relato.

—¿Recuerdas dónde os encontrabais? —le preguntó Hugo.

Ella negó con la cabeza.

—Yo lo sé... —dije captando la atención de mis compañeros—. Vi cómo te rescataban de ese lugar cuando fui a buscarte a la dimensión de los sueños. Y si quieres —comenté tomándola por las manos—, te ayudaré a encontrar a tu madre llevándote allí.

—¿Harías eso por mí...? —susurró emocionada.

—Y si no hace lo llevo a rastras —irrumpió Hugo con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Y adónde tendremos que ir, patas largas?

—Al palacio del Caos, amigo mío —le desvelé, haciéndole palidecer.

—¿Y qué hacíamos mi madre y yo allí? —me preguntó Alexa mordiéndose los labios.

Desmantelada la hipótesis de que Alexa había huido junto a su madre de la dimensión del Fuego, solo me quedaba una teoría.

—Creo que Apofis debió tomaros como rehenes para realizar algún valioso intercambio, pues no estabais confinadas en las mazmorras, sino en los lujosos aposentos del palacio del Caos. Pero alguien muy poderoso se adelantó a sus planes rescatándote —le expliqué poniendo mis pensamientos en la misteriosa mujer que había visto en sus sueños—. Por desgracia, Apofis debió descubrir el plan y tu rescatadora no pudo liberaros a las dos —vaticiné con todo mi pesar.

—Entonces, mi madre... —suspiró Alexa con el rostro compungido.

—No adelantemos acontecimientos, pequeña —la alenté—. Sé que las posibilidades de hallarla con vida son mínimas, pero lo intentaremos, de todos modos. Y en el peor de los casos —señalé con una dulce mirada—, merece ser rescatada de las tinieblas para poder descansar en un lugar pleno de luz.

Alexa bajó la mirada con resignación.

—¡Anímate, brujita, que la esperanza es lo último que se pierde! Y te lo digo por experiencia —advirtió Hugo con un guiño.

—Gracias a los dos —anunció emocionada—. Sé que retrasaré tus ansias de respuestas, Gabriel, pero no podría tener la conciencia tranquila si no siguiera los designios de mi corazón.

«“¡Ese pensamiento te honra, mi querida Alexa!”», medité mientras ponía la mente en el palacio del Caos.

No dejaba de pensar en lo arriesgado que sería adentrarse en la dimensión del Fuego sin hacer una inspección previa del terreno y más sabiendo que Apofis había convocado a sus hermanos a un cónclave en el palacio del Caos. Todavía no estaba preparado para enfrentarme a él y mucho menos poniendo en riesgo la vida de mis compañeros. Dejé a Alexa y Hugo preparando la cena y busqué la tranquilidad las dunas para probar un invento que quizá pudiera funcionar.

Con la caída de la tarde se había levantado una agradable brisa y contemplar la inmensidad del desierto acariciado por las últimas luces del día era un espectáculo digno de ver. Me senté sobre un montículo y puse en marcha el reloj con la esperanza de percibir a través de él lo que ocurría en la dimensión del Fuego sin poner ni un solo pie allí. Era un plan arriesgado, pero no había otro.

Me concentré en las arenas del tiempo hasta que apareció el palacio del Caos y después me dejé llevar por los sentidos. Mi intelecto atravesó la barrera espacio-tiempo y aparecí en mitad de un valle iluminado por la macilenta luz que proyectaba un lucero desde un congestionado cielo. No poseía cuerpo, pero podía percibir con los sentidos todo lo que sucedía en aquel lugar. Me sorprendió no captar la esencia de Apofis y esa feliz circunstancia me aligeró el ánimo. Así que proyecté la mente y me moví por aquel mundo de tinieblas hasta que vi el palacio del Caos.

El palacio contaba con seis altos torreones amurallados y formaba parte de un entramado militar constituido por una majestuosa torre del homenaje, una alcazaba, una alta atalaya y cuatro torres que circundaban la ciudadela. Tenía una única puerta de entrada a la que se accedía a través de un puente de piedra que salvaba un río, que hacía de foso natural. Avancé atravesando la puerta y al acercarme al palacio percibí la turbadora presencia de Ángelus. «*¡Así que se ha quedado a su perro guardián protegiendo el castillo!*».

Expulsé de mi mente el poder del señor Oscuro y continué explorando la guarida de la quintaesencia del Caos sorprendido de que no hubiera ni un alma en todo el palacio. Pero cuando iba a abortar la incursión percibí una

tenue energía que me desconcertó. Atraído por aquel asombroso e inesperado hallazgo profundicé hasta las mazmorras y entonces no me quedó la menor duda; en aquel lugar brotaba una brizna de luz. «*Quizá no esté todo perdido*»», medité antes de realizar el viaje de regreso.

La experiencia me había dejado tan exhausto que me estiré sobre la arena para retomar el aliento.

—¿Qué has descubierto, Gabriel?

La voz de Alexa me sobresaltó. Estaba acompañada de Hugo y ambos me miraban con expectación. Les comenté lo que había averiguado en mis pesquisas, incluyendo lo que descubrí oculto en las mazmorras.

—No quisiera echar las campanas al vuelo —dije mirando a Alexa—, pero creo que todavía existe la posibilidad de encontrar con vida a tu madre.

—¿Y no te extraña que Apofis esté ausente? —me interrogó Hugo.

—Debe estar atareado rescatando a sus hermanos de las dimensiones del destierro —aventuré—. Pero el palacio no está desprotegido, amigo mío. Ángelus está de guardián en el castillo y no será nada fácil que pasemos inadvertidos a sus sentidos —advertí seriamente.

Alexa se sentó a mi lado en la arena y me comentó:

—¿Y qué vas a hacer si te encuentras con él?

—No contemplo esa posibilidad, Alexa. Creo que con la magia de la perla negra y del reloj de las Arenas del tiempo podremos llegar a las mazmorras y rescatar a tu madre antes de que el señor Oscuro sea consciente de nuestra incursión —aseveré quitándome la congoja—. ¿Estáis preparados para partir?

Nos paramos delante del monolito que marcaba la ubicación del templo de Seth y tras conectar la energía de la perla negra con el entramado espacio-tiempo se abrió una puerta dimensional que desprendía una fuerza que en un principio nos paralizó. Fue Alexa la que tomó la decisión de dar el primer paso y nos cogió de las manos a Hugo y a mí para atravesar juntos el umbral.

Nada más atravesar el umbral nos asaltó un aire cálido y húmedo que nos hacía muy difícil respirar. Comenzamos a caminar por una pedregosa senda hasta que avistamos el palacio del Caos.

—¡Qué lugar tan tétrico! —exclamó Alexa torciendo el gesto.

—Pues espérate a ver las mazmorras —pensó Hugo en voz alta, llevándose mi reprendedora mirada.

Una vez llegamos al puente, detuve la marcha y escruté con los sentidos más allá del umbral. Sabía que Ángelus estaba observándonos desde el

palacio, pero parecía no querer hacer ningún movimiento. «“¡Mejor así!”», pensé antes de sacar el reloj de las Arenas del tiempo.

—¿Qué vas a hacer? —me interrogó Hugo.

—Tomar un atajo que nos lleve directamente a las mazmorras —le comenté.

Hugo frunció los labios mientras se rascaba el mentón.

—Creo que deberías hablar con él, por lo menos, una última vez. ¡Es tu hijo...! —apuntó mirándome con sus ojos de tizón—. Y quizás entre en razones.

—No podemos arriesgarnos tanto, amigo mío, el señor del Caos es muy peligroso —alegué—. Además, no creo que sirva de nada.

—Hugo tiene razón, Gabriel. Yo también percibo la luz que tú presentiste, pero... no es de mi madre —auguró esbozando una resignada sonrisa—. Tal vez aún llegues a tiempo para salvar su alma.

Las palabras de mis compañeros avivaron la llama de la esperanza que aún perduraba en mi corazón y finalmente accedí a hacer un último intento. Busqué a Ángelus en el reloj y cuando lo vi cerré los ojos y lo puse en funcionamiento.

Aparecimos en un lujoso aposento, en el que había una magnífica biblioteca, un escritorio, un sofá con vistas a un ventanal y una cama con dosel. El señor Oscuro, que fumaba distraídamente sentado en el sofá, dio un respingo cuando nos vio surgir de la nada y se levantó mirándome desconcertado.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó tirando el cigarrillo al suelo.

—He venido a darte una última oportunidad de recuperar la cordura. Sé que todavía queda un halo de luz en tu alma, hijo mío y...

—¿Cómo te atreves a llamarme hijo? —atajó con una hiriente sonrisa—. ¿No te quedó claro quién era mi padre la última vez que nos vimos?

—¡Cuida tus palabras, mozuelo! —le espetó Hugo—. ¡Nadie debe hablarle así a su padre!

—¡Él no es mi padre! —se revolvió mostrando un desprecio hacia mi persona que me heló la sangre.

Ya no me quedaban más fuerzas para luchar, pero al sentir el tacto de las manos de Alexa me alentó a seguir intentándolo.

—¿No te das cuenta de que Apofis solo te utiliza para hacerme daño? —alegué mirándole fijamente a los ojos—. ¿Sabes lo que te hará cuando ya no le seas útil, verdad? —insistí—. Hijo mío, aún estás a tiempo de dejar de ser

su marioneta. Yo podría ayudarte a extirpar el odio que tienes enquistado en el corazón y juntos podríamos buscar el camino del perdón. ¿No crees que eso honraría la memoria de tu madre? —le inquirí mientras intentaba acariciarle el rostro.

Por un momento, Ángelus bajó la mirada y creí que era posible su redención. Pero cuando vi cómo alzaba la vista esbozando una sarcástica sonrisa supe que ya no había nada que hacer para recuperar a mi hijo.

—¿De verdad crees que ibas a convencerme regalándome los oídos con esas patrañas? —murmuró con odio—. ¿Quieres mi perdón? —me largó atravesándome con la mirada—. El día en que te arranque el corazón con mis propias manos... ¡entonces obtendrás mi perdón! Y si en este mismo instante no acabo con vuestras miserables vidas es porque no me gusta deberle favores a nadie, ¡y menos a ti, Gabriel! —subrayó—. Así que dejaré que os marchéis libremente de mi mundo con la condición de que no volváis aquí nunca más. ¿Te ha quedado claro? —anunció con tono amenazante—. Ahora —señaló mientras se dirigía hacia la puerta—, estamos en paz.

Ángelus abandonó la habitación dejándome con el amargo sabor de la derrota en la boca. Apofis, por fin, había culminado su venganza.

Ya no había nada más que hacer allí, salvo averiguar qué había sido de la madre de Alexa. Miré a Hugo y me extrañó no ver a mi compañera a su lado

—¿Dónde se ha metido Alexa? —le pregunté preocupado.

—Pero ¡si estaba aquí hace un momento! —respondió Hugo mirando a su alrededor.

Alexa se había esfumado sin dejar ni rastro. Intenté captarla con los sentidos pero tampoco funcionó. Entonces decidí buscarla en el reloj de las Arenas del tiempo y la vi dirigiéndose hacia las mazmorras del castillo. Pero... ¡no estaba sola!

Le hice un gesto a Hugo para que me diera la mano y tras conectar la magia del reloj nos materializamos en las mazmorras. No pudimos evitar exhalar un suspiro de asombro al contemplar uno de los lugares más escalofriantes del universo. El maestro ya me había explicado historias sobre aquel lugar, pero verlo en persona...

Los esclavos de Apofis excavaron una gigantesca red de galerías que comunicaban con túneles en el que construyeron las celdas donde eran confinados. En aquel lugar se perdieron muchas vidas hasta que el señor del Caos vio finalizada la prisión más inexpugnable y perversa del universo. Hasta dónde se perdía la vista, se extendía una profunda hondonada, plagada

de túneles y galerías a los que se accedía a través de puentes colgantes o unos empinados escalones dispuestos en zigzag sobre las verticales paredes. Pero no solo habían excavado hacia las profundidades, también lo habían hecho hacia arriba dejando tapizadas las paredes de pequeñas oquedades que se alzaban hasta un techo infinito.

—¿Dónde se habrá metido esa insensata? —masculló Hugo mientras escudriñaba con los sentidos por todos los rincones de aquella inmensidad.

Seguí a mi compañero hasta el borde de un precipicio y vimos a Alexa atravesando un viaducto, un centenar de metros más abajo, con una sombra siguiéndola agazapada entre las rocas. Iniciamos un acelerado descenso por unos angostos escalones hasta que llegamos al nivel inferior. Aún nos quedaba un buen trecho para alcanzar a Alexa, pero descubrimos que podíamos atajar camino atravesando un puente colgante que salvaba una hondonada. Hugo encaró primero la pasarela y yo le seguí a poca distancia, intentando sincronizar mis pasos con los suyos para evitar el balanceo. Pero cuando estábamos a punto de alcanzar el otro extremo, uno de los travesaños del piso cedió con el peso de Hugo y este se precipitó al vacío. Ahogué un grito, pero tuve que sujetarme a las sogas que hacían de asideros para no caer cuando la pasarela comenzó a dar bandazos. Finalmente conseguí estabilizarla y entonces me percaté de que mi amigo se había quedado sujeto a un cabo que colgaba trabado en un trozo de madera. «¡*Agárrate fuerte y no te muevas, Hugo!*», le advertí mientras me tumbaba lentamente en el puente intentando no hacer movimientos bruscos que aumentaran el balanceo. Agarré a Hugo por el antebrazo y lo subí a la pasarela. Y una vez estuvo fuera de peligro, lo animé a abandonar el maldito puente y ganamos tierra firme.

Mientras recuperábamos el aliento vimos cómo Alexa desaparecía en el interior de una cripta que había al otro lado del camino. Ya no hacía falta que corriéramos. Recorrimos el poco trayecto que nos separaba del sepulcro y al asomarnos por el quicio de la puerta vimos a nuestra compañera sollozando recostada sobre un túmulo. Con un nudo en la garganta, atravesé el umbral y me quedé mirando cómo sus lágrimas dejaban un charco carmesí en la parda arena.

Alexa, por fin, se había reencontrado con su madre.

Acompañamos el duelo de Alexa en silencio. Sobre el montículo no había ni lápida ni inscripción que indicara quién yacía en su descanso eterno. Pero a Alexa no le hacía falta reseña alguna para saber que eran los restos de su madre los que reposaban en aquella tumba. Así se lo dictaba el corazón.

«*Requiescat in pace*», musité al arrodillarme a su lado. No dijo nada, simplemente me agarró fuerte del brazo sin apartar la mirada del túmulo. Nunca se está preparado para ver el sufrimiento de los seres queridos y menos cuando está producido por una pérdida tan sensible. Al menos, a Alexa le quedaría el consuelo de haber honrado la memoria de su madre con su presencia.

—¿Quién se habrá tomado las molestias de darle un entierro tan digno? — comentó Hugo mientras se secaba las lágrimas con un pañuelo.

Se escuchó un ruido en la penumbra y entonces recordé la sombra que había perseguido a Alexa hasta aquel lugar.

—He sido yo. ¿Por qué habéis tardado tanto en venir? —La voz pertenecía a Ángelus, aunque era casi irreconocible.

Me levanté desconcertado y escruté hacia el lugar de dónde procedía la voz con el cetro en la mano. Hugo había desenvainado el hacha y la blandía concentrando la fuerza de la tierra en el filo. Poco a poco se fue acercando una sombra hasta que se hizo visible.

Era Ángelus pero a la vez no lo era. Poseía la misma estatura y era idéntico físicamente a él excepto el color de sus ojos, que eran azules como los de su madre. Pero lo que más difería del que habíamos visto apenas unos minutos antes era el talante y, sobre todo, la esencia que gobernaba su alma. De él procedía el atisbo de luz que había presentado en las mazmorras.

El espectro de Ángelus me sorteó, con la mirada perdida, y se postró en el túmulo. Parecía compungido.

—¿Qué estás haciendo? —le inquirió Alexa atravesándole con la mirada. Ángelus no respondió—. ¡Apártate de mi madre! —bramó torciendo el gesto—. ¿No me has oído? ¡Vete de aquí!

Alexa parecía no entender lo que estaba sucediendo, en cambio yo estaba

temblando de la emoción.

—¿Por qué no puedo compartir contigo el dolor que nos une, hermana? —le inquirió con los ojos inundados en lágrimas.

La chica me miró buscando una respuesta, pero yo no pude articular ni una palabra. Aquella situación superaba la razón.

—¡No puede ser! —murmuró Hugo detrás de mí—. ¿Quién demonios eres tú? —le preguntó al tiempo que dejaba de amenazarlo con el hacha.

El espectro levantó la mirada y nos miró con el rostro más afligido que haya visto jamás.

—Ahora, tan solo un vestigio del hombre que llegué a ser —respondió con un susurro.

—Entonces ¿quién es el otro...? O sea... —carraspeó—. ¿Sois gemelos o algo así? —aventuró Hugo rascándose la cabeza.

—Nada de eso, amigo mío —intervine mientras me arrodillaba al lado de mis hijos—. Él forma parte del señor Oscuro como el señor Oscuro forma parte de él, pues entre los dos formaban un único ser. Pero eso ahora no importa —añadí con los ojos anegados de lágrimas—, pues por fin he podido reencontrarme con mi familia.

—Padre... —musitó Ángelus con voz trémula.

Lo único que deseaba en aquel momento era darle todo el amor que me demandaban sus ojos. Alargué la mano y le acaricié la cara con temor de que la pudiera atravesar. Pero su tacto era suave y cálido. El pobre pareció estremecerse con el contacto de mi piel. Alexa contemplaba aquella escena llorando de emoción. Nos miramos pero no hizo falta que nos dijéramos nada, pues aquellas lágrimas eran dulces, como el recuerdo de la mujer a la que había amado con todo mi ser. «*“El final siempre conduce al principio”*», me pareció escuchar la voz de Antón en mi mente.

—¡Por fin recuerdo tu nombre, Sofía! Perdóname por haberos hecho esperar tanto tiempo —musité sintiendo su presencia muy cerca de mí.

Después sentí el abrazo de Alexa y busqué a Hugo con la mirada para que también se nos uniera en aquel feliz e inesperado encuentro. Nos abrazamos en silencio y durante un buen rato solo fui consciente de la felicidad que sentía en aquel momento. A veces, el destino depara sorpresas a quienes no han perdido la fe y no podía sentirme más dichoso con aquel regalo que me había brindado la vida.

—Creo que ya va siendo hora de que descubras cómo es la luz del sol, hijo mío —le comenté, al ver su demacrado aspecto.

Saqué la lámpara de Horus y dejé que la luz imperecedera le alimentara el alma. Nos quedamos asombrados con la metamorfosis que sufrió cuando su energía fue regenerada por la luz del sol. Había recuperado el sonrojado color de la piel, sus cabellos la tonalidad pajiza original y sus ojos se parecían tanto a los de su madre que me hizo estremecer.

—¿Qué te ha hecho el señor Oscuro? ¿Por qué te expulsó de su alma? —le pregunté al no poder contener por más tiempo la intriga.

—Él nunca se habría deshecho de mí, padre, fue Apofis el que me partió el alma en dos y me desterró a las mazmorras con la esperanza de que mi luz acabaría languideciendo hasta hacerme desaparecer —me explicó—. Pero gracias a ella nunca perdí la fe de que vendrías a por mí —comentó mirando hacia la tumba. En ese momento su mirada se cruzó con la de Alexa—. Perdóname, hermana, no ha sido mi intención molestarte.

—¿Qué debo perdonarte si hoy es el día más feliz de mi vida? —remarcó con los ojos inundados en lágrimas—. Ahora sé de dónde procedía la llamada —musitó.

—Gracias a ella he conseguido sobrevivir en este lugar esperando vuestra llegada—advirtió emocionado.

Alexa miró hacia la tumba y frunció los labios.

—¿Sufrió mucho...? —le preguntó con la voz entrecortada.

Ángelus negó con un gesto.

—No lo sé —declaró sumamente entristecido.

Apofis le habría hecho pagar bien cara la huida de Alexa.

—¿Y él...? —dije tragando saliva—. ¿Fue cruel contigo?

Ángelus se levantó y nos contó la triste historia de su vida.

«Desde que tengo uso de razón solo recuerdo a mi aya, una señora tosca y malcarada, que venía tres veces al día y por muy corto periodo de tiempo a darme los cuidados que necesitaba. Durante mi infancia nunca recibí muestra de cariño alguna y solo recuerdo mis largas horas de soledad o el tiempo que pasaba leyendo libros que no entendía, bajo la férrea tutela de mi aya. A Apofis lo vi por primera vez en mi sexto cumpleaños, coincidiendo con el día en que surgieron mis poderes mágicos. Desde aquel momento me tomó como discípulo y orientó sus enseñanzas hacia la magia negra, la alquimia y la brujería mientras me iba inoculando un profundo odio hacia ti, padre. En pocos años me convirtió en su más avezado hechicero negro, un ser cruel, frío y calculador capaz de sembrar el terror en el corazón de los seres más

despiadados. Pero no se quedaron ahí los anhelos de Apofis».

«Cuando aprendí los secretos de las artes oscuras, Apofis me alentó a integrar la magia ancestral con la magia negra y fue entonces cuando comenzó a germinar su gran proyecto; el señor Oscuro. Tan convencido estaba de que había creado a un ser supremo, que me preparó para afrontar la misión más ambiciosa que su pérfida mente hubiera imaginado jamás; enfrentarme al todopoderoso dragón gris. Pero la víspera de mi vigésimo segundo cumpleaños, día que había escogido Apofis para ejecutar su gran reto, ocurrió algo inesperado».

«Mamá se me presentó en sueños y me hizo recordar un suceso acaecido muchísimo tiempo atrás. «¿Ya no te acuerdas de mí, angelito mío?», me recriminó como solo puede hacerlo una madre. Luego me tomó de la mano y comenzamos a andar por un angosto corredor del palacio del Caos hasta que nos detuvimos delante de una puerta. «Es preciso hacerte recordar, hijo mío. Ten la mente abierta y deja tus prejuicios atrás, pues lo que estás a punto de ver removerá muchos sentimientos en tu interior». Se abrió la puerta y tras el umbral vi a mi madre entregándole un bebé envuelto en una mantita a una mujer de intensos ojos azules. «Ella es tu hermana, Alexa», me susurró al oído. «Y ella es el hada madrina que vino a rescataros de la dimensión del Fuego». Vi cómo la mujer arrullaba al bebé entre sus brazos y salía corriendo de la habitación. «Por desgracia, Apofis descubrió nuestro plan y no pudo completarse la misión... Esa es la razón por la que estoy aquí, hijo mío. Necesito que me jures que, pase lo que pase, esperarás el regreso de tu hermana. Ella recibirá mi llamada y acudirá a rescatarte, ¡quién sabe!, si con tu padre también. Pero antes de que te veas cara a cara con él debes perdonarle. ¡No sabes cómo ha lamentado nuestra pérdida y cuánto tiempo nos ha estado buscando! Sé que el destino te tiene reservado alcanzar grandes logros, pero antes deberás expulsar el odio de tu corazón. ¿Me prometes que intentarás hacerlo?». No me quedó más remedio que jurarle que sí. «¡Bien hecho, angelito mío! Si buscas en el alma hallarás la impronta que dejó tu padre para ti. Que sea tu guía en este mundo de tinieblas. Porque si mantienes la fe seguro que un día volveremos a estar todos juntos. Y entonces, nada ni nadie podrá separarnos. Te lo prometo, angelito mío», me comentó antes de desvanecerse en el sueño».

«Me desperté con un sentimiento ambivalente que no pasó desapercibido para mi maestro. Apofis entró en mis aposentos como una furia y me obligó a contarle lo que había sucedido. «¿No has aprendido nada de lo que te he

enseñado?», bramó cuando le confesé el encuentro onírico con mi madre. «*¿Por qué no has desterrado de una vez por todas la llama del amor»*, me recriminó. Me arranqué los botones de la camisa con las manos y le supliqué: «*¡Padre, líbrame de ella tú!*». Apofis me miró con desprecio, pero después sonrió. «*No puedo permitir que tus sentimientos te delaten ante el dragón gris. Si en verdad eres mi hijo, no te resistas a lo que voy a hacerte»*, murmuró con rencor. Después me ensartó las manos en el pecho y pronunció: “*Divide et impera*” al tiempo que me escindía el alma en dos».

«Por un momento no supe qué me estaba sucediendo. Sentí un profundo vacío interior antes de ver a mi otra mitad mirándome con desprecio. Ese día fui desterrado a las mazmorras y desde entonces vagué en soledad hasta que la casualidad, o no, quiso que diera con los restos de mi madre. Y aferrado a su recuerdo y a la promesa que le hice, he logrado esquivar a la muerte hasta hoy», concluyó.

Aquel relato no hizo más que profundizar en mi dolor. ¡Teníamos ambos tantas cosas en común! Pero Apofis había cometido el mayor error de su vida partiendo en dos mitades a mi hijo, pues, una vez fuera de sus dominios, Ángelus estaba llamado a convertirse en el nuevo héroe del Orden.

Hugo apoyó la mano en mi hombro y pareció decirme con la mirada: «*¡Vámonos de aquí!*». Desenterramos los restos de Sofía y nos preparamos para partir de la dimensión del Fuego. Fallé una vez a mi familia, pero no lo volvería a hacer nunca más.

Había llegado el momento de dejar aparcadas las emociones y abandonar para siempre las mazmorras del palacio del Caos. Saqué la perla negra y cuando comenzó a palpar puse la mente en la puerta dimensional por la que habíamos entrado. Cuál fue mi sorpresa cuando aparecimos en un apartado páramo dónde fulguraba el contorno de una oxidada puerta de hierro. La energía que se percibía más allá del umbral no animaba a traspasarlo, pero aquella era la única salida que la gema mágica había podido encontrar.

—¿Qué ha pasado, Gabriel? —me preguntó Alexa mordiéndose el labio.

—No estoy seguro..., pero quizá el señor Oscuro haya bloqueado la puerta por la que entramos —vaticiné.

—¿Y adónde conducirá esta puerta? —advirtió Hugo rascándose la nuca.

Ángelus me tocó el brazo y anunció:

—Apofis está a punto de llegar.

No hizo más que acabar la frase cuando el suelo comenzó a temblar. No pude evitar echarme la mano al pecho al sentir su presencia, pero al mirar el reloj de las Arenas del tiempo y ver a Apofis buscándome con los sentidos tuve la tentación de presentarme ante él para reclamarle lo que me había robado. «*¡Aún no es el momento, padre!*», me susurró Ángelus al tiempo que me tomaba de la mano. Sentir el temple de mi hijo me hizo recapacitar y guardar rápidamente el reloj en el bolsillo.

—No creo que detrás de esa puerta haya algo que me aterre más que lo que presiento que ha llegado a este mundo —apuntó Hugo mirándome con urgencia.

—Pues no esperemos más, ¡entrad! —les insté.

De no ser por el drástico cambio de temperatura hubiéramos creído que no habíamos salido de la dimensión del Fuego. La bruma traía un insalubre olor a salitre y en la distancia se escuchaba el murmullo de la mar.

—¿Dónde diantres hemos venido a parar? —gruñó Hugo mientras sacaba un abrigo de la mochila.

—La llaman la dimensión del Miedo —respondió Ángelus con el rostro

apagado.

Alexa le dejó un jersey de lana a su hermano, que era el que menos preparado para el frío iba.

—¿Dimensión del Miedo? ¿Por qué no existirá una dimensión de la felicidad o del buen comer? —protestó Hugo.

—Realmente no sé que decirte... Nunca había salido de las mazmorras del palacio del Caos —comentó Ángelus mientras se colocaba el jersey—. Pero puedo asegurarte de que Apofis no se atreverá venir a buscarnos aquí.

—¿Y por qué estás tan seguro? —le preguntó Alexa.

Ángelus miró a su hermana e intentó esbozar una sonrisa.

—Porque Apofis jamás osaría enfrentarse a sus propios miedos y esa es la única forma que existe de salir de este mundo.

—¿Cómo sabes tanto de esta dimensión? —insistió Alexa.

Ángelus se remeti6 el jersey entre los pantalones y se remangó las mangas, que le venían demasiado largas, antes de responder:

—Porque la mayor parte de mi existencia me la he pasado aquí.

Una vez abrigados, iniciamos la marcha por un empinado sendero que nos condujo a la cima de una loma desde la que pudimos ver cómo se extendía un mar de nubes hasta el horizonte. Descendimos por un serpenteante sendero que discurría por un abrupto barranco que nos dejó a los pies de un espeso bosque.

Ángelus encabezó la marcha siguiendo un caminito bordeado de árboles en el que el sol se filtraba entre las ramas tapizando el suelo a lunares. A medida que íbamos avanzando, el bosque se abrió dejando a la vista huertas, cercados con ganado y algún que otro caserío. Me estaba preguntando hacia dónde conduciría aquel sendero cuando Hugo pasó por mi lado como alma que sigue el diablo.

—¿Adónde vas? —voceé.

Sorprendentemente Hugo apretó a correr y no nos quedó más remedio que echar a correr tras él. Era sorprendente la agilidad y rapidez con la que se movía, sorteando los árboles y ramajes que se interponían a su paso, y lo habríamos perdido de vista si no llega a quedarse apostado detrás de un abeto.

—¿Qué te ocurre, amigo? —le pregunté, cuando me detuve a su lado resollando del esfuerzo.

Hugo no respondió. Miraba fijamente hacia una cabaña que había en un

claro. En su interior debía haber alguien, pues salía humo de la chimenea. En ese momento apareció por el camino un hombre, de aspecto rudo y vestido con un atuendo negro, que se dirigía con decisión hacia la puerta.

—Ese es mi maestro y me va a sorprender yaciendo con su esposa —susurró Hugo saliendo de su mutismo.

—¿Y a qué esperas para actuar? —le increpó Alexa. Hugo la miró con dureza—. ¿No ves que es esa la prueba que debes superar?

Miré a mi compañero pero este no reaccionó.

—Debes hacerlo, hermano. Te lo debes... —le animé.

Nada más salir del escondite, Hugo tomó su apariencia humana y se dirigió decididamente hacia la cabaña.

—¡Aarón, estoy aquí! —le gritó.

El brujo se giró sobresaltado.

—¡Mierda, Hugo, me has dado un susto de muerte! Pero ¿de dónde has salido? ¿Por qué me miras así? —le preguntó nervioso.

A Hugo le costó responder, pero finalmente proclamó:

—He venido a ajustarte las cuentas.

El brujo lo miró asombrado, pero después sonrió.

—Pero ¡qué bromista eres! ¿Se te ha ido la mano con el morapio en la cantina, ¡eh, granuja!? —le soltó mientras se le acercaba campechanamente.

—No bromeo, ¡maldito hijo de puta! Hoy pondré fin a tus fechorías —le espetó.

El hechicero detuvo el paso y torció el gesto.

—¿Qué me has llamado, malnacido? —bramó echando mano a una vara que tenía ceñida al cinto.

Hugo se movió con un rápido movimiento y lo agarró por el cuello levantándole un palmo del suelo.

—¿Crees que puedes amedrentarme como antaño? —tronó fuera de sí—. Tan solo eres un pobre diablo, egoísta, pretencioso y déspota. ¡Mereces morir! —sentenció.

Las cervicales del brujo comenzaron a crepitar mientras intentaba, sin éxito, zafarse de las garras de Hugo. Pero en ese momento salió una mujer de la cabaña, la misma que había visto en la dimensión del Tiempo, y al contemplar la escena corrió hacia Hugo y le suplicó:

—¡No lo hagas, amor mío! Tú no eres como él.

—¿María, eres tú? —exclamó Hugo, antes de estampar a su maestro contra el suelo.

Los amantes se fundieron en un largo abrazo sin ser conscientes de que el hechicero se había levantado y les amenazaba con el bastón mágico.

—Me dijeron que aprovechabas mis ausencias para acostarte con mi mujer, pero jamás pensé que tendrías agallas para hacerlo, maldito traidor —masculló con rencor—. Pero voy a asegurarme de que no volváis a jugármela otra vez. *“De la tierra nacen las rocas, frías, duras y perpetuas. Y a la roca encadeno tu corazón hasta el final de los tiempos... ¡En gárgola te convierto!”*.

El brujo blandió la vara y brotó un humo negro que envolvió a Hugo dejándole petrificado. Alexa hizo el ademán de acudir a ayudarlo, pero la refrenó. *«¡No intervengas! Este reto debe superarlo él»*.

—Y ahora es tu turno, zorra —le espetó el brujo a su mujer.

Convirtió el bastón en una larga y afilada estaca y se dirigió hacia ella con los ojos inyectados de sangre. Pero cuando intentó ensartarla con la punta Hugo le trabó del brazo haciéndole claudicar de rodillas. Mi amigo, que ya había adoptado su monstruoso aspecto, miró a su maestro con desprecio antes de exhalar una negra bocanada por la boca. El brujo constriñó el rostro y, con una horrenda mueca, se fue quedando petrificado hasta convertirse en una gárgola.

La mujer corrió hacia Hugo y se fundió en un abrazo.

—Amor mío, ya nadie podrá separarnos —le comentó, sollozando de emoción.

Hugo cerró los ojos mientras la estrechaba entre sus brazos.

—Eso no podrá ser, cariño... He venido a despedirme de ti —le susurró sin poder contener las lágrimas. Su amada lo miró confundida—. ¿María, no recuerdas lo que pasó? —le preguntó con voz trémula.

La joven bajó la mirada y comenzó a temblar entre sus brazos.

—Entonces... ¿no fue un sueño? —musitó.

Hugo acalló el dolor de su amada con un intenso beso. Luego le retiró los mechones de la cara y le comentó:

—He tardado en comprender que de todos los errores que he cometido en la vida, el peor de todos ha sido no dejarte marchar. Me aferré a tu recuerdo para evitar caer en la locura, sin saber que esta ya se había apoderado de mí, y actué como un cobarde por temor a convertirme en lo que he sido desde el día de tu muerte; un esclavo de mis remordimientos —añadió con los ojos inundados de lágrimas—. ¿Podrás perdonarme algún día?

—¿Qué debo perdonarte si gracias a ti conocí el verdadero significado del

amor? —replicó emocionada—. Hugo, un hombre debe ser valiente reconociendo sus errores, pero también honesto no asumiendo como suyos los ajenos —añadió mientras le acariciaba las mejillas—. ¿Recuerdas el día que me propusiste que huyéramos para iniciar una nueva vida lejos de aquí? Me equivoqué al decirte que no te acompañaría y volví a hacerlo cuando, egoístamente, te pedí que te quedaras conmigo —le confesó, mirándole con tristeza—. Aquel día condené nuestro amor y desde entonces el sentimiento de culpa se ha encargado de impedirme avanzar en el camino.

Se quedaron abrazados por un largo rato sin decir nada. Alexa se aferró a mi mano y no pudo disimular un gesto de desencanto mientras contemplaba aquella emotiva escena.

—Cariño, ha llegado el momento de que los dos podamos pasar página —advirtió Hugo con tristeza.

—Siempre te llevaré en el corazón, amor mío —señaló ella con la voz entrecortada.

—Descansa en paz, María... ¡Nunca te olvidaré! —susurró Hugo retirándose las lágrimas que le caían por las mejillas con el dorso de la mano.

La mujer bajó la mirada y se deshizo de las manos de su amante.

—Adiós, Hugo —dijo mientras se dirigía hacia la puerta de la cabaña—. Espero que algún día vuelvas a reencontrarte con la felicidad —declaró antes de que su estela desapareciera detrás del umbral.

Hugo se reunió con nosotros, todavía emocionado tras solventar aquella dura prueba, y cuando el bosque y la casita se desvanecieron, apareciendo en su lugar un sendero que zigzagueaba entre las dunas. Más allá se extendía el desierto bajo un sol abrasador.

Nos miramos y, tras asentir con la mirada, continuamos aquel misterioso viaje por la dimensión del Miedo.

Después de llevar un buen rato transitando en mitad del desierto comenzaron a congregarse un cúmulo de nubes grises en lontananza que se fueron amalgamando hasta convertirse en una tormenta de arena. No teníamos escapatoria, pues la tormenta se acercaba velozmente hacia nosotros, y cuando nos empezaron a azotar las primeras ráfagas de viento les pedí a mis compañeros que utilizaran las capas para sepultarse en la arena. Alexa se refugió, junto con Ángelus, bajo su capa y vi cómo Hugo hacia lo propio ocultándose tras la suya antes de que un golpe de viento me llevara hacia el núcleo de la tormenta. Empecé entonces un frenético viaje dando vueltas alrededor del ojo del huracán hasta que perdí el conocimiento.

Cuando volví en mí me encontraba a oscuras y me costaba respirar. Tenía la boca llena de arena y al intentar moverme sentí un gran peso encima de mí; me hallaba sepultado bajo tierra. Como pude, fui escarbando con las manos hasta que conseguí sacarlas fuera y haciendo presión con los brazos y el cuerpo conseguí desenterrarme. Luego me levanté y me sacudí de polvo las ropas y el pelo mientras miraba la inmensa duna que se alzaba delante de mí. En ese momento el sol se ocultó y vi que alguien se me acercaba descendiendo por el arenal. Intenté desvelar quien era, pero como venía a contraluz no pude verle el rostro hasta que se detuvo delante de mí. Era una mujer madura, de cabellos rubios y ondulados, bastante alta y con unos ojos verdes tan parecidos a los míos que me hicieron estremecer.

—¿Madre, eres tú? —le pregunté con voz trémula.

—¿Tanto te sorprende verme, hijo mío? —dijo con una tierna sonrisa. Tuve que tocarla para asegurarme de que era real—. ¿Y ahora, por qué lloras, Gabriel?

Intenté responderle, pero no me salieron las palabras. Ella me arrulló con el cariño que solo una madre puede dar y entonces pude templar la voz.

—Hacía tanto tiempo que no te veía que se me había olvidado cómo era tu cara —le confesé acariciándole las mejillas.

—No seas tan duro contigo mismo, Gabriel, pues me has reconocido nada más verme —añadió sonriente—. Lo que no entiendo es el por qué de tu

pesar.

—¿Qué se puede esperar de alguien que ni siquiera sabe quién es? —repliqué sin poder aguantarle la mirada.

—¿Y eso es lo único que te importa, verdad? —replicó con severidad—. Hijo mío, no creía que fueras tan egoísta.

—No soy egoísta, madre —objeté dolido.

—Sí que lo eres —atajó mirándome con cariño—. ¿Has pensado alguna vez en el precio que deberás pagar por conocer ese misterio? ¿O el que tendrán que pagar otros por ti? —Negué con un gesto—. Gabriel, por fin se acerca el final que has anhelado durante tanto tiempo, pero no te saldrá gratis, ¡ni a ti ni a los tuyos! —me reveló—. ¿Lo entiendes, hijo mío? Ese es el miedo que debes superar.

La miré a los ojos buscando algo de consuelo.

—¿Por qué las personas más importantes de mi vida os empeñáis en hablarme con acertijos? —declaré ofuscado—. Dime, madre, ¿qué debo hacer?

—Si quieres avanzar en el camino tienes que estar dispuesto a renunciar a todo o de lo contrario no habrá servido de nada lo que has hecho hasta ahora —aseveró—. Sé que no será fácil tu empresa, Gabriel, pero por eso estoy aquí.

—¿Es esa la razón por la que debo realizar el último tramo solo, verdad?

Ella asintió mientras me acariciaba las mejillas.

—Así deben concluir los ciclos, hijo mío —anunció con tristeza.

—¿Y seré capaz de hacerlo, madre? —le inquirí mirándola a los ojos.

—Te ata un juramento —advirtió seriamente—. ¿No te habrás olvidado de la promesa que le hiciste a Lizbeth?

No la había olvidado, aunque eso no mitigaba el temor que me infundía dar ese paso.

—¿La conoces? _le pregunté intrigado.

—Una madre nunca pierde de vista a su hijo si cuenta con más de dos ojos para vigilarlo —comentó con una sonrisa—. Lizbeth te encontró y reorientó tu caminar. Ahora ha llegado el momento de que pagues la deuda que contrajiste con ella, pero recuerda... Todo sacrificio tiene su recompensa.

Nunca imaginé que sería tan alto el precio que tendría que pagar por saber la verdad.

—No faltaré a mi palabra, madre, pero de nada servirán los sacrificios si antes no consigo recuperar el alma. Y todavía no sé cómo hacerlo —le

confesé avergonzado.

—¿Estás seguro de eso? Quizás no le has pedido que vuelva a ti —señaló con un guiño—. No resulta tan fácil separar el alma de su legítimo dueño, Gabriel. ¡Tenlo presente!

La serenidad que transmitía su mirada calmó de inmediato mi inquietud.

—¡No sabes cuánto te agradezco que estés a mi lado! —le susurré mientras le acariciaba los cabellos.

—Una madre nunca se aleja demasiado de sus hijos, aunque debe ser valiente para dejarles volar solos del nido —dijo, revelándome una gran verdad—. Ahora debemos despedirnos, Gabriel, pero no lo olvides... —comentó besándome en la frente—. El amor y la confianza son las claves para superar las ausencias.

—Te quiero, mamá. Espero volver a verte muy pronto —me despedí besándole en una mejilla.

—Cariño mío..., un hijo siempre vuelve al redil —declaró devolviéndome el beso.

Ya no tenía miedo, pero cuando me alejé no pude echar la vista atrás, pues sabía que ella estaba llorando y no quería que me viera a mí llorar.

«“¡Amor y confianza!”», me dije mientras retornaba a la realidad.

Al abrir los ojos lo veía todo borroso. «*¡Parece que ya vuelve en sí!*», le escuché decir a Hugo. «*¡Déjale respirar, bruto! ¿No ves lo agitado que está!*», replicó la voz de Alexa. Poco a poco se me fue aclarando la vista y vi a Ángelus sonriéndome. Hugo me ayudó a incorporarme del suelo y me acercó la cantimplora para que bebiera un sorbo de agua.

—Solo a ti se te ocurre echarte a dormir en mitad de una tormenta de arena para escaquearte de tus miedos, patas largas —bromeó Hugo.

—Ya sabes que nunca tuve problemas para dormir, viejo amigo. Pero me temo que no he eludido ese deber —respondí mucho más resuelto.

—No le hagas caso a este descerebrado —le riñó cariñosamente Alexa—. ¿Cómo te encuentras, papá?

Era la primera vez que Alexa me llamaba así y me sonó a música celestial.

—Mucho mejor, ahora que estoy con vosotros —respondí intentando esbozar una sonrisa.

—Bueno... ¿y qué ha pasado? ¿Con qué miedo has tenido que lidiar? —me interrogó Hugo.

No me quedó más remedio que narrarles lo que había sucedido en mi reencuentro con mi madre, aunque obvié deliberadamente explicitar el espinoso asunto al que debía hacerle frente. Por desgracia, Ángelus no pareció tener bastante con mi sucinta explicación.

—¿Qué nos ocultas, padre?

Alexa y Hugo me escudriñaron con la mirada. Me hallaba en un atolladero, pero pude improvisar una respuesta que, sin decir nada, lo decía todo.

—Mi mayor temor es que no soporto la idea de perderos, ahora que hemos formado una auténtica familia. Pero mi madre me ha ayudado a comprender que el miedo a las despedidas se combate con la esperanza del reencuentro.

—¡Ah...! ¿Y por eso estás así? —exclamó Alexa aliviada—. Pues quiero que sepas que es un temor infundado. Nada podrá separarnos; ¡formamos el mejor equipo que se pueda desear! —anunció con una amplia sonrisa.

—Vamos, patas largas, ¡no pongas esa cara!, que de peores entuertos hemos salido y no existe lazo más inquebrantable que el de nuestra amistad

—añadió Hugo.

Celebré haber salido airoso de aquel lance, pero cuando tropecé con la mirada de Ángelus supe que no había podido engañarle con mis argumentos, pues él no atendía a las palabras, leía directamente en el corazón. «*Tu secreto está a salvo conmigo, padre, pero algún día se lo tendrás que contar. Ellos también merecen saber la verdad*», me reveló en intimidad.

Un cambio en el paisaje nos indicó que todavía no habíamos acabado nuestro viaje por la dimensión del Miedo. La bruma se llevó el desierto y apareció un bosque muy viejo y poblado delante de nosotros que parecía cerrarnos el paso con sus afilados ramajes.

—Presiento un inquietante poder esperándonos ahí adentro, tan misterioso y arcaico que me hace estremecer. Unas voces nos animan a entrar, pero también nos advierten que si atravesamos ese umbral ya no habrá vuelta atrás —anunció Ángelus con misterio. Agudicé el oído, pero solo escuché el aflautado sonido del viento agitando las ramas—. ¿Tienes miedo de entrar, Alexa?

—¿Y tú, no lo tienes? —replicó ella, en cuanto se percató de que la estábamos observando.

Ángelus la miró con gesto umbrío.

—No es a mí a quién reclaman las voces, sino a ti.

Alexa no vaciló y se adentró en el bosque por una sinuosa senda. Nos limitamos a seguirla, a cierta distancia, pues entendimos que le había llegado el turno de enfrentarse a sus miedos. La sensación de opresión fue en crescendo con cada paso que dábamos, sobre todo, porque los crujidos que emitían los troncos de los árboles parecían ir anunciando nuestra presencia a un ser invisible. Y con esa extraña sensación continuamos avanzando en el bosque hasta que Hugo pisó unos hongos, que había bajo la hojarasca, levantando una polvareda gris. Al momento sentí un ligero mareo y después aparecieron a mi alrededor unos seres fantásticos que, desnudos, me invitaban a unirme a la bacanal que se estaba celebrando en el bosque. Vi que Hugo seguía a una bella ninfa cogido de la mano y cómo Alexa se resistía a bailar con un fornido elfo. «*Padre, estáis bajo el efecto de unas setas alucinógenas. Debes despertar; “Excieô vanus”*», exhortó Ángelus penetrando en mi mente.

Ángelus anuló los efectos del conjuro a Hugo, cuando estaba besando el tronco de un nogal, pero dejó que Alexa continuara en trance delante de un viejo roble cargado de bellotas. Al momento el tronco se abrió y salió de su

interior una ninfa del bosque. Era más alta que Alexa, tenía unos ojos grandes y violetas, las orejas élficas y unos carnosos labios. Todo en ella era sensual. Se le acercó y la miró con curiosidad. Después emitió un gutural y musical sonido y de las raíces del roble brotaron otras deidades de similar semblanza, pero cada una mostraba una cualidad que las hacía diferentes. Una reflejaba la ternura en sus dulces ojos verdes mientras los encarnados labios de su hermana transmitían la pasión. Una jovencita con coletas personificaba la inocencia y la pecosa mirada añil de una exuberante pelirroja encarnaba la lujuria. La quinta era la imagen del enamoramiento y la sexta, gemela en apariencia, que no en talante, era la viva imagen del desamor. Y entre todas ellas representaban las siete cualidades del amor.

Las ninfas rodearon a Alexa y entonaron una tonadilla que todos pudimos entender.

“Tu corazón nos ha desvelado que Alexa te llamas y que sigue intacta tu virtud. Tu belleza despertaría el deseo de cualquier hombre, pero en tu seno no hay cabida para el amor. ¿Qué te pasa, niña misteriosa, que todavía no has conocido la pasión? ¿Acaso no será el miedo el que te atenaza el corazón? Dinos, carita de ángel, ¿qué te pasa con el amor?”.

Alexa no podía sofocar una vergüenza que amenazaba con hacerla estallar de rubor.

—¡No le temo al amor...! —voceó con altivez.

Pero las ninfas continuaron danzando y cantando a su alrededor.

“No puedes engañarle a las musas del amor, pues percibimos por todos los poros lo que nos dice tu corazón. ¡Tienes miedo al amor! ¡Más que miedo, le tienes pavor! ¿No lo estarás disfrazándolo de amistad para ocultarlo a la razón? Dinos, preciosa chiquilla, ¿qué le pasa a tu corazón?”.

—¡Estáis equivocadas, yo no le temo al amor! —les gritó con rabia.

Fue tan vehemente su respuesta que acalló a las ninfas del bosque, que dejaron de danzar y una a una fueron fundiéndose hasta convertirse en una sola mujer que encarnaba la magia del amor. Tenía una almendrada mirada castaña, dulce y salvaje a la vez, y unos ondulados cabellos rubios que casi le llegaban al suelo. Vestía con una túnica de seda verde muy ceñida al cuerpo y se acercó a Alexa sonriéndole con su boquita de piñón. Se recogió los mechones de la cara, colocándolos detrás de sus afiladas orejas, y con un gesto insertó su mano derecha en el pecho de Alexa, justo por encima del corazón.

—Soy Amanda, la musa del amor —se presentó—. Y no temas, pequeña,

que solo te voy a mostrar la verdad que hay en tu interior.

Alexa pareció estremecerse ante la intromisión de Amanda y nos miró buscando un asidero salvador. Pero era ella quien debía superar aquella experiencia.

—¡Déjalo ya! Eso que me muestras no es verdad —aseveró Alexa con los ojos llorosos.

—¿No te gusta lo que te dictan tus sentimientos? —alegó la ninfa, sin despegar ni un ápice la mano de su pecho—. Piensa lo que quieras, carita de ángel, pero te convertirás en una mustia flor si sigues desoyendo los designios del corazón.

—¡Te equivocas, Amanda! Soy una mujer capaz de amar y ser amada —aseveró.

—¿Incluso a él? —advirtió mirando a Hugo.

—A él no le metas en esto —atajó, aunque sin aguantarle la mirada.

—¿Ah, no? —anunció la musa sonriente—. ¿Entonces por qué ocultas con tanto celo lo que sientes por él? —Alexa se quedó sin palabras—. Quien calla otorga, carita de ángel.

—Tú no sabes nada de mis sentimientos por Hugo. ¡Ni siquiera los sé yo! —replicó con los ojos vidriosos.

—No intentes engañar a tu corazón, pequeña. ¿Sería más fácil admitir tu amor por Hugo si fuera un apuesto hombre, verdad? —insistió la ninfa.

Alexa se mordió los labios pero no respondió.

—¡No sigas por ese camino, Amanda! —intervino Hugo, que no pudo aguantar por más tiempo aquel cruel interrogatorio.

—¡Y tú no te metas en este jardín! —le increpó la musa—. Si de verdad la amas, deja que descubra por sí misma la verdad.

Hugo se encogió y escondió la mirada en el suelo.

—¡Está bien, tú ganas, Amanda! Pero a él déjalo estar, por favor —le suplicó Alexa intentando sujetar las lágrimas.

Ángelus observaba con atención los gestos de su hermana. La musa relajó la pose y anunció:

—Eso es, pequeña, escucha tu corazón.

Alexa parecía estar encerrada en sí misma y no se atrevía a mirarnos a la cara.

—Llegasteis a mi vida como un soplo de brisa fresca y desde entonces he vivido la experiencia más maravillosa que hubiera podido desear. Hemos sufrido, reído y llorado juntos, compartiendo momentos únicos que han ido

forjando una amistad que va más allá de lo imaginable —comentó emocionada—. Pero no sé qué es lo que me pasa contigo, Hugo. Siento algo muy poderoso por ti; eres noble, leal, valiente y sensible... Pero no sé si se trata de amor —admitió levantando la vista—. Confieso que tal vez tu aspecto físico sea uno de los principales escollos que me impiden desvelar mis sentimientos, pero lo cierto es que estoy hecha un lío. Y tengo miedo a abrirle mi corazón a la persona equivocada y mucho más si esa persona eres tú —le confesó con la mirada inundada—. Porque eres uno de los seres más importantes de mi vida y lo último que desearía es perder tu amistad por haber tomado la decisión incorrecta —añadió con la voz entrecortada.

Amanda liberó a Alexa y Hugo se apresuró a tomarla de las manos.

—Quiero que sepas que pase lo que pase nunca perderás mi amistad, mocosa, porque yo tampoco me imagino mi vida sin ti —admitió rojo de vergüenza—. Te quiero, como no he querido a nadie, pero con tu amistad..., con tu amistad tengo más de lo que hubiera podido imaginar.

La musa dio unas palmadas sonriente y Hugo se separó discretamente de Alexa.

—Es la primera vez, en mucho tiempo, que no has tenido miedo de mirar cara a cara a tus sentimientos, Alexa —declaró acariciándole los cabellos—. Desde que perdiste el amor de tu madre has rehuido de él por temor a perderlo otra vez. Pero esa es la grandeza de este sentimiento y la razón por lo que es tan valioso —ratificó—. Pero ¿renunciarás a la posibilidad de ser feliz por no asumir riesgos? Yo estoy convencida de que tu respuesta será no.

Ángelus le sonrió a su hermana en cuanto se cruzaron sus miradas.

—Gracias, Amanda, por ayudarme a abrir el corazón. Nunca más tendré miedo a mostrar mis sentimientos —manifestó Alexa besándola en las mejillas.

—Así me gusta, palomita —replicó la ninfa con una sonrisa—. ¡Y ahí va mi secreto! —Amanda aproximó los labios al oído mientras nos miraba con complicidad—. ¿Estás segura de que has perdido alguna vez el amor? —Alexa arqueó las cejas. Obviamente, la musa quiso que los demás escucháramos esa gran verdad—. Creo que vuestra estancia aquí ya ha concluido. Podéis regresar a casa.

Hugo rompió su hermetismo y se acercó a Amanda rascándose el cogote.

—Mi señora, a veces me comporto como un zoquete, torpe e impulsivo. Te ruego que perdones mi grosera intervención —se disculpó besándole la mano.

La musa acogió aquel noble gesto con simpatía y le plantó un beso en cada mejilla.

—No debes disculparte por actuar con el corazón, maese Hugo. Espero que a partir de este momento no tengáis tantos reparos en venir a visitarme —añadió con un guiño.

—Lo tendré presente, mi señora —comentó ruborizado.

Con un gesto, Amanda hizo aparecer una puerta dimensional.

—Amigos míos, espero que vuestro paso por este mundo haya sido de provecho. Superar los propios miedos es un acto de valentía que muy pocos se atreverían afrontar. Que la justicia y el amor guíen vuestros pasos —anunció abriendo la puerta. Al otro lado aparecieron las dunas del desierto—. Gracias por haberlos traído aquí, hijo de la Luz —le comentó a Ángelus cuando pasó por su lado.

Lo miramos asombrados y este sonrió con un especial brillo en la mirada.

—Siento mucho haberos hecho pasar por todo esto, pero solo hice lo que me dictaba el corazón —arguyó.

—¡Un momento, jovencito! —advirtió Hugo cruzando los brazos en el pecho—. ¿Y por qué tú no te has enfrentado a ningún miedo?

Ángelus lo miró ruborizado, pero no titubeó al responderle:

—Porque ya no me quedan más temores que superar.

No dijo nada más y atravesó el portal adelantándose a la comitiva. Alexa se colgó del brazo de Hugo y juntos abandonaron la dimensión dejándome a solas con Amanda.

—La suerte está de vuestro lado, no la desaprovechéis —musitó la musa antes de fusionarse con el roble.

Sonreí ante aquel buen augurio y después crucé el umbral para dejar la dimensión del Miedo atrás.

La noche se había cerrado entre las dunas dando paso a un cielo estrellado y Ángelus lo contemplaba con la boca abierta; en sus ojos se reflejaba la luz de las estrellas y su sonrisa mostraba el verdadero significado de libertad. ¡Y no era para menos! Contemplar el firmamento desde el desierto es uno de los espectáculos más maravillosos que se pueda contemplar en la Tierra.

Les pedí a Alexa y Hugo que se encargaran de la cena para tener una cita a solas con mi hijo.

Fuimos paseando por el oasis hasta que llegamos a la zona limítrofe con el desierto. Más allá se extendían las dunas y en el horizonte comenzaba a emerger una enorme luna llena.

—¡Qué extraordinario es este lugar! —exclamó Ángelus exhalando un suspiro.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo. Disfrutar del silencio que transmite el desierto es una de las experiencias más increíbles que se puedan sentir en la Tierra.

—Seguro que encontramos en este oasis el lugar perfecto para que descansen los restos de mamá —dijo sentándose en la arena.

Asentí con la cabeza y me senté a su lado sintiendo las emociones a flor de piel. Prensé con el dedo un poco de tabaco en el pozuelo de la pipa y le prendí fuego con una cerilla.

—Tu madre era una gran persona —comenté poniendo mis pensamientos en la mujer que me había dejado el mayor de los legados.

—¿La querías mucho, verdad? —me preguntó esbozando una sonrisa.

—Ella lo fue todo para mí. Me encontró cuando más perdido estaba y me dio una razón por la que vivir. ¡Lástima que fuera tan efímero nuestro tiempo juntos! —le confesé con un nudo en estómago.

Sentí el cálido tacto de su mano en la mía y la pesadumbre desapareció. Le di una calada a la pipa y me quedé encandilado viendo cómo ascendía la luna en el cielo.

—Mamá no ha sido la única mujer a la que has amado... Ni la primera,

¿verdad? —Me quedé impresionado con su intuición, aunque lo dijo con tanta naturalidad que no me hizo sentir incómodo—. ¿Cómo se llama ella?

—Tu sagacidad comienza a darme miedo, Ángelus —bromeé—. Pero tienes razón, mi corazón siempre ha pertenecido a una mujer, aunque su recuerdo permaneció demasiado tiempo oculto en mi memoria —añadí con añoranza—. Se llama Esperanza.

—¡Esperanza, qué bonito nombre! —exclamó sonriente—. Me gustaría mucho conocerla, debe ser una gran mujer.

Estar hablando del amor de mi vida, con mi hijo, el desierto y la luna llena como únicos testigos, era más de lo que jamás me hubiera atrevido a soñar.

—Nada me haría más feliz que algún día pudiéramos reunirnos todos con ella para formar una gran familia —Ángelus no pudo ocultar un gesto de tristeza en la mirada—. ¡Perdóname, hijo! —me excusé lamentando mi falta de tacto—. No he querido ofender la memoria de tu madre.

—No debes sentirte incómodo mostrándome tu felicidad, papá —dijo con tono sincero—. Sé que amaste a mamá de corazón y con eso me quedo. ¡Ojalá algún día yo pudiera sentir un amor tan profundo como el que sientes tú!

Miré al firmamento y pensé en lo orgullosa que debía sentirse Sofía de sus hijos. Ángelus también contemplaba ensimismado el cielo y en su mirada se reflejaba la inmensa paz que había en su interior.

—¿Qué se siente al estar libre? —le pregunté.

Ángelus se estiró en la arena y sonrió.

—Me siento vivo por primera vez. Pero también incompleto, como tú —comentó.

—Tú no estás incompleto —repliqué dando una calada a la pipa—. Aunque a ambos nos hayan arrebatado una importante parte de nuestro ser, entre tú y yo existe una gran diferencia. Al separar tu alma en dos mitades, Apofis creó a dos seres completos y antagónicos, capaces de sentir, pensar y proceder de forma autónoma —señalé exhalando una bocanada de humo.

—¿Y qué pasará ahora con mi otra mitad?

—Apofis necesita al señor Oscuro porque es la única baza que tiene para encontrar la *Puerta de puertas*. Además, está destinado a ser el más poderoso de los señores del Caos, incluso más que el dragón negro —le indiqué.

—¿Tan poderoso será? —advirtió preocupado.

—Tanto como lo llegarás a ser tú —respondí—. Creo que Apofis no calculó correctamente el riesgo que suponía partir un alma en dos mitades

completamente antagónicas o de lo contrario no os habría originado.

Ángelus me miró intrigado.

—¿Por qué lo dices?

—Porque Apofis nunca contó con que te rescatáramos de la dimensión del Fuego y ahora te has convertido en el único ser de todo el universo capaz de frenar al señor Oscuro —le desvelé.

—¿Y por qué no acabó conmigo cuando me creó?

—Porque no podía —respondí mientras reavivaba las brasas de la pipa—. Apofis te necesitaba con vida hasta que el señor Oscuro acabara su conversión.

Ángelus se incorporó hasta quedarse sentado.

—Entonces... ¿yo también puedo evolucionar como lo ha hecho mi otra mitad? —me preguntó intrigado.

—No solo puedes, sino que debes hacerlo —puntalicé—. Desde que Apofis os creó estáis destinados a enfrentaros y de ese encuentro solo saldrá un único vencedor —le informé vaciando de ceniza la pipa—. Por esa razón tienes que ser capaz de interpretar mejor que tu adversario la fuente de tu poder para estar un paso por delante de él. Hijo mío..., debes convertirte en el ser supremo de la Luz.

—Pero yo no quiero serlo... ¡Me convertiría en un monstruo!

Le acaricié los cabellos, que había heredado de su madre, y le besé en la frente.

—No tiene por qué ser así —aseveré—. El poder es, ha sido y siempre será, un arma de doble filo. Pero si hay una cosa que nos diferencia del Caos es la fuente del cual se nutre nuestra fuerza.

Ángelus pareció quedarse más tranquilo con mis explicaciones y se quedó pensativo mientras paseaba la mirada por el océano de arena. Era una maravillosa noche, perfecta para las confesiones más íntimas.

—Te marcharás, ¿verdad?

Ya no me sorprendió su clarividencia.

—Sí, ese es mi destino —asentí mientras me guardaba la pipa en el bolsillo.

—Pero ¿no pretenderás ir solo al palacio del Caos? —me inquirió alarmado.

—No hará falta hacerlo... Él vendrá a mí.

—Pero...

—Sé lo que intentas decirme, pero antes de que acabes convenciéndome

quiero que me escuches con atención, Ángelus —atajé—. Por alguna extraña razón nuestros destinos divergirán una vez concluya mi ciclo en la Tierra. Pero eso no implicará que debamos desatender a nuestras obligaciones. Aún os queda un largo camino por recorrer, reunificando a las fuerzas de la Luz y madurando como personas antes de que estalle la guerra contra el Caos. ¡Y es un deber ineludible! —remarqué—. Separarme de vosotros será la decisión más dura que tendré que tomar en la vida, te lo aseguro, pero no pienso esquivar mi responsabilidad. ¿Lo entiendes, hijo? —Ángelus asintió quitándome un gran peso de encima.

—¿Y no temes perderte por el camino, padre?

—Esta vez poseo la mejor brújula —respondí dando unos golpecitos a la altura del corazón—. No te preocupes... No me perderé —Hablar con mi hijo había resultado ser balsámico—. ¿Puedo pedirte un último favor?

—Descuida, este será nuestro secreto —adivinó con una cómplice sonrisa—. Pero procura no marcharte sin despedirte de ellos; te lo agradecerán.

Era un alivio poder contar con el increíble ser que tenía delante de mí. No podría dejar a Alexa y Hugo en mejores manos.

—¿Qué le tenemos que agradecer, hermanito? —exclamó Alexa dándonos un susto de muerte.

Estaba radiante y, por suerte, parecía haber escuchado únicamente el último fragmento de nuestra conversación.

—Lo mucho que os quiere —improvisó Ángelus—. ¿Me ayudas a levantarme?

Alexa le echó la mano y después de ayudarle a incorporarse se quedaron agarrados por la cintura.

—¿Y por eso nos quiere matar de hambre? —bromeó—. Venga, papá... ¿qué haces ahí mirándonos embobado? ¡Espabila!, que la cena se va a enfriar.

Ver a mis dos hijos abrazados bajo la luz de la luna ponía el broche final a aquel mágico momento. Me levanté con una sonrisa y juntos nos encaminamos hacia el campamento.

Después de cenar mis hijos se fueron a dar una vuelta para buscar un lugar donde enterrar los restos de su madre. Hugo y yo nos quedamos sentados al amparo del fuego fumándonos unas pipas.

—¿Cómo te ha ido con Alexa, compañero? —le pregunté al quedarnos a solas. Hugo me miró extrañado—. No te hagas el tonto, que ya sabes a lo que me refiero —le solté sin poder contener la risa.

—Eres un chismoso, patas largas —susurró mientras miraba de reojo hacia

la penumbra—. Pero lo cierto es que me encuentro confuso y temeroso. De todas las fases por las que ha pasado mi relación con Alexa, esta es la que llevo peor. ¿Para qué destaparía Amanda la caja de los truenos?

—Amigo mío..., ¿qué quieres que te diga? —dije dando una calada a la pipa—. Pues yo me alegro mucho de ello.

—¿Ah, sí? —objetó con una mueca.

—Os ha dado la llave que puede abrir la puerta a vuestra felicidad, ¿cómo no voy a alegrarme por ello? —repliqué—. No sé qué sentimientos aflorarán en vuestros corazones, pero seguro que saldréis ganando. ¡Hazme caso, Hugo! —dije al ver que negaba con la cabeza—. No renuncies a la felicidad, que una vida sin amor es una vida vacía.

—Si tú lo dices...

Hugo echó un aro de humo y se quedó mirando al fuego. Al poco, vimos aparecer a mis hijos y sus miradas transmitían una comunión que me hizo estremecer.

—Ya sabemos dónde enterraremos a mamá —anunció Alexa sonriente—. Nos gustaría hacerlo con las primeras luces del alba para que la luz del sol siempre la acompañe en su descanso.

—Hace una noche perfecta para las confesiones, pero parece ser que alguien se ha empeñado en que mañana hay que madrugar —dijo Hugo desperezándose—. ¿Nos vamos a dormir?

Con aquella pregunta lanzada en la inmensidad de la noche dimos por acabado un periplo, que se había iniciado mucho tiempo atrás y que nos había reportado insospechadas y trepidantes aventuras.

Pero todo lo que tiene un inicio también tiene un final y aquel no iba a estar exento de intensas emociones.

Despertamos antes del alba y después de tomar un frugal desayuno acompañamos a mis hijos hacia el lugar dónde habían decidido enterrar a su madre. Era un paraje repleto de luz, en mitad de un claro bordeado de castaños, por el que discurría un arroyuelo por un costado.

Cavamos una pequeña fosa al lado de una floresta de madreselvas y depositamos los restos de Sofía. Antes de esparcir la tierra en su interior, Alexa dejó un mechón de sus cabellos atado a un ramillete de flores silvestres. Ángelus se arrodilló y colocó un pañuelo bordado con las letras SG sobre el osario; aquellas eran las iniciales con las que Sofía bordaba sus prendas más queridas. Y Hugo también quiso rendirle un pequeño homenaje a la difunta y dejó en el interior de la tumba un amuleto que había tallado en un trozo de madera y que representaba el ojo de Ra.

Me postré al pie de la tumba y tras conectar con la magia de los cuatro elementos pronuncié mentalmente; “*Côpulare elementa*”. Al instante se produjo un destello y el tiempo comenzó a retroceder aceleradamente hasta que se detuvo mostrándonos el mismo paisaje pero mucho más joven. Y del cielo cayó una especie de polvo resplandeciente del que se materializó Sofía

Estaba tal y como la recordaba, mirándome con sus ojos del color del cielo, su sonrojada tez y su media melena rubia alborotada por los hombros.

—Por fin volvemos a estar juntos, amor... Sabía que vendrías a por mí — proclamó con la mirada vidriosa.

Me levanté y corrí a estrecharla entre mis brazos. Nuestras lágrimas se fundieron cuando la besé en los labios y la felicidad fue plena cuando sentí el abrazo de mis hijos. El tiempo nos había premiado con aquel inesperado encuentro, que intenté retener para siempre en la memoria.

—Siento haber tardado tanto en llegar, amor — musité en cuanto pude contener la emoción.

—Larga ha sido la espera, pero ha valido la pena, Gabriel — dijo secándose las lágrimas con el dorso de las manos. Sofía nos miraba con la cara iluminada—. ¿Qué más podría pedirle a la vida que ver a mis hijos reunidos con su padre? Todos mis anhelos se han visto cumplidos, incluso el

de poderos ver por última vez... ¡No podría ser más feliz!

—Sofía, te presento a la persona que me salvó la vida y a la que quiero como a un hermano —dije haciéndole un gesto a Hugo para que se nos acercara—. Él es Hugo y suyo es también el mérito de que se haya producido este milagro.

—Encantado de conocerla, mi señora —la saludó sin poder sujetar las lágrimas.

Sofía se le acercó y le acarició las mejillas cuando Hugo bajó la mirada.

—¿Tú eres el ángel de la guarda de mi niña, verdad? —Hugo estaba tan emocionado que apenas pudo asentir con un gesto—. Pues sigue cuidando de ella, que te necesita mucho más de lo que cree.

El pobre, no sabía dónde esconder la mirada.

—Más bien ha sido ella la que ha cuidado de mí, mi señora —dijo con un hilo de voz—. Pero pierda cuidado, siempre estaré pendiente de ella.

Sofía se dirigió entonces a sus hijos.

—Angelito mío, ¡has cumplido con tu palabra! —advirtió con orgullo—. Duro y sinuoso ha sido tu camino, pero sabía que la vida te depararía grandes cosas y ahora podrás comprobarlo por ti mismo, cariño. Busca la felicidad, Ángelus, te la has ganado a pulso.

—Gracias mamá —declaró dándole un abrazo.

—¿Y qué puedo decirte a ti, Alexa? Gracias a tu determinación ha sido posible este reencuentro —señaló al tiempo que la abrazaba—. Te has convertido en toda una mujer y tengo la certeza de que a ti también te queda un esperanzador futuro por delante. No cometas el error de cerrarle las puertas al amor, pues es una de las experiencias más maravillosas de la vida. Yo lo viví por poco tiempo pero muy intensamente. Y no lo cambiaría por nada en el mundo —aseveró buscándome con la mirada.

—No te preocupes, mamá, buscaré el camino hacia la felicidad. Aunque..., ¡ahora soy tan feliz! —añadió emocionada.

Sofía le acarició tiernamente los cabellos.

—Por cierto..., ¿cuidó bien de ti Esperanza?

No podía creer lo que estaba escuchando.

—Pero ¿cómo...? ¿Tú..., conocías a Esperanza? —tartamudeé.

—Desde el primer momento en que te conocí y a ella me encomendé para que viniera a rescatar a nuestros hijos —agregó esbozando una sonrisa—. La nombrabas cada noche, aunque yo sabía que la olvidabas al amanecer. Pero te lo oculté, por celos y egoísmo..., porque sabía que no sería rival para ella si

llegabas a ser consciente de su existencia. ¿Podrás perdonarme?

Le sellé sus labios con un beso.

—Quizá no puedas creerme, pero os amo a las dos..., aunque de una forma diferente —le confesé en cuanto se separaron nuestros labios.

—No te culpo por amarla, cariño, ¿cómo podría hacerlo si lo arriesgó todo para venimos a buscar a la dimensión del Fuego? ¿Podrás decirle a Esperanza que nunca olvidaré lo que hizo por nosotros? —comentó mientras se formaba un remolino de centellas a su alrededor.

—Descuida... lo haré —susurré.

—¡Os quiero, hijos míos! —dijo al tiempo que su imagen se iba desvaneciendo—. Te amo, Gabriel.

La esencia de Sofía abandonó el mundo de los vivos y la magia de los cuatro elementos nos devolvió al presente. Pero ya no había cabida para la tristeza o el dolor.

Rellenamos de arena la sepultura y planté una lápida a los pies del montículo en la que se leía:

RIP, SOFÍA.

Esposa y madre.

Había llegado el momento de partir. Regresamos al campamento y tras recoger las mochilas realizamos la traslación a las puertas del mundo de Antón. El clérigo nos estaba esperando a los pies de la escalera y Alexa corrió para tirarse a sus brazos. El pobre, casi se cae al suelo del achuchón que le metió Alexa, pero se le veía tan feliz. Luego esperó a que atravesáramos el umbral dimensional y saludó efusivamente a Hugo con un abrazo.

—¡Bienvenido a tu casa, maese Hugo! Ya veo que has cuidado bien de mi niña —señaló pellizcándole los mofletes. Después sondeó con los sentidos en la dirección en que nos encontrábamos mi hijo y yo—. Percibo que tu búsqueda ha sido más fructífera de lo esperado, Gabriel —comentó sonriente—. ¡Ven acá, muchacho! Deja que adivine quién eres —añadió haciéndole un gesto para que se le acercara.

Ángelus se detuvo delante del clérigo y dejó que le palpara la cara.

—¿Y esto...? —me preguntó, con cara de estupor.

—A veces la vida te hace regalos inesperados —anuncié, pletórico de felicidad—. Te presento a mi hijo Ángelus.

Antón no cabía en sí de asombro.

—Eres un ser maravilloso, pleno de luz —musitó, todavía maravillado.

—Por cierto... Y ya me contarás el secretito que tenías sobre mi hija —le recriminé cariñosamente, viendo cómo amagaba una sonrisa—. Pero ¿qué haces ahí parado? ¡Ven a mis brazos, viejo amigo! —añadí dándole un fuerte abrazo.

—¡Cuidadito, grandullón, que uno ya no está para estos trotes! Y con tantas emociones y sorpresas creo que voy a desfallecer —advirtió sonriente—. Pero ¿por qué no continuamos esta charla en casa? La cena está lista.

Ya en el monasterio, nos sentamos en el sofá y Antón no nos dio tregua con su implacable interrogatorio. Me pidió que le explicara, con pelos y señales, lo que había sentido cuando fui poseído por la luz imperecedera. Asumió, con un lamentoso suspiro, que el manuscrito de la Orden del Agua había desaparecido pasto de la desolación del volcán. Inspeccionó con detalle la perla negra y se alegró de que hubiéramos dado con ella, aunque no precisó el por qué. Puso cara de preocupación cuando supo que Abaddon había conseguido escapar de su cárcel dimensional y escuchó con sumo interés nuestro paso por los palacios del Tiempo y del Olvido. Pero lo que realmente pareció maravillarle fue cómo habíamos rescatado a Ángelus de las mazmorras del palacio del Caos y las connotaciones que dicho hallazgo suponía en la lucha final contra la Oscuridad.

—Bueno, creo que os habéis ganado la cena —exclamó una vez hubo saciado sus ansías de saber.

El bueno de Antón se había esmerado en prepararnos un banquete de gala. La mesa del comedor estaba repleta de bandejas con ensaladas, carnes asadas y pescados ahumados, sin faltar los ricos y variados postres y el abundante vino con el que regamos el festín. Después de degustar la cena, que nos hizo olvidar los malos tragos del camino, culminamos la velada con una distendida tertulia alrededor del fuego.

—¿Sabías desde el principio que Alexa era mi hija, verdad? —le pregunté a Antón.

—Desde que me la dieron en adopción —confesó arqueando las cejas—. Siento no haberos revelado mi secreto, pero era vital que fuerais vosotros quiénes descubrierais el vínculo que os unía. ¡Así debía ser! —aseveró, sin más.

Alexa se le acurrucó al brazo con la mirada iluminada.

—Nunca entenderé la manía que tienes de responder con acertijos, pero a ti te lo perdono todo. Lo que no entiendo es por qué me ocultaste la existencia

de mi hermano —dijo mirando a Ángelus.

Antón le sonrió dulcemente.

—Porque todavía no estabas preparada para iniciar una búsqueda, a la que te habría empujado si hubieras sabido de él. Pero al final no me ha salido nada mal la jugada, ¿eh, mi niña?

Alexa no dijo nada y se limitó a sonreírle al fuego. En cambio, yo no dejaba de darle vueltas a una pregunta.

—¿Y no te dijo Esperanza nada más sobre mí, Antón? —tercié sintiendo un hormigueo en el estómago.

—Solo que esperara tu llegada, Gabriel —señaló para mi decepción. Luego le dio una calada a la pipa y me comentó—: Pero no debes sentirte así, amigo mío. Gracias al valor de Esperanza hoy estás con tus hijos y más cerca que nunca de conocer tu verdad. Es lo que realmente importa en este momento —apuntó—. Eso y lo que habéis aprendido a lo largo del viaje. ¡No os llegáis a imaginar lo mucho que habéis cambiado desde que os marchasteis de aquí!

El clérigo tenía razón, pero hablando de viajes...

—¿Y a ti cómo te ha ido, viejo amigo? —le pregunté intrigado.

Antón nos comentó que sus hermanos de la Orden lo habían acogido con los brazos abiertos, pues ya hacía mucho tiempo que le habían perdonado su desliz con Alrinach, y que le ayudaron a interpretar la magia contenida en el manuscrito para elaborar el conjuro que nos daría acceso a su contenido. Nos comentó que se había reunido con Albert y que este le había comentado que estaban vigilando los espacios dimensionales para controlar los movimientos de los hechiceros negros. También nos confesó que Albert había averiguado algo sobre los devoradores de sombras y que había partido para intentar verificar una sospecha.

—¿Qué ha descubierto el bueno de Albert? ¿Ya sabe a quién rinden culto esas misteriosas criaturas? —le interrogué.

—No me quiso decir mucho porque tampoco quería alarmarme sin tener pruebas —respondió el clérigo con gesto serio—. Pero todo hace indicar que el dragón negro despertó *algo* muy peligroso cuando fue a buscar el poder supremo a los confines del universo —añadió dejándome sumamente preocupado—. Pero nuestra máxima prioridad, una vez tengamos acceso al manuscrito de Ceres —prosiguió—, es encontrar la forma de ponernos en contacto con las dimensiones aliadas para aunar fuerzas con las que acudir a la guerra.

—¿Y cómo lo haremos, Antón? —intervino Ángelus—. Porque intuyo que estas no se abrirán con la perla negra.

El clérigo enarboló las cejas al escuchar la pregunta.

—Tienes razón, querido Ángelus —afirmó después de sopesar un buen rato la respuesta—. Esas puertas están protegidas por el poder de las gemas mágicas que les dieron los dioses a sus gobernantes y realmente no tengo la menor idea de cómo podréis acceder a esos mundos. Pero estoy convencido de que seréis capaces de hallar la solución y si no... ¡ya se le ocurrirá algo al señor de la Tierra! ¿No es así, maese Hugo? —aludió Antón.

Hugo, que ya hacía rato que estaba dando cabezadas, se despertó de golpe.

—¡Oh, claro que sí...! —tartamudeó—. ¡O no! —añadió arrancándonos unas risas.

—Bueno... ¿Qué tal si nos vamos a dormir? —sugirió Antón levantándose del sofá—. ¡Estoy que me caigo de sueño!

—Pero ¿entonces no desvelaremos hoy los secretos del manuscrito? —alegué decepcionado.

El clérigo apoyó la mano sobre mi hombro.

—¡Huy! Con calma, Gabriel, con calma —respondió con un bostezo— Ya estoy muy viejo y por las noches mi mente no carbura demasiado bien. Además, necesito liberarme de tantas emociones antes de enfrentarme al que será, sin duda, el mayor reto de mi vida. Así que todo el mundo a dormir —alegó dando por zanjado el tema—. ¡Y es una orden!

Nos levantamos del sofá y nos retiramos a las celdas a descansar; por lo menos aquella sería la forma más rápida de que pasara el tiempo.

Y fuera por el cansancio, por la comodidad del lecho o por la tranquilidad que se respiraba entre aquellos gruesos muros, me quedé dormido en un santiamén.

El nuevo día resurgió resplandeciente. Los rayos de sol se colaban por la diminuta ventana de la celda inundándola de claridad. Me di un baño de agua fría, me afeité y me vestí sin prisas. Quería saborear cada momento de aquella jornada, pues sabía que sería una de las más trascendentales de mi existencia.

Me encontré a mis compañeros en la cocina. Sobre la mesa había una jarra de chocolate deshecho y una bandeja de magdalenas, todavía humeantes. Alexa estaba tostando pan en una sartén mientras Antón cortaba embutido a cuchillo con una precisión milimétrica. Hugo y Ángelus fumaban en silencio sentados en la mesa y hacia ellos fue mi reprendedora mirada.

—¡Menudo madrugador estas hecho, patas largas! —exclamó Hugo cuando me vio parado en la puerta—. ¿Por qué no te sientas a fumar con nosotros? Esos dos se han empeñado en preparar el desayuno. Y si la niña es testaruda, el viejo... ¡ni te cuento!

—¡Buenos días, papá! Te estábamos esperando para desayunar —me saludó cariñosamente Alexa en cuanto me vio aparecer por el umbral.

Les saludé y me senté en una silla, aunque decliné el ofrecimiento de Hugo de acompañarles en la fumada.

—Bonita pipa, Ángelus. ¿Te la ha hecho Hugo, verdad?

—Sí, ¡tiene unas manos...! —exclamó mostrándome una pipa curva de brezo de talle muy fino—. Y no he podido contener la tentación de estrenarla.

Ángelus le dio una calada y expulsó un aro de humo con cara de satisfacción.

—Y por lo que parece..., el chaval ya le está cogiendo el tranquillo —añadió Hugo dándole un afectivo pescozón.

Alexa dejó una bandeja con pan tostado, con aroma a ajo, encima de la mesa y se sentó a mi lado con una amplia sonrisa.

—Antón, deja de cortar fiambre y siéntate con nosotros. ¡Me muero de hambre! —le soltó, provocando la risa del viejo.

Por primera vez un mucho tiempo rememoré lo que era desayunar en familia. Hugo nos amenizó el almuerzo relatando algunas de las aventuras

más peligrosas que habíamos vivido en nuestro periplo de una manera distendida y las risas se encargaron de endulzar unos momentos en los que la dificultad había sido extrema. Porque así era como debían ser contadas y recordadas las grandes hazañas, sobre todo cuando estas habían tenido un final feliz.

Después del desayuno, comencé a sentir un tenso hormigueo en el estómago, pues se acercaba el momento que durante tanto tiempo había estado esperando. Antón se levantó de la mesa y reclamó nuestra atención golpeando con una cucharita la taza de café.

—Todos estamos ansiosos por conocer los secretos que se ocultan en el manuscrito, pero debo pedirlos vuestra comprensión respecto a lo que a continuación os voy a comunicar —anunció con serio semblante—. El conjuro que debo realizar entraña una extraordinaria dificultad y cuantas menos distracciones tenga durante su ejecución más posibilidades de éxito tendré. Por esa razón tan solo estaremos presentes Gabriel y yo en el ritual. ¡Y no aceptaré queja alguna! —se apresuró a decir cuando aparecieron los gestos de desaprobación de mis compañeros—. Sé que quizá os esté pidiendo demasiado —dijo mientras intentaba poner orden gesticulando con las manos—, pero únicamente tendré una oportunidad para revertir la magia que protege el código y no podemos permitirnos el lujo de fracasar.

Aquel argumento acalló las protestas, aunque no mitigó la frustración que mostraban las caras de mis compañeros.

—Y mientras tanto, ¿qué hacemos nosotros? —rezongó Alexa mordiéndose los labios.

—Ir preparando las maletas —respondió Antón.

—¿¡Ya!? Pero ¡si acabamos de llegar! —protestó la chica cruzando los brazos en el pecho.

—No podéis perder ni un minuto en ponerlos en marcha, pues el enemigo ya nos lleva una buena ventaja —arguyó Antón con buen criterio—. Y todavía tenéis muchas cosas en qué pensar antes de partir en búsqueda de las dimensiones aliadas, en primer lugar, averiguar por dónde empezar a buscar. ¿Oído, maese Hugo? —voceó buscándolo con los sentidos.

—Oído, maestro —replicó él provocando la complaciente sonrisa del clérigo.

—¿Y tú...? ¿Es que no nos acompañarás? —le preguntó Alexa frunciendo el cejo.

—En cierta manera sí... —declaró enigmáticamente—. A partir de este

momento se inicia una carrera contrarreloj en la que deberemos actuar con la máxima diligencia, pues el margen de error cada vez será menor. Y tendremos que confiar los unos en los otros para llevar a buen término nuestra empresa. ¿Confías en mí, mi niña? —Alexa bajó la mirada y asintió—. Entonces no cuestiones mis decisiones y asume con valor la responsabilidad que ha recaído sobre ti. Y eso lo hago extensible a todos los demás —manifestó levantándose de la mesa.

—Será mejor que hagamos caso a Antón —dijo Ángelus tomando del brazo a su hermana—. Venga, Hugo, creo que tienes que dilucidar un impenetrable misterio. ¿Te vienes?

Mi amigo me miró con resignación y se reunió a sus compañeros para salir juntos de la cocina. En aquel momento me sentí más solo de lo que me había sentido jamás.

—Ha llegado la hora, Gabriel. Y es mejor que recorramos ese camino en soledad, ¡créeme! —comentó Antón al tiempo que se me agarraba del brazo.

Cuando salimos al claustro hacía una mañana radiante. Recorrimos el pasillo y apenas pude templar los nervios cuando, con pulso trémulo, abrí la puerta y entramos en el estudio del clérigo.

Me sorprendió ver el orden reinante, comparándolo con la última vez que estuve allí. Los libros estaban perfectamente alineados en las estanterías y sobre el escritorio nada más había un atril sobre el que descansaba el manuscrito de Ceres. El viejo se sentó en el butacón y se quedó con los brazos apoyados encima de la mesa. Cerré la puerta y me planté delante de Antón con los nervios a flor de piel. El clérigo hizo un gesto con la mano y se apagaron todas las luces, excepto la que desprendía el candil que había colgado del techo.

—¿Puedes dejar sobre la mesa los elementos que te pedí? —me solicitó con un gesto. Hice lo que me pidió y me quedé mirándole expectante—. Por favor toma asiento, Gabriel. —Me senté viendo cómo el mago trasteaba en uno de los cajones del escritorio hasta que sacó una varita de olivo. Antón la agitó y se alinearon la lámpara de Horus, el aceite de luna y el elixir de la vida dibujando un triángulo equilátero perfecto en la mesa. Luego me escrutó con los sentidos y me preguntó—: ¿Es posible que todavía no te hayas dado cuenta de quién eres?

Su pregunta me resultó abstracta.

—¡Por todos los dioses, Antón! ¿A qué viene ahora esa pregunta? —

repliqué algo confuso.

El clérigo respondió con una sonrisa. Después sacudió la varita y situó el reloj de las Arenas del tiempo suspendido en el vértice del triángulo. Y con un golpe de varita, el reloj comenzó a dar vueltas sobre sí mismo y los cuatro elementos proyectaron la silueta de una pirámide tridimensional. Entonces el clérigo se levantó de la butaca y recitó: *“La luz del sol y el brillo de la luna conforman los ojos que todo lo ven. Así la noche y el día se suceden formando un ciclo que jamás debe perecer”*. Al pronunciar esos versos la llama blanca y el aceite de luna se fundieron emitiendo un haz de luz que impactó en el reloj de las Arenas del tiempo haciéndolo girar aceleradamente. Antón pareció entrar en trance y blandiendo la varita proclamó: *“El elixir de la vida orquestará al perenne ciclo de regeneración, pues todo lo que nace debe morir y todo lo que muere debe renacer. Y en el vértice del tiempo, el pasado, el presente y el futuro devendrán para establecer el ciclo espacio-tiempo que perdurará por toda la eternidad... ¡Lo que perteneció a Horus a Horus debe retornar!”*. Todos los elementos comenzaron a orbitar velozmente alrededor de un eje dibujando diferentes figuras geométricas hasta que confluyeron produciéndose una explosión de luz. El tiempo pareció congelarse y sentí cómo mi cuerpo levitaba mientras la energía contenida en los cuatro elementos penetraba como una fina lluvia por todos los poros de mi piel. Me sacudió un fuerte espasmo y el muro que me impedía acceder a los recuerdos se derrumbó.

En ese momento retrocedí hasta el día de mi nacimiento, cuando surgí del primigenio polvo del universo junto a mis hermanos estelares. Y me vi surcando por una infinidad estrellada, atravesando galaxias y constelaciones, hasta llegar a los confines del cosmos para reunirme con mis padres. Rememoré nuestra llegada a la Tierra y cómo lo convertimos en un planeta lleno de vida y el nacimiento de mis hermanos terrenales y de los primeros hombres. Y recordé lo que sucedió en la gran guerra, la agria victoria y nuestra triste partida hacia Aaru. Reviví el momento en que me despedí de Esperanza antes de atravesar la barrera ultradimensional para llegar a la Tierra y también recordé, con total claridad, cómo nada más poner un pie en el planeta perdí todos mis recuerdos convirtiéndome en un ser humano más. Y en una fracción de segundo rememoré mi largo periplo por la Tierra antes de regresar de mi viaje por el tiempo.

Entonces fui consciente de lo mucho que había cambiado y que nunca sería

un dragón celestial, Horus o Gabriel, sino una mezcla de los tres. Y me sentía orgulloso, porque sabía que aquella experiencia me había convertido en alguien mejor y mucho más sabio y porque sabía que por fin cumpliría la promesa que le hice a mi esposa Esperanza antes de verme partir de Aaru. “¡Amor y confianza!”, fueron sus palabras de despedida, a las que yo respondí: «*Te prometo que regresaré a ti*». Con una despedida se había iniciado mi ciclo en la Tierra y con una despedida también debería concluir.

—¿Te... te encuentras bien, mi señor? —preguntó Antón, con una vacilante voz.

El clérigo estaba recostado sobre la butaca y parecía estar muy cansado.

—Querido Antón, ¡estoy como nunca! —respondí exultante.

Al escuchar mi voz, rápidamente, se levantó y se esforzó en hacerme una solemne reverencia.

—Horus, mi señor, no sabes lo feliz que soy al poder estar en paz contigo —comentó emocionado—. Sé bienvenido a mi casa.

Me apresuré a ayudarle a ponerse erguido.

—No debes postrarte ante mí, Antón, pues si hay alguien que merezca ser venerado eres tú —dije besándole en las mejillas—. Un día hice un acto de justicia por ti rescatándote de las tinieblas, pero hoy has saldado con creces esa deuda. Gracias a ti, viejo amigo, he vuelto a ver. Y eso es mucho más de lo que hice yo por ti.

Me sentía magnánimo pero a la vez vulnerable.

—Eres muy amable, Gabriel, si me permites que te siga llamando con ese nombre, aunque debo reconocer que mi acción no ha sido puramente altruista —declaró con gesto apagado—. He tenido el honor de ejecutar con éxito la tarea más importante de mi vida y ahora puedo considerarme digno de pertenecer a la Orden de los magos de la Luz.

—¿Cómo podré agradecerte todo lo que has hecho por mí y por mi familia, viejo amigo?

El clérigo posó la mano en mi rostro y me escrutó con los dedos.

—Ya sabes que los chicos, aunque consigan congregarse un poderoso ejército, no podrán frenar al Caos sin vuestra ayuda —advirtió con voz cansada—. No faltes a tu promesa, Gabriel.

—Descuida, Antón. Volveremos a conjurar a la Oscuridad, aunque sabes que no depende de nosotros abrir la *Puerta de puertas* y antes debo recorrer un camino de incierto final —le confesé poniendo el pensamiento en mi

futuro inmediato.

—Esa es la grandeza de la vida..., ni los dioses saben lo que les deparará el destino —susurró tambaleante.

Tuve que sujetar a Antón antes de que cayera al suelo.

—¿Qué te pasa, amigo mío? —le pregunté mientras lo sostenía entre los brazos.

—Me muero, Gabriel —musitó esbozando una sonrisa—. Pero soy feliz, porque voy a reunirme con mis padres y hermanos. ¡Así que no te pongas triste!

—¡No puede ser, Antón, tú no debes morir! —dije sin poder contener las lágrimas.

Antón me acarició la cara con pulso vacilante.

—Me temo que eso no está en tus manos, mi señor. A veces no nos queda más remedio que sacrificarnos por una buena causa y bien lo sabes tú —apuntó con un estertor—. Así que no llores, mi buen Horus, pues me voy con la alegría de haber cumplido con mi deber y..., y no hay mayor honor que dar la vida por lo que uno cree.

—No lloro solo por mí... —dije sintiendo cómo resbalaban las lágrimas por las mejillas—. ¿Y Alexa? ¿Cómo soportará dos pérdidas en un solo día?

—Ella es fuerte, Gabriel, mucho más de lo que pensamos —dijo antes de que le diera un golpe de tos—. Dile a mi niña..., dile que la quiero muchísimo... ¿Lo harás, verdad? —musitó con un hilo de voz. Asentí sin poder sujetar las lágrimas—. Ya nada te impide acceder al conocimiento que se oculta en el manuscrito. Ahora... —susurró, mirando al códice con trémula voz—, ya sabes lo que debes hacer. ¡Y no me mires con esa cara, mi señor! Mi camino se acaba aquí..., pero..., pero no envidio el que a ti te queda por recorrer.

—Gracias por todo, amigo mío —dije viendo cómo se le escapaba la vida.

—Mi niña... —musitó con una sonrisa—, estoy tan orgulloso de ti...

El clérigo dejó escapar una lágrima y con un pausado suspiro su luz se desvaneció para siempre de este mundo.

«*Descansa en paz*», susurré besándole en la frente.

Acomodé el cuerpo de Antón en la butaca y lloré a su lado durante un rato. Ya eran dos, los magos que habían sacrificado su vida por mi causa y por fin entendía por qué lo habían hecho. «“¡Amor y confianza!”», me dije preparándome para lo que muy pronto debería hacer. Pero antes tenía que

afrontar la penosa tarea de darle la triste noticia a Alexa y necesitaba armarme de valor.

Me acerqué al atril y cogí el manuscrito. Ya no quedaba ni rastro de las runas que había en el lomo del libro y cuando lo abrí no tardé en dar con la página que contenía el conjuro que me permitiría despertar a mi padre; él tenía la llave que me devolvería el alma. Memorice los versos del encantamiento, cerré el libro y lo dejé de nuevo sobre el atril. Luego me senté en la silla y me tomé unos instantes de meditación intentando encontrar unas palabras de consuelo para Alexa. Aunque fue al mirar a Antón cuando descubrí que solo él podría mitigar su dolor.

Me encaminé hacia la puerta y respiré profundamente antes de abrirla. Mis amigos me estaban esperando tras el umbral. Llevaban la emoción pintada en las caras, pero esta se esfumó cuando vieron mi semblante. Y Alexa supo, de inmediato, que algo había salido mal.

—Papá, ¿por qué no está Antón contigo? —me preguntó mientras miraba angustiada hacia el interior del estudio.

—Lo siento mucho, pero... —Alexa no me dejó acabar la frase. Me empujó e intentó entrar al despacho, aunque conseguí frenarla antes de que atravesara el umbral—. Antón ha dejado un mensaje para ti, hija mía —le advertí mirándole a los ojos—: búscalo en su rostro.

No tuve valor para acompañarla, aunque eso no me libró de escuchar cómo lloraba desconsoladamente la pérdida de su protector. Hugo me miró con el semblante sombrío y me preguntó:

—¿Qué ha pasado, Gabriel?

La emoción del momento me ahogó la voz. Ángelus pasó por mi lado y me consoló con unas fraternales palmaditas en el hombro. Luego entró en el despacho y en cuestión de segundos Alexa dejó de llorar. Finalmente me armé de valor y al mirar hacia atrás vi a mis hijos abrazados al lado de la butaca dónde descansaba el cuerpo del clérigo. Alexa besó a Antón en las mejillas y salió del despacho agarrada de la mano de Ángelus. En su rostro ya no quedaba ni un rastro de tristeza.

—Nunca lo había visto tan feliz, papá —susurró, emocionada, al pasar por mi lado—. Pero ahora necesito asimilar su adiós. ¿Me acompañas, hermano?

Ángelus la abrazó y se alejaron por el corredor. Pero antes de salir del atrio giró la cabeza y nos advirtió:

—¿Os encargáis de preparar el sepelio?

Asentí con un gesto y, una vez traspasaron el umbral, me quedé

saboreando cuán amarga sería mi despedida.

Cuando Alexa y Ángelus regresaron, el cuerpo de Antón yacía en una fosa que habíamos cavado en el patio, al lado de un naranjo. Alexa le dedicó unas emotivas palabras y dejó unas rosas blancas antes de que cubriéramos su cuerpo de tierra. Acabada la sencilla ceremonia, Ángelus, al que solo le bastó echarme una mirada para adivinar mis pensamientos, convenció a su hermana para que le acompañara a dar una vuelta por los viñedos dejándonos a solas a Hugo y a mí. Este se sacudió de tierra las ropas y me miró con sus ojos de tizón.

—¿No me vas a contar qué ha pasado ahí adentro?

Tomé a mi amigo del brazo y nos sentamos en un banco de piedra que había a la sombra de un limonero. Después saqué mi pipa y la cargué de tabaco mientras ponía mis pensamientos en Antón.

—¿Por dónde empiezo? —le pregunté antes de encender la pipa con una cerilla.

Hugo escuchó, casi sin pestañear, todo lo que había ocurrido en el despacho del clérigo, pero no pareció muy sorprendido cuando le revelé mi verdadera identidad. Y así se lo hice saber.

—He visto lo que haces y sé cómo eres, patas largas... ¿He de sorprenderme porque ahora sé lo que hace mucho tiempo intuyó mi corazón? —alegó, con una sagacidad que me hizo estremecer—. Puedes ser un dragón celestial, Horus, o como quieras que te llamaras en el pasado, pero para mí seguirás siendo el mismo; la persona más importante de mi vida. Además, ya me has demostrado sobradamente la nobleza de tu corazón y eso, amigo mío, supera los títulos y honores que conllevan tu condición de dios —respondió, como solo pueden hacerlo aquellos que te conocen mejor que tú mismo—. Pero no entiendo una cosa... —aludió rascándose la barbilla—. ¿Por qué dejaste a tu amada Esperanza y tu idílica vida en Aaru para regresar a la Tierra?

—Esa, viejo amigo, es una larga historia —le comenté dando una profunda calada a mi pipa de espuma de mar.

«Todo se truncó cuando nos enteramos de que Seth había conseguido escapar de su cárcel dimensional con el reloj de las Arenas del tiempo y había iniciado el viaje de regreso a la Tierra. Sabía que lo único que podía haberle motivado a embarcarse en tal aventura era encontrar la *Puerta de puertas* y entonces no me quedó más remedio que idear una estrategia que me permitiera salvar la barrera ultradimensional, para avanzar a sus movimientos e intentar poner fin a sus intenciones. Utilizando todo mi poder conseguí abrir una puerta que conectaba con la Tierra, pero sabía que esta desaparecería una vez atravesara el umbral. «¡*Ya se te ocurrirá la forma de regresar!*», me comentó Esperanza animándome a pasar al otro lado. Lo que ignoraba era el precio que tendría que pagar por burlar las leyes que rigen el universo».

«Mis primeros días en la Tierra fueron horribles. Sin identidad y atrapado en un mundo que no entendía, tuve que improvisar un pasado que me permitiera convivir con los seres humanos sin levantar sospechas sobre mi inexplicable inmortalidad mientras intentaba encontrarle sentido a mi vida. La providencia quiso que apareciera en mis queridas tierras del delta del Nilo, dónde me integré en la sociedad egipcia ocupando altos cargos durante siglos, gracias a mi pericia cambiando de apariencia física y a mi extraordinaria intuición. Fui comandante de ejércitos, arquitecto de las grandes pirámides, médico real, juez y visir de varios faraones, y sumo sacerdote de los más importantes templos. Y fue, precisamente, en los templos dónde descubrí la existencia de la magia ancestral y aprendí a interpretarla estudiando los arcaicos escritos que habían dejado los magos de la Luz».

«Durante muchos siglos mantuve oculto mi más profundo secreto hasta que conocí al que sería uno de los faraones más grandes de Egipto, mi buen amigo Ramsés II. Yo era visir de su padre, Seti I, y descubrí en el joven príncipe una cualidad que lo diferenciaban de todos los humanos que había conocido hasta entonces; él podía ver más allá de lo visible. Ramsés no tardó en descubrir mi secreto y se produjo un vínculo entre los dos que solo se quebrantó con su muerte. Le enseñé a interpretar los misterios de la magia ancestral y pronto se convirtió en el más poderoso de los magos mortales que haya existido jamás. Él cambió mi forma de percibir la vida y me enseñó el verdadero significado de la justicia y la verdad. Y juntos hicimos prosperar a Egipto hasta que Seth hizo acto de presencia».

«Seguro que te estás preguntando por qué a Seth le costó tanto tiempo

llegar a la Tierra. La respuesta me la dio él mismo cuando nos reencontramos en el templo donde está confinado. El señor del Desierto tuvo que utilizar el poco amor que le quedaba en el corazón para poner en funcionamiento el reloj de las Arenas del tiempo y no pudo precisar su destino viéndose obligado a vagar por el entramado espacio-tiempo hasta que encontró una brecha por la que llegar al planeta. Afortunadamente Seth perdió gran parte de su poder al burlar la barrera ultradimensional, pues de lo contrario no habríamos podido evitar la catástrofe».

«Cuando el señor del Desierto irrumpió en la ciudad de Pi-Ramsés, despertó una buena parte de mis instintos divinos con los que pude movilizar la energía vital contenida en mi corazón para concentrarla en el cetro de oro del faraón. Poco pudo hacer Seth cuando Ramsés utilizó la magia ancestral de su cetro real para desterrarlo en su propio templo. Así fue como, sin proponérmelo y sin ser consciente de ello, pude completar la misión que me había llevado a emprender este largo viaje», concluí.

Hugo me miró con un triste semblante.

—¿Y ahora qué harás?

—Verás, amigo —dije mientras le pasaba el brazo por encima de los hombros—, me va a resultar muy difícil explicártelo, pues esto es lo más doloroso que voy a tener que hacer jamás.

—¿Te irás, verdad? —vaticinó con los ojos vidriosos.

Tuve que apelar a toda mi voluntad para sujetar las lágrimas.

—No quiero hacerlo, pero...

—¡Pues no lo hagas, patas largas! —exclamó negando con la cabeza—. ¿Acaso no eres un dios?

—Seamos dioses u hombres no podemos eludir nuestra responsabilidad. ¡Acuérdate de las palabras que te dijo tu padre! —aludí—. Además, de nada habrá servido las muertes de los maestros Tao y Antón si finalmente no conseguimos frenar el avance del Caos. Amigo mío, debo recuperar el alma si quiero ser útil para la causa pero no puedo arriesgar vuestras vidas porque también tenéis un ineludible deber que cumplir.

—¡Nuestro deber es mantenernos juntos! —replicó Hugo resistiéndose a aceptar la realidad.

—Esta vez no, viejo amigo... —musité sintiendo cómo resbalaba una lágrima por mi mejilla—. Me queda dar un último paso en el camino y debo realizarlo solo; se lo prometí a Lizbeth y a mi madre.

—Pero con nuestra ayuda podrás...

—¡No insistas, hermano! —Hugo apretó los dientes y bajó la mirada—. Pero volveremos a encontrarnos en el camino, siempre y cuando seáis capaces de cumplir con vuestra misión y encontréis la llave que abre la *Puerta de puertas*. Es la única manera de que pueda regresar en plenitud de poderes y en compañía de los dioses —precisé.

Hugo rezongó negando con la cabeza y luego preguntó:

—¿Y dónde está esa maldita puerta?

—Eso solo lo sabes tú.

—¿Estás de broma...? ¿¡Yo!? —exclamó mirándome con los ojos desorbitados—. Gabriel, yo no sé nada de puertas secretas ni de llaves mágicas.

—Lo sabrás, a su debido tiempo —le revelé mientras vaciaba de ceniza la pipa para guardármela en el bolsillo—. Cuando le otorgué a tu padre la gracia de la inmortalidad por haber servido con lealtad y valor al Orden también le revelé una profecía: “*El primogénito de tu estirpe llevará la marca del señor de la Tierra y él será el encargado de abrir la Puerta de puertas en caso de necesidad*” —recité—. Así que no te preocupes, Hugo. Cuando reúnas las llaves mágicas y desveles el misterio que te mostró tu padre sabrás lo que debes hacer para hacer visible la puerta que me traerá de regreso a la Tierra.

Hugo apoyó las manos en el banco y escondió la mirada entre las piernas. Parecía estar tan perdido y temeroso como lo había estado yo. Pero, de repente, alzó la cabeza y me miró con un extraño brillo en los ojos.

—Entonces, ¿depende de mí que nos volvamos a ver? —señaló con voz firme. Asentí, sorprendido ante aquel cambio de talante—. ¡Pues más te vale que estés al otro lado del umbral cuando te abra la puerta, patas largas! Porque si no...

—Puedes estar seguro de que allí estaré —añadí con una sonrisa.

En ese momento se posó un gorrión en una rama del limonero y comenzó a picar con el pico la cáscara de un limón.

—¿Y ya sabes cómo recuperarás el alma? —me preguntó ensombreciendo el semblante.

—Creo que sé cómo hacerlo —respondí sumándome a su preocupación—. En el manuscrito de Ceres he encontrado un conjuro que despertará al dragón gris de su maldición. Mi padre tiene un objeto que me ayudará a recuperar lo que es mío —le desvelé.

—¡Uf, menos mal! Así no estarás solo cuando te enfrentes a Apofis —

aludió Hugo aliviado.

—Te equivocas, hermano —repliqué dejándole atónito—. Osiris estará muy débil cuando despierte de la maldición y no quiero poner en riesgo su vida ni mi misión —le advertí seriamente—. Me temo que esta última parte de mi viaje tendré que transitarla solo, como Lizbeth vaticinó.

Hugo negó con un gesto.

—¿Gabriel, estás seguro de lo que haces?

—¿Se puede estar seguro de algo en los tiempos que corren? —repliqué mientras sacaba mi diario del bolsillo de la casaca—. Aquí están escritos los acontecimientos que he vivido desde que salí del monasterio del maestro en búsqueda de la verdad. Ahora te tocará a ti continuar con esta crónica, pues no sé lo que me deparará el destino y no quiero que nuestra historia caiga en el olvido.

—¿De qué estás hablando? —protestó Hugo—. Cuando nos volvamos a ver te contaré con pelos y señales todo lo que nos haya pasado. Ya sabes que tengo una memoria de elefante —atajó golpeándose varias veces con el dedo índice en la sien.

—Hugo, te lo estoy pidiendo por favor —insistí—. Este diario no puede caer en manos enemigas, pues hay mucha información sensible sobre vosotros y nuestra misión —Hugo continuaba negando con la cabeza—. Amigo mío, ten muy presente lo que te voy a decir, pues es uno de los mejores consejos que he recibido jamás. “Todo sacrificio tiene su recompensa” —recité—. Y el nuestro tendrá la recompensa del reencuentro, ¡te lo prometo y sabes que cumplo mis promesas! —aseveré—. ¿Me prometes que escribirás todo lo que os suceda en el diario?

—Sabes que lo haré —asintió con resignación.

Dejé el diario apoyado en el banco y me levanté. Hugo me imitó y se me quedó mirando intentando contener la emoción.

—¡Ah, se me olvidaba! —exclamé mientras buscaba en los bolsillos un diminuto objeto—. Guárdala bien, intuyo que os hará falta para encontrar a las fuerzas aliadas —le comenté dándole la perla negra.

—¿Y tú, no la necesitarás?

—Descuida, amigo, no me hará falta allá adonde voy —señalé—. También he dejado el manuscrito de Ceres en el despacho de Antón. Les vendrá muy bien a mis hijos; todavía tienen mucho qué aprender. —Hugo cogió la perla negra y bajó la vista al suelo—. Bueno —carraspeé—, creo que ha llegado la hora de decirnos adiós.

—¿Te irás sin despedirte de tus hijos?

Suspiré y eché la vista al cielo.

—Amigo mío..., ¡ya no me queda más valor! —le confesé—. ¡Venga! ¿A qué esperas para abrazarme, tontorrón?

Hugo me abrazó con tanta fuerza que pude sentir sus lágrimas mojándome la camisa.

—Será mejor que no alarguemos por más tiempo esta agonía. ¡Te echaré mucho de menos! —dijo dándome unas cariñosas palmadas en las mejillas— Y más te vale que estés detrás de la *Puerta de puertas* cuando la abra para ti.

—No faltaré a esa cita —señalé con la voz empañada—. Cuida de mis hijos y cuídate tú también, por favor. Ahora vete, hermano, y no eches la vista atrás —comenté secándome los ojos con las mangas—. Tengo que poner al día el diario antes de marcharme. Luego te lo dejaré aquí mismo, en el banco.

Hugo se rascó la cabeza antes de volverme a abrazar.

—¿Sabes que te quiero, verdad? —comentó emocionado—. Pues ten mucho cuidado y..., procura no olvidarte de nosotros.

Y con estas palabras, dio media vuelta y se alejó por el pasillo cabizbajo.

«*Sabes que no lo haré*», susurré viendo cómo su estela se perdía más allá del umbral.

La puerta.

Un relato “Lovecraftiano”

de Miquel Àngel Lopezosa.

«—¡Papá, papá! ¿Qué son estos extraños animales? Parecen pulpos gigantes y feos... ¿Por qué bajan desde las estrellas?

Henry corrió hacia el escritorio mostrándole unos bosquejos que había dibujados en una libreta. El profesor miró el cuaderno y rápidamente se lo quitó de las manos. El chiquillo le miró asustado.

—No has hecho nada malo, hijo, pero ya sabes que a papá no le gusta que juegues con sus trabajos —le susurró acariciándole las mejillas.

—Pero...

—Henry, no insistas —comentó mientras guardaba la libreta en un cajón del escritorio—. Todavía eres muy pequeño para entender ciertas cosas... —“*Y hay cosas que es mejor no saber*”, pensó viendo la cándida mirada de su hijo. El niño se quedó plantado delante de su padre, mirando cómo mojaba la pluma en el tintero y se ponía a escribir con exquisita caligrafía sobre el papel en blanco—. ¿Aún estás aquí, Henry? —sonrió el profesor, al advertir que le miraba con ojos curiosos—. ¿Por qué no le haces a papá un bonito dibujo en este papel?

El profesor de arqueología Edward Foster le dio un folio y un estuche de colores y observó, pensativo, cómo se alejaba su pequeño con el ceño fruncido hacia su pupitre. Luego se recostó sobre el butacón y recordó con nostalgia lo mucho que echaba de menos a su esposa. Todavía no había conseguido borrar de la memoria cómo se colaban por las rendijas de la habitación los desgarradores gritos de su adorada Maggie mientras traía al mundo a Henry, su primer y único hijo».

—¿Te encuentras bien, Edward? —le preguntó Alfred, que ocupaba el asiento contiguo en el avión.

El profesor miró a su asistente con ojos ausentes. Alfred, un hombre alto, de piel morena y totalmente calvo, le miraba por encima de las gafas con sus almendrados ojos avellana.

—¡Oh, sí! Creo que me he quedado dormido —respondió con un bostezo.

—¿Has tenido otro de tus sueños, verdad? —añadió Alfred, con su pausada

VOZ.

Edward solía soñar con su abuelo y con su padre, Henry Foster, aunque no los había llegado a conocer debido a que murieron sepultados por un alud en las montañas del Himalaya cuando apenas era un bebé. Pero lo particular de aquellos sueños era que los vivía con un extremado realismo, seguramente porque Alfred, que le acompañaba desde que tenía uso de razón, nunca había dejado de contarle historias sobre ellos. Alfred había sido asistente de su padre y, tras su trágica muerte, se convirtió en su cuidador y guía personal hasta que ocupó la cátedra de arqueología arquetípica en la universidad de Miskatonic, en Arkham, Massachusetts. Desde entonces, se había encargado de transcribir sus trabajos, le acompañaba a todas las excavaciones arqueológicas y se había convertido en su consejero más sincero y leal.

—¿Queda mucho para llegar? —le preguntó Edward, al tiempo que miraba con curiosidad a través de la ventanilla.

—No lo sé... —respondió Alfred sin levantar la vista del texto que estaba leyendo—. ¿Por qué no lo miras en el monitor?

El profesor miró a la pantalla y vio que estaban sobrevolando cielo europeo. Se dirigían a Inglaterra para participar en el Congreso Mundial de Arqueología que organizaba anualmente la Universidad de Oxford.

—¿Crees que esta vez...? —musitó Edward mientras sacaba del bolsillo de la chaqueta la tarjeta del congreso.

Alfred, que todavía mantenía un aspecto atlético y jovial pese a tener más de sesenta años, dejó de repasar las hojas manuscritas del discurso que había preparado Edward para la ocasión y le contestó con un tajante:

—No le des más vueltas e intenta descansar.

A Edward no le gustaba asistir a las pomposas reuniones que organizaba la comunidad arqueológica internacional y siempre que recibía alguna invitación rehusaba asistir aludiendo alguna excusa banal. Pero en aquella ocasión no había podido eludir su presencia debido a que, en conmemoración del LXXV congreso, se le iba a rendir homenaje a su tatarabuelo, Leonard Foster, como uno de los pioneros de la investigación arqueológica norteamericana.

Al rato, su asistente guardó las hojas del discurso en el maletín y sacó su iPhone del bolsillo de la americana. Edward observó con el rabillo del ojo cómo tecleaba habilidosamente con ambos pulgares y, sin saber por qué, comentó:

—Alfred...

Su ayudante giró la cara y le miró por encima de las gafas frunciendo el ceño.

—Pero ¿a ti qué te pasa? —Edward torció el gesto y se puso a mirar por la ventanilla. Alfred suavizó el semblante y le comentó cariñosamente—: Todo saldrá bien, ¡ya lo verás! Ahora, intenta relajarte y disfruta de estos momentos de tranquilidad, que todavía nos queda una dura jornada por delante.

Una limousine les estaba esperando en el aeropuerto de Heathrow. Hacía una mañana magnífica y el sol de noviembre parecía haber dado algo de tregua al gélido ambiente Londinense. Un hombre fornido y con una exótica mezcla afroindoeuropea, les abrió la puerta del vehículo y cuando se sentaron vieron que había un hombre alto, de tez blanca y vestido con un impecable traje gris perla, ocupando uno de los asientos.

—Espero que haya tenido un buen viaje, profesor Foster. Me llamo Michael Grey y soy el decano de la facultad de Arqueología de Oxford —anunció, extendiendo su pequeña y peluda mano.

El decano superaba la cincuentena y tenía el porte de los que se creen superiores a los demás. Edward le apretó la mano, pero sintió repugnancia al notarla sudorosa y pegajosa.

—Estamos un poco cansados, pero casi ni me he enterado del trayecto... Me lo he pasado prácticamente durmiendo —precisó el profesor mientras se secaba disimuladamente la mano en la pernera.

—¡Perfecto! —exclamó el decano con una palmada—. Tenemos una hora y pico hasta llegar a Oxford, pero si salimos pronto y el tráfico nos es benévolo podrán hacer un alto en el hotel antes del almuerzo. Así tendrán tiempo para darse una ducha y ponerse algo más... —dijo echándoles una mirada de arriba abajo—, bueno... más acorde con la ocasión.

«¿Qué diablos tendrán de malo mi chaqueta de Tweed Harris y mis pantalones vaqueros?», pensó Edward mientras se ajustaba el cinturón de seguridad.

—No tenía que haberse molestado en venir a buscarnos personalmente, señor Grey —dijo, intentando ser cortés.

—Pero ¡si ha sido todo un placer, Edward! Porque puedo tutearte, ¿verdad? —El profesor asintió, forzando una sonrisa—. ¡No sabes la alegría que me diste cuando aceptaste nuestra invitación! Había llegado a pensar que no querías saber nada de tus colegas europeos.

Edward forzó, un poco más, la sonrisa mientras le echaba una desesperada mirada a su asistente.

—Señor Grey, ¿podemos ir tirando para el hotel? —intervino Alfred, con su pausada voz—. No dejo de pensar en darme un burbujeante baño caliente antes del almuerzo.

El decano, que hasta entonces ni se había dignado a mirarle, esbozó una mordaz sonrisa y, tras dar un toquecito al cristal, el chófer inició el trayecto hacia Oxford.

Nada más tomar la autopista, Edward cerró los ojos e intentó evadirse de la empalagosa conversación del decano. Al instante, dejó de escuchar su tediosa voz y sus pensamientos le llevaron a recordar una de las historias que el bueno de Alfred le contaba en su niñez sobre su familia.

«Edward provenía de una estirpe de afamados arqueólogos, tanto por sus grandes hallazgos como por sus misteriosas desapariciones. Su tatarabuelo, el profesor Leonard Foster, fue un erudito de los ritos y costumbres de los indios Narragansetts y recorrió los profundos bosques de Rhode Island para realizar sus estudios de campo acompañado por su intérprete y guía, un indio Wampanoag. Leonard descubrió la extraña relación que había entre los ancestrales rituales de invocación a los dioses que hacían en la tribu y los que realizaban ciertos sacerdotes egipcios durante el reinado de uno de los seres más místicos y oscuros del antiguo Egipto, el faraón Nefrén-Ka. Años más tarde, su bisabuelo, el doctor y catedrático de simbología antigua de la universidad de Miskatonic, Harry Foster, se encargó de continuar su línea de investigación y, junto a su hijo Edward, trabajó con tesón para hallar alguna pista que les condujera hacia la tumba del misterioso faraón.

En 1920, el joven Edward, que ya había acabado sus estudios de arqueología, recibió el encargo de su padre de descifrar el contenido de unos documentos que habían aparecido en unas recientes excavaciones en Egipto y que un buen amigo le había enviado para su análisis. Los pergaminos databan del imperio antiguo y parecían hacer referencia a la vida del faraón Nefrén-Ka, también llamado faraón Negro. Pero Edward no trabajó solo en el proyecto, su padre le envió la ayuda de la brillante arqueóloga, Margaret Pean, sobrina del rector de la universidad de Miskatonic.

Edward y Maggie, como siempre la llamaba él, se compenetraron desde el primer momento, pues habían estudiado juntos en la universidad y se habían graduado el mismo año. Lo que no esperaba Edward era que aquella joven

pizpireta, de grandes ojos verdes y espíritu aventurero, pudiera fijarse en él, un muchacho desgarrado y despistado que tenía como único objetivo en la vida no defraudar a su padre. Pero el amor surgió el día que hallaron la primera pista que hacía referencia al faraón Negro. Maggie estaba tan entusiasmada con el hallazgo que le plantó un beso en los labios de un sorprendido Edward, que ni en sus más febriles sueños habría imaginado que aquella tarde de húmedos jadeos en la desértica biblioteca de la universidad se convertiría en la más maravillosa de su vida.

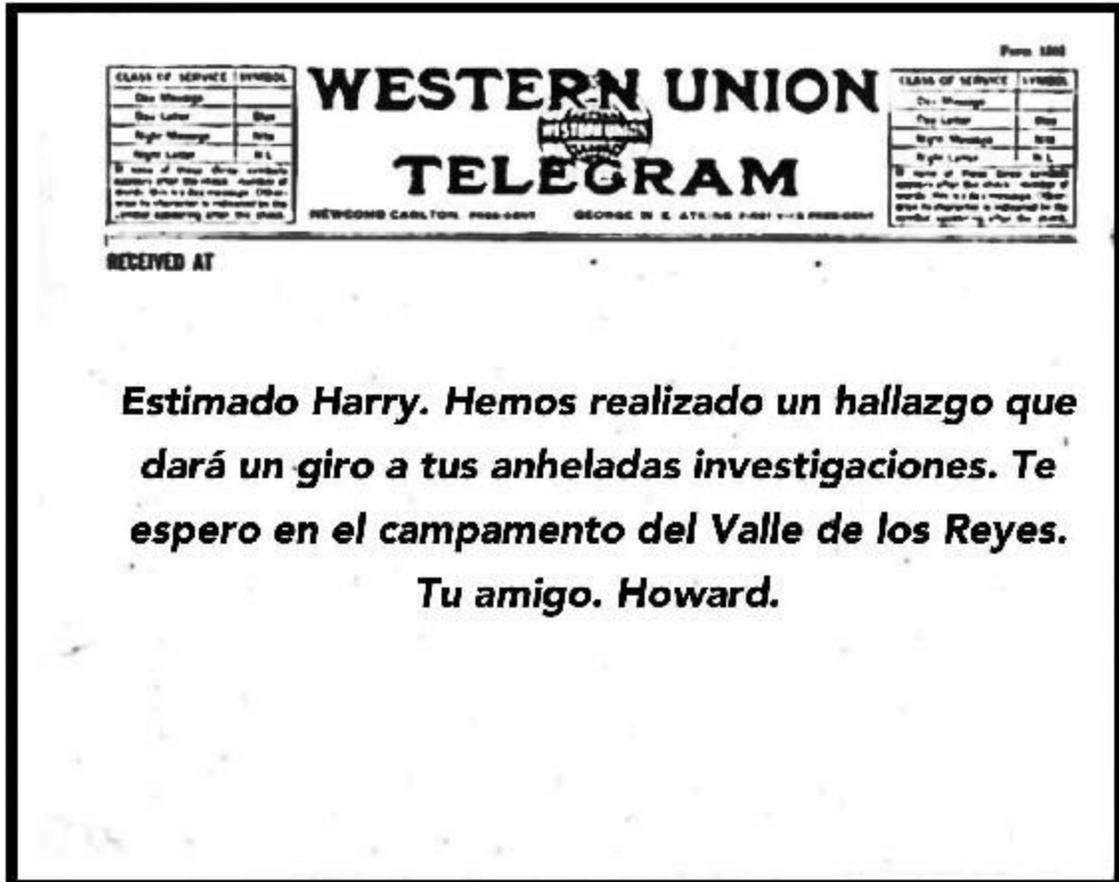
La información que descifraron tras transcribir los jeroglíficos, pese a que era inexacta y repleta de grandes incongruencias, no dejaron indiferentes a los jóvenes investigadores. Los escritos versaban sobre el afán que tenía el faraón de darle una nueva interpretación a las doctrinas del *Libro de los Muertos* y del *Libro de las puertas*. Pero su interés no estaba basado en memorizar los versos que contenían aquellos libros sagrados, como debía hacer el faraón para preparar de su viaje funerario por el otro mundo, sino en encontrar alguna forma de recorrer el inframundo en vida. Y parece ser que lo consiguió.

Uno de los documentos relataba que Nefrén-Ka había viajado más allá de las estrellas y visitado ciudades submarinas donde moraban seres que nada tenían que ver con la especie humana. El escrito nombraba a una de esas ciudades como Nyam-Nim, la que se halla oculta tras la tercera estrella de Orión, y también a alguno de los monarcas que el faraón había conocido en sus viajes interestelares, como *Dagon*, *Azathoth*, *Shub-Niggurath* o *Yog-Sothoth*^[5]. Y en un pergamino hallaron una pintura en la que se veía al faraón Negro delante de una puerta, con una especie de losa ovalada en la mano y una sombra amorfa que esperaba al otro lado del umbral. Al inspeccionar el objeto con una lupa, Maggie descubrió que la piedra tenía grabada en su superficie un símbolo geométrico singular; una circunferencia englobaba a un triángulo equilátero que, a la vez, contenía un icosaedro regular en su interior. Los jeroglíficos la llamaban “*Piedra arquetípica*”.



El catedrático se quedó totalmente asombrado con aquel descubrimiento y cuando les enseñó el telegrama que acababa de recibir de su amigo Howard Carter, que por aquel entonces estaba inmerso en la catalogación de los tesoros de la tumba KV62 que pertenecía a un joven faraón llamado Tutankamón, intuyeron que estaban muy cerca de desvelar uno de los enigmas más importantes del antiguo Egipto.

El telegrama citaba así:



En unos días zarparon hacia Londres a bordo del transatlántico *Aquitania*. Y durante el trayecto, Harry les puso en antecedentes de lo que su padre, Leonard Foster, había descubierto sobre del faraón Negro en los impenetrables bosques de Rhode Island.

~

La primera noticia de Nefrén-Ka la encontró inspeccionando una antigua vasija de arcilla que el druida de la tribu Narragansetts le enseñó a cambio de unas cuantas botellas de Bourbon. Esta provenía de la época de Tashtasick, el primer *sachem* —Gran Jefe— de la tribu, y contenía una serie de jeroglíficos que hacían referencia a versos mágicos extraído del *Libro de los Muertos*. Al

preguntarle al druida sobre cómo había llegado aquella antigualla a manos de la tribu, le respondió que se la había entregado el mismísimo Nefrén-Ka a Tashtasick cuando este lo invocó en sus sueños. El profesor creyó que el brujo estaba tan borracho que le estaba tomando el pelo, pero al estudiar los versos sagrados que los Narragansetts utilizaban para invocar a los dioses descubrió que estaban escritos en hierático^[6]. Aquel descubrimiento era abrumador, aunque la prueba definitiva que confirmaría aquella hipótesis la halló participando en uno de los rituales Narragansetts.

Para mantener en secreto el lugar dónde realizaban el ritual, tanto el profesor como su guía fueron conducidos, con los ojos tapados y en mitad de la noche, hacia las profundidades de los bosques de Rhode Island. El lugar de culto estaba ubicado en una amplia explanada circular delimitada por menhires en la que ardía una gran hoguera. El bosque estaba envuelto por un inusual silencio y una luna menguante se alzaba, amenazante en el tenebroso cielo, como una lastimosa hoz. El druida les hizo sentar cerca del fuego antes de darles de comer un mejunje, de sabor ácido y áspero, con el que entraron en trance. Lo que sucedió a continuación quedaría grabado para siempre en la mente de Leonard.

Los indios se pusieron a danzar alrededor de la hoguera, al son de unos cánticos y acompañados por el frenético ritmo de los tambores. La mente del profesor comenzó a delirar, pues le pareció ver a unos seres abominables, de formas antropomórficas, acechando en el interior del fuego. De repente, se detuvo el ritual y se hizo un pasillo humano por el que cuatro indios condujeron en volandas a un sujeto al que lanzaron a la hoguera. Los tambores volvieron a retumbar y los alaridos del desdichado se sumaron al atronador graznido de las chotacabras y a los delirantes salmos componiendo una horrible cacofonía. Pero lo más aterrador aconteció cuando el cuerpo carbonizado cayó a las brasas acallando el griterío de las chotacabras, los cánticos y los tambores. El tiempo pareció detenerse cuando los discordantes acordes de una flauta precedieron a la aparición de un ente muy alto, vestido de negro y con el rostro totalmente difuminado. El individuo se acercó lentamente a la hoguera y se introdujo en su interior sin que el fuego se atreviera siquiera a tocarlo. Luego recogió los restos calcinados del infeliz de las ascuas y salió de la pira con él en brazos. Contra todo pronóstico, el cuerpo comenzó a moverse agitadamente hasta que expiró, exhalando por la boca una tenue luz que el siniestro ser aspiró con sus cianóticos labios. Entonces se reinició el ritual y los indios comenzaron a danzar, al son de los

tambores, mientras clamaban: “*Īa, ĩa, Nyarlathotep!*”.

El profesor achacaría aquel macabro suceso al consumo de setas alucinógenas y a la sugestión producida por la aberrante ambientación del ritual. Leonard Foster desapareció en extrañas circunstancias en los bosques de Rhode Island, en la primavera de 1903, intentando encontrar el secreto lugar donde los indios Narragansetts realizaron la invocación al diablo.

~

En Londres tomaron un barco hasta Francia y después de recorrer Europa, en tren y automóvil, llegaron a Estambul donde volvieron a embarcarse rumbo hacia las costas de Egipto. En El Cairo fueron recibidos por una comitiva enviada por Howard Carter que les acompañó hasta su campamento del Valle de los Reyes. Durante la tarde el arqueólogo les enseñó la tumba de Tutankamón y parte de los tesoros que habían hallado en su interior. Y por la noche, mientras tomaban una taza de té con ginebra, les enseñó la tablilla que habían encontrado en la tumba.

La tabla estaba dividida en dos partes y contenía sendos documentos bien diferenciados. El primero estaba escrito con jeroglíficos y podía leerse claramente el nombre del faraón y un único título: “*Nefrén-Ka, el justiciero de Seth*”. Aunque la información referente a la dinastía a la que perteneció, sus años de reinado, su ascendencia o si tuvo descendencia había sido deliberadamente borrada. Y el segundo documento estaba escrito en una lengua arcana, que en un principio nadie identificó, aunque en el último fragmento aparecía escrito en hierático el nombre de *Sah*, que los egipcios relacionaban con la constelación de Orión. ¡Ya tenían una pista por dónde empezar a buscar!

Al día siguiente, reclutaron a una cuadrilla de expertos excavadores y se avituallaron de tiendas, material de excavación, víveres y camellos antes de partir en búsqueda de la tumba del faraón. Pasaron varias semanas intentando hallar el rastro de su paradero, pero todas sus pesquisas resultaron estériles hasta que una noche de luna llena, mientras Edward contemplaba el firmamento disfrutando de una copa de Bourbon, descubrió que la tercera estrella de la constelación de Orión destellaba con una intensidad inusual, tanto, que parecía estar señalando hacia un punto muy concreto del desierto. Sin pensárselo dos veces, montó en un camello y se dirigió a todo galope hacia el lugar que le indicaba la estrella. En su mente se veía abriendo la puerta que comunicaba con el más allá y viajando a lejanos y maravillosos mundos plagados de seres que ni siquiera era capaz de imaginar.

Cuando creyó que había llegado al lugar indicado se bajó del camello, pero al inspeccionar la zona fue consciente de lo iluso que había sido dejándose llevar por una loca intuición. Se sentó en la arena y disfrutó de la indescriptible sensación que le producía estar en mitad de ninguna parte viviendo una aventura que poder contar a sus nietos. Y se habría pasado allí toda la noche si la fría brisa nocturna no le hubiese obligado a levantarse para poner rumbo al campamento.

Pero algo sucedió cuando iba a tomar impulso para montar en el camello. Sintió un fuerte destello, que provenía de lo alto de una duna, y subió a toda la prisa por la pendiente hasta que se dejó caer al lado de un objeto que estaba semienterrado en la arena. Escarbó con cuidado, siguiendo los contornos de la superficie lisa y dura, dejando al descubierto una losa ovalada de 6 por 9 pulgadas. La cogió con cuidado y cuando le dio media vuelta para inspeccionarla bajo la luz de la luna no pudo dar crédito al descubrir que poseía las mismas marcas que la piedra arquetípica, la misma que sujetaba Nefrén-Ka en la pintura que había estudiado en la biblioteca de la universidad. Entonces ocurrió algo inexplicable.

El icosaedro comenzó a rotar sobre sí mismo al tiempo que a Edward le empezaba a dar vueltas todo a su alrededor. Repentinamente, una fuerza invisible le expulsó de su cuerpo y se vio surcando por el cosmos a la velocidad de la luz. No tenía consciencia humana, tan solo sentía que formaba parte del universo y que su alma era más libre de lo que hubiese sido jamás. Pero todo se transformó en oscuridad cuando una profunda y grave voz resonó en los confines del universo clamando: “*Ph'nglui mglw'nafh Cthulhu R'lyeh wgah'nagl fhtagn*”^[7].

Cuando volvió en sí tenía la garganta seca y en su cabeza todavía resonaban los blasfemos acordes de una flauta. A su lado estaban Maggie y Harry, mirándole con cara de preocupación. Edward no supo qué decirles, pues sus pensamientos eran caóticos y solo tenía vagos recuerdos de lo que había sucedido. Incluso, por unos instantes, pensó que todo había sido un sueño. Pero cuando vio la piedra arquetípica en las manos de Maggie no pudo evitar estremecerse de terror.

Lo subieron al camello y pusieron rumbo hacia el campamento. Nada más llegar, se dieron cuenta de que todos los miembros de la expedición habían desaparecido misteriosamente».

—Edward, ¡espabila, que ya hemos llegado!

La voz de Alfred le despertó. El profesor miró por la ventanilla de la limousine y vio que estaban parados delante de la puerta del hotel Old Bank.

—Vayan a la habitación y descansen un poco —les sugirió el decano—. Les pasaré a buscar a la 1 pm. ¡Sean puntuales!

Alfred cogió las dos maletas y entraron en la recepción del hotel. Como había solicitado Edward al aceptar la invitación, les habían preparado una suite presidencial doble con vistas al exterior. Después de darse una ducha y vaciar dos botellines de Glenfiddich del mueble bar, Edward se encontraba de mejor humor. Alfred le dejó un traje azul marino encima de la cama, pero el profesor prefirió volver a ponerse los jeans y la chaqueta de Tweed Harris, aunque se cambió de camisa y de corbata. Cuando bajaron a la recepción ya les estaba esperando el decano, con su repugnante sonrisita de estirado inglés.

—Me he tomado la libertad de invitarles a almorzar a mi casa —señaló con una exagerada amabilidad—. Mi mujer es una gran cocinera y como vivimos a solo un par de manzanas de aquí he pensado que quizá les apetecería caminar un rato.

Edward realizó el corto trayecto a casa del decano con la cara larga, pero después de degustar el Rosbif con puré trufado de zanahorias y la tarta Tatin que les había preparado la señora Grey no le quedó más remedio que admitir la acertada decisión de su anfitrión. Además, la mujer se ganó las simpatías del profesor gracias al empecinado hábito que tenía de ridiculizar a su marido. Una vez en la calle, convencieron al decano de que no les acompañara al hotel y quedaron en que les recogería a las 7 pm en la recepción.

Edward repasó el discurso, bajo la atenta supervisión de Alfred, y luego se estiró en la cama para ver si conseguía dar una cabezada. Se quedó dormido de inmediato y retomó el sueño justo en el punto en el que lo dejó.

«Lo primero que vio Edward cuando despertó fueron los grandes ojos de Maggie. Había pasado casi veinticuatro horas durmiendo, pero el recuerdo de su inexplicable experiencia permanecía bien despierto en su memoria. Por esa razón, se le cayó el mundo encima cuando Maggie le contó que creían haber hallado la forma de llegar a la tumba del faraón Negro.

Harry había logrado descifrar el mensaje escrito con caracteres arcanos de la tablilla de Carter al cotejarlos con unas citas que había recopilado en su libreta del abominable “*Necronomicón*”^[8], escrito por el árabe loco *Abdul Alhazred* y que tenía guardado bajo llave en la biblioteca de la universidad de

Miskatonic. El texto traducido citaba así:

“La piedra arquetípica es la llave, la puerta y el Templo de las mil puertas. Pero este solo aparecerá cuando la Tierra y la pirámide estén alineadas con Sah”.

Maggie desentrañó la relación que tenían los símbolos de la piedra, en concreto el círculo y el triángulo, con la Tierra y la pirámide que citaba el texto. Y tenía la certeza de que si orientaban la piedra arquetípica hacia la constelación de Orión les conduciría a la tumba del faraón. Edward sabía que no podría persuadirles de que abandonaran aquella loca aventura, así que, en cuanto anocheció y apareció el cinturón de Orión en el firmamento, fue él quien tomó la decisión de ejecutar el plan de Maggie con la esperanza de que no sucediera nada. Pero nada más alinear la piedra arquetípica con la constelación, los símbolos adoptaron una luminiscente disposición tridimensional y el icosaedro comenzó a rotar al tiempo que un fuerte temblor sacudía la tierra.

Con un seco estruendo, se abrió el suelo y emergió la cúspide de una pirámide, que se fue alzando hasta alcanzar un centenar de metros. A Edward no le dio ni siquiera tiempo a suplicarles a sus compañeros que dieran media vuelta, pues estos ya corrían hacia el portal con las linternas encendidas, y no le quedó más remedio que seguirles a la pirámide con el corazón en un puño. Nada más atravesar el umbral se encontraron en una austera cámara que comunicaba con una escalera que descendía hacia un nivel inferior.

Comenzaron a bajar y bajar por aquellos interminables escalones, persiguiendo la oscilante luz de las linternas, hasta que llegaron a una antecámara que se hallaba en la más absoluta oscuridad. Harry enfocó al suelo y descubrieron que había unos canales repletos de aceite a ambos lados del corredor. Les prendieron fuego y observaron cómo este se propagaba por toda la sala, y por las contiguas, dejando a la vista los secretos que ocultaban en su interior. Luego guardaron las linternas en la mochila y empezaron a inspeccionar la estancia.

En las paredes de la primera sala había unas pinturas que representaban a Nefrén-Ka realizando diferentes tareas rutinarias. En una aparecía cazando a un león, en otra montando a caballo y en otra navegando con un barco por el Nilo. Atravesaron la sala y pasaron a otra cámara, aún mayor, que estaba repleta de objetos que debieron pertenecer al faraón. Sobre una mesa se

apilaban varias espadas, unos cuantos escudos y un arco largo. Y apoyadas sobre ella, unas lanzas y varios carcaj repletos de flechas. Pero lo más llamativo de aquella estancia eran las pinturas de la pared. Al estudiarlas con detenimiento descubrieron que las imágenes seguían un orden cronológico.

En la primera se veía a Nefrén-Ka saliendo de un templo con un nutrido ejército. A esta le seguía otra que mostraba a las tropas del faraón atravesando un largo desierto que conducía a unas altas montañas. En la tercera pintura aparecía el ejército del faraón emboscado, en plena noche, por unos seres monstruosos que les lanzaban proyectiles de fuego mientras el monarca miraba hacia la constelación de Orión con los brazos extendidos. Y en la última aparecía Nefrén-Ka, sosteniendo la piedra arquetípica, delante de un umbral por el que estaban siendo desterrados los demonios.

Pasaron a la sala contigua y se encontraron con la cámara del sarcófago. Era la más austera de todas. Las paredes y los techos estaban pintados de blanco y en mitad de la estancia tan solo había un sepulcro, en cuya pétrea tapa aparecía la efigie del faraón. Edward, que apenas podía contener el corazón en el pecho, se acercó a la tumba para estudiar los relieves que había grabados en la piedra. A los pies del sarcófago estaba representada la tríada Osiriaca^[9] envuelta por un disco solar. Los laterales mostraban diferentes parajes del faraón viajando por el cosmos. Y en el cabezal había esculpida una criatura amorfa, parecida a un pulpo gigantesco y grotesco, con sus tentáculos extendidos hacia un océano infinito.

Entre los tres recorrieron la tapa del sepulcro y descubrieron que estaba vacío. En ese momento se apoderó de ellos una indescriptible sensación de temor, que se acentuó cuando escucharon las disonantes notas de una flauta. Y no pudieron contener un grito de terror cuando una súbita ráfaga de aire apagó los canales de fuego dejándolos a oscuras. Edward buscó desesperadamente la linterna en la mochila, pero cuando la sacó los nervios le jugaron una mala jugada y se le acabó cayendo de las manos. Podía sentir la agitada respiración de Maggie a su lado mientras él buscaba a tientas la linterna por el suelo. Pero se quedó petrificado cuando escuchó la voz, que un día perteneció a su padre, retumbando de una forma cruel por toda la sala.

[10] “¡ÿa, ÿa, Nyarlathotep!

¡Alabanzas al que es el señor de la madera!

¡El que es mensajero de la voluntad de Azathoth!

¡El que alaba al gran Cthulhu!

*¡Danos tu bendición a los hombres de Leng!
¡Yo te invoco, oh, al que no tiene que ser nombrado!
¡Īa, ĩa, Nyarlathotep!”.*

Maggie consiguió encender la linterna y al enfocar a Henry descubrieron que sostenía en alto la piedra arquetípica con ambas manos, al tiempo que miraba con los ojos desorbitados hacía el negro umbral que se había abierto en la pared. Edward quiso abandonar aquel maldito lugar con Maggie, pero le abandonaron las fuerzas al ver cómo su padre se precipitaba hacia el agujero y desaparecía engullido por él. Quiso gritar, pero la voz se le ahogó cuando vio emerger por el umbral a un sujeto alto, vestido completamente de negro y que poseía un rostro arborescente en el que destellaban dos ojos azabaches. El monstruoso ser avanzó hacia Maggie, que estaba paralizada de horror, y extendió sus arbóreos apéndices para envolverla en un abrazo. Edward percibió entonces una presencia y al girar la cabeza descubrió que tenía a su lado a un hombre moreno, ataviado con una sofisticada túnica de lino beige y una peluca negra, mirándole fijamente con unos penetrantes ojos marrones perfilados con pintura azul. El individuo le sondeó la mente y le susurró algo con una gutural voz poco antes de que perdiera el conocimiento.

Despertó al amanecer, en pleno desierto. A su lado se encontraba Maggie, profundamente dormida, pero no quedaba ni rastro de la pirámide ni del faraón ni de aquel horrendo ser de pesadilla. Afortunadamente a las pocas horas fueron encontrados por un nómada, mientras deambulaban desorientados en mitad de las dunas, que tuvo la piedad de llevarles de vuelta al campamento de Howard Carter».

Edward vació la copa de whisky de un trago mientras Alfred le ayudaba a anudarse el nudo de la pajarita. Luego se alisó las solapas del smoking y salieron de la habitación. El decano les estaba esperando en la recepción, acompañado por el hercúleo chófer, y puso un gesto de asombro cuando les vio salir del ascensor.

—¡Están ustedes estupendos! —dijo con tono zalamero—. ¿Han podido descansar bien?

Edward respondió con una desdibujada sonrisa y salieron del hotel sin más dilación. En la puerta les estaba esperando la limousine que les llevó hasta la puerta de atrás del edificio de Conferencias de la facultad de arqueología, evitando así las retenciones producidas por la ida y venida de taxis que hacían

cola en la puerta principal para ir dejando a los participantes del congreso.

El decano les condujo a una sala privada, donde hicieron tiempo hasta que llegara la hora del evento degustando un tentempié. Y a las 8:20 pm en punto tomaron rumbo hacia la sala de conferencias.

—¿Señor Grey, está seguro de que el objeto hallado se trata del original? —le preguntó Edward, mientras recorrían el amplio corredor.

—¿No vio las fotos que le envié?

Alfred sonrió, al ver que cómo Edward atravesaba al decano con la mirada, y continuaron por el pasillo hasta que se quedaron plantados delante de una puerta que comunicaba con una bulliciosa sala. El profesor se ajustó el cuello de la camisa y recogió el portafolios que le entregó su ayudante poco antes de que se abriera la puerta del salón.

—¿No va a pasar usted? —le preguntó el decano a Alfred, viendo que se quedaba a un lado del umbral.

—¡Paso del baño de masas! La fama es para los ilustres —le respondió con un guiño.

Los murmullos fueron reemplazados por un sonoro aplauso cuando los dos hombres entraron en la sala. Alfred observó cómo Edward dejaba perfectamente alineadas las hojas manuscritas sobre el atril y después escuchó con total indiferencia el contenido del discurso. Se lo sabía de memoria y esperó pacientemente a que el profesor terminara su intervención; lo único que le interesaba de aquel acto se presentaría al final, como la guinda de un pastel. Edward finalizó su parlamento agradeciendo la presencia de todos los que llenaban la sala y acto seguido ocupó su lugar en la mesa de ponentes, dejándole su sitio en el atril al decano de la universidad.

El señor Grey apoyó ambas manos en el soporte y paseó la mirada por todos los rincones del salón antes de proclamar:

—Es para nosotros un honor tener hoy aquí al Doctor Edward Foster, miembro de una de las sagas familiares que más han aportado a la arqueología ininterrumpidamente desde finales del siglo XIX. —El decano hizo un silencio que dio paso a unos tímidos aplausos—. El legado arqueológico de la familia lo inició el profesor Leonard Foster poniendo en evidencia la relación que existía entre los rituales de los indígenas precolombinos Narragansetts y los que realizaban los sacerdotes de los templos egipcios para ponerse en contacto con los dioses en época del faraón Nefrén-Ka. Harry Foster continuó con el trabajo de su padre y en 1923 descubrió la tumba del faraón. Por desgracia, el hallazgo quedó eclipsado por

un inesperado derrumbamiento producido por una tormenta de arena, que dejó sepultado a su descubridor en su interior y que impidió volver a dar con el paradero de la necrópolis a los únicos supervivientes de aquella hazaña, el profesor Edward y su esposa Margaret Foster. Posteriormente, Edward y su hijo Henry, abrieron una nueva línea de investigación que les llevaría a recorrer las nevadas montañas del Himalaya para comprobar si alguna de las viejas leyendas tibetanas sobre los portales que utilizaban los antiguos monjes budistas para ponerse en contacto con sus dioses podía respaldar la tesis familiar. Buscaron las ruinas del olvidado templo de Buda, pero el infortunio quiso que un alud acabara con sus vidas dejando esa incógnita todavía sin resolver. —El decano hizo un solemne silencio, que aprovechó para dedicarle una solidaria mirada a Edward—. Mucho se ha hablado sobre la maldición de la familia Foster pero también de la obstinación de esta saga de grandes arqueólogos. Y hoy nos acompaña el único descendiente que queda con vida, que no solo continuó con la obra de sus antecesores sino que la agrandó con su teoría sobre los contactos que pudieron tener las antiguas civilizaciones con entes extraterrestres a quienes adoptaron como dioses. Sus últimos hallazgos, unos extraños artilugios fabricados con materiales nunca antes vistos en la Tierra y que fueron hallados en las excavaciones llevadas a cargo por su equipo en la península del Yucatán, han abierto un antes y un después en la historia de la arqueología —anunció, provocando que toda la sala se pusiera en pie prorrumpiendo en aplausos. El decano fue acallando con un gesto la ovación y luego anunció—: Ha llegado el momento de que la comunidad arqueológica internacional salde, por fin, la deuda contraída con la familia Foster haciéndole entrega a nuestro invitado de un objeto hallado recientemente en el Valle de los Reyes de Egipto —comentó, al tiempo que le hacía un gesto a uno de sus ayudantes. Edward se movió nervioso en la silla observando cómo se acercaba un hombre con una bandeja sobre la que había un objeto liado en un fardo—. Es para mí un honor devolverle a mi ilustre colega de la universidad de Miskatonic, el Doctor Edward Foster, la piedra arquetípica que a su bisabuelo le sirvió para hallar la tumba de Nefrén-Ka —señaló haciéndole un gesto para que se acercara.

Edward se levantó, abotonándose el smoking, y se dirigió hacia el atril escoltado por una atronadora ovación. Alfred se apoyó en el quicio de la puerta y fijó la mirada en el rostro del profesor. El decano Grey retiró el paño que cubría la pieza y Edward tomó la piedra sin vacilar. «*No hay duda. ¡Es la original!*»», pensó Alfred volviendo a pasar de lo que estaba sucediendo

en la sala.

Tras concluir el congreso, fueron invitados a una cena de gala, que Edward soportó con entereza e incluso con humor, aunque sin perderle el ojo al objeto que presidía la mesa. Y después del brindis con Champagne, y tras declinar el ofrecimiento del decano de que les acompañaran a continuar la velada en una sala de fiestas de la ciudad, el profesor y Alfred se retiraron a descansar al hotel.

—¿Me dejas verla? —le preguntó Alfred en cuanto estuvieron en la habitación.

—¡Claro! —respondió, un sonriente Edward, desliando el envoltorio encima de su cama. Los dos hombres contemplaron con admiración la piedra—. ¿Qué te parece?

—Es la piedra arquetípica, de eso no me cabe la menor duda —aseveró Alfred—. ¡Por fin la hemos conseguido! Tu padre estaría orgulloso de ti.

Edward se quitó la chaqueta y la dejó colgada en el perchero.

—Lástima que no lo llegase a conocer —comentó mientras se desataba el nudo de la pajarita.

Alfred se sentó encima de la cama y le hizo un gesto para que se sentara a su lado.

—¿Cuánto hace que nos conocemos, Edward? —le preguntó, al tiempo que se desabrochaba los dos botones superiores de la camisa.

—¡Qué cosas tienes, Alfred! —respondió algo confundido—. ¿A qué viene esa pregunta?

—¿Y recuerdas quién es tu padre? —prosiguió, sondeándole con la mirada—. Me refiero... a tu verdadero padre.

—¡Me estás asustando, amigo! —exclamó separándose un poco de él.

—¿De qué tienes miedo? —dijo, sujetándole por las muñecas. El profesor sintió una punzada en la cabeza—. ¡Eso es, libera tu mente! ¡Despierta tus recuerdos! —insistió mientras le escrutaba con su penetrante mirada—. ¿¡Qué temes, Henry Foster!?

La voz de Alfred se tornó maliciosa y, de repente, su vista se nubló y su mente retrocedió al pasado..., ¡a su olvidado pasado!

«Recordó su difícil infancia, sin una madre a la que acudir cuando le asaltaban los inquietantes sueños que le perseguían cada noche y con un padre sobreprotector que nunca superó la pérdida de su adorada esposa. Y su

adolescencia, sacrificada en el estudio de las lenguas arcaicas, las secretas fórmulas mágicas y el origen de los Primigenios bajo la tutela de su inseparable Alfred. Él le había enseñado todo y le preparó a conciencia para la prueba más dura de su vida. Pero fracasó cuando más cerca se encontraba de alcanzar su meta... Lo último que recordaba de su vida, como Henry Foster, fue el indescriptible dolor que sintió mientras su cuerpo se desintegraba envuelto en llamas».

—¡Me salvaste la vida! —musitó cariacontecido—. Pero ¿cómo...?

—La única forma que tenía de hacerlo era viajar en el tiempo, hasta el momento de tu nacimiento, para regresar con un cuerpo en el que implantar tu alma —le explicó.

En ese instante Henry fue consciente de que todo lo que había conocido hasta ese momento había sido tan solo una ilusión.

—¿Quién eres, Alfred? ¿Por qué me borraste los recuerdos? —le inquirió, intrigado.

—Todo a su debido tiempo, Henry, pronto lo recordarás todo —respondió—. Era preciso que mantuvieras ocultos tus recuerdos hasta que llegara el momento de invocar a tu padre. No podía correr el riesgo de que las interferencias de tu vida anterior te crearan un grave conflicto interno que bloqueara tus poderes.

—No entiendo nada de lo que me estás diciendo... ¿Qué me está pasando, Alfred?

—Siento no haber podido ser franco contigo hasta ahora, pero me ataba el juramento que le hice a tu padre —dijo con aire de misterio—. Pertenezco a la Gran Raza de Yith^[11] y cuando mi pueblo cayó derrotado por los Primigenios en la gran guerra, me tomaron como rehén y Nyarlathotep me maldijo despojándome de mis poderes. Desde entonces he sido su siervo... Primero me obligó a ayudarlo a derrocar a nuestros padres, los dioses Arquetípicos, y cuando estos los desterraron en los diferentes claustros de una estrella de cinco puntas me encargó que les ayudara a liberarlos a cambio de devolverme mi ansiada libertad —declaró con la mirada perdida—. Esa fue la razón por la que fuimos al templo de Buda, Henry, para hacernos con la estrella de cinco puntas y entregársela... —dijo tragando saliva—, a tu padre.

—¿¡Qué diablos estás insinuando!?! —exclamó levantándose de un salto de la cama.

Alfred ensombreció el semblante y se incorporó para contarle el secreto que había estado guardando desde hacía noventa años.

—Henry, eres el hijo de Nyarlathotep.

—¡Mientes! —le escupió, negando con la cabeza.

—¿Cómo, sino, explicarías el origen de tus pesadillas o que tuvieras recuerdos de épocas pasadas y de otros mundos? Sí, Henry, aquellos seres que te perseguían en sueños eran *Cthulhu*, *Azathoth* y *Yog-Sothoth*; tus ancestros... ¡Y te llamaban desde el destierro!

—¡No...! ¡No puede ser!

—Yo estuve presente cuando Nyarlathotep poseyó el cuerpo de Harry Foster para engendrarte en el vientre de Margaret. Eres mitad persona y mitad... —dijo, con una compasiva mirada—. Nyarlathotep me hizo jurar que cuidaría de ti y que mantendría el secreto sobre tu verdadera naturaleza hasta que recuperásemos la estrella de cinco puntas.

Henry estaba al borde del colapso.

—¿Y pusiste en riesgo mi vida por recuperar tu libertad? —le increpó.

—¡Lo tenía todo controlado, Henry! ¿No lo recuerdas? —le advirtió templando la voz—. Fuiste muy osado enfrentándote a mis hermanos cuando todavía no había llegado el momento. Te advertí de lo arriesgado de tu empresa, ¡de lo mucho que nos jugábamos! Y aun así decidiste desobedecerme —le reprendió—. No me eches la culpa de tu fracaso, Henry. Ambos habríamos ganado si hubieses actuado con más prudencia.

En aquel momento recordó lo sucedido en el templo de Buda y lo irresponsable que fue tomando aquella precipitada decisión.

—Fui un necio echándolo todo a perder... ¡Lo siento, Alfred! —dijo dejándose caer encima de la cama—. ¿Qué le pasó a mi padre? Mis últimos recuerdos son confusos, pero...

Su asistente se sentó a su lado y le pasó el brazo por los hombros.

—Se sacrificó por ti, Henry, como habría hecho cualquier padre. Pero no podemos lamentarnos de lo que ya no tiene remedio y además... —advirtió sacando del bolsillo de su chaqueta una estrella de cinco puntas—, no todo fueron malas noticias.

—¿Lo conseguimos? —exclamó, con los ojos vidriosos.

—Lo consiguió Edward —le corrigió Alfred—. Pero eso ahora no importa —añadió mientras se levantaba de la cama para encaminarse hacia el mueble bar—. ¿Te apetece una copa? —le preguntó enseñándole un par de botellines de Bourbon. Henry negó taciturno—. Estoy muy cansado —le comentó

mientras vaciaba el botellín en un vaso—. Este mundo me agota, hay demasiado ruido y el aire me resulta cada vez más irrespirable. Por no decir lo poco que soporto a esta humanidad decadente.

Alfred regresó a la cama y volvió a tomar asiento.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Henry.

—Regresaremos a la tumba del faraón Negro e invocaremos a tu padre para entregarle la estrella de cinco puntas.

—¿Tan pronto? —exclamó, con voz nerviosa.

—Nyarlathep lleva esperando eones este momento y en cuanto tenga en su poder la estrella de cinco puntas llamará a Yog-Sothoth, el guardián de la puerta, y juntos liberarán al gran Cthulhu^[12] —le explicó, antes de darle un trago a la copa—. Por fin habré cumplido con mi parte del trato y podré descansar.

—Y serás libre —añadió Henry, con una melancólica sonrisa.

Alfred le miró y torció el gesto.

—Desengáñate, Henry... Nyarlathep nunca me liberará. Soy demasiado valioso para él.

—¿¡Cómo!?! —exclamó contrariado—. ¡No puede hacerte esa putada...! ¡No después de todo lo que has hecho por mí!

—Esa es la naturaleza de tu padre... ¡Ya lo conocerás!

—¡Pues si no lo hace él, lo haré yo! —aseveró con determinación.

—¿Estás seguro, Henry? Tu padre...

—¡Me has salvado la vida dos veces, Alfred! Solo a mí me corresponde saldar esa deuda y sé cómo hacerlo —atajó dándole un abrazo—. ¿Cuándo partimos?

—Tomamos un avión hacia Egipto mañana, a las 10 am.

El calor era asfixiante en el centro de El Cairo. Henry optó por alquilar un todoterreno para ir al Valle de los Reyes y pagó a precio de oro un salvoconducto que le evitara tener problemas con los controles policiales y del ejército.

Llegaron a su destino poco antes del anochecer. Para Henry era la primera vez que vivía la experiencia de estar en pleno desierto contemplando el cielo estrellado. Y para Alfred también era un momento especial; sería la última vez que estaría en el lugar donde se originó todo. Aquellas tierras fueron las primeras que vieron sus ojos cuando Nyarlathep le envió para que representara el papel de Nefrén-Ka. Luego le tocaría interpretar otras

personalidades con las que recorrió el mundo captando adeptos a quienes enseñó las doctrinas de los Primordiales.

—Ya casi es la hora, Alfred —le comentó Henry, alzando la vista hacia el firmamento.

Cuando apareció Orión la piedra arquetípica les llevó al lugar dónde se ocultaba la tumba de Nefrén-Ka. Henry contempló admirado la gran pirámide iluminada por la luz de la luna y no pudo contener un suspiro de asombro cuando atravesó la puerta. Alfred encendió una linterna y le hizo un gesto para que descendiera hacia el nivel inferior. Los dos hombres recorrieron los salones que precedían a la cámara del sarcófago y se detuvieron delante de la tumba del faraón. Alfred recordó entonces lo que había sucedido la última vez que había estado en aquel lugar, hacía más de noventa años, cuando tuvo que rendirle cuentas a Nyarlathotep después de que Harry Foster hiciera desaparecer la piedra arquetípica perdiéndose por el espacio dimensional.

«—Lo siento mucho, mi señor, no he podido retenerle —se disculpó, sin poder aguantarle la mirada.

El joven Edward yacía inconsciente a sus pies, justo al lado de su esposa.

—Has sido un sirviente leal durante milenios, pero no voy a tolerarte más errores —le amenazó Nyarlathotep, con voz de ultratumba—. Sin la piedra me es imposible encontrar a tus aborrecibles hermanos para arrebatársela la estrella de cinco puntas, así que te tocará a ti realizar dicha empresa.

—Pero ¿cómo, mi señor? Tu maldición me impide viajar libremente por el espacio dimensional. Y ellos...

Nyarlathotep acercó un apéndice arborescente a su rostro y lo pasó por sus mejillas a modo de caricia.

—El retoño que he implantado en su vientre tendrá la facultad de invocar a tu despreciable extirpe —dijo señalando el cuerpo inconsciente de Margaret—. Pero deberás encargarte de que esté preparado para arrebatársela la estrella de cinco puntas llegado el momento. ¡Tú sabes cómo hacerlo! —remarcó atravesándole la mirada con sus azabaches iris—. Cuando recuperéis los dos elementos traerás a mi hijo aquí y entonces te liberaré de tu maldición.

—¿Y qué hay de la piedra arquetípica? Edward se la llevó y debe estar perdida en cualquier lugar del universo.

—La abominable *N'tse-Kaamb*^[13] creó la piedra, con la energía de la Tierra, y la estrella de cinco puntas, con la del universo. La piedra arquetípica pertenece a este planeta y tarde o temprano volverá a aparecer. Seguro que

hallarás la forma de encontrarla —dijo mientras se alejaba hacia el portal dimensional».

—Querido amigo, ha llegado el momento de que cumpla con mi palabra —se alzó la voz de Henry resonando en la cámara del sarcófago—. ¿Tu verdadero nombre es Imhotep, verdad? —Alfred asintió—. ¿Estás preparado? —¿Lo estás tú, Henry? ¿Podrás hacerlo?

—¡Llevo la sangre de Nyarlathotep en mis venas! —aseveró con altivez—. Gracias por todo lo que has hecho por mí, Alfred.

Henry alzó los brazos y pronunció los conjuros que aparecieron en su mente:

“Ka’jal Ry’lk Anuoak, ïa Nyarlathotep! Khia Ry’lk Zhigurathot, ïa Nyarlathotep! ¡Kazam düm normen, söe’lz Imhotep!”.^[14]

Alfred sintió cómo su alma se liberaba de las cadenas con las que Nyarlathotep había subyugado su voluntad. ¡Por fin era libre!

Henry extendió los brazos, con la piedra arquetípica orientada hacia el muro, y tras pronunciar los mismos versos de invocación que había pronunciado su abuelo se abrió una oquedad en la pared que comunicaba con el vacío cósmico.

—¡Prepárate para recibir a mi padre! —declaró alzando la voz.

Pero quien emergió por el umbral fue Edward Foster, empuñando una daga dorada.

—¿Sorprendido de verme, Henry? —masculló esgrimiendo el puñal.

El vástago de Nyarlathotep reculó mirándole con la cara desencajada, pero nada pudo hacer para evitar que le ensartara la daga en el corazón. En los ojos de Edward no había cabida para la felicidad y no pudo evitar que se le escaparan unas lágrimas al ver cómo el cuerpo de Henry, porque así deseó llamarle su amada Maggie, se desintegraba en cenizas.

—¿Por qué, padre...? —musitó Henry, con una estertórea voz.

Edward tragó saliva y murmuró, arrastrando sus palabras:

—Porque me faltó el valor para hacerlo antes de verte nacer.

Los restos de Henry fueron absorbidos por el umbral dimensional desapareciendo su estela de la faz de la Tierra. El profesor tiró la daga al suelo y se apoyó en el sarcófago temblando.

—¡Me alegro de verte, Edward! —dijo Alfred sonriendo.

El profesor miró con complicidad al que había sido su fiel ayudante y consejero durante tantos años.

—Yo también me alegro, viejo amigo. Ha sido una dura e interminable espera, pero al final ha valido la pena —aseveró antes de darle un sentido abrazo.

—Corriste un grave riesgo al aventurarte por el espacio dimensional. Y si he de serte franco —dijo desdibujando su sonrisa—, no sabía quién iba a aparecer hoy por ese umbral.

—Sabíamos lo mucho que nos jugábamos poniendo en marcha nuestro plan, pero confiábamos en que saldría bien y así ha pasado.

—¿Cómo os las apañasteis para encontrar la solución?

—Seguí tu consejo y busqué a mi padre en el planeta Num, más allá de la constelación de Lyra. A él se le ocurrió la idea de fabricar una daga cargada con la energía de Rigel^[15]. Solo el brillo de una estrella azul podía acabar con un hijo de Nyarlathotep.

—¿Y cómo está el viejo profesor?

—Se ha convertido en uno de los sabios de la biblioteca de la ciudad y puedo asegurarte que se encuentra mejor que nunca desde que convive con los de tu especie —le explicó emocionado.

—¿Y por qué no te ha acompañado?

—Hace mucho que perdió su forma humana y ahora solo es pura energía elemental. Mucho me temo, que él ya es uno de los vuestros —dijo con nostalgia—. ¿Y a ti qué tal te fue con Henry? ¿Funcionó mi idea?

—¡Tenías razón! Al mantener ocultos sus recuerdos no me resultó difícil reeducarle y llevármelo a mi terreno... Ahora, los dos volvemos a ser libres, Edward.

—¡No sabes cuánto me alegro, amigo! —dijo, dándole un abrazo con sabor a despedida.

—¿Qué harás ahora? El mundo ha cambiado mucho desde que te fuiste.

—Procuraré que nadie sepa de *vosotros* ni de *ellos* —anunció seriamente—. Por cierto. ¿Has destruido el resultado de nuestras investigaciones?

—Quemé personalmente todos los documentos que conseguí recopilar, los cuadernos de campo de tu familia, incluso el Necronomicón que tenía tu padre oculto bajo llave en la biblioteca de Miskatonic. Aunque desconozco si existe algún otro ejemplar o si descubrirán más cosas en las futuras excavaciones arqueológicas —le advirtió—. Los estudios científicos y documentos que se han publicado en formato digital, tanto en la web de la universidad como en las bases de datos de la comunidad arqueológica internacional, los destruí anoche con un virus informático —añadió, para

asombro de su amigo—. Perdona que te hable con tantos tecnicismos, Edward, pero no te puedes llegar a imaginar lo mucho que han cambiado las cosas por aquí.

—No te preocupes por eso, amigo mío. Ahora urge más que regreses con tu pueblo. No creo que tus hermanos puedan mantener la puerta abierta durante mucho tiempo más.

—Eso me temo, pero antes... —dijo descolgándose la mochila del hombro—, no te vendrá mal contar con algo de ayuda para ir tirando al principio.

—¿Qué hay? —le preguntó Edward, mirándola con curiosidad.

—Lo necesario para que puedas regresar a casa y reiniciar tu vida —respondió abriendo la bolsa—. En esta cartera está tu pasaporte, dos mil dólares en efectivo, una tarjeta de crédito y un billete de avión a Boston. Me he tomado la libertad de ponerte el apellido de tu querida Maggie para evitar que te relacionen con tu familia —dijo arrancándole una sonrisa—. También hay una copia de la escritura de tu casa de Rhode Island, algo de ropa y un cuaderno en el que encontrarás toda la información e instrucciones necesarias para que te vayas adaptando a esta época. Léetelo con detenimiento y solo entonces pon en marcha este aparato; te ayudará a entender lo que ahora te voy a explicar —dijo mostrándole un MacBook—. Es un ordenador y en él hallarás una copia escaneada del trabajo de tu familia protegida con una encriptación de máxima seguridad; he pensado que es mejor que las generaciones venideras no olviden el peligro que acecha a este mundo. No te separes de él y procura que nadie que no sea de tu confianza conozca su contenido o su existencia. Los Primigenios cuentan con muchos adeptos en este mundo —le advirtió—. Por cierto. La contraseña para poner en marcha el dispositivo la tienes escrita en la libreta —añadió con un guiño.

—Como siempre, lo tienes todo calculado, Alfred, pero no te preocupes... He pasado mucho tiempo con los sabios de la ciudad de Num y no creo que me cueste mucho adaptarme a la vida en este mundo —alegó Edward con una sonrisa—. ¡Bueno! Creo que ha llegado el momento de despedirnos. Procura que la estrella de cinco puntas no vuelva a aparecer jamás.

Alfred asintió con una sonrisa.

—¿Y qué harás tú con la piedra?

—Sé que no puedo destruirla, me lo dijo mi padre, pero haré lo imposible para que nunca más vuelva a ver la luz —comentó con el rostro apesadumbrado—. Debes marcharte ya, amigo mío, el tiempo apremia —dijo, tras presentir la urgencia en las mentes que esperaban al otro lado de la

puerta—. ¿Te volveré a ver? —El gran vacío que sintió en su interior respondió por él—. ¡Venga, no hagamos más difícil este momento! —declaró dándole un último abrazo—. ¡Suerte, amigo!

Alfred se dirigió hacia el umbral, pero antes de cruzarlo echó la vista atrás.

—Tu padre debe sentirse muy orgulloso de ti. ¡Adiós, Edward!

El profesor observó cómo su viejo amigo se despojaba de su cuerpo terrenal, convirtiéndose en una especie de plasma translúcido, y nada más verlo desaparecer por el umbral se apresuró a cerrar la puerta pronunciando el conjuro que le enseñó su padre. Luego salió de la tumba del faraón y esperó a que la entrada de la pirámide fuera engullida por el desierto con los primeros rayos del amanecer.

Y con el pensamiento puesto en su querida Maggie, se colgó la mochila y echó a andar en búsqueda de una nueva vida.

SOBRE EL AUTOR.



Miquel Àngel Lopezosa Criado, reside en Montornès del Vallès, Barcelona. Está casado y tiene dos hijos, Alexa y Gabriel. Trabaja de profesor de Formación Profesional (Ins La Ferreria, de Montcada i Reixac), como funcionario de carrera desde 2004, aunque lleva ejerciendo la profesión desde 1998. Cursó los estudios de Diplomado de enfermería en la Escola Universitària de la Vall d'Hebron (1992/95 - UAB) y el primer ciclo de Odontología, en la Facultat d'Odontologia de Bellvitge (1996/98 - UB). Anteriormente, también estudió hasta el ciclo medio de música (5º curso de

acordeón, 5º de solfeo y 4º de piano) en el Conservatori Municipal de Música de Barcelona.

Su pasión por la escritura y, en particular, el inicio de la novela *Crónicas de Gabriel* se remonta veinte años atrás, cuando esbozó la idea en unas cuantas páginas manuscritas con bolígrafo azul. La obra, tras pasar por innumerables revisiones, reescrituras, correcciones de estilo, madrugones, incontables cafés, frustraciones e inspiraciones, ha madurado hasta convertirse en la primera entrega de la trilogía, ***En búsqueda de la verdad***, primera edición de Septiembre de 2016 y esta segunda edición ilustrada de Octubre de 2017.

Sus obras hasta la fecha son:

Crónicas de Gabriel. En búsqueda de la verdad. Segunda edición ilustrada. © Octubre de 2017. Publicada en Kindle Direct Publishing.

La puerta, un relato Lovecraftiano. © Octubre de 2017. Publicado en Kindle Direct Publishing.

La decisión, un relato que forma parte de la primera Antología del Círculo de Fantasía, **Dragones de Stygia.** © Enero de 2018. Publicado en Kindle Direct Publishing.

La llamada, un relato que forma parte de la segunda Antología del Círculo de Fantasía, **Dragones de Stygia.** © Agosto de 2018. Publicado en Kindle Direct Publishing.

Más información sobre la saga Crónicas de Gabriel y el autor en:

www.malopezosa.com

Para cerrar el círculo que debe haber entre autor y lector no olvides dejar tu reseña en Amazon. ¡Muchísimas gracias!

Miembro del **CÍRCULO DE FANTASÍA.**



[1] Corona blanca, con dos plumas de avestruz a los lados, que se relacionaba en la mitología egipcia con el dios Osiris.

[2] Representación de la diosa cobra Uadyet.

[3] Maat, símbolo de la verdad, la justicia y la armonía cósmica, se representaba en la mitología egipcia como una pluma de avestruz o también como una diosa, hija de Ra.

[4] Según la mitología egipcia el ka es la fuerza vital.

[5] En la bibliografía “Lovecraftiana” formaban parte de los dioses Primigenios o Primordiales.

[6] Este tipo de escritura permitía a los escribas del Antiguo Egipto escribir de forma rápida, cuando lo hacían con cálamo sobre papiro, aunque estaba relacionada con los jeroglíficos al evolucionar ambos de forma paralela.

[7] Frase litúrgica pronunciada por los adeptos de los Primigenios, cuya traducción en la escritura Ponape es: “En su morada de R’lyeh, el muerto Cthulhu espera soñando”.

[8] Es un grimorio (libro mágico), que se traduce como “El que contiene lo relativo a la ley (o leyes) de los muertos”. Está dividido en cuatro libros y en él se hallan fórmulas secretas que permiten contactar con los Primigenios.

[9] Isis, Horus y Osiris, tres de los dioses más importantes de la mitología egipcia.

[10] Fragmentos del ritual de invocación a Nyarlathotep, el mensajero de los dioses Primordiales, extraídos del *Necronomicón*.

[11] La gran raza de Yith son unas entidades amorfas que tienen la habilidad de proyectarse en el tiempo y apoderarse de cuerpos de otras formas de vida. Poseen una gran inteligencia y disponen de una avanzada tecnología que les permitió edificar ciudades en otros planetas. En sus grandes bibliotecas amasaban todo el conocimiento, pasado y futuro, de la Tierra.

[12] Uno de los Primordiales más poderosos, de inmenso cuerpo gelatinoso y cabeza pulposa, que descansa en la ciudad sumergida de R’lyeh.

[13] Diosa Arquetípica, enemiga de los dioses Primigenios, cuyo resplandor causa la destrucción de los mundos.

[14] ¡El espacio oscuro engulló al tiempo, por tu gracia Nyarlathotep! ¡El Caos reptante extendió su reino, por tu gracia Nyarlathotep! ¡Y en tu nombre te libero, leal Imhotep!

[15] Es un sistema estelar de la constelación de Orión que contiene una estrella supergigante blanco-azulada.